IRVINE WELSH

El artista de la cuchilla



Begbie −el psicópata de aquella pandilla de inadaptados que protagonizaba *Trainspotting*− se ha reformado. Ahora vive en la costa de California, tiene una casa confortable y elegante, una esposa llamada Melanie y dos hijas, un nuevo nombre −Jim Francis− y una nueva profesión: es un escultor, reconocido por sus bustos distorsionados y mutilados de rostros famosos. Pero el pasado siempre vuelve, y, tras un extraño incidente durante un paseo por la playa en el que su familia se ve amenazada por dos tipos, su hermana llama para informar de que Sean, uno de los dos hijos de una relación previa que dejó en Edimburgo, ha muerto. Más concretamente: ha sido asesinado.

Begbie regresa al hogar, asiste al funeral de un vástago al que apenas conoció y, ante la falta de pistas de la policía, se pone a indagar por su cuenta. Estas andanzas detectivescas propiciarán el reencuentro con viejos conocidos, la destrucción de valiosos cuadros, el incendio de una casa, un reguero de cadáveres y diversas situaciones adrenalínicas de violencia extrema… hasta llegar a una resolución del caso del todo inesperada para el improvisado investigador. Mientras tanto, Melanie −que también ha aterrizado en Edimburgo cruzando el Atlántico− empieza a descubrir aspectos de la personalidad de su marido que ignoraba por completo…

El autor regresa al submundo de *Trainspotting* para hablar del pasado que nos persigue tirando de la novela negra en versión trepidante y ultraviolenta, con toques de humor feroz a costa del arte contemporáneo. Una nueva entrega del novelista escocés más desbocado, cafre y vibrante: ¡Irvine Welsh *on fire*!

Irvine Welsh

El artista de la cuchilla

ePub r1.0
Titivillus 21.10.2021

Título original: *The Blade Artist*
Irvine Welsh, 2016
Traducción: Francisco González & Arturo Peral Santamaría & Laura Salas Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Para Don DeGrazia

El hombre es la única criatura
que se niega a ser lo que es.

ALBERT CAMUS

1. LA PLAYA

Mientras la eleva en sus brazos, el brillante sol parece asomar por detrás de la cabeza de Eve, ofreciendo a Jim Francis un momento trascendental que saborea durante unos segundos antes de bajar a la niña. La ardiente arena pronto castigará sus pies descalzos, piensa, apartándose del fulgor solar, y tendrá que asegurarse de que Eve no se queme. Pero de momento está bien, sus burbujeantes ráfagas de risa lo instan a continuar el juego.

Lo mejor de ser tu propio jefe, de tener tus propios horarios, es que siempre puedes tomarte un rato libre. Jim se alegra de estar aquí, en la playa desierta, tan temprano, en el amanecer de esta mañana de julio, con su mujer y sus dos hijas pequeñas, mientras el resto del mundo duerme la mona tras la celebración del Día de la Independencia. La playa está totalmente desierta, salvo por algunas aves marinas que graznan.

Cuando se mudó a California, vivían en el apartamento de dos habitaciones de Melanie, en la pequeña ciudad estudiantil de Isla Vista, cerca del trabajo de ella, en el campus universitario. A Jim le encantaba la cercanía del océano, y solían hacer senderismo por la ruta de la costa, desde Goleta Point hasta Devereux Slough; rara vez se encontraban con alguien, si acaso con algún raquero o surfista. Cuando llegaron las niñas (Grace primero, después Eve), se mudaron a una casa en Santa Bárbara, y las rutas de senderismo se redujeron a paseos más cortos.

Esta mañana se han levantado temprano, con la marea aún baja, y han aparcado el Grand Cherokee en Lagoon Road. Calzan deportivas viejas porque la playa está llena de pelotas de alquitrán provenientes del cercano yacimiento petrolífero de Ellwood, el único punto de ataque en suelo continental estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. Encaminan sus pasos hacia el océano, dejando atrás los bajos acantilados de arenisca que separan el campus de la Universidad de California en Santa Bárbara del Pacífico, y continúan hacia el azul precioso y sereno de la laguna. Las pozas de marea, y los cangrejos atrapados en ellas tras la retirada del mar, dejan hipnotizadas a las niñas, y Jim se muestra reacio a continuar, pues no puede evitar compartir el júbilo y las miradas de asombro de sus hijas, que lo hacen

regresar a su propia infancia. Pero seguro que van a ver más cangrejos en Goleta Point, así que siguen adelante y acampan al pie de los acantilados, más allá de los cuales se asientan la universidad e Isla Vista. Las tormentas nocturnas, unidas al fin de semana festivo y a la temporada baja universitaria, han vaciado la playa de todo tráfico humano.

La insólita racha de mal tiempo se ha ido calmando en los últimos días, pero el rebelde mar ha creado enormes bancos de arena. Si no hay ganas de esperar a que suba la marea, no queda otra que enfrentarse a ellos para llegar al océano. Jim se ha quitado los zapatos y ha cogido a Eve en brazos, a sabiendas de que su hija de tres años comparte su misma impaciencia; mientras, Melanie ha extendido las toallas de playa y se ha sentado con Grace, de cinco años.

Entre chapoteos en el agua, Jim alza a Eve, y vuelve a fascinarle el torbellino de risas que esto le provoca a la niña. Las dunas de arena le impiden ver a Melanie y Grace, pero sabe que Eve sí puede verlas. Sujeta por los brazos de Jim, Eve tiene a su madre y hermana en su línea de visión al tiempo que balbucea y las señala cada vez que su padre la levanta por encima de su cabeza.

Entonces algo cambia.

Es la expresión de la niña. En el siguiente salto, Eve deja caer las manos. Continúa mirando en la misma dirección y Jim sigue su mirada hasta la cima del banco de arena, pero hay confusión en el rostro de la niña. Siente como si algo lo golpease por dentro. Acerca a Eve a su pecho y sube rápidamente por la duna, moviendo con dificultad la pierna mala por la arena. Pero cuando consigue ver a Melanie y Grace, lejos de aminorar el paso, avanza con más celeridad.

Melanie siente a la vez alivio y miedo al ver a Jim aparecer por la duna, bajo el difuso sol que brilla entre las nubes, con Eve en sus brazos. Quizá ahora se vayan los dos hombres que han llegado a la playa por los senderos de gravilla que bajan desde los acantilados. Se había percatado de su presencia, pero no les dio importancia, pensó que serían estudiantes, hasta que llegaron y se sentaron justo al lado de ella y de su hija. Melanie había untado loción solar en los brazos de su hija y estaba empezando a hacer lo propio en los suyos.

«¿Te echo una mano con la crema?», le preguntó uno de ellos con una sonrisa torcida bajo sus oscuras gafas de sol. Fue el tono lo que le dio escalofríos, no lascivo, sino frío y directo. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaba a la vista sus brazos musculados, y se pasó una mano por el cráneo

rapado. Su cómplice era un hombre más bajo, de greñas rubias hasta la altura de los ojos, azules y penetrantes, y una sonrisa de pura malicia.

Melanie no dijo nada. Esos hombres no eran estudiantes. En su anterior trabajo había conocido de cerca el sistema penitenciario y ellos apestaban a ese mundillo. Se sintió paralizada por una terrible sensación de disonancia cognitiva, pues en el pasado había defendido la libertad de hombres como ellos. Hombres que parecían de provecho, reformados. ¿Cuántos de ellos tomarían el mal camino al reintegrarse en la comunidad? Aunque Melanie no se dejaba amilanar fácilmente, la cosa pintaba mal. Se le hizo un nudo en la garganta, como un aviso de que no eran unos simples pesados. Y Grace le suplicó con la mirada que dijese o hiciese algo. Quería transmitirle de alguna forma a su hija que no hacer nada en este caso era hacer algo. Melanie miró hacia los acantilados en dirección a la playa, pero no había nadie. El lugar, que solía estar lleno de gente, estaba ahora desierto.

Entonces aparece Jim corriendo por la arena con Eve encaramada a él y señalándolos con su dedo regordete.

«Tú, zorra, ¿se te ha comido la lengua el gato o qué coño pasa?», suelta el de la camiseta negra sin mangas. Se llama Marcello Santiago y está acostumbrado a que las mujeres le respondan cuando se dirige a ellas.

De pronto Melanie tiene mucho miedo. Jim se está acercando a ellos, *Dios mío, Jim*. «Mira, déjanos tranquilas, mi marido está aquí», dice con calma. «Tenéis la playa entera para vosotros, solo estamos nosotros con las niñas.»

Marcello Santiago se levanta y mira a Jim, que sigue avanzando hacia ellos con Eve en brazos. «¿Es que no queréis compartir vuestro pícnic con nosotros?», sonríe mientras lo mira.

El rubio, que se llama Damien Coover, también se ha levantado y se ha quedado cerca de Melanie y Grace.

«¿Qué pasa, papi?», pregunta Grace ansiosa, mirando a su padre.

Jim le hace un gesto a Melanie. «Cógelas y vuelve al coche», dice en un tono neutro.

«Jim…», reclama Melanie, que lo mira boquiabierta, después a Damien Coover y luego a las niñas; se levanta y tira de Grace para que se ponga en pie.

Se acerca a Jim, y este le transfiere a Eve a sus brazos sin apartar la mirada de Santiago y Coover. «Vuelve al coche», repite.

Melanie siente la cercanía de las niñas, mira a los dos hombres y después se dirige hacia el pequeño aparcamiento del banco de arena de arriba. Se vuelve y ve que se ha dejado el bolso encima de la toalla. Dentro está su

móvil y el de Jim. Está abierto. Ve que Coover se ha dado cuenta de este detalle. Jim también. «Vete», le dice él por tercera vez.

Coover observa a Melanie y las niñas alejarse. El bikini que lleva la madre deja ver sus carnes firmes y bronceadas. Pero el terror ha convertido su paso armonioso en movimientos indecisos, fracturados y sin gracia. A pesar de todo, le lanza una mirada de lascivia. «Tu mujer está bien buena, colega», le dice riéndose a Jim Francis, y su amigo Santiago, que ha estado apretando y aflojando los puños, suelta también una risa mohína.

Jim Francis ni se inmuta, simplemente evalúa la situación con frialdad.

De modo que Santiago y Coover se ven obligados a contemplar al hombre silencioso que los observa, desnudo salvo por unos pantalones cortos de color caqui. Un cuerpo bronceado, musculoso, pero con extrañas cicatrices que revelan lo poco que este hombre encaja en esa familia de féminas rubias californianas. Su edad es difícil de determinar: al menos cuarenta, o tal vez ronde los cincuenta, seguramente le saque veinte años a la mujer con la que está. Santiago se pregunta qué tendrá este hombre para estar con semejante pibón. ¿Dinero? Cualquiera sabe, pero algo tiene, desde luego. Les devuelve la mirada, como si los conociese.

En la mente de Santiago se pone en marcha su base de datos de encuentros pasados, de rostros de bares y prisiones. Nada. Pero esa mirada… «¿De dónde eres, colega?»

Jim sigue en silencio, con la mirada puesta en las oscuras gafas de sol de Santiago, después en los ojos azules de Coover.

«¿Tengo monos en la cara o qué?», dice Coover subiendo la voz mientras saca del bolso de lona que tiene a los pies un enorme cuchillo de caza y lo blande a escasos pies de Jim Francis. «¿Quieres saber si corta bien? Pues vete cagando leches de aquí ahora que puedes.»

Jim Francis mira el cuchillo de forma extraña durante un par de segundos. Después se inclina sin apartar en ningún momento la mirada de Coover, recoge la bolsa y las toallas, se gira despacio y se dispone a seguir a su mujer y a sus hijas. Se dan cuenta de que tiene una leve cojera.

«Puto lisiado», ruge Coover mientras enfunda el arma. Jim se detiene un segundo, toma aire lentamente y sigue andando. Los dos tipos comparten una risa de mofa, pero con un matiz de alivio al ver que el hombre que los encaraba se aleja. No es solo su complexión fuerte y su actitud, indicativa de que sería capaz de luchar a muerte para proteger a su familia. Hay algo en él: el tejido cicatrizante de su cuerpo y manos, como si hubiese querido ocultar un enorme tatuaje; las delgadas pero profusas marcas en la cara; pero, sobre

todo, los ojos. Sí, concluye Santiago, son la prueba de que pertenece a un mundo distinto al habitado por la mujer y las niñas.

Jim llega al Grand Cherokee, en el aparcamiento de gravilla detrás de la playa, a cincuenta metros de la carretera asfaltada. Hay otro vehículo aparcado, una destartalada camioneta Silverado de cuatro puertas. Por un momento se asusta al no ver a Melanie ni a las niñas, pero es por culpa del sol, que ha conseguido disolver las nubes y se refleja en las ventanillas del coche. Están dentro, sanas y salvas; él se monta también y Grace empieza a hacerle preguntas. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué querían? ¿Eran malos? Le pone el cinturón en la parte de atrás, junto a Eve, y trepa hacia delante hasta el asiento del acompañante. Melanie arranca el Grand Cherokee y deja atrás la Silverado con la certeza de que pertenece a los dos intrusos.

«Deberíamos ir a la policía…», susurra Melanie, contenta de que Grace se esté distrayendo con un juguete. «He pasado mucho miedo, Jim. Esos tíos no eran trigo limpio…», dice bajando la voz. «Me he acordado de Paula… Menos mal que has llegado… No te veía por culpa de las dunas…»

«Vamos a llevar a las niñas a casa», dice Jim suavemente. Su mano se posa en la rodilla de Melanie y percibe en ella un temblor reiterado. «Y luego veo lo de la policía.»

La casa, de estilo colonial español, no queda lejos: está en Santa Bárbara, cerca del mar, a pocos minutos por la autopista 101. Melanie aparca el Grand Cherokee en el garaje de la entrada y Jim se ocupa de que todas se apeen; luego se dirige al segundo garaje, que ha convertido en taller, y sale poco después para meterse de nuevo en el vehículo. Melanie no dice nada, pero cuando ve salir el coche, vuelve a sentirse inquieta.

2. EL REPARTIDOR 1

La sangre goteaba de la cabeza destrozada del hombre. Al final volvieron el silencio y la quietud. Me alejé un paso del cuerpo y alcé la mirada hacia aquellas paredes desnudas e imponentes. Por encima brillaba la luna llena en un inmenso cielo de color malva y negro, y su reflejo oxidaba los peldaños metálicos clavados a un lado de la piedra. Después de aquella terrible ordalía, me sentía agotado, no me quedaba energía en las piernas, pequeñas y frágiles. Pensé: ¿cómo cojones voy a volver a subir hasta allí?

3. LAS DELIBERACIONES

Jim vuelve un par de horas más tarde y se encuentra a Melanie jugando con las niñas en el patio trasero, al fondo, más allá de la tarima de madera, bajo un cúmulo de árboles cargados de fruta madura. Ha montado un juego complicadísimo alrededor de la enorme casa de muñecas pintada de rojo a la que él dedicó un año de trabajo. A las niñas les encanta porque Jim ha ensamblado en el armazón una intrincada serie de poleas, rampas y cojinetes que desencadenan calamidades varias sobre las figuritas allí residentes. Desperdigados por el césped yacen una cantidad imposible de envoltorios de caramelo y juguetes: el intento de Melanie por resarcirse un poco de la malograda excursión a la playa.

Se levanta y se acerca a él. «¿Has hablado con la policía?»

Jim guarda silencio.

«No, ¿verdad?»

Jim suelta parte del aire que ha estado conteniendo. «No. No he sido capaz. Hablar con ellos no forma parte de mi ADN.»

«Cuando unos psicópatas ponen en peligro a mujeres y a niños, los ciudadanos normales dan cuenta de ello a la policía», replica Melanie, moviendo la cabeza. «¡Joder, ya viste lo que le pasó a Paula!»

Jim enarca una ceja. Las circunstancias de Paula (los dos tipos, estudiantes, a los que conocía) eran distintas. Pero no va a ponerse ahora a discutir ese punto.

Melanie, que se da cuenta de que su observación ha sonado más a sermón de lo que pretendía, y de que Jim se ha molestado, le acaricia el brazo para tranquilizarlo al tiempo que pronuncia su nombre en una urgente súplica. «Jim…»

Jim bizquea a causa del sol, que se filtra por el gran roble que se alza sobre ellos, e inspira con fuerza. Melanie observa que se le hincha el pecho. Luego espira. «Lo sé… Ha sido una estupidez. No he sido capaz de hacerlo. Di una vuelta con el coche a ver si estaban todavía por ahí rondando, pero nada, ni rastro de ellos. Se habían ido; la playa estaba desierta.»

«¿Que has hecho qué?», exclama Melanie tragando saliva. «¡Me tomas el pelo!»

«No iba a enfrentarme a ellos.» Jim niega con la cabeza; tiene la boca tensa. «Solo quería asegurarme de que no estaban acosando a nadie. Eso es lo que andaban buscando por el campus: bronca. Entonces habría…»

«¿Qué?»

«Habría llamado a la seguridad del campus.»

«Que es justo lo que voy a hacer yo ahora», anuncia Melanie, y se mete en casa en busca del móvil, que está en la barra americana de la cocina.

Jim la sigue al interior. «No…»

«Qué…»

«Es que sí que les he hecho algo», confiesa, mientras observa que los rasgos de Melanie se transforman. «No a ellos. Al coche. He metido un trapo encendido en el tanque para que explote. Así que probablemente sea mejor que los polis, e incluso la seguridad del campus, no sepan que andábamos por allí.»

«¿Qué…? ¿Que tú qué?»

Mientras él se lo vuelve a explicar, Melanie Francis piensa en esos capullos, con sus arrogantes amenazas de matones, y en su reacción al ver el vehículo destrozado. Mira a su marido y se echa a reír, lanzándole los brazos al cuello. Jim sonríe y mira por encima del hombro de Melanie, por la ventana, al patio, donde Grace le está haciendo a Eve una pulsera de margaritas.

4. EL TALLER

Chinese Democracy de Guns n' Roses suena en un enorme sistema de sonido a un volumen que casi empuja hacia atrás a Martin Crosby cuando se dispone a acceder al pequeño estudio a través de una pesada puerta blindada. Hay un equipo de música tradicional con unos enormes e imperiosos altavoces empotrados en un espacio iluminado por ventanales y claraboyas en el que apenas cabe un horno y un caballete, además de varias pinturas y materiales de construcción apilados en el suelo. No ve a Jim Francis en su mesa de trabajo, pero reconoce la hilera de cabezas de actores de Hollywood y estrellas del pop, a pesar de las trágicas mutilaciones a las que el artista las ha sometido. Una estrella del cine con la cara cortada y cosida de cualquier manera con puntos de sutura. Un icono de las series por cable maldecido por un enorme tumor que le ha brotado a un lado de la cara. Una princesa del pop que ha perdido un ojo violentamente.

Entonces, de pronto, la música se detiene, Martin ve a Francis detrás de su hombro con un mando a distancia y pega un respingo. El artista, como es habitual, no le dice nada a su agente. Martin Crosby, un hombre calmado y taciturno que prefiere escuchar y mirar por encima de sus gafas de montura plateada, cuenta con numerosos clientes desagradecidos que ven su cometido, en el mejor de los casos, como un mal necesario. Pero nunca ha tenido uno tan… —«hostil» no es la palabra correcta, eso casi sería un halago— tan sumamente impasible como Francis. Se ha pasado dos horas y media al volante por la concurrida carretera interestatal para apoyar al artista y su inminente exposición, y lo único que dice Jim Francis es: «¿Y qué te trae por aquí?»

Martin explica los motivos de su visita mientras se frota la barba, cortada a la misma longitud que su pelo, pero Jim Francis se limita a decir: «Todo va bien. Mejor será que vuelva a la tarea.» Y señala una pequeña nevera. «Píllate una botella de agua», dice mientras coge el mando a distancia y una música rock, excesiva y sin encanto, a juicio de Martin, inunda el aire y le asalta los tímpanos. Quiere decirle algo, pero cae en la cuenta de la futilidad de tal empresa al ver que Francis se dirige a la escultura de la esquina y se pone a

moldear violentamente otra de las cabezas con sus callosas manazas y a despedazarla con una selección de cuchillos.

Casi merece la pena haber venido solo por ver a Jim Francis en plena faena. Es todo un espectáculo. La mayoría de los escultores están muy orientados a lo físico, pero a Martin le parece que la rabia controlada de Francis se ve jalonada por los incisivos y desgarradores sonidos de guitarra y voces bruscas, hasta el punto de dejar que el sonido lo guíe a través de la arcilla. Es como si el grupo estuviese esculpiendo la cabeza y usase a Francis como canal. En la pared que tiene al lado hay bandas magnéticas de las que cuelgan todo tipo de cuchillos. La mayoría son finos, de acero inoxidable, los típicos que ha visto usar a otros escultores, pero hay otros más grandes que parecen cuchillos de caza, y algunos similares a los instrumentos de un cirujano. Recuerda que Francis dijo una vez en una entrevista que le gustaba usar utensilios diferentes a los que se suelen emplear para esculpir.

Jim Francis es un tipo raro, de eso no hay duda, considera Martin, aunque tal cualidad no es precisamente única en su cartera de clientes. Los artistas son artistas. Martin quería hablar de la inauguración que tendrá lugar el mes que viene, asegurarse de que todas las obras están listas para su exposición, y ver qué distribución es la más adecuada. Tarea ardua. Francis tiene una cuenta de correo electrónico, pero nunca responde a los acercamientos de Martin, tampoco a sus mensajes de texto. Las conversaciones telefónicas, cuando se digna responder, resultan un ejercicio de arisco minimalismo. La última vez que hablaron, Jim Francis dijo antes de colgar, con ese acento cavernoso que tiene: «Acuérdate de invitar a Rod Stewart a la inauguración.»

De modo que Martin ha venido hasta aquí desde Los Ángeles y, por el momento, lo más probable es que vaya a ser una pérdida de tiempo. Esto no puede ser. Llevado por su creciente frustración, Martin responde al artista a gritos, pero la música está demasiado alta y no se atreve a tocar a Jim Francis, ni siquiera un contacto mínimo para indicarle que le gustaría hablar con él. Ve su oportunidad cuando termina la canción y el grito de Axl Rose se desvanece por un momento. «¡JIM!»

El artista se da la vuelta y apaga la música con el mando. Mira a Martin con calma.

«Veo que estás muy ocupado y admiro profundamente tu compromiso con el trabajo, pero tenemos que tomar decisiones importantes sobre la exposición. Necesito que me prestes atención exclusiva durante un rato. He venido a propósito desde Los Ángeles…»

«Vale», grita Francis agitado; luego parece relajarse un poco: «Dame una hora y almorzamos juntos. Entra en la casa y que Melanie te ponga un café o una cerveza o algo», y vuelve a poner la música a un volumen que obliga a Martin Crosby a seguir sus instrucciones. Después de cerrar la puerta tras de sí, Martin entra en una pequeña antesala y luego en la casa propiamente dicha. El taller debió de ser un garaje en su momento, integrado solo a medias en la vida de la casa. Un poco como el propio Francis, especula.

Martin solo ha visto una vez a Melanie, la mujer de Jim Francis, en la inauguración de un espectáculo. Se muestra de nuevo agradable y cercana en la misma medida en que su cliente resulta brusco y distante. Tiene la melena rubia recogida con una cinta roja y lleva un pantalón de chándal gris y una camiseta roja sin mangas. Hay una esterilla colocada en el suelo frente a un televisor gigante de pantalla plana, además de pesas y bandas elásticas; una delgada capa de sudor sobre su ceja da cuenta de sus recientes esfuerzos.

Melanie coge un par de botellas de agua fría e invita a Martin a sentarse en el sofá. Ella se sienta en un sillón acolchado justo enfrente y cruza las piernas en la postura del loto. «Jim puede ponerse bastante intenso cuando trabaja. Admiro su capacidad de concentración, porque yo me disperso enseguida, pero a veces es un poco aburrido estar con él.» Hace un gesto de cariño, mostrando a Martin que esta observación no supone un desaire hacia su marido.

Ha pasado casi una hora y media cuando Jim Francis aparece, y para entonces a Martin le ha entrado hambre, aunque la afable compañía de Melanie lo ha mantenido entretenido. Francis se dirige a Melanie: «No tardaremos mucho», dice, y luego se gira hacia Martin y levanta las cejas. Para acabar con una mujer tan sociable, vivaz y guapa, y mucho más joven que su marido, Jim Francis debe poseer algún tipo de encanto, pero a Martin Crosby siempre le ha costado encontrarlo.

Se suben a la camioneta de Francis, conducen en silencio hasta el centro de Santa Bárbara y aparcan frente a un bar junto a la playa llamado Shoreline. Eligen una mesa en la zona de la carpa exterior con vistas al Pacífico, y Martin repara en que Francis parece más relajado. El artista ve a una pareja con un perro oriental grande y arrugado y los saluda, con un apretón de manos al hombre y un beso en la mejilla a la mujer; después acaricia agresivamente al entusiasmado animal. «Vecinos», aclara a Martin cuando se sientan. Francis no tarda en sonreír a la joven camarera que se acerca: «¿Qué tal, Candy?»

«Muy bien, Jim», canturrea ella con una sonrisa reluciente.

Martin pide lo mismo que su cliente: una tortilla de clara de huevo con espinacas y queso feta acompañada de fruta fresca. Enciende el Mac y le muestra imágenes de posibles distribuciones y planos para colgar los cuadros e instalar las esculturas. Martin comienza a detallar los puntos de luz natural y artificial y los efectos que tendrían sobre las obras. «He pensado que igual podrías acercarte una mañana o una tarde y ver el espacio», comienza a decir, antes de que Francis lo silencie con un firme golpe del dedo sobre la primera distribución de la pantalla. «Esta está bien», dice.

«Bueno, tiene ciertas ventajas», conviene Martin mientras señala la imagen, «pero el problema es que hay una pared de ladrillos y ninguna ventana…»

«Está bien», reitera Francis; después dirige la mirada a una mesa cercana, a un grupo de juerguistas del Día de la Independencia que se recuperan de la resaca con botellas de cerveza Corona puestas del revés sobre enormes vasos de margaritas.

«Bueno, eh…, está bien, Jim, supongo que es cosa tuya.» Martin Crosby fuerza una sonrisa. «Me gusta la idea de montar las esculturas de cabezas sobre esos pilares clásicos, le da un toque como de los últimos días de la Antigua Roma…»

«Sí, sí, eso mismo. ¿Alguna novedad de lo de Rod Stewart?», interrumpe Francis mientras la camarera llega con las tortillas.

«Aún no. Le voy a pedir a Vanessa que se ocupe de eso», dice Martin cada vez más abatido al ver que Francis se pone a tirar restos de comida a unas gaviotas que merodean por la arena, fuera de la carpa. A sus ojos, su cliente parece obtener una desorbitada cantidad de placer del hecho de alimentar a esas agresivas aves. Parece especialmente interesado en una que está suspendida en el aire por una corriente térmica, al acecho para arrojarse a por comida. Jim parece disfrutar de sus chillidos de excitación, ajeno a la palmaria inquietud del resto de los clientes del bar.

Más tarde, mientras Martin Crosby conduce de vuelta a Los Ángeles, su asistente le pasa una llamada al manos libres del coche. No es Rod Stewart ni ninguno de sus representantes. Es una mujer con un acento parecido al de Jim Francis que dice ser su hermana.

5. LA LLAMADA

Hacía varios años que no oía la voz de Elspeth. Sin embargo, la reconoció por teléfono a la primera, sin siquiera mirar el identificador de llamada. Aunque la verdad es que no tenía su número grabado, porque hacía mucho que habían perdido el contacto. Su madre había muerto varios años atrás, después de que Jim se mudase a los Estados Unidos. Jim acudió al funeral, pero volvió a Los Ángeles inmediatamente después. Desde entonces había cambiado su número y no se había molestado en decírselo. ¿Cómo lo habría conseguido? Elspeth era una mujer de recursos. Era su hermana menor; le sacaba diez años y cuatro meses. Su hermano Joe era un año mayor que él. ¿Y por qué retomaba ella el contacto? Tenía que ser por algo de Joe, que era un alcohólico empedernido. La bebida había acabado con su padre. También acabaría con Joe. «Elspeth…»

«Te he buscado en Google. Tu agente me ha dado tu teléfono. He tardado un poco en caer en que eras tú…, con el rollo ese de llamarte Jim. En fin, no tengo buenas noticias…», y su voz vacila. «Lo siento mucho…», Jim siente en ella una indecisión paralizante, «pero Sean murió ayer. Lo encontraron en su piso.»

Sean…, qué cojones…

«Eso es todo lo que sé por ahora», prosigue Elspeth con un dolor triste e inquieto en la voz. Más que la noticia, que solo produce sorpresa, es su tono lo que conmueve a Jim Francis, pues su hermana y él no se despidieron de manera amistosa. «Lo siento mucho…»

A Jim le arde el cerebro a base de preguntas que le surgen en la cabeza, buscando su atención. Inspira por la nariz y llena de aire sus pulmones. Piensa en June, la mujer con la que tuvo a Sean y al otro chiquillo, Michael. Ella le había presentado al primogénito con un orgullo casi desafiante. ¿*Ves? ¿Ves de lo que soy capaz*? Entonces él sintió una extraña forma de vindicación personal que no sabía expresar con palabras, pero poco más. Después se fue al pub, invitó a copas a todo el mundo y se emborrachó. En su conciencia irrumpen primero una imagen de la cara de Sean cuando era un bebé, luego la de June, y después las de todos los colegas del pub. Y luego aparece la de

Elspeth, su hermana, ahora en silencio al teléfono. Qué orgullosa estaba entonces de ser tía, cuando no era más que una adolescente. Todos parecían pertenecer a una vida diferente, una vivida por otra persona. Entonces mira su bronceado semblante en el espejo de la pared. En el reflejo ve a Melanie pasando la aspiradora detrás de él con cara tensa. Qué distinto fue todo cuando llegaron Eve y Grace. Se había sentido como algo pequeño, pero parte de un cosmos infinito, inundado por un caleidoscopio interno de emociones; había llorado mientras le apretaba la mano.

«¿Sigues ahí?», dice la voz de Elspeth al aparato.

«¿Tienes el teléfono de June?»

Elspeth enuncia despacio los dígitos, que él anota en el iPhone con la mano libre.

«Obviamente, iré. ¿Me llamas si te enteras de algo más?»

«Por supuesto.»

«Gracias…», tose, luego baja el auricular del teléfono fijo hasta la horquilla.

«Se trata de Sean», le dice a Melanie. «Ha muerto.»

«Oh, Dios mío.» Melanie se cubre la boca con la mano. «¿Qué ha pasado?»

«Ha aparecido muerto en Edimburgo.» La voz de Jim es monocorde y regular. «No me queda otra que ir al funeral y averiguar qué ha pasado.»

«Por supuesto», suspira Melanie, envolviéndolo en sus brazos. Él está tenso, y ella se siente como un jersey colgado de una estatua de bronce. «¿Qué te han dicho?»

«Solo sé que ha muerto.»

Ella afloja un poco la presión, pero sin llegar a soltarlo. Su comportamiento le recuerda a cuando intentó abrazarlo por primera vez: una terrible rigidez le invadía todo el cuerpo. Melanie dice: «Me siento muy mal; nunca llegué a conocerlo. Tampoco a Michael.»

Jim está callado e inmóvil, como una de sus esculturas. Melanie siente cómo la tensión de él se va filtrando en su interior y la va endureciendo. Lo suelta y deja caer los brazos a los lados. «No irás a meterte en ningún lío, ¿verdad?»

Él niega con la cabeza. «¿En qué lío me iba a meter? Solo quiero averiguar qué ha ocurrido, ir al funeral», dice, y luego añade con una voz diferente: «Y ver quién llora lágrimas de verdad y quién de cocodrilo.» Entonces avanza hasta el pequeño despacho, se sienta frente al ordenador y se conecta.

«Jim…»

«Dices que no llegaste a conocerlo. Yo tampoco», murmura Jim, con los ojos castaño oscuro cada vez más turbios. «Cuando era pequeño no era más que una distracción para mí. Algo irrelevante. Luego estuve en la cárcel. Lo hice todo mal con él y con su hermano», prosigue, y Melanie siente que está adoptando un tono más comunicativo, como si estuviera hablando con otra persona. Esto la desconcierta, y él se da cuenta y baja la voz. «Cuando tuve hijos, me dije a mí mismo que no me portaría con ellos como mi viejo se portó conmigo. Y cumplí mi palabra: me porté peor», reconoce, casi con franqueza, al tiempo que se abre la página de American Airlines en la pantalla. Después se vuelve hacia ella y añade rotundo: «Pero con las niñas soy distinto.»

«Por supuesto que sí, eres un padre genial», dice Melanie, quizá con demasiado énfasis. «Ahora es diferente. Eras demasiado joven…»

«Era un adicto a la violencia», confiesa Jim con frialdad mientras teclea sus datos y saca la tarjeta de crédito. «Pero todo eso está ahora bajo control, porque no me lleva a ningún sitio interesante. Solo a la cárcel. Ya he tenido bastante.»

«Sí.» Melanie mira a Jim y le aprieta la mano. Intenta encontrarlo, encontrar al hombre con el que se casó, al que se había traído consigo a Estados Unidos. Pero solo logra ver al presidiario escocés al que conoció años atrás, llamado Francis Begbie.

6. EL REPARTIDOR 2

Venían por casa los viernes por la noche a jugar a las cartas cuando mi madre estaba en el bingo. Venían el abuelo Jock, Carmie, Lozy y un tipo mucho más joven, Johnnie Tweed «el Guapo», el único de ellos que alguna vez me daba dinero. Me llevaba aparte y me metía un billete de cinco o de diez libras en la mano, y de paso me guiñaba un ojo para hacerme saber que aquello debía quedar entre nosotros. Con sus abrigos largos de Crombie y sus sombreros de ala corta, formaban una cuadrilla de fanfarrones arrogantes y engreídos. A mí todos me fascinaban, igual que a mi hermano Joe.

Mi padre solía pillarse unas buenas cogorzas con mi tío Jimmy. Siempre estaban mamados. Mi madre lo echaba de casa, a veces durante años. Cuando volvía, pasaba una temporada sobrio, pero no le duraba mucho. Después estuvo sin volver una eternidad. Me decían que estaba trabajando en una plataforma petrolífera, pero yo sabía que estaba en la cárcel o apalancado con cualquier ramera. Después volvió de nuevo, y se quedó lo justo para preñar a mi madre de Elspeth, mi hermana menor.

Yo esperaba ansioso aquellos viernes por la noche, aunque me dieran una sensación tan extraña. El abuelo Jock se abría una cerveza, pero rara vez se la acababa, y se bebía un whisky a traguitos. Solo uno. Miraba a sus dos hijos: borrachos, sentados de cualquier manera, tirándose pedos y gritando; incluso de niño, percibía la decepción bullendo dentro de él. Supongo que era algo que compartíamos.

Mi madre lo odiaba a él y a su trío de amigos. Decía que eran unos gángsters. En aquella época, a finales de los setenta, eran de los pocos trabajadores que quedaban en los muelles. Todos, salvo Johnnie, llevaban allí desde la guerra y estaban a punto de jubilarse. Los tres más viejos, al tener un trabajo con exención militar, se habían librado de ir al frente. Siempre me pareció irónico que unos cabrones que iban de tipos duros se aprovechasen de su posición laboral para escaquearse de pelear con los nazis. Pero su verdadera motivación era el beneficio personal. Recuerdo que mi madre decía: «Se quedaron con todo lo que les correspondía a los

trabajadores. Robaron a los suyos. Los botines de la guerra eran para todos, no solo para esos rateros.»

Eso era un poquito hipócrita. Yo miraba todo lo que teníamos en casa y lo comparaba con las casas de los más pobres. Teníamos de todo, hasta que el viejo se pulió hasta el último penique. Y se sabía de dónde venía. Nunca oí a mi madre decir que hubiese que devolver nada.

Pero ella intentaba mantenerme lejos del abuelo Jock y sus amigos. Yo tenía trece años y estaba en el primer año de secundaria cuando empezaron a interesarse por mí. Que mi hermano, catorce meses mayor que yo, no les importase una mierda era bueno. Me hacía sentir importante.

En aquella época pocas cosas me hacían sentir así.

Me costaba mucho leer en primaria, y en secundaria me pusieron en la clase de los retrasados. Las letras y las palabras en papel no significaban nada, no eran más que un código borroso e imposible de descifrar. Muchos años después me diagnosticaron dislexia. Pero en aquella época los profesores y los niños sabiondos se burlaban de mí por ser lento e idiota. Por dentro estaba rabioso, tanto que casi me daban náuseas. Allí sentado, en mi pupitre, con la respiración acelerada por la furia, a punto de desmayarme. Después aprendí que soltar esa rabia era el modo de terminar con las risas: terminar con ellas transformándolas en sangre y lágrimas.

Me gustaba sentirme valorado por el abuelo Jock y sus colegas, aquellos hombres atrevidos y taimados a quienes la gente parecía temer y respetar. A Johnnie Tweed, en cambio, no acababa de entenderlo. Era más bien de la edad de mi padre, y siempre pensé que debería haber sido amigo suyo y no de mi abuelo. Como sugería su mote, Johnnie «el Guapo» era un tipo de buen ver con dientes grandes y blancos y un pelo denso y oscuro rapado por los lados. Olía mucho a loción para después del afeitado, cigarrillos y alcohol, como todos los hombres cuando uno es pequeño, pero Johnnie siempre iba más perfumado.

Yo odiaba la escuela y trabajaba a media jornada de repartidor en R & T Gibson, un ultramarinos de Canonmills. Iba en una bicicleta grande y negra con el cuadro metálico y llevaba cajas de la compra en la enorme cesta de la parte delantera. Circulaba con aquella monstruosidad por las calles bulliciosas; tenía que pedalear con toda la fuerza de mis enclenques piernecitas para mantenerla derecha. También me encargaba de reponer los estantes de la tienda. El dueño no se llamaba Gibson, sino Malcolmson: un culo inquieto de voz chillona. Malcolmson siempre me estaba dando órdenes, igual que Gary Galbraith, el otro chaval que trabajaba allí.

Un sábado por la mañana, el abuelo Jock vino a la tienda con Carmie. Willie Carmichael era un hombre colosal y callado con unas manos como palas que no se separaba nunca de Jock. El abuelo entró con su habitual sonrisa torcida, que yo ahora asocio a la palabra «insidia». Se quedó mirando profundamente a Malcolmson, que no paraba quieto, incómodo, mientras hablaba con una voz cada vez más aguda.

«¡Oh, sí, los estibadores de Leeeeeith, Jock, hay que tener contentos a los estibadores de Leeeeith!»

Mi abuelo no se quitaba de la cara aquella estúpida sonrisa. Carmie y él se llevaron a Malcolmson a un rincón y le susurraron algo. Yo me mantuve al margen, colocando latas de piña troceada en los estantes, pero vi que los ojos de Malcolmson se agrandaban y abrían mientras que los de Jock y Carmie se estrechaban y tensaban. Después, Jock me dijo: «Ya puedes trabajar duro y comportarte con el señor Malcolmson, ¿eh, chaval?»

«Sí.»

Entonces salieron de la tienda. Malcolmson se quedó un rato callado, pero luego me miró con una mezcla de asombro y temor. Luego nos dijo que Gary Galbraith se encargaría de la mayoría de los pedidos y que yo me quedaría colocando los estantes dentro, al calorcito. Para mí eran buenas noticias, pero no para Gary. Ir en bici ahí fuera era como estar en el Polo. Yo solo tendría que encargarme de una entrega, que sería tres veces a la semana: una caja de fruta y verdura para los estibadores de Leith. Nunca había visto a mi abuelo o a sus amigos comiendo una sola pieza de fruta, o una verdura que no fuese una patata.

Un zumbado llamado John Strang, con gafas gruesas y el pelo peinado hacia atrás, se encargaba de vigilar la verja. Tenía fama de psicópata violento y de haber pasado tiempo en Carstairs, un centro para delincuentes psicóticos. El suelo estaba adoquinado, lo cual daba igual al entrar, pero al salir, después de pasar por su guarida, la caja iba llena de botellas de alcohol muy pesadas que tintineaban y traqueteaban unas contra otras. Por supuesto, Strang no decía ni pío: estaba claro que Jock y los otros no le quitaban ojo, pero el hecho de pasar al lado de un pasmado con semejante reputación era bastante inquietante. Después pedaleaba de vuelta a la tienda y tiraba las botellas en el cubo de basura en la parte trasera del edificio. Johnnie se presentaba allí más tarde en una furgoneta y las recogía. Sabía que operaban así porque me quedé esperando una noche entre los matorrales junto al paseo de Water of Leith y lo vi aparecer.

Pero me gustaba bajar al astillero a ver al abuelo Jock y a sus amigos. Se notaba que eran un grupo aparte, y que los demás estibadores no querían tener nada que ver con ellos. Solían estar en una construcción de ladrillo junto a un embarcadero viejo y seco que habían ocupado como cuartel general. Estaba justo en el lado oriental del astillero, rodeado por una gran valla de alambre y un conjunto de unidades industriales, muy apartado de los demás estibadores. Creo que aquella disposición les iba bien a todos los interesados. Lo llamaban «la guarida» y en principio iba a servir de almacén; tenía una mesa de madera y sillas, y un estante con productos de limpieza. Había una luz, pero no ventanas; se aireaba gracias a ladrillos de ventilación arriba y abajo y se cerraba con una puerta de madera grande que quedaba entreabierta cuando estábamos dentro.

Yo me sentaba con ellos, con un tazón de té, me calentaba con una estufa de gas Calor que estaba encendida todo el invierno y los escuchaba hablar. Lo que decían me sonaba siempre muy raro, porque hablaban en clave, usaban palabras y expresiones que yo no lograba descifrar. Era como un idioma diferente, una especie de código. Reliquias de otra época.

Puede que no tuviesen ni puta idea de que The Jam fuese el grupo musical del momento, pero sabían calar a la gente, ver sus debilidades.

«Pues tu hermano Joe te tiene miedo», me dijo una vez el abuelo Jock en la guarida. «Sabe que es más débil que tú.»

Aquella revelación me dejó pasmado. Joe siempre me intimidaba: me pegaba, me hacía la vida imposible. Pero percibí cierta verdad en la afirmación del abuelo. Cuando Joe me pegaba, había algo de pánico en sus ojos, como si estuviese viendo venir la represalia que nunca llegaba. Pero, provisto de aquel conocimiento, pensé que ya era hora de que llegase. Y no se lo iba a esperar. Jock era un zorro viejo, olía la debilidad de un hombre como un tiburón percibe la sangre en el agua, lo veía todo. Lo entendía todo.

Cuando yo era joven, solía contarle a todo el mundo esta historia de Joe y yo, de cómo cambiaron las tornas. Cuando la contaba, me inventé que había sido mi padre quien me llevó aparte para decirme que le moliera la cara a Joe con un ladrillo mientras dormía. Eso es lo que yo deseaba en mi padre: que tuviera ese tipo de deseo de poder. Pero no había sido mi padre, había sido mi abuelo. Había sido el viejo Jock.

El caso es que, a fin de cuentas, la cara era la de Joe y el que tenía el ladrillo en la mano era yo. Se pasó la noche llorando con la almohada llena de sangre. Yo tenía miedo, pero estaba entusiasmado, casi borracho por la sensación de poder. Desde entonces, los dos supimos a qué atenernos.

7. LA HERMANA

El viaje en avión fue un borrón placentero y tortuoso de conocimientos. Los audiolibros atronaban en sus oídos a través de los auriculares, con el suplemento adicional del Kindle. Era una maravilla, una liberación. Podía ampliar el texto para concentrarse en palabras individuales sin que la cercanía de la masa restante lo distrajese. Había aprendido a modificar los tipos de letra; algunos eran más fáciles de leer que otros, y aquel experimento dio sus frutos. Había aprendido él solo a reconocer palabras en una página, en tándem con los actores que le leían el texto. Gradualmente, la punzante frustración del fracaso se había visto sustituida por la euforia del aprendizaje. Las sonrisas burlonas de los profesores, las risitas de los compañeros, la vergüenza mordaz y la rabia violenta e incandescente pertenecían a otra persona, a otra época.

Sin embargo, el nombre seguía allí, en el pasaporte: Francis James Begbie. Y eso que él usaba el nombre «Jim Francis» en el ámbito profesional, y que su mujer solía llamarlo Jim. Había sido fácil llegar a eso: por pura coincidencia, el apellido de Melanie era igual que su primer nombre de pila, y muchos de sus amigos de la universidad la llamaban «Frankie». Sin embargo, se sintió halagada cuando le comentó que quería que lo llamasen Jim, y que, cuando llegase Grace, todos adoptarían el apellido Francis. «No quiero que crezca siendo una Begbie», había dicho con vehemencia.

Pero fuese cual fuese su nombre, lo que tenía claro era que no volvería jamás a Escocia. No figuraba en sus planes y punto. Se había jurado que el funeral de su madre sería la última visita. No se llevaba bien ni con su hermano, ni con su hermana, ni con sus hijos, a quienes imaginaba haciendo cualquier cosa; cualquier cosa menos morirse. Su reacción visceral no lo había sorprendido; lo que le había chocado era su profundidad.

En cuanto a las amistades, las que se daban entre hombres de recalcitrante violencia podían llegar a convertirse en camaradería e incluso en afecto genuino por un tiempo, siempre que se hallasen férreamente reforzadas por una jerarquía. No obstante, si dichas amistades se rompían, las consecuencias eran devastadoras, y pocas relaciones podían sobrevivir entonces, eso siempre

que lo consiguiesen las partes interesadas. Pero, en cualquier caso, sus viejos amigos llevaban vidas que ya no le interesaban en absoluto.

Había hablado con June, y su llanto abotargado y amortiguado por los antidepresivos le dio a entender enseguida que su preocupación principal era conseguir que pagase él los gastos del funeral, a lo cual se ofreció con presteza. Le contó lo básico del caso: que tras un chivatazo anónimo habían encontrado a Sean desangrándose en un piso de Gorgie a causa de múltiples puñaladas. La policía supuso que lo habían atacado allí, pero no había nadie más presente y los vecinos no habían oído nada que hiciese pensar en una pelea. El propietario había alquilado el piso a un conocido traficante que en aquel momento se hallaba cumpliendo condena en prisión. Nada indicaba que se tratase de una venta de drogas, y, por lo que la gente sabía, el piso llevaba mucho tiempo vacío antes de que Sean lo ocupase.

Según transcurría, el vuelo se volvió aburrido, y el transbordo en Londres-Heathrow se retrasó. Por fin llega a Edimburgo, helado y exhausto, con una chaqueta de cuero ligera, arrastrando la maleta roja de tamaño medio que ha llenado principalmente con camisetas, calcetines y calzoncillos. El viento del mar del Norte lo azota al salir del edificio de la terminal. Había sido un error no traer un atuendo más apropiado. Saca el iPhone cuando le llega al buzón un mensaje de la compañía telefónica informándolo de las tarifas abusivas que pagará mientras esté en el extranjero. A ese le sigue uno más deseado, de Melanie:

Te quiero!!! Bsos

Al que responde:

Llegado sano y salbo. Te quiero!

Se da cuenta, consternado, de que ha escrito mal «salvo». Luego, para su sorpresa, cuando llega a la fila de los taxis, se percata de que conoce al taxista, cuyos tirabuzones recuerda al instante. Y el taxista también lo reconoce.

«¿Qué pasa, compadre? Eres Franco, ¿no? ¡El colega de Sick Boy!»

«Terry.» Franco, como siempre se le conocerá en Edimburgo, le devuelve una tensa sonrisa. Juice Terry es uno de los personajes de la ciudad, y resulta reconfortante ver una cara conocida. Lo último que había sabido de Terry era que seguía haciendo vídeos para adultos con su viejo amigo Sick Boy, y que trabajaba de taxista en su tiempo libre.

«He leído sobre ti. Te va bien, ¿no?», dice Terry con una sonrisita; luego se le arruga el rostro. «Por cierto… He oído lo del chaval. Lo siento de veras, compadre. Un muchacho tan joven…»

«Gracias, pero la verdad es que había perdido el contacto con él.»

La respuesta deja pensativo a Terry, que intenta discernir si es genuina o una bravuconada estoica. «Has venido al funeral, ¿no?»

«Sí.»

Tras llevar a Franco a Murrayfield, a la calle solicitada, un batiburrillo de edificios bajos, Terry le da una tarjeta.

«Si necesitas un taxi, dame un toque», le dice guiñándole el ojo. «No tengo siempre encendida la señal, no sé si me pillas.»

Franco coge la tarjeta y se la mete en el bolsillo interior de la chaqueta; después sale del taxi, se despide, y Terry sale pitando. Entonces divisa a través de una fantasmal neblina mañanera el imponente estadio de rugby. Luego, arrastrando tras de sí la maleta roja, recorre el camino de acceso a la casa con paredes cubiertas de piedra proyectada en la que vive su hermana con su marido y sus dos hijos. Llama a la puerta y abre Elspeth, con el pelo amontonado sobre la cabeza y sostenido por una fila casi imposible de horquillas y pasadores. Abre los brazos de inmediato y lo estrecha contra sí.

«Ay, Frank… Lo siento… Entra, debes de estar agotado…»

«Estoy bien», murmura él, dándole unas palmaditas en la espalda. Rompen el abrazo y Elspeth lo conduce dentro, al apetecible calorcito, donde le ofrece una cerveza que él rechaza con cierta brusquedad. «Yo ya no tomo alcohol.»

«Vaya, lo siento», se disculpa ella con retintín, y luego se corrige. «¿Sigues limpio?»

«Desde hace casi siete años.»

Elspeth se prepara un gin-tonic, aunque todavía es por la mañana. «La verdad es que tienes buen aspecto», reconoce mientras se sienta a su lado.

Frank Begbie no puede decir lo mismo de su hermana menor. Parece más rechoncha y tiene la cara abotargada. «Pilates», responde Frank con una sonrisa.

«¿En serio?»

«No, es Mel la que hace esos rollos. Yo solo voy a un club de boxeo cuatro veces a la semana.»

Elspeth se ríe de un modo que le resta años. «No te imagino haciendo pilates, pero en California, ¡nunca se sabe!»

«Cosas más raras se han visto.»

Como si reconociese la verdad en dicha afirmación, Elspeth dice: «Así que ahora eres artista, ¿eh?»

«Eso dice la gente.»

Amusga los ojos mientras se lleva el vaso a los labios. Da un sorbo. «Pues sí, leí un artículo sobre ti en el *Scotland on Sunday*. Allí estaban todas las estrellas de Hollywood, deseando ser tus colegas.» Elspeth levanta una ceja. «¿Has conocido a George Clooney?»

«Sí, lo vi una vez.»

«¿Cómo era?»

«Me cayó bien», reconoce Franco. «Y por eso no me parece de buena educación hablar de alguien que no está presente.»

Responde con un aire pomposo que irrita a Elspeth. «¿Desde cuándo te interesa a ti la buena educación?»

«Nunca es demasiado tarde.»

Elspeth parece darle vueltas a esta respuesta, como reflexionando; luego se traga una réplica mordaz que tenía en la punta de la lengua. «Siento mucho lo de Sean», comienza. Después se le endurece la expresión. «Pero pongamos las cartas sobre la mesa. Para que cada uno sepa a qué atenerse.»

Franco levanta una sola ceja. «Por mí vale.»

«Seguro que algunos se tragan ese rollo que llevas de rehabilitado», dice Elspeth con una sonrisa desdeñosa, «pero a mí no me engañas. Yo te conozco. Sé lo que eres.»

Se queda mirándolo, a la espera de una reacción.

Pero no llega ninguna. No parece que su hermano se haya ofendido, sino que en realidad no ha oído lo que le ha dicho.

«Aun así, seguimos siendo familia», suspira. «Así que puedes ocupar la habitación de invitados hasta después del funeral.»

«Te estoy muy agradecido.»

Elspeth entorna los ojos. «Ahora, tú pásate de la raya y te pongo de patitas en la calle. De verdad, Frank. Tengo a los niños.»

Frank Begbie siente que algo conocido despierta en su interior. Quiere ponerse en pie, mandarla a tomar por culo y salir de ese aburrido y ordenado hogar de las afueras, con esa decoración y esos muebles beis tan insulsos. Pero inspira profundamente y contempla los dos perritos de porcelana que hay sobre la repisa de la chimenea. Eran de su madre, estaban en la antigua casa. Entonces se gira y asiente con lentitud. «Lo comprendo.»

Elspeth parece desconcertada ante una respuesta tan dócil y traga saliva. «Sean venía por aquí algunas veces.»

«¿Sí?»

«Al principio estaba bien, daba gusto verlo…» Sonríe antes de negar con aire lúgubre. «Luego la cosa empezó a ir cuesta abajo, y solo venía a pedir dinero.»

«Te lo devolveré.»

«No lo digo por eso.» Elspeth levanta el vaso. «No quería que anduviera por aquí estando Thomas y George. Son buenos chicos. Pero lo admiraban, porque era su primo mayor.»

Frank intenta digerir todo esto. Sean, sus sobrinos, aquella casa en Murrayfield. No está mal, aunque ni de lejos tan impresionante como su propia casa de California, piensa con cierta satisfacción. Cuando era un chaval de Leith, Murrayfield le parecía un nido de millonarios. Ahora sus ojos críticos lo consideran —al menos esta parte— un barrio del montón, cutre, en absoluto algo a lo que aspirar. Pero la cabeza le hace interferencias, y se le escapa un enorme bostezo. «Mira, el desfase horario me tiene agotado. ¿Te importa si me echo un ratito?»

«Para nada», dice Elspeth, y lo conduce a su habitación.

Franco se queda en calzoncillos y se mete debajo del edredón. Mientras disfruta del lujo de estirarse por completo tras la estrechez del avión, se desliza hacia un sueño poco satisfactorio, lleno de visiones inconexas. Pasan unas cuantas horas hasta que lo despiertan los ruidos de abajo. Tras grabar el número de Terry en su iPhone, hace unos estiramientos seguidos de unos ejercicios de boxeo frente al espejo enterizo y ciento cincuenta flexiones antes de darse una ducha.

Los chavales, George y Thomas, de diez y nueve años, acaban de volver del colegio. Lo contemplan con absoluta fascinación. Tras intercambiar unas cuantas bromas sobre aviones y los Estados Unidos, George se aventura a afirmar: «Mamá dice que has estado en la cárcel.»

«¡George!», sisea Elspeth.

«No, no pasa nada», replica Franco con una sonrisa. «Sí, así es.»

«Hala… Debes de haber hecho cosas muy malas, ¿no?»

«Muy malas, sí», asiente Franco, «pero sobre todo muy estúpidas. Por eso va la gente a la cárcel. Pero vosotros parecéis demasiado listos para esas chorradas. ¿Cómo va el colegio?»

Ambos chavales están más que dispuestos a contarle sus días, y, mientras charla con ellos, lo desconcierta lo bien que le caen sus sobrinos. Incluso Elspeth parece suavizarse, y Jim acaba enseñándole fotos de las niñas en el

iPhone. «Son muy guapas», dice ella, pero es casi una acusación; su tono apunta a que es inevitable que él acabe destruyéndolas de algún modo.

Greg, el marido de Elspeth, llega a casa del trabajo. Ha cogido algo de peso y le ralea el pelo. «¡Frank! Me alegro de verte.» Extiende la mano y estrecha la de Franco con firmeza. Luego se corrige, afligido. «Obviamente, siento las circunstancias.»

«Sí, yo también, y gracias», consigue decir Franco, pensando que Greg es el clásico directivo medio británico: cansado, agobiado, acosado por la angustiosa certidumbre de que ya ha tocado techo y de que el próximo gran cambio en su vida será la lejana jubilación o, aún peor, un no tan lejano despido. «¿Qué tal el trabajo?»

«Mejor ni te cuento», contesta Greg negando con la cabeza.

Mejor ni te cuento hasta qué punto no quiero que me cuentes, piensa Franco.

Pero Greg, al igual que sus hijos, se muestra afable, y está dispuesto a dar conversación. «Hay rumores de fusión. Y eso nunca es bueno, Frank.» Mira por la ventana. Bajando la voz, repite: «Eso nunca es bueno.»

Después de cenar (Franco se queda atónito al sorprenderse a sí mismo hablando de «cena» en lugar de «té», como dicen en los Estados Unidos), los chavales se van a su habitación, Greg se pone serio mientras sorbe un whisky y Elspeth, en la cocina, mete los platos en el lavavajillas. «De veras, Frank, me parece admirable el giro que le has dado a tu vida con el arte. Debe de ser muy gratificante.»

«Se saca buen dinero, sí.»

«Yo siempre había querido escribir la gran novela escocesa…», se lamenta Greg con nostalgia al tiempo que señala una biblioteca. «Una vez hice un curso de escritura creativa…»

Franco sigue la mirada de Greg, que observa el lomo de los sospechosos habituales, y se da cuenta de que ha leído la mayoría. «En el colegio todos decían que se me daba bien el dibujo, pero yo no lo veía. Una vez dibujé un sol negro. El profesor se puso fuera de sí; “¿Un sol negro, Francis Begbie?” Pero a mí me gustaba la idea de un sol negro, como un agujero negro en el espacio, que sumiese todo en la oscuridad de donde venimos y adonde vamos.»

Greg asiente, pero se le desmorona la sonrisa cuando el peso desolado de las palabras de Franco llega a su destino. Se repone y aventura con tono de admiración:

«Es que tener tanta creatividad… ¡Ojalá yo también fuese así! Conocer a tantas estrellas… ¿Has conocido a Jennifer Aniston?»

«La mejor mamada de mi vida.»

Greg enarca las cejas, mira hacia la cocina y baja la voz.

«¡Guau! Estás de coña, ¿no?»

«Sí. No fue para tanto.»

«¡Ja, ja, ja!», se carcajea Greg antes de callarse cuando Elspeth reaparece.

Frank ha estado mirando una gran vitrina donde están los CD. Le llaman la atención varios juegos de mesa que hay debajo, apilados en un estante. Se levanta para verlos de cerca.

«¡Un Monopoly de Edimburgo! No sabía que existía. ¿Os apetece una partida?»

«No», sentencia Elspeth en tono rotundo y sepulcral. «¿Te acuerdas de la última vez que jugamos al Monopoly en familia? ¿En casa de mamá, aquellas Navidades?»

De repente Franco se vuelve taciturno, y justo entonces los chavales llegan de su habitación. «¿Qué pasó?», pregunta George.

«Nada que a ti te importe», responde Elspeth.

Franco recuerda que habían colocado una botella de whisky Famous Grouse en medio del tablero: la idea era que cuando alguien cayese en la casilla de «parking» se echase un chupito. Y él no hacía más que caer en ella. Entonces Joe hizo trampas, dijo que había sacado un diez en lugar de un once para colocarse en Park Lane con la intención de añadirlo a Mayfair, que ya era suyo. Frank cogió la botella y se la estrelló en la cabeza a su hermano, ante el estupor de Elspeth, June, Sandra (la ex de Joe), y de la madre de los Begbie, Val. Se llevaron a Joe al hospital, donde le dieron doce puntos. El recuerdo hace que Frank cambie de opinión y coja La Ratonera.

«Hace años que no veo uno de estos», dice mientras abre la caja.

«Tú odiabas ese juego», recuerda Elspeth. «Siempre decías que era un rollo darle la vuelta al tablero solo para desactivar la trampa, y que no siempre funcionaba.»

«Pues a mí me apetece una partidita, por los viejos tiempos», sugiere Frank. «Este es más chulo que el que teníamos. No recuerdo que hubiese un hombre en la bañera», añade, mirando los accesorios de plástico que George y Thomas ya están colocando en el tablero con entusiasmo.

8. EL INCIDENTE

A la mañana siguiente Franco se levanta temprano y observa por la ventana el final de la calle y el pequeño puente que cruza el Water of Leith y que conduce hasta el estadio de rugby. Resultan extraños los recodos que describe el río hasta llegar a Leith y el estuario de Forth, junto a los muelles. De nuevo, su percepción del barrio lo sorprende. Esos bloques baratos y cutres de piedra proyectada están solo un escalón por encima de las viviendas sociales.

Al coger el móvil, se da cuenta de que se le está acabando la batería y, como tuvo que hacer las maletas deprisa y corriendo, solo ha traído el cargador estadounidense. En cualquier caso, llama a Melanie por si está aún despierta. Responde de inmediato: «¡Hombre!»

«Hola, cariño, ¿qué tal todo?» Franco siente que su acento se suaviza. «¿Cómo están mis chicas?»

«Estamos todas bien. Lo único es que no sabía muy bien qué contarles. Les he dicho que un viejo amigo de papi está enfermo, no se me ocurría otra cosa.»

Franco sopesa la respuesta y admite: «Bien hecho; probablemente es lo mejor.»

Melanie le cuenta una anécdota sobre Grace y luego Frank le dice que han estado jugando a La Ratonera. Cuando parece que su teléfono está a punto de morir, se despiden y Frank va a la cocina a hacer el desayuno.

Elspeth se sorprende cuando llega y lo ve en sus dominios haciendo una tortilla de clara de huevo y queso suizo con un delantal que representa el cuerpo de una gorda en ropa interior. Nunca lo había visto cocinar, como mucho encender el hervidor. «Nuevos talentos», señala ella.

«¿Alguien quiere un poco?», pregunta Frank, con ese ligero deje estadounidense aún en la voz.

Elspeth dice que no, pero Greg, intentando aplacarse un mechón de pelo, acepta la oferta entusiasmado. Tras engullir la comida, Franco desaparece un momento y regresa con una sudadera abrochada hasta arriba, listo para salir.

«¿Adónde vas tan pronto?», pregunta Elspeth.

«Había pensado darme una vuelta por el centro, luego igual me acerco a Leith a ver si me encuentro con alguien conocido.»

Elspeth permanece en silencio y le da una copia de las llaves. Frank percibe en la mirada de su hermana una actividad mental intensa —marca de la casa— mientras procesa las ramificaciones potenciales de la situación.

Cuando Franco se va, Greg comenta: «¡Tu hermano es un hombre totalmente distinto! Tuvimos una conversación muy interesante sobre sus procesos creativos.»

«Tú siempre ves lo mejor de la gente», responde Elspeth con frialdad. «Pero no sabes cómo es de verdad.»

Franco intenta reconstruir los últimos días de Sean. Su primera parada es el piso en Gorgie donde falleció su hijo. Está escondido en un callejón oscuro y lleno de bloques, a espaldas del estadio Tynecastle. Ríos de musgo emergen de entre los adoquines del suelo y se respira un aire funesto de silencio y quietud. En el portal hay un portero automático, pero se detiene; prefiere no empezar a molestar a los vecinos pidiéndoles información, no hasta que tenga una visión más amplia del caso.

Necesita con urgencia ampliar los rudimentarios detalles que ha obtenido de June. Tras dirigirse al puente de Jorge IV, entra en la Biblioteca Central y se pone a leer noticias sobre el incidente. Después llama a la comisaría de Gayfield Square, al número de asistencia relacionado con el caso. Para su sorpresa, el recepcionista le pasa de inmediato con el oficial responsable de la investigación. El policía se presenta como el inspector Ally Notman. Tras presentar sus condolencias por la pérdida de Franco, le dice que quiere verlo en persona y le pregunta cuándo podría acercarse a la comisaría. Franco le dice que podría estar allí en cuestión de una hora, a lo que Notman accede. Tras la llamada, Franco supone que la barra de batería de su iPhone ha debido de agotarse, pero esta se mantiene encendida con determinación.

Pasea por la ciudad con un peculiar y distante optimismo. Cuando llega a lo alto de Leith Walk, el pulso se le acelera; aquí está la puerta a sus orígenes. A pesar de haber recibido un buen trato al teléfono, le resulta raro entrar voluntariamente en la comisaría de Gayfield Square. En su última visita, hace muchos años, lo metieron a rastras por esa puerta y, después, en una celda de detención, medio borracho, lleno de rabia y cubierto por la sangre de Donnelly, otro de sus rivales, tras una pelea a navajazos en la puerta del pub Joseph Pearce, en la acera de enfrente. Esto había ocurrido a plena luz del día.

En qué estaría pensando, se pregunta. *Puto kamikaze*. Se detiene, se aparta de las puertas de cristal de la comisaría y, desde este punto de la plaza de época georgiana, vuelve la vista al pub. Habría sido más fácil meterse en la comisaría y cargarse al sargento de turno.

Al entrar ahora, un oficial le da la bienvenida con una sonrisa; tanta cordialidad deja aún más descolocado a Franco. Llaman al inspector con el que ha hablado antes y enseguida aparece. El inspector Ally Notman es un hombre alto, de pelo oscuro, delgado, pero con una creciente barriga cervecera. Notman le da la mano a Franco, le expresa condolencias por su pérdida y lo lleva a una habitación más tranquila. Solo entonces deja de dorarle la píldora y pasa a relatar de forma sistemática todos los detalles del caso. «A Sean le asestaron múltiples puñaladas en el pecho, estómago, abdomen y muslos. El hecho de que solo presentase laceraciones en un brazo indica que apenas ofreció resistencia, sin duda debido a su alto grado de intoxicación. Lo que lo mató fue una herida en el muslo que afectó a la arteria femoral de la pierna. Debió de desangrarse hasta morir en cuestión de un minuto.» Notman levanta las oscuras cejas, buscando una reacción en Franco.

«Parece que el tipo que lo hizo tuvo un arrebato de furia, además de suerte», apunta Franco. «No es precisamente obra de un asesino a sangre fría.»

Notman mantiene su cara de póquer, pero Franco cree ver un destello de aquiescencia en los ojos del agente. Después el detective le muestra una copia del informe toxicológico. «Aquí puede ver que Sean estaba muy drogado.»

Franco examina el documento; entre la jerga técnica, sobresalen las palabras «heroína», «éxtasis», «cocaína», «sulfato de anfetamina», «cannabis», «valium», «nitrato de amilo» y «antidepresivos». *El que entró en el apartamento y se cepilló al pobre desgraciado no tenía planeado nada de nada*. «Y tanto», observa Franco. «¿Hay algo de lo que no estuviese puesto?»

«Como he dicho, suponemos que no se dio mucha cuenta de la agresión en esas condiciones.»

Bueno, eso es mucho suponer, concluye Franco. «¿Algún sospechoso?»

«Nuestras investigaciones están en curso», dice Notman con suavidad. «Por supuesto, le mantendremos a usted y a su ex…, la madre de Sean…, informados de cualquier avance.»

«Perfecto», dice Frank Begbie. Ya sabe de qué va el rollo. La policía no va a poner el empeño necesario para encontrar al culpable. Y, para su propio desaliento, ahora ni siquiera se lo reprocha. Sean, al igual que él mismo, debía de ser un bala perdida desde hacía tiempo y seguro que andaba metido en líos

de todo tipo. ¿Por qué preocuparse por esa clase de gente? Mejor dejarlos a su aire y que se maten entre ellos. Por mucho que se nos llene la boca con discursos vacíos y pusilánimes, lo cierto es que hemos dejado de lado la democracia, la universalidad y la igualdad a ojos de la ley y, *de facto*, hemos aceptado una visión del mundo jerárquica y elitista. Los que están abajo no importan, siempre que se amenacen entre sí y no a los de arriba o a los turistas, que son fuente de ingresos. Sus propios hijos, Sean, Michael y River, este último de su exnovia Kate (a quien prácticamente olvidó nada más comenzar su largo encierro, justo antes de que el niño naciese, y a quien dejó estando aún en la cárcel), no tienen ninguna importancia para él. ¿Cómo se los puede comparar con Eve y Grace, nacidas de una madre culta y en circunstancias favorables? Uno siempre apuesta por el purasangre, no por un caballo de tiro. Si segrega a su propia prole, ¿cómo va a condenar a la policía por su falta de interés cuando seguro que hay por ahí algún turista al que han robado la cartera?

«Una cosa», dice Franco. «¿Quién lo encontró?»

«Alguien hizo una llamada anónima al 999, al servicio de ambulancias, dijo que se había producido un accidente grave y luego colgó.»

Frank Begbie piensa en esto último. Es evidente que quien hizo la llamada está implicado de algún modo. Una persona como Dios manda habría llamado también a la policía, no solo al servicio de ambulancias, y no habría descrito lo sucedido como un accidente. «¿Es posible que quien hizo la llamada sea el culpable?»

«Es posible. O un amigo o compinche que presenció el asesinato y conocía tanto a Sean como a la persona que lo hizo. Quizá le remordiese después la conciencia», dice Notman. «Pero no lo sabemos.»

Franco sopesa estas palabras y siente que eso es todo lo que va a poder sacar de la policía.

«Parece que su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. He oído que le va muy bien en el mundo del arte», dice Notman con una media sonrisa.

«No me quejo, no me ha ido mal», responde Franco al tiempo que toma plena conciencia de que no van a mover un puto dedo en el caso de Sean. Y además se da cuenta de que el motivo principal por el que han aceptado verlo con tanta rapidez es para convencerlo de que él tampoco mueva ninguno.

«Entiendo que debe de estar afectado, señor Begbie», señala Ally Notman con un tono de seriedad profesional. «Pero huelga decir que debe dejar que nosotros nos ocupemos. ¿Queda claro este punto?»

«Estoy encantado de que ustedes hagan su trabajo», sonríe Franco, y después añade oscuramente: «Y de que me dejen hacer a mí el mío.»

A Notman le cambia la cara.

Franco suelta con una sonrisa radiante: «Que, por supuesto, es pintar y esculpir.»

9. LA PAREJA DE BAILE 1

Se encontraron en la terraza del club, en la parte trasera del edificio, arrastrados por las movidas melodías que salían del equipo de sonido, cortesía de un DJ que había en un rincón. Comparado con el interior, insulso y casi desierto, aquello resultó ser un oasis: la gente estaba bailando, bebiendo y fumando sentada en las mesas, o dando vueltas en pequeños grupos. Melanie y Jim se dieron cuenta de inmediato de que eran dos de los escasísimos no latinos presentes; otra pareja blanca giraba con algo de estilo y solvencia, mientras que dos hombres negros, apoyados en la barandilla, miraban de modo alterno a la calle y se volvían después para echar un vistazo apreciativo a la multitud. Por iniciativa de Melanie, ella y Jim ocuparon unos asientos colocados contra la pared, frente a la zona de la barra. Miraban hacia la pista de baile de madera pulida, y el mantel rojo de la mesa les rozaba las piernas.

No llevaban mucho rato sentados cuando desfilaron por el patio dos mujeres que quitaban el hipo, vestidas para matar y con la actitud correspondiente. Una era arrebatadora: iba bien arreglada, tenía una silueta esbelta y unas curvas angulares que no eran de este mundo. Seguro que es modelo, pensó Melanie en voz alta. La otra, de labios abrasadores y largo pelo negro, tenía una pose de leona que no dejaba indiferente a ninguno de los allí presentes. Jim y Melanie no fueron los únicos en intercambiar una mirada: algo estaba pasando y en el aire se olía que iba a pasar mucho más.

Segundos más tarde, después de las dos intrusas, entró un joven vestido con un traje azul claro. Era guapo y garboso, algo presuntuoso pero ágil de movimientos. Cigarrillo en mano, lo contemplaba todo con un aire de desdén altivo pero jovial. Cuando puso los ojos por primera vez en los dos hombres negros, y luego en Jim y Melanie, esbozó grandes sonrisas, como dando la bienvenida a nuevos huéspedes. Luego saludó con la mano al DJ y se sentó a una mesa con las dos mujeres; pidieron una botella de vino blanco.

Melanie había intentado no mirar, pero había algo resplandeciente en aquel trío. Su aura reverberaba en el espacio, y de ellos emanaba una conexión total con la música y el ambiente. Parecían importantes, pero por

una razón más profunda que la que daba su aspecto. Era como si aquel fuese su sitio; había una determinación casi divina en su modo de proceder.

Transcurrida media hora, Melanie y Jim se sintieron decepcionados de que el impresionante trío no se hubiese unido al baile, ya que casi todos los demás parecían estar de pie. A petición de Melanie, ella y Jim se levantaron y se pusieron a bailar como pudieron; los recibieron con miradas de amabilidad teñidas de cierta lástima. Después el DJ puso una canción más rápida, y el hombre del traje azul se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a la mujer delgada que parecía modelo justo cuando ella estaba dándole un sorbo a su copa. Él le dio una profunda calada al cigarrillo antes de aplastarlo en el cenicero y la cogió de la mano para salir a la pista de baile. Al principio ella no parecía mostrar mucho interés, pero la mirada de su pareja pareció inflamarla y comenzaron a bailar al ritmo de la música.

Melanie sintió que se le aceleraba el corazón. Miró a Jim, que estaba absorto en la pareja. Se dirigieron por instinto hacia sus asientos, para apreciar mejor la actuación, que era extraordinaria; la pareja parecía encarnar el sonido a través del movimiento: ritmo, aptitud, estilo, gracia, y una pasión incendiaria. Ni Jim ni Melanie podían quitarles los ojos de encima. El hombre recorrió suavemente con las manos el pelo de la mujer, le acarició el rostro y de repente, cuando el ritmo llegó a una violenta explosión, la agarró de la cintura y la echó hacia atrás hasta dejarla con la cabeza colgando.

Melanie sintió que se le abría la boca, que un escalofrío le recorría la columna vertebral y que le sudaban las manos. Entonces, por debajo del mantel, la mano de Jim se posó en su rodilla y subió reptando como una tarántula por sus muslos. A pesar de aquello, no podía quitarle los ojos de encima a la pareja de la pista de baile. Cada cadencia de la música se veía jalonada por el destello de una mano, el giro de un brazo, la curva de una cadera, y cada *crescendo* se veía acompañado de una vuelta…, luego dos…, luego tres…, luego cuatro…, seguidas por una pausa, y Melanie sentía los dedos de Jim, que subían por debajo de la falda y se le metían bajo las bragas, explorándole el coño húmedo en busca del clítoris. Y casi al mismo tiempo ella le desabrochaba el botón del pantalón y metía la mano por la cremallera para rodearle la polla, dura como un ladrillo, con la mano. Podía oír la respiración de Jim, lenta e irregular, mientras ambos mantenían la mirada fija en la pareja de la pista de baile. La respiración de Jim se hizo aún más entrecortada, al igual que la suya, mientras se excitaban por el baile, el estilo, el jazz y el atractivo sexual del dúo incandescente.

La multitud al completo, pareja a pareja, dejó libre la pista de baile a medida que la actuación estrella iba ganando intensidad. Su apariencia resultaba impetuosa, pero al mismo tiempo cada cadencia revelaba coordinación y perfección técnica. Se formó un corro a su alrededor en el que la gente no hacía más que mirar y aplaudir, lo cual impedía que Melanie y Jim viesen a la pareja; ellos también se habrían levantado de la mesa si no hubiesen estado tan enfrascados en el espectáculo de su propio clímax. Cuando terminó la canción, la sala entera estalló en vítores, silbidos y aplausos. Melanie y Jim se quedaron allí sentados, sumidos en el estupor, hasta darse cuenta de que algo importante había ocurrido.

«¿Dan clases de salsa en la ciudad?»

«Sí», dijo Melanie. «Estoy segura de que encontraremos algo.»

Tenía que ser Harry a quien enviase el Departamento de Policía. El solitario Harry Pallister, el chaval de ojos tristones a quien conoció en el séptimo curso de la escuela secundaria Goleta Valley. Los pensamientos de Melanie se remontaron a aquellos días, en los que podía oler el deseo que algunos chicos sentían por ella, de tanta feromona que había en el aire. Y con algunos el ardor era recíproco. Pero Harry acechaba en la sombra; languidecía en silencio, atrapando ocasionalmente la mirada de Melanie con aquellos ojos tristes y anhelantes. Luego, cuando Melanie empezó el primer curso en el instituto de Santa Bárbara, nada más poner el pie en el patio del edificio colonial de estilo español, sonrojada de entusiasmo, la primera cara conocida que vio fue la de Harry.

Su alegría se esfumó.

Ahora está de pie en el porche, y aunque el sol que hay tras él le hace guiñar los ojos, Melanie ve su rostro, delgado y sincero, y esa expresión suya de mártir silencioso, como si el mundo le viniese grande, pero no por ello dejase de luchar con valentía y resignación. En aquel momento, como siempre, parecía ser el heraldo de una gran desilusión. «Hay noticias con respecto a los tipos esos por los que llamaste.»

Ella ya se arrepiente de haber llamado para decir que la habían amenazado esos tíos. ¿Por qué lo había hecho? Jim se había vengado, de algún modo, al prenderle fuego al vehículo. Sabía que la verdadera razón había sido la terrible violación que había sufrido su amiga Paula Masters a manos de dos hombres. Los culpables no eran vagabundos, eran estudiantes, pero no importaba. Los hombres peligrosos para las mujeres no eran más que eso:

hombres peligrosos. «Hola, Harry, pasa», se obliga a pronunciar en tono alegre, mientras entra en casa. Él la sigue, clavando una mirada vacía en los cuadros de las paredes y en el salón; a petición de Melanie se sienta en el sofá.

Harry rebusca en su cartera de cuero y saca dos fotografías que coloca en la mesa ante ella. «¿Eran ellos? ¿Los hombres que os acosaron?»

No cabe duda. Las fotos de archivo policial los hacen parecer aún más lo que son; podrían haberlas tomado el día antes. El moreno, silencioso y amenazante; el rubio, con esa sonrisita congelada en el rostro. Melanie traga saliva mientras se arrepiente de no haber seguido el consejo de Jim. ¿Por qué, por qué, por qué había llamado? Lo único que había hecho Jim había sido quemar el coche.

Asiente. «¿Han causado más problemas?»

Harry hace como si ella no hubiese hablado y vuelve a su cartera para sacar un folio mecanografiado. Desde donde está sentada, Melanie no ve de qué se trata, menos aún los detalles concretos. Harry guarda silencio mientras lo lee. Melanie interpreta dicho comportamiento como una especie de afirmación de poder.

Melanie nunca había tenido miedo de asumir su personalidad. No se veía en la necesidad de disculparse por su belleza o por la riqueza de su entorno. Se limitaba a reconocer que los valores liberales de su familia la habían dotado de una magnanimidad y una preocupación por aquellos que surcaban la vida con comodidades menos ostentosas que las suyas, y de la comprensión de que aquella relativa prosperidad le otorgaba libertad de movimientos para dedicarse a su vocación. Consciente de que su belleza atraía atención, tanto positiva como negativa, había aprendido, con una serena asertividad, a lidiar con niñatos engreídos, empollones y todo el espectro entre ambos. No hay que dejar que los planes de otros te absorban. Nunca.

Pero el mudo deseo de Harry siempre la había irritado. Era como si se limitase a estar por allí rondando, esperando a que Melanie validase su vida con una sonrisa o un «hola» o incluso un «te quiero». Ahora estaba de nuevo en silencio.

Melanie lo conmina a hablar.

«¿Harry?»

«Dijiste que fueron amenazadores», dice carraspeando al tiempo que saca una libretita del bolsillo del pantalón.

Ya lo pilla. Harry el inofensivo con su libretita. Los maderos nunca son inofensivos, había murmurado Frank, es decir, Jim, con un tono reservado y

glacial después de que ella los hubiese presentado en la inauguración de su obra. Harry había acudido como invitado de un amigo mutuo del instituto con quien ella decidió tener una pequeña conversación. ¿Qué había olido Harry en Jim? ¿Criminalidad? ¿Peligro? ¿Arte tal vez? Aquella noche, cada vez que lo miraba, no estaba echándole a ella las acostumbradas miradas furtivas y desconcertantes. Estaba inspeccionando a Jim. Quizá intentando comprender cómo mujeres como Melanie, bellas, inteligentes y ricas, se sentían atraídas por hombres que él suponía claramente programados para decepcionar. Intentando averiguar qué ventaja poseían sobre los que eran como él, fieles soldados de infantería que solo querían cuidar de una mujer. Mantenerla. Salvarla. Melanie consideraba que aquellos hombres daban miedo a su manera, sin saberlo. A menudo, más que muchos psicópatas. Ahí está la mirada lenta de Harry, su actitud algo torpe, desmañada, mientras le hace preguntas sobre el enfrentamiento con aquellas dos almas perturbadoras y perturbadas. «¿Y cómo reaccionó Jim?»

«Estaba muy tranquilo», dice Melanie, alargando el «muy» para relajarse. «Me dijo que me llevase a las niñas al coche. Luego supongo que les paró los pies a esos tipos y vino a nuestro encuentro.»

Tras unos cuantos garabatos más y otro silencio, Harry pregunta, dando golpecitos con el bolígrafo sobre la libreta: «¿Qué les dijo?»

Melanie sabe que aquello no tiene que ver con esos hombres. Inspira profundamente y siente que el fastidio le asoma a la voz. «No creo que les dijese nada a esos gilipollas. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quiénes eran?»

Harry se muerde el labio superior y después emite un chasquido. «Han sacado un cadáver del mar. Se había quedado enganchado en las jarcias de Holly, la plataforma petrolífera en alta mar, y lo encontró un empleado de mantenimiento. Si no, la corriente lo habría arrastrado al océano. Era este hombre, Marcello Santiago, integrante de una banda con antecedentes.» Dicho esto, le pasa una foto de nuevo. Es del moreno, el de los músculos, que había propuesto ponerle crema solar en un tono tan escalofriante. «Su ficha policial se las traía: varios delitos graves, entre ellos agresiones con violencia y violaciones. Su compañero, Damien Coover, con quien se le ha visto recientemente, y que está en paradero desconocido, está fichado por pederastia. Tuviste suerte de que Jim estuviese contigo y con las niñas. Esos tipos no son trigo limpio. Bueno, en el caso de Santiago, no era.»

Melanie mira la foto de Santiago. Se le hiela la sangre en las venas. El termostato del aire acondicionado se enciende y lanza una ráfaga de aire frío a la habitación. Se estremece. «Está… muerto», dice, tragando saliva. Resulta

estúpido decir eso, dado que Harry le acaba de explicar que han sacado su cadáver del mar, pero está conmocionada.

A pesar de todo, Melanie es consciente de que le ha dado cierta autoridad al agente de policía. En honor de Harry, hay que decir que hace como que no ha oído su estúpido e inútil comentario. En lugar de ello, mira la libreta.

«Jim volvió contigo y con las niñas, ¿verdad?»

«Sí», dice Melanie, encogiéndose. Entonces le asalta un espasmo tembloroso, justo cuando Harry levanta la mirada.

«¿Estás bien?»

Melanie inspira profundamente y asiente. «Da miedo pensar que estuvieron tan cerca de las niñas…» Vuelve a mirar las fotos en la mesa y recobra la compostura. «¿Tú qué crees que pasó?»

«Bueno, todavía no tenemos el informe oficial del forense, pero los exámenes iniciales indican heridas múltiples de arma blanca.»

«Ay, Dios mío», dice Melanie, y luego pregunta, quizá demasiado rápido: «¿Crees que su asesinato tendrá que ver con alguna banda?»

«Santiago está muerto, Coover ha desaparecido. Quizá Coover lo matase tras alguna riña y lo tirase al mar intentando simular un ajuste de cuentas entre bandas; a lo mejor no se le ocurrió lo de Holly… Pero en realidad con esta gente nunca se sabe.» Harry dio de nuevo unos golpecitos con el boli sobre la libreta. «Quizá estuviesen colocados, o se peleasen, o vete tú a saber… Normalmente esa zona de la playa está concurrida, pero después del Día de la Independencia… Pronto tendremos el informe forense completo», añade, y acto seguido cambia el tono. «Mira, Mel, lo que está claro es que no es mi trabajo sacar conclusiones precipitadas. Te cuento esto en confianza, como amigo», dice, y luego se detiene, dirigiéndole una mirada de esperanza.

Melanie se siente agradecida, pero no sabe hasta qué punto espera él que lo esté. «Te lo agradezco, Harry.»

«Pero también estoy siendo sincero porque sé que puedo tratar el tema contigo de modo racional, dada tu experiencia con hombres así…» Hace una pausa de nuevo, y Melanie siente un zumbido en los oídos. «Por tu trabajo.»

«Gracias…»

«En fin, no es que estos tíos sean una gran pérdida», dice Harry en tono alegre, guardando los documentos. «Dos individuos muy peligrosos.» Y se pone en pie.

Melanie también se levanta. «Sí, eso lo dejaron claro con su modo de comportarse.»

«Hay otra teoría», asiente mientras observa su reacción. «Que Coover también esté muerto. En ese caso, aunque estos tíos eran peligrosos, a lo mejor no lo son tanto como quienquiera que los haya quitado de en medio. Si es que alguien lo hizo.»

«Claro», dice Melanie. Nota que se le desmorona la mente, y sabe que Harry está intentando interpretar de nuevo su reacción. Melanie intenta concentrar sus pensamientos en Devereux Slough, la fauna marina y los nidos de las golondrinas de mar que tanto parecían interesar a Jim.

«¿Y cómo está Jim?», pregunta Harry en tono melodioso.

«Pues de vuelta en Escocia. Ha perdido a un familiar», aclara mientras atraviesa el vestíbulo en dirección al porche, obligándolo a seguirla. Espera, por una vez, que se distraiga mirándole el culo.

«Lo siento. ¿Alguien cercano?» Melanie oye su voz incorpórea tras ella, fina y metálica.

Abre la puerta y se da la vuelta para mirarlo cara a cara. «Por suerte, no», dice sin pestañear. No debería ser tan fácil decirlo. Pero ya le ha contado demasiadas cosas a Harry. «Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a buscar a las niñas.»

«Por supuesto», responde él con una sonrisa mientras camina hacia el exterior. «Me alegro de verte. Te mantendré informada.» Y le dirige un pequeño saludo antes de tomar el camino que lleva a la carretera.

10. EL HERMANO

La mejor forma de ir a Leith es a pie, bajando por Leith Walk desde el centro de la ciudad. Franco había decidido saborear cada paso del descenso, pero se paró en un par de tiendas de electrodomésticos a precio de saldo. En ninguna de las dos tenían adaptadores de corriente para aparatos estadounidenses ni cables británicos para el iPhone. En su lugar, lo que hicieron fue intentar venderle cualquier otro producto eléctrico o portátil y cualquier servicio imaginable. Lo rechazó todo y volvió a salir.

La lluvia ha empezado a caer, así que se sube a un autobús que baja por Leith Walk. Para cuando llega a Pilrig, ha escampado, así que se baja dos paradas después y avanza hacia la parte baja de Leith Walk, recorre Junction Street, baja por Ferry Road hacia Fort House. El imponente edificio, monumento a la arquitectura municipal de los sesenta, está vacío y resulta inquietante, pero todavía no lo han demolido. Mira las enormes paredes que rodean el barrio y se fija en los pisos. Ahí estaba la antigua casa de los Renton, la de Keasbo, la de Matty… Pero de aquello ya no queda nada. Sobre él cae cierta melancolía, y se dirige hacia la ría, siguiendo los chillidos de las gaviotas. Pronto se da cuenta de que está atravesando una promoción urbanística de nueva planta algo saturada en Newhaven que le ha impedido reconocer la zona.

Elspeth no tenía el teléfono de su hermano Joe, solo una dirección que le había dejado al pasar por su casa unos quince días atrás, borracho y pidiendo dinero. Parecía poco probable que siguiera en el mismo sitio. Joe era un alcohólico experto en apalancarse en hogares ajenos: iba dando tumbos de un sitio a otro, de alquileres temporales de la Asociación de la Vivienda a casas de colegas generosos, arruinando organizaciones y amistades a su paso.

La zona formaba parte de un nuevo Leith, diseñado para profesionales urbanos, pero los pisos se habían construido con materiales de muy mala calidad, y la falta de infraestructuras sociales en los alrededores durante la recesión los había dejado inservibles. Los promotores inmobiliarios, con el fin de reducir pérdidas, se los entregaron a la Asociación de la Vivienda, que se los alquilaba a los inquilinos más pobres del municipio, a menudo expulsados

de los barrios grandes por comportamiento antisocial. Así que los pocos jóvenes profesionales que habían caído en la trampa de comprar tales viviendas se vieron atrapados en un gueto incipiente.

Para asombro de Franco, Joe sigue viviendo en esa dirección y contesta casi de inmediato, abriendo sin alegría la puerta para después volver al interior indicándole que lo siga. Su hermano lo mira de un modo tan indiferente que parece que Franco acaba de volver de comprar un paquete de cigarrillos, en vez de haber pasado los últimos seis años en California. Joe Begbie, con una parca puesta, se desploma en el sofá y le da un trago a una botella de plástico que parece contener sidra sin gas; siente alivio al ver que su hermano rechaza un trago.

Franco observa la pequeña y desnuda habitación. Las paredes están pintadas de blanco y tienen roña alrededor de los interruptores. La moqueta beige, que parece pegarse a sus zapatos, está descolorida por la variedad de líquidos derramados. Está todo cubierto de cartones de comida vacíos, latas de bebidas y ceniceros desbordados. Parece un anuncio de cómo no debería vivir un hombre de mediana edad.

«¡Menuda es Sandra…! Tenías razón sobre ella, Frank. La calaste bien a la muy cabrona», concede Joe con los ojos rojos y hundidos, mientras refuerza su consumo de sidra con un traguito de whisky de una botella de Famous Grouse.

Hace ademán de pasarle la botella a Franco, pero este vuelve a rechazarla mientras piensa en Sandra y en patatas fritas. Siempre ha asociado las dos cosas después de un incidente sexual de adolescencia en la estación de mercancías. «¿Te ha echado de casa?»

«Puta zorra de mierda», murmura Joe con la mirada fulgurante. «Hasta ha puesto a los chicos en mi contra.» Sacude la cabeza y después su cara se llena de alegría repentina. «Me alegro de verte. ¡Sabía que volverías!»

«Solo para el funeral. Luego me piro.»

La cara de Joe se arruga para fruncir el ceño y apoya el whisky en una mesilla de madera cuya periferia está manchada de quemaduras de cigarrillo. «¡No me digas que no estás buscando al cabrón que se ha cargado a Sean! ¡Yo he estado buscándolo!»

«¿Sí? ¿Desde el sofá?»

«¡Sí que he estado buscando!», protesta Joe. «No es tan fácil… No sabes cómo están las cosas por aquí…»

«Sí, la vida puede ser dura», admite Franco secamente.

«No tengo tabaco.»

«Menuda tragedia. Te acompaño en el sentimiento.»
«¿Tú lo has dejado?»
«Sí.»
«¿El tabaco?»
«Sí.»
«¿Que has dejado de fumar?»
Franco asiente con la cabeza. «¿De cuántas maneras quieres que te lo diga?»
«Mmm…» Joe clava una mirada penetrante en su hermano. «¿El paripé del arte te da dinero?»
«No me va mal.»
«Sí, ya lo he leído, es verdad. ¡Así que te va genial! Menudos zapatos», dice Joe con amargura tras mirar el brillante cuero negro que cubre los pies de Franco. Esto parece cabrearlo, porque de pronto suelta: «¡No se puede decir que no hayas cometido errores, Frank!»
Frank Begbie mantiene la compostura, inspira de un modo lento y constante y dice: «Los errores son de otros. Gente que intentó joderme. Ellos cometieron errores. Y por lo general acabaron pagándolos.»
Esto basta para que su hermano baje el tono. «California. ¿Qué tal te va por allí, Frank?»
«Bastante bien.»
«Seguro que sí.» Algo baila en sus ojos, o más bien al fondo de su mirada. «¿Cómo es posible que un tipo como tú acabe en California?», farfulla, y luego suelta de golpe: «Tienes una casa grande, ¿verdad?»
«Cinco dormitorios. Con un edificio anexo convertido en taller, o, como yo suelo decir, el estudio», dice Franco casi canturreando, y un sabor dulce le inunda la boca.
«¿Junto al mar?»
«No. Bueno, a poco más de un kilómetro.»
«Pero es grande», prosigue Joe con tono acusador.
«Sí, bueno, hay muchas en el barrio que son aún más grandes. ¿Y tú? ¿Sigues viviendo en el sofá de otra gente, colega?»
«Sí, esta es la casa de mi amigo Darren.»
«Pues menudo rollo», dice Franco, asintiendo y observando de nuevo la habitación, cuyas paredes parecen venírsele encima un poco más cada vez que las mira. «Aunque igual tiene su punto y yo no lo veo.»
Joe está iracundo, mira a Frank con furia. «¿A qué has venido? ¿A mirar a todo el mundo por encima del hombro?»

«Supongo que si estás en lo más bajo, cualquiera que te mire lo hará con superioridad», dice Franco.

«¿Tienes algo suelto?», pregunta Joe con un tono del todo diferente. Franco había entendido desde el principio de la conversación que la amabilidad o el desprecio externo no suponían ninguna diferencia en el humor de Joe. Este quedaba exclusivamente determinado por las unidades de alcohol que fluían por su organismo y por la narrativa interna e inconexa por la que estuviese pasando su cerebro de borracho.

Franco se pone de pie y se saca un rígido billete de diez libras del bolsillo. Lo coloca en la mesa.

«Nos vemos. Arriba los Hibs.»

11. EL SEGUNDO HIJO

Pasó por el antiguo colegio de Leith Academy, en Duke Street, ahora convertido en un bloque de pisos, y se acordó de cuando compartía pupitre con Mark Renton, flacucho y pelirrojo, en la clase de lengua. De lo mucho que le costaba entender las palabras de los libros. Sabía que el profesor, Hetherington, un hombre fornido, jugador de rugby, con barba y coderas de cuero en la chaqueta a cuadros, le pediría que leyese otra vez. Imaginaba al profesor escudriñando el aula, con los ojos muy abiertos, mientras el joven Frank Begbie sentía sus entrañas comprimirse, como queriendo salir de él. «Francis, si haces el favor de seguir leyendo…»

El anticipado júbilo por su humillación recorría el aula. Y Mark Renton, sentado a su lado, le susurraba: «Julie fue al cine con Alice.»

«Julie fue al cine con Alice…», repetía Franco.

«Muy bien, Francis Begbie. Pero estaría aún mejor si Mark Renton se quedase callado. La línea siguiente, Francis.»

Los garabatos bailaban ante sus ojos en la página, reverberando. «Eee… Mmm… Eee…»

«Julie y Alice, ¿las recuerdas? ¿Qué película querían ver en el cine, Begbie? ¿Qué película fueron a ver?»

A su alrededor se iban esparciendo ondas de risas. Podía sentir a Renton, solo a Renton, compartir su ira.

«¿Alguien puede ayudar a Frank Begbie?»

¿Alguien puede ayudar a Frank Begbie?

«¡Elaine! Tú nunca nos defraudas.»

Y ahí estaba la aduladora voz de Elaine Harkins, confiada, impaciente. *Francis Begbie retrasaba de nuevo el ritmo de la clase*. «Habían decidido ir a ver *Lo que el viento se llevó*, con Clark Gable y Vivien Leigh. Alice fue a comprar helado y palomitas al ambigú.»

El ambigú. Ahí lo llevas.

Frustrado con las tiendas locales de electrónica, Franco decide que lo mejor es hacerse con un móvil británico. Opta por comprar uno barato de prepago, y se dirige al Tesco de la parte baja de Leith Walk; si no le falla la

memoria, antes era una tienda de la cadena Scotmid. Con suerte, no necesitará el dispositivo mucho tiempo, o eso le parece. Cuando sale del Tesco, lo prueba y llama a Terry. Sale directo el buzón de voz. «Soy Terry. Si eres una tía, deja un mensaje y te devolveré la llamada. Si eres un tío, mejor no te molestes. Así de simple.» Bueno, al menos sabe que funciona. Mira al otro lado de la calle, hacia el Marksman Bar, y le vienen a la cabeza antiguos encuentros; después, piensa en su familia.

Mientras atraviesa Kirkgate Centre, Franco se da cuenta de que un joven enjuto pero fibroso con una chaqueta Harrington roja lo está mirando. Es Michael, el menor de sus dos hijos con June, de quien ha oído que se está granjeando una merecida reputación.

Según se acerca a la pared de una tienda cerrada, los ojos rasgados del chico se abren levemente. «Ah, pues sí que eres tú», dice Michael con desdén. «Mi madre me dijo que ibas a venir.»

A Franco le gustaría contradecirlo: *No, te equivocas de persona*. En vez de eso, consigue articular: «Sí, ¿te parece si nos tomamos un té?»

Michael considera la oferta durante un segundo. «Venga. Vale.»

Mientras recorren Junction Street, Franco observa a dos jóvenes que se dirigen hacia ellos y hablan con acaloramiento. Al percatarse de su presencia, ambos enmudecen de forma abrupta y evitan el contacto visual. Franco está acostumbrado a generar ese tipo de reacciones en Leith, y se vuelve hacia su hijo para disculparse antes de darse cuenta de que Michael ni siquiera ha visto a los jóvenes y sigue caminando, absorto en sus pensamientos. Franco examina su perfil: no se parece en nada a él, ni tampoco a June. El chaval es como una entidad del todo independiente.

El Canasta Cafe de Bonnington Road sigue operativo, aunque en una versión venida a menos, peor incluso que la última vez que estuvo en Edimburgo. Encuentran una mesa libre, se sientan, y les sirven el tradicional café con leche, que a Franco le resulta repulsivo y a la vez extrañamente reconfortante. Entonces le pregunta a su hijo: «¿Qué ha pasado con Sean?»

Michael empieza a hablar: desganado, parco, con frases abruptas y económicas, como si estuviese ante un policía. Franco no oye demasiadas novedades. Michael habla de Sean en términos generales, sin revelar en ningún momento si tenían una relación estrecha o no. Lo mismo podían haber sido uña y carne que llevarse como él y Joe. El trasfondo de sus dos hijos, según la escasa información que ha conseguido reunir, parece ofrecer pocas sorpresas. Por lo visto, Sean solía tener cambios de humor, pasaba de ser el alma de la fiesta a caer en una desgarrada resignación heredada de June. Era,

por tanto, el candidato perfecto para buscar consuelo en el jaco. Michael, en cambio, parece haber sacado algo de la perturbadora agresividad de Franco. Es difícil determinar cuál de los dos se ha llevado la peor parte. Uno sería doblegado y después aplastado por el mundo, presa fácil de las calles, de la heroína y del alcohol. El otro intentaría doblegar el mundo a su antojo para después acabar destrozado por él. Franco siente decepción: parte de él esperaba que su ejemplo de hombre pobre que se hace relativamente rico les hubiese servido de inspiración. Es consciente ahora de que su idea era ridícula e ingenua.

Michael sigue escrutándolo con la mirada, como exigiendo algún tipo de revelación más profunda que las frivolidades que su padre está dispuesto a contar. Franco parece reconocer esa mirada de alguna parte, pero no consigue ubicarla; desde luego, suya no es. Sea cual sea su origen, lo está incomodando. De modo que Frank Begbie se encoge de hombros y respira hondo. «Mira, yo nunca le cambié los pañales, ni a ti tampoco. Ni una sola vez. Te dejaba lleno de mierda hasta que llegaba tu madre. Hay otro par de chavales que son hijos míos, no deben de andar lejos de aquí… No los conozco, apenas conocía a sus madres.»

El intenso escrutinio de Michael no flaquea en ningún momento.

«A mis hijas, en cambio, a mis niñas de California», dice Franco casi con tristeza, «les he cambiado los pañales sin dudarlo. Siempre pensé que quería tener varones. “Si es niña, la devuelvo”, solía decir. Ahora soy diferente. Me gustan las niñas. No me gustan los niños.»

«Bien por ti…»

«A la mierda los chicos», interrumpe Franco. «A vosotros nunca os quise. La verdad es que no.»

Por fin su hijo pestañea. Saca un cigarrillo del paquete. Una mujer tras el mostrador está a punto de decirle algo, pero al final se da la vuelta.

Franco siente que sus labios se tensan en una sonrisa de satisfacción. «Me gustaba la idea en sí de tener hijos, pero nunca me interesé ni por ti ni por Sean. Nunca os quise como quiero a mis niñas. Mis preciosas hijas, ricas y mimadas. Pero vosotros», dice moviendo la cabeza, «nunca me importasteis de verdad.»

Michael esboza una repentina mueca con la boca. El cigarrillo entre sus dedos apunta a Franco. «¿Es eso todo lo que tienes que decirme?»

«No», dice Franco, y se levanta para irse. «¿Dónde me has dicho que vive tu madre?»

Michael sonríe por primera vez. Enciende el cigarro. Mira a su padre. «Ni puta idea.»

12. LA EX

La ostentosa falta de cooperación de Michael le es indiferente; la dirección a la que se dirige está grabada en la mente de Franco, ya que está al lado de donde vivía un detestadísimo rival suyo. Camina desde la parte baja de Leith Walk hacia Easter Road por Duke Street, sube Restalrig Road, y ve que ha llegado un vídeo a su teléfono estadounidense, que está casi muerto. Eve y Grace están sentadas en el sofá, saludando a la cámara, una con entusiasmo, la otra cauta y con reserva. El mensaje de Melanie: «¡Te echamos de menos y te queremos!»

Franco siente que algo se remueve en su interior, pero lo combate apagando el móvil. Está en Lochend, y en medio de la llovizna las calles oscuras que lo rodean no evocan nada más que un flujo constante de peleas y vendettas pasadas. No es un buen sitio para tener sentimientos encontrados. Se agacha para meterse en la marquesina de una parada de autobús, saca el teléfono Tesco e intenta marcar el número de Melanie en aquellas anticuadas teclas multifunción. Siente que se le hincha el pecho de rabia e intenta respirar despacio, mientras maniobra con sus gruesos dedos en la borrosa pantalla de cristal líquido hasta que los impredecibles jeroglíficos acaban por componer el número de Melanie. Con él en la marquesina del autobús hay: una paloma muerta, un kebab tirado (en mejor estado que el pájaro fallecido) y dos latas vacías de cerveza Tennent’s Super Lager, colocadas cuidadosamente una sobre otra. Franco siente que lo invade una ola de euforia cuando el número de Melanie, con el prefijo estadounidense +1, aparece íntegro.

Entonces el teléfono muere. Se apaga solo, sin más.

Franco pulsa las teclas, ansioso. Nada. Ha fallecido. Lo mira con una furia abrasadora, pensando en aplastarlo con el pie. En lugar de ello, patea las latas acera abajo y se vuelve a meter el teléfono en el bolsillo.

Respira. Uno, dos, tres.

Mientras la lluvia arrecia y azota la marquesina del autobús, Franco sucumbe a un recuerdo fantasma, cálido y agradable, pero que se mantiene en las sombras de su mente, sin atreverse a salir del todo. La mano de una chica

que toca la suya, su pelo acariciándole el rostro, su olor. ¿Le pasaron cosas así antes de Melanie? Seguro que sí. Pero no puede permitirlo; no puede consentir que ese lugar se convierta en algo distinto a la idea que se ha formado de él. Entonces amaina el tamborileo, el viento se aplaca y la lluvia afloja, convirtiéndose de nuevo en una fina llovizna.

Encuentra con facilidad el portal. En una ocasión urdió un detallado plan para poner una bomba incendiaria en la casa de al lado, donde vivía Cha Morrison, su antigua némesis. Ahora lo asombra pensar que aquel tío le importaba tanto como para considerar hacer algo así. ¿Qué crimen horrendo había cometido Morrison contra él, o él contra Morrison? No le venía nada a la cabeza. Habían sido todo palabras, y luego la cosa fue a más hasta acabar en un bucle extraño de amenaza y contraamenaza. De otro modo, no había nada más que pudiese explicar su rivalidad. Habían fabricado conjuntamente el conflicto para darle drama a sus vidas, llevándolo de su imaginación a una brutal realidad.

Se acerca al portal vecino y se da cuenta de que no recuerda en cuál de los seis apartamentos vive June. No tiene ni idea de qué nombre usa. No hay ni rastro de «Chisholm», su nombre de soltera, ni de «Begbie», para alivio suyo, apellido que decidió adoptar y bajo el que había registrado los nacimientos de Sean y Michael, aunque ella y Franco nunca habían llegado a casarse. Ninguna de las puertas sugiere grandes riquezas, así que opta por la que rebosa mayor sordidez. La han cubierto de una pintura negra que se ha derramado un poco por el marco, y parece hecha polvo; un trozo de papel amarillento pegado con celo indica que allí vive alguien llamado J. MCNAUGHTON. Llama a la puerta, y, por supuesto, le abre June.

La última vez que se vieron, en el funeral de la madre de Franco, June estaba sorprendentemente obesa; desde entonces se había expandido aún más, de forma masiva. Le resulta imposible reconciliar la versión que ve de ella con la de su recuerdo, delgada y frágil. Lo mira y por un embarazoso momento parece que va a abrazarlo. Le tiembla el labio y adopta una mirada implorante. Pero luego se gira con brusquedad y se dirige al interior. Franco la sigue y lo asalta un olor a gatos, a fritanga rancia y cuajada y, sobre todo, a tabaco y a cerrado.

Le cuesta creer que está frente a ella. Se ha sentado ante él en un sillón tapizado con unas flores desvaídas que forma parte de un conjunto de muebles demasiado grandes para el atestado piso de protección oficial. Le cuesta entender cómo puede haber casas tan pequeñas. La habitación parece una exhibición de pobreza.

«Las cosas no son justas, no», dice ella, a todas luces dopada de antidepresivos. Tiene los ojos apagados y hundidos en la bulbosa cabeza que antaño fue poco más que una calavera.

«No», corrobora él, al tiempo que un muchacho de unos catorce años entra y clava los ojos en June con una sonrisita de beligerancia y desafío; luego coge un paquete de cigarrillos de la mesa de café antes de marcharse a toda prisa.

«¿Es tuyo?», pregunta Franco.

«¡ESE TABACO ES MÍO!», grita June al chaval mientras se enciende otro cigarrillo.

«El tabaco no, el chaval.»

«Sí, es Gerard.» June da una calada y se le hunden las mejillas. «También tengo a Andrea y a Chloe. Además de a nuestros Michael y Sean…» Se le ponen los ojos vidriosos y se lleva directo a ellos un pañuelo de papel arrancado de una caja que hay sobre la mesa. Franco la observa mientras ella tiembla y tose escandalosamente: ve que la grasa le vibra tras los trapos informes y descoloridos que lleva puestos. Su primer embarazo y el nacimiento de Sean parecieron destrozar ya entonces su cuerpo, pero, en lugar de hincharse, June se había encogido hasta convertirse en un esqueleto digno de Belsen, y él había perdido bastante interés por ella después de aquello. Se había limitado a murmurar un «hostia puta» cuando le contó que estaba esperando a Michael. Luego estuvo en la cárcel y más tarde vivieron juntos un tiempo, durante el cual la recordaba envuelta en la luz azul que emitía la televisión, en medio de una neblina de humo de tabaco. Aunque sigue siendo una fumadora empedernida, ahora June es obesa y tiene una piel tan gris como él después de su paso más largo por la penitenciaría. June vuelve a inhalar, y sus rechonchas mejillas se hunden por completo, como si le hubiesen sacado todos los dientes. «Así que te has casado de nuevo, ¿no?»

«Sí, oficialmente», anuncia él, echándole una mirada fría y mostrando los anillos, «no solo como pareja de hecho. Teníamos que casarnos por mi situación de inmigrante. Pero también queríamos hacerlo. Si sientes amor, ¿por qué no lo vas a declarar?»

June se irrita un poco. «Sí, dicen que fue la yanqui esa que conociste en la cárcel.»

«La arteterapeuta, sí.» *Está esperando que diga: sé lo que parece. Que le den.* «Es joven, guapa, inteligente y viene de una familia rica. Tenemos dos hijas preciosas. ¿Y tú qué? ¿Algún lazo sentimental?»

June levanta la mirada hacia él y tose; se las apaña para negar con la cabeza antes de que la asalte un ataque que le llena los ojos de lágrimas.

«El tabaco va a acabar contigo», observa él.

June absorbe aire y dice entre silbidos: «¿Tú lo has dejado o qué?»

«Sí. Y la bebida. Me cansé.»

«¿Y lo demás? ¿Las peleas?»

«También, acabé harto del trullo. Con el arte me gano bien la vida y lo disfruto.»

June levanta la cabeza, que parece hundírsele en el cuerpo. Franco no distingue el cuello. «Siempre se te dio bien el dibujo. Desde el colegio.»

«Ya», se ríe Franco.

«Angie Knight, cuando oyó que volvías, viene y me dice…» Y la expresión de June adopta una coquetería que él encuentra grotesca. «“¿Sabes qué, June? No me sorprendería que Franco y tú acabaseis juntos otra vez.”»

«Pues a mí sí», dice Franco con brutalidad, pensando: *No es más que una idiota. ¿Cómo no lo vi antes? Seguro que porque también yo lo era*.

La cara de June se sonroja con rapidez y dramatismo. Es una transformación tan abrupta y violenta que por un segundo Franco cree que está sufriendo un ataque. Entonces empieza a llorar.

«Nuestro hijo, Frank, nuestro Sean, ¿no piensas hacer nada? ¡Alguien ha matado a nuestro hijo y te vas a quedar tan pancho!»

«Nos vemos», dice, y se levanta para irse. Era un patrón conocido. Se dedicaban a condenar su violencia entre susurros con aquellas expresiones amargas y funestas hasta que algún cabrón los jodía y querían que el menda le diera su merecido: entonces se convertía en el gran héroe. Manipulación. Lo había discutido todo con Melanie, y con su mentor, John Dick, el oficial de prisiones. A todos les venía bien que él fuese así. Les sigue viniendo bien. Tiene que dejarlos aquí en Edimburgo. Pueden cerrarle la puerta en las narices o estrecharlo en sus hipócritas brazos, da igual; los dejará a todos atrás.

«Encuentra a quien lo hizo y hazle daño, Frank, eso se te da bien», grita tras él.

Eso detiene su marcha. Se vuelve para contemplarla. «Me parece que te di alguna paliza que otra. Una vez cuando estabas embarazada de él», dice Frank. «Eso no estuvo bien.»

«¡Bueno, ya es un poco tarde para disculparse!»

«¿Quién se está disculpando? Estuvo mal», reconoce, «pero no siento haberte hecho daño a ti en concreto. Me resulta indiferente. Como siempre.

No tengo conexión emocional alguna contigo. Así que ¿cómo puedo sentirlo?»

«Soy la madre de nuestros…, serás…», tartamudea June, para explotar después. «¡No tienes conexión emocional con nadie!»

«La ira es una emoción», dice Franco; abre la puerta y se va.

Baja las escaleras y sale a la calle hacia la parada de autobús. Piensa en las noches en la cama con June, en su rubor de deseable juventud, en su cuerpo esbelto y firme, tan excitante como el insolente látigo de su flequillo, y aquella manera de mascar chicle como una guarrilla que lo irritaba y lo ponía cachondo a partes iguales. Sin embargo, no recuerda haberla acariciado ni una sola vez. Solo habérsela follado a lo bestia.

En su bolsillo hay dos teléfonos; el Tesco está frío, duro y muerto. Lo aparta y aprieta con dulzura el pulido iPhone estadounidense. Piensa en Melanie, en hacer la cucharita con ella por la noche, en su olor, en el pelo rubio haciéndole cosquillas en la nariz. En la marca de nacimiento en forma de hoz que tiene en la muñeca. En el amor que fluye de la piel de sus cuerpos como sangre. En que ella era su punto débil. En que si alguien quería asestarle una puñalada, lo haría a través de ella. Iría directo a donde el amor lo había ablandado.

13. LA PAREJA DE BAILE 2

Por fin vi a la yanqui rubia de la que hablaban todos. La noticia de su llegada se había expandido por el sistema penitenciario como un virus. La gente hacía cola para asistir a sus clases de arte; buscando una sonrisa, una ráfaga de perfume. Todo para acumular material pajístico. La violenta sexualidad del espacio imaginativo, que era donde acudías una vez encerrado en aquella jaula. La última libertad.

Y pensé: ¿Por qué? ¿Por qué estaba haciendo aquello? Venía de una familia adinerada. ¿Por qué trabajar con la escoria de la tierra? Pero me sorprendió. Además de ser buena persona, era fuerte y honrada. No había nada endeble en ella. Vale, había tenido todas las ventajas, pero eligió intentar cambiarles la vida a algunos de los hombres más rotos, más perdidos.

Recuerdo que en la primera clase llevaba un jersey verde ajustado, unas mallas negras y una cinta verde en el pelo. Luego pensé que me iba a pasar toda la noche dale que te pego pensando en ella. Pero no me la casqué ni una vez. Me quedé allí tumbado, recordando sus palabras, su voz, construyendo fantasías románticas con ella. Me hacían sentir patético, débil. Pero me imaginaba hablando a solas con ella. Sin las risitas y los comentarios de todos los capullos del grupo. ¿Cómo iba a hablar con ella? No lo intenté. Trabajé.

Empecé el retrato de Craig Liddel, alias «Seeker», al que titulé La pareja de baile. *Para llamar su atención. Era el tío por cuyo asesinato me había caído la sentencia larga, mi segunda condena por homicidio, pues redujeron el cargo de asesinato porque el tribunal consideró (correctamente) que había sido en defensa propia. Era nuestra tercera confrontación; la primera fue en la cárcel, él salió mejor parado; la segunda, en un antiguo molino en Northumberland, yo salí mejor parado. El asalto en el aparcamiento fue el decisivo. En el cuadro, la cara de Liddel no presentaba ni rastro de la sonrisita ni de las muecas de frío desprecio o rabia asesina que solía tener durante nuestros encuentros, sino que aparecía limpia, sonriente. A su alrededor había una serie de fantasmas de hombres, mujeres y niños. Luego*

Melanie Francis se acercó a mí, intrigada, para preguntarme por mi trabajo. Así lo llamó ella; no «mi cuadro», sino «mi trabajo».

Le dije que era el hombre al que había matado. La gente cuya vida alrededor de él yo había cambiado. Su familia, sus amigos. Había más; las mujeres que nunca conocería, los hijos que nunca tendría, y los lugares, la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad, que nunca vería.

«¿Tú aspiras a conocer esos lugares?», me preguntó.

Clavé la mirada en aquellos ojos azulísimos y por primera vez me di cuenta, para conmoción y horror míos, de que sí. «Sí», le contesté.

Me enamoré de ella desde el primer momento. Era ridículo. Me atrevía a soñar, a fantasear un futuro juntos, los dos, a pesar de que apenas habíamos intercambiado dos palabras. Me veía con ella en los Estados Unidos, en un gran descapotable, conduciendo por Big Sur y el parque nacional Joshua Tree. No encontraba debilidad alguna en su luz cálida de misionera, ni siquiera podía determinar de dónde procedía: ¿era política, religiosa, filosófica, o solo una rebeldía contra sus propios privilegios de clase? No me importaba. Empecé a leer todo lo que caía en mis manos, devanándome los sesos, luchando con mi dislexia, ya que por primera vez tenía una motivación. Escuchaba audiolibros, y por fin estaba aprendiendo a descifrar aquel jaleo absurdo. Melanie era un catalizador potente, sí, pero el cambio no tenía que ver solo con ella.

Me aburrí de los libros de crónicas de asesinatos, ingrediente básico con el que había desarrollado mis habilidades lectoras; la mayoría era el típico rollo autocomplaciente que escribían por encargo reporteros de poca monta para impresionar a chavales y a niñatos a los que nunca les saldrían pelos en los huevos. Leí cosas más exigentes. Filosofía e historia del arte. Biografías de grandes pintores. Para aprender, sí, pero también para impresionarla.

Pero ¿quién era ella? Era buena y fuerte, y yo era malo y débil. Aquello fue lo que más me impresionó cuando empecé a verla más a menudo. Que yo era débil. La mera idea era ridícula; iba en contra de todo lo que pensaba de mi persona y mi imagen, en contra de la idea que a conciencia me había forjado de mí mismo durante años. Sin embargo, ¿quién sino un hombre débil se iba a pasar media vida dejando que los demás lo encerrasen como a un animal?

Yo era una de las personas más débiles del planeta. No poseía ningún control sobre mis impulsos más oscuros. Y, por tanto, siempre era carne de prisión. ¿Que algún bocazas se pasaba de listo? Pues había que eliminarlo inmediatamente, y luego vuelta a la cárcel. Así pues, ese tipo de

insignificancias controlaban mi destino por completo. Aquella fue mi primera gran epifanía: que yo era débil porque no tenía control sobre mí mismo. Melanie tenía control sobre sí misma. Para estar con alguien como ella, para vivir una vida libre, no en un piso de alquiler ni en un barrio cochambroso, ni siquiera en un barrio residencial, paralizado por una vida de deudas, necesitaba una mente libre. Tenía que aprender a controlarme.

Eso le dije a Melanie.

14. EL MENTOR

La noche anterior Franco volvió a casa de Elspeth bastante temprano y llamó a Melanie con el móvil estadounidense. La batería murió finalmente en mitad de la conversación. Se sintió frustrado porque tuvo la impresión de que Melanie estaba reuniendo valor para decirle algo importante. El aparato del Tesco parecía sacado de otra época, como de tres condenas a prisión atrás. Allí, en la palma de su mano, parecía el último ejemplar de una especie en peligro de extinción. Conectó el cargador e hizo llegar la electricidad al cadáver con la esperanza de reanimarlo. Le había puesto diez libras de saldo, siguiendo el consejo de la dependienta. «Veinte es mucho», le había dicho con honestidad. Él se había quedado boquiabierto. Pero ahora entendía a qué se refería: aquella cosa estaba diseñada para caerse a pedazos nada más salir del supermercado. Ahora tenía que acordarse de comprar un adaptador para el cargador estadounidense. Entonces, de pronto, el desfase horario del que creía haber escapado le cayó encima como un mazazo, así que se retiró pronto y tuvo un sueño profundo y reparador.

Tras despertar a una mañana nublada, Franco prepara su desayuno habitual con las provisiones que se ha agenciado en el Waitrose, sustituyendo el feta por queso suizo, y esta vez consigue tentar a su hermana para que desayune con ellos. Están sentados a la mesa de la cocina, menos Greg, que se ha ido temprano al trabajo. Elspeth pregunta: «¿Y qué tal está June?»

«Igual. Pero más gorda», responde.

George y Thomas sonríen hasta que Elspeth les lanza una mirada de reprimenda.

«¿Te ha dicho algo de los preparativos del funeral?»

«Sí, pero tampoco mucho, nada que no sepamos: es el viernes a las dos en Warriston, y los gastos corren de mi cuenta.»

«Bueno, es tu hijo», fulmina Elspeth. «Tú te lo puedes permitir, y ella no.»

«No me estaba quejando.»

Elspeth lo mira dubitativa, pero advierte que los chicos están muy atentos a la conversación, así que recoge velas. «Greg dice que se va a coger la tarde

libre.»

«Le dije que no hacía falta.»

«Seguimos siendo una familia», afirma, y lo mira de modo desafiante. Pero no obtiene respuesta; los ojos de Franco están clavados en el plato.

«Me pregunto qué pasará al morir», dice George.

Pues que todo se va a tomar por culo, piensa Franco. Dejas de existir y ya. Está a punto de decir algo, pero considera que tal vez no le corresponda a él.

«No te preocupes por eso», gruñe Elspeth. «Acábate el desayuno.»

«Pero es que es tan raro pensar que ya no volveremos a ver a Sean», dice George. «Nunca más.»

«Quién sabe», sugiere Franco.

«¿Tú qué crees, que vas a ir al cielo o al infierno?», le pregunta Thomas.

«Quizá a los dos», responde Franco. «Igual hay como un tránsito entre los dos, y cuando te aburres de uno, pues coges y te vas al otro.»

«¿Como en las vacaciones?», se pregunta Thomas.

«Como un autobús entre dos terminales de un aeropuerto», expone George.

«Sí», considera Franco, «¿por qué no? Como nadie lo puede saber, lo que pase después puede ser lo que cada uno se imagine, o igual no es nada de nada.»

Thomas sigue aún en modo vacaciones. «Vacaciones en el infierno», dice como en un sueño.

«Eso ya me lo conozco yo.» Frank Begbie mira a su hermana. «¿Te acuerdas de cuando fuimos al campamento Butlins, en Ayr?» Se gira hacia los chicos. «Nah, vuestra madre no se acuerda, no era más que un bebé.»

Los chicos parecen mirar a su madre bajo una luz casi mística, tratando de concebirlo. «No me imagino a mamá de bebé», dice George, y entorna los ojos como queriendo evocar la imagen.

Elspeth se dirige a sus hijos: «Venga, vosotros dos, daos prisa.»

«Hacía años que no escuchaba esa expresión», dice Franco.

«¿Qué significa?», pregunta George.

«Que te des prisa», dice Elspeth con brusquedad. «Así que menos cháchara y en marcha.»

Cuando sus sobrinos se van, Franco se reclina en la silla. «¿Quién era el que decía eso? ¿El abuelo Jock?»

«Ni me acuerdo del abuelo Jock ni del campamento Butlins, yo era muy pequeña», dice Elspeth altanera. «¿Qué haces hoy?»

«He quedado con un viejo amigo.»

«Otro asiduo de la cárcel, supongo.» Elspeth muerde un trozo de su crujiente tostada.

«Sí», dice Franco mientras agarra la tetera y se rellena la taza, «y ha estado incluso más tiempo que yo.»

Elspeth hace un gesto de desprecio con la cabeza. «Tú en tu línea, Frank. No tienes remedio…»

Franco levanta la mano para hacerla callar. «Es un guardia. Un funcionario de prisiones. El tío que me animó a leer, a escribir, a pintar.»

«Ah, vale…», dice Elspeth con un aire de vergüenza y arrepentimiento genuinos.

Franco decide retirarse ahora que aún tiene ventaja, se bebe el té de un trago y se va a su habitación a prepararse. El teléfono Tesco, para su asombro, ha vuelto a cierta forma de vida. Irradia una luz radiactiva verde lima. Intenta marcar el número de Melanie, pero la tecla del cero se queda enganchada y en la pantalla aparece 0000000. «Joder», exclama, e inspira profundamente hasta llenarse los pulmones de aire.

Por supuesto, ha quedado con John Dick. Antes de Melanie estuvo John, el hombre que creyó en él a pesar de la determinación de Franco por demostrar lo contrario. El funcionario de prisiones radical que luchaba por sistema contra todo lo establecido, desde las rígidas y reduccionistas políticas económicas y sociales del Gobierno, pasando por las mezquinas normas y procedimientos de la institución, hasta el fatalismo derrotista de los propios presos. Dick abrió la puerta a los escritores, poetas y artistas potenciales que llevaban dentro. Vio que en algunos de ellos prendía la chispa, y Frank Begbie fue el caso más inesperado.

Han quedado en la cafetería Elephant House, en el puente de Jorge IV, cerca de donde inició ayer su ruta, en la Biblioteca Central. John Dick le parece un hombre de buen ver: cara alargada, gafas de montura oscura, pelo negro y corto, una barba de tres días permanente y ropa holgada que cubre una complexión enjuta pero musculosa. Franco recuerda que, cuando se conocieron, Dick se mostraba relajado en su compañía, y sabía que era porque tenía confianza en su físico. Entre tantos guardias fortachones y agresivos, John era como «el hombre que susurraba a los presos», con esa voz tan suave capaz de bajar el volumen de los demás. Exceptuando a Melanie, Franco no había hecho tanto caso a nadie en su vida como a este oficial de prisiones.

John enseguida lamenta no poder ir al funeral de Sean. Franco asiente, sin necesidad de preguntar el porqué. La mera idea de que un preso y un guardia

fuesen amigos habría hecho que los histéricos y resentidos de ambos lados gritasen «soplón» o «chivato» en cuestión de segundos.

John Dick le arranca a Frank Begbie la promesa de que irá a hablar con los presos cuando su exposición llegue a Edimburgo. Aunque accede, el preso convertido en artista insiste en que no quiere nada de prensa; no quiere ser el chico rehabilitado del póster. La idea de que los culturetas de izquierdas lo agasajen con el típico «¿A que es maravilloso?» o de que los cínicos de derechas le suelten el amargo «Nunca cambiará» no le hace ninguna ilusión. Son discursos de mongólicos, y seguirán manteniéndolos con o sin su ayuda. Y Franco tiene mejores cosas que hacer.

Franco relata la génesis de su fama. «¿Te acuerdas del actor ese, el gilipollas que vino al proyecto de arte que montasteis Mel y tú? El que quería inspirarse para el papel de tipo duro. Me dijo que íbamos a ser supercolegas», explica avergonzándose de su propia ingenuidad. «Pero nunca me devolvió las llamadas cuando salí. Hice un busto de él. Y, lleno de rabia, lo mutilé. Luego destrocé los demás. Los expuse en plan de coña. Fue entonces cuando la cosa despegó. Escribieron una crítica; mira, la tengo aquí», y Frank Begbie saca un artículo de periódico de su cartera. Se lo da a John Dick, que lo desdobla y comienza a leer:

> La exposición, que muestra los esfuerzos de tres presos del correccional de Saughton de Edimburgo, incluye varias obras de arte muy convincentes y complejas, concebidas bajo el tutelaje y la supervisión de la arteterapeuta Melanie Francis. Esta californiana ha trabajado con presos violentos en su país, y cree que la misión del arte en estos entornos «es, en pocas palabras, redirigir la energía hacia una reconsideración del comportamiento humano y de los objetivos vitales. Estamos ante un gran talento bruto que nunca ha tenido la oportunidad de brillar».
>
> Y ninguno ha brillado tanto como el del delincuente reincidente Francis Begbie. Sus sorprendentes retratos y esculturas de estrellas de Hollywood y de la televisión británica, con sus despiadadas mutilaciones, apelan a nuestro deseo subconsciente como público de crear celebridades para después destruirlas…

«Luego su exmujer, la actriz a la que había puesto los cuernos», dice Franco entre risas, «pagó un pastizal por el busto. Comienza el movimiento artístico *Schadenfreude*», comenta con un tono de desprecio contenido. «Tráeme a tus famosos. Yo les haré daño, los envejeceré, los degradaré, visualizaré a Fred y Rosemary West atendiendo el parto de su primer hijo. Grabaré el dolor en sus hermosos rostros. Le enseñaré a todo el mundo que son iguales que nosotros.»

«No importa cómo empezase.» John Dick le devuelve el recorte de periódico. Franco es consciente del ascenso de John en el servicio penitenciario, de cómo se ha hecho un hueco desde el que llevar a cabo sus experimentos progresistas. Su estilo prudente y educado no es más que una fachada tras la que se esconde una impresionante agudeza mental. Siempre será infravalorado y nadie entenderá nunca que este hombre discreto y sonriente consiga siempre todo lo que se propone. «El valor del arte es el que la gente está dispuesta a pagar por él. Tú has sabido sacar partido a un estado de ánimo. Ese es tu talento.»

«Mi talento era hacer daño a la gente, a eso es a lo que di rienda suelta, al deseo de herir a otro ser humano.» Frank se lleva la taza de café a los labios. Está caliente y se quema, así que sopla. «La sociedad está podrida, yo solo le doy a los tarados lo que quieren. Eso no me convierte en una persona con talento; mi único mérito es observar las debilidades y deseos retorcidos de los demás.»

«Todos tenemos esos impulsos. Pero solo los fracasados y los psicópatas se recrean en ellos.» John Dick esboza una sonrisa con sus finos labios. «Otros lo canalizan en el arte y en los negocios. Y consiguen mucho dinero. Tú simplemente viste la veta, aprendiste a tener un poco de autocontrol y te uniste a un club más rentable.»

«Un brindis por el autocontrol y los clubs rentables.» Frank Begbie alza su taza con destreza.

John Dick se une al sobrio brindis y luego mira su reloj. «Debería volver al trabajo. ¿Quieres que te deje en algún sitio?»

«No, voy a dar un paseo por los muelles. Hay muchas cosas nuevas; el centro comercial Ocean Terminal, el casino…»

«Sí», asiente John Dick, «todo ha cambiado por esos lares, no cabe duda.»

15. EL REPARTIDOR 3

La fruta y la verdura frescas tenían poco de frescas, porque los pedidos solían hacerse con un día de antelación. Cogí una caja en la que ponía: Autoridad Portuaria del Forth, Muelles de Leith, Jock Begbie. En la etiqueta parecía poner 3 de noviembre, pero por alguna razón estaba emborronado, y además lo de leer a mí no se me daba bien. El caso es que era 4 de noviembre, pero cargué la caja por error en la bicicleta de reparto.

Cuando llegué al muelle, el reloj digital barato que había comprado en el taller marcaba las 16.20, pero hacía una tarde de mierda, oscura y lluviosa, como suele ocurrir en Escocia en esa época del año. Las farolas de gas de sodio ya estaban encendidas y derramaban sus reflejos sobre el húmedo pavimento de las calles. La primera cosa extraña era que John, el segurata, no estaba en la verja. La crucé pedaleando por encima de la franja adoquinada y luego atravesé los raíles de hierro del paso canadiense. Seguí pedaleando a oscuras, rumbo a aquel imponente refugio de ladrillo. Las farolas apenas iluminaban el viejo dique seco. A medida que me acercaba, empecé a distinguir voces; sonidos insistentes y amenazadores que recorrían la quietud de la noche. Paré, me bajé con cuidado de la bici y seguí adelante empujándola en silencio, hasta que la apoyé en la parte trasera del refugio. Al principio parecía que las voces venían del interior, pero luego me di cuenta de que provenían de la parte delantera de la guarida.

Di la vuelta al edificio sigilosamente y los vi de pie al borde del dique seco. Johnnie el guapo estaba algo separado del abuelo Jock y de los otros dos, Carmie y Lozy. Una farola los iluminaba con un resplandor escaso, sus alientos se veían en el aire frío como si fuesen dragones, y sus sombras caían sobre los adoquines. Se notaba que Johnnie estaba asustado. Tenía las palmas de las manos extendidas a modo de súplica.

«Venga, chicos… Jock…, que soy yo…»

«Si saltas tú, solo te romperás las piernas», dijo el abuelo, mirando el muelle abajo. «Pero puede que sobrevivas. ¡Vale la pena arriesgarse!»

Carmie se acercó a Johnnie con una cuerda larga en las manos. «¡Podemos hacerlo a tu manera o a la nuestra, Johnnie!»

Me agaché y me apoyé en una pared del refugio. Me estaba cagando de miedo. Recuerdo que me dio un espasmo en el lado izquierdo de la cara.

«Te damos esa opción», dijo el abuelo Jock con desprecio, ladeando la cabeza. «Te lo debemos», y se volvió hacia Carmie y Lozy. «¿A que tengo razón al decir que se lo debemos, chicos?»

«Yo creo que sí, Jock», dijo Lozy.

«Carmie no está tan seguro, ¿eh, Carmie?», sonrió el abuelo.

La cara de Carmie parecía distorsionada con la borrosa luz. «Yo diría que un chivato ladrón y traidor no se merece nada. Un chivato que traiciona a sus propios colegas.»

«Por los viejos tiempos, Carmie, por los viejos tiempos», dijo Jock juicioso. «¿Qué va a ser, Johnnie?»

«Pero es que no puedo…, chicos…, que soy yo…», suplicó Johnnie.

«¡Que ya sabemos que eres tú! ¡Ya lo sabemos!», rio Carmie de un modo lúgubre, como si Johnnie fuese un niño al que hubieran pillado robando dulces de la confitería del pueblo.

«Si te atamos y te lanzamos, estás acabado, Johnnie. O si te colgamos de esa grúa, como pretende Carmie. Piénsalo bien», imploró el abuelo Jock. «¿Qué prefieres? Pensaba que te gustaban las apuestas. ¿No es por eso por lo que estamos en este lío? ¿Te ha abandonado el instinto de jugador? Qué pena…»

Johnnie avanzó lentamente hasta el borde y miró hacia abajo. Yo, en cuclillas, retrocedí un paso hacia las profundas sombras con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. En parte aún creía, o quería creer, que todo iría bien, que solo estaban «metiéndole miedo» (una de las expresiones favoritas de Jock) y que dentro de nada estarían en el pub Marksman, riendo y bromeando, y que lo único que le pasaría a Johnnie sería que se habría cagado en los pantalones. Pero había algo extraño en ellos: su quietud daba miedo.

«Si yo fuese tú, lo haría y punto. Date la vuelta y salta», insistió el abuelo Jock mientras sacaba un puñal largo. Distinguí su brillo plateado bajo las luces.

Entonces Johnnie cerró los ojos y desapareció en la oscuridad. Puede que yo también los cerrase. Es rarísimo el modo en que la memoria te engaña, porque sé que vi su cara y pude verle los párpados, pero en realidad no llegué a verlo saltar, o al menos no lo recuerdo. No se oyeron gritos ni el golpe al llegar al suelo. El caso era que ya no estaba con ellos al borde del

dique seco y no podía haberse ido a ninguna parte. Mi abuelo hizo un gesto a Carmie y Lozy, se acercaron al borde y se asomaron.

«Pues ya está. Estupendo.»

«¿La ha palmado?», preguntó Lozy.

«Se ha reventado la cabeza. Estupendo», repitió el abuelo Jock, y después, volviéndose, echó a andar hacia el refugio. Si hubiesen ido a la derecha, me habrían visto, pero fueron a la izquierda, y eso me dio tiempo a llevarme la bicicleta al otro lado del edificio de ladrillo.

Los oí reír en la oscuridad mientras se alejaban. Era como si acabasen de terminar un turno o volviesen a casa del pub o del fútbol.

Me asomé por el borde del dique seco y miré hacia abajo. La luz de la farola se disipaba por el contorno del atracadero y no se veía nada al fondo de aquella oscuridad total. No oía ningún ruido que viniese de abajo.

Así que bajé los peldaños de hierro hasta el muelle. Oía mi corazón bombeando en mi pecho. Estaba cagado y al mismo tiempo me sentía emocionado y vivo. Me ponía nervioso que estuviese tan oscuro. No pude ver el fondo hasta que lo sentí bajo la suela de mis deportivas. Miré hacia arriba. Había bajado un buen trecho y subirlo sería aún más duro. Entonces oí aquellos suaves gemidos detrás de mí, y el sonido de alguien susurrando palabras sin sentido.

Vi una silueta oscura y compacta de la que salían débiles jadeos. Parecía una criatura herida a punto de expirar. El extraño monólogo continuaba. Quizá, pensé, Johnnie estaba pidiendo a todas las mujeres a las que había hecho daño que lo perdonasen, que lo ayudasen, pero nada podía ayudarlo. Cuando me acerqué, sus vidriosos ojos se alzaron mientras repetía: «Por favor… Frank…, por favor…»

La parte de atrás de su cabeza estaba rota y de ella fluía sangre densa. Di un paso hacia atrás para evitar que me manchara las deportivas. No dejaba de mover los ojos, pero se le estaban empañando. Supe que se estaba muriendo.

Y entendí rápidamente lo que quería que hiciese.

Así que lo hice, y después retrocedí despacio hasta la pared del muelle. Miré hacia arriba, hacia los escalones de ascenso. Estaba tembloroso y exhausto. Sabía que no podría subir ni salir del muelle, y que el mero hecho de intentarlo era un peligro.

Pero no podía quedarme donde estaba.

16. EL MECENAS DE LAS ARTES

La limusina vibra lentamente a lo largo del bordillo y se para justo enfrente de él. Resulta incongruente en Leith Walk a estas horas; es demasiado pronto para una boda o una despedida de soltera, y tampoco va escoltando a un coche fúnebre. Franco intenta mirar dentro, pero las ventanillas tintadas no dejan ver nada. Entonces la del lado del pasajero baja y aparece una mano robusta incrustada de anillos de oro y luego una cabeza grande y rapada. «Entra.»

Frank Begbie obedece, asolado de inmediato por la impresión de que Davie «Tyrone» Power apenas ha cambiado. Siempre ha llevado la cabeza afeitada, así que el paso de los años no se deja ver con una calvicie dramática o el efecto de las canas. Sigue siendo un puto gordo, piensa Begbie, mientras deja que la comodidad del tapizado lo absorba en sus entrañas. En la radio, de fondo, suena «God Gave Rock and Roll to You», de Argent.

«Me dijeron que habías vuelto», dice Tyrone sin mirarlo. «Siento tu pérdida. Perder a un hijo, menudo bajón.»

Frank Begbie permanece en silencio. *Uno…, dos…, tres…* Se fija en el patrón de respiración de Tyrone. Se puede saber mucho de alguien por la forma en que respira. Power inhala el aire de forma regular por la nariz, pero de repente traga una bocanada, como un tiburón que sube a la superficie a devorar a su presa. Quizá algunos solo vean agresividad y fuerza en este movimiento, pero Frank Begbie percibe debilidad. Puede que sea un indicio de preocupación. O quizá se haya metido demasiada coca por la tocha.

Ve un cable que sale serpenteando del encendedor eléctrico de Tyrone. Se le acelera el pulso. *Seguro que no.* «¿Ese cargador vale para mi iPhone?», pregunta sacando el móvil.

«No veo por qué no…» Tyrone mira la conexión. «Sí, enchúfalo.»

«Chachi», dice Frank, y mientras enchufa con un clic satisfactorio el teléfono, cae de golpe en que hace años que no usa esa palabra. El dispositivo empieza a vibrar y una franja roja no tarda en hacerse visible en el borde del icono de la batería.

«Así que eres artista, ¿eh, Frank?» Tyrone se vuelve hacia él con una mirada socarrona. «No voy a tocarte los huevos con eso de que sabía-que-lo-llevabas-dentro. ¡En la puta vida lo habría visto venir!»

Frank Begbie responde con una sonrisa comedida. «A mí también me sorprendió.»

«Tengo entendido que te has ido a vivir con una yanqui. Una arteterapeuta», sondea Tyrone.

Franco siente que se le pone la espalda rígida. Inhala una bocanada constante y lenta. *Siempre es igual con estos cabrones. Intentando encontrar una debilidad.* Siente la blandura de su vientre contra la espalda desnuda de Melanie. *Uno…, dos…, tres…* «¿Sigues viviendo donde siempre?»

«No, tengo una casa nueva por Grange», contesta Tyrone, y luego maldice a un conductor en un Mini muy lento delante de ellos.

Van precisamente a Grange. Tyrone conduce hacia la zona sur con una impaciencia trufada de gruñidos, a un barrio arbolado en el que, detrás de enormes muros de piedra, los accesos de gravilla llevan a enormes viviendas. Se detiene frente a una descomunal casa de arenisca que rezuma riqueza. Hay varios coches aparcados fuera del garaje, algunos cubiertos con fundas hechas por encargo, lo cual indica que todos le pertenecen. Tyrone siempre ha sido un loco de los coches, recuerda Frank Begbie.

Tyrone apaga el motor y desenchufa el teléfono de Franco, que se ha quedado al veintiuno por ciento de carga; la barra apenas alcanza la zona verde. El fondo de pantalla se enciende y muestra una foto de Melanie sonriendo, con aquellos dientes blancos y llamativos, de esos que casi no se conocen en Escocia.

«Guapa», sonríe Tyrone mientras le pasa el teléfono a Franco. «¿Tu mujer?»

«Sí.»

«¿Y sigue dedicándose a la arteterapia?»

Ahora Melanie trabaja a media jornada en la universidad, aunque se dedica sobre todo a sus propios proyectos. Pero eso no es asunto de Tyrone. «Sí», responde Frank Begbie, y lo acompaña a una sala muy lujosa con cuadros que adornan casi todo el espacio de las paredes. Franco no reconoce las obras, pero deduce por la calidad de los marcos que su contenido debe de tener un valor considerable.

«Sabrás apreciar todo esto, puesto que eres artista, Frank», dice Tyrone con un deleite de cuentista con estilo propio, mientras lo conduce hasta una sala de estar amplia con una zona de comedor en la parte de atrás y dos

monumentales arañas en el techo. Y hay más cuadros. «Es una de las mayores colecciones privadas de arte escocés de influencia prerrafaelita. Este es un David Scott, y esos dos son de William Dyce. Y me he hecho con estos originales de Murdo Mathieson Taits.» Pasa una mano sobre una pared adornada con varios lienzos de retratos y paisajes. «¡No está mal para un chico de Niddrie Mains!»

«En realidad no entiendo de arte», dice Franco con tono desdeñoso.

«¡Pero si eres artista, hombre! Te ganas la vida haciendo…»

«¿Has escuchado *Chinese Democracy*, de Guns n' Roses?»

«¿Cómo?»

«Mucha gente dice que tiene demasiada producción. Que no está a la altura de *Appetite for Destruction*. Yo creo que eso es una gilipollez.» Frank Begbie mira desafiante a su antiguo jefe. «Hay que aprovechar la capacidad de producción disponible en cada momento.»

«No lo conozco», dice Tyrone irritado.

«Escúchalo», suelta Franco con una sonrisa. «Es muy recomendable», y se coloca junto a la mesa de comedor, pasando la mano por la lustrosa superficie. «Me gusta. ¿Es caoba?»

«Sí», asiente Tyrone, invitando a Franco a sentarse, y este corresponde dejándose caer en un sofá bien tapizado. Tyrone entonces descarga su peso, con sorprendente delicadeza, en un sillón justo enfrente.

Frank Begbie echa un vistazo en busca de señales que lo ayuden a averiguar quién más vive allí. Tyrone se había casado y tenía hijos mayores, pero no hay ni rastro de cohabitante alguno en aquella enorme estancia.

«¿Qué tal va todo? ¿Sigues con la tal como-se-llame?», dice, poniéndolo a prueba.

El rostro del hombre frente a él apenas muestra nada; ninguna reacción a lo que Franco ha dicho, o a que ese sea un tema prohibido. Entonces los ojos de Tyrone se estrechan de repente.

«Sabes que tu hijo…, Sean…», dice, alargando tanto el nombre que casi parece un bostezo, «… que Sean tenía tratos con el hijoputa ese de Anton Miller, ¿verdad?»

«No.»

«Y la tipa esa, la tal Frances, Frances Flanagan, según dicen, estaba allí la noche que se lo cargaron.»

Noticias frescas. Dos nombres nuevos. *Anton Miller*. *Frances Flanagan*. La policía no había confirmado todavía que hubiese alguien con Sean, pero tenía sentido: alguien había llamado a la ambulancia, aunque hubiese sido

tarde. Lo mismo la chica estuvo allí y dejó entrar al asesino sin saber sus intenciones y, después de que el asesino matara a Sean, huyó, quizá presa del pánico, y llamó a la policía. O a lo mejor le tendió una trampa. O lo apuñaló ella misma. Pero Frank Begbie desconfía. Otra vez la misma historia; no es propio de Davie Power hacer buenas obras. «¿Por qué me estás contando esto?»

«No solo por los viejos tiempos.» Tyrone niega con la cabeza lentamente y después sonríe con auténtico deleite. «Podría mentirte y decirte que es por eso, pero no, no pretendo insultarte. Verás, le debo más de una al cabrón de Miller. De hecho, por mí como si le cae una lluvia de mierda encima. A ti el mal se te da muy bien, Frank», dice Tyrone en un intento de calibrar la reacción de Frank Begbie. «Es un auténtico cabrón. Con su pandilla de pistoleros. Los muy cobardes se cargan a la gente por la calle desde el coche. Eso no está bien», añade, meneando la cabeza de nuevo. «Está detrás de la muerte de tu chico, estoy tan seguro de ello como que a la noche le sigue el día. Sean trabajaba para él. Tema de drogas. Así que tenemos un interés mutuo», arguye, poniéndose en pie y dirigiéndose a un opulento mueble bar de mármol construido en un rincón de la sala.

«Si un gilipollas te estuviese molestando tanto», dice Franco mientras observa a Tyrone, que está sacando una botella de whisky con hoyuelos de un estante detrás del mueble bar, «ya te lo habrías cargado. Te has cargado a todos los mamones que han salido de los barrios durante años. Pilton, Sighthill, Niddrie, Gilmerton…», prosigue, y recuerda a un viejo amigo suyo, Donny Laing, que había desafiado en público a Tyrone y después había desaparecido. «¿Qué diferencia a este chaval?»

«Miller es la personificación de la astucia.» La cabeza rapada de Tyrone se inclina. «Un nuevo tipo de barriobajero, un gángster en toda regla, no un matón descerebrado.» Se queda mirando a Franco un segundo de más. «Es listo, sabe jugar a la política y forjar alianzas. Unió a todas las bandas del norte de Edimburgo: Drylaw, Muirhouse, Pilton, Royston, Granton, incluso el barrio que acaban de construir en Leith, bajando por Newhaven», explica Tyrone, apoyando la botella de whisky en la superficie superior de mármol del mueble bar.

Begbie asiente. Leith siempre ha sido una entidad en sí mismo. La idea de que sea una avanzadilla, un territorio en manos de un chorizuelo de barrio le consterna más de lo que debería.

«Él y su banda tienen ambición, además de gusto empresarial. Todos profesan una enorme lealtad por él. Si me lo cargo, los demás se me echan

encima. Habría una guerra, y eso sería malo para los negocios, y malo para la ciudad», añade Tyrone, y Frank Begbie asiente para mostrar su acuerdo. Tyrone siempre ha alimentado un perverso sentido de responsabilidad cívica. Los viejos gángsters de Edimburgo tuvieron históricamente tanto éxito porque fueron capaces de cambiar su estatus y evolucionar, integrándose en la respetable comunidad de negocios y minimizando las escenas de violencia. Redujeron las guerras territoriales, los tiroteos, las confesiones a programas como *True Crime* y las biografías acusadoras que publicaba por entregas el *Daily Record* y que solían retratar a sus vecinos de Glasgow. Estaban seguros, organizados, consolidados. Reclutaban a los mayores portentos de los barrios y aplastaban el surgimiento de cualquier banda de la periferia que quisiese sacar tajada de los mercados de la ciudad.

Franco entiende que una nueva empresa que no se ajusta a las viejas reglas puede ser un verdadero dolor de cabeza para ellos.

Y a Tyrone le llegan presiones desde otro frente. «La nueva tropa de la Policía de Escocia está a las órdenes de Glasgow; es básicamente la vieja policía de Strathclyde, y se nos están echando encima con más fuerza que los de Lothian en sus mejores tiempos, que Dios los tenga en su gloria», explica; luego se vuelve hacia Franco con una mirada conspiradora. «Pero un forastero…, como tú ahora…, bueno, lo mismo te sale rentable. Vengarías a tu hijo, me echarías una mano, te llevarías un dinerito y librarías a tu ciudad de una fuerza muy negativa. Tú te encargaste de Craig Liddel… "Seeker"…», se corrige Tyrone con una sonrisa, «y podrías encargarte de Anton.»

«Y por culpa de eso me pasé una buena temporada encerrado. Paso de esa mierda.»

«Ni que la policía se fuese a molestar porque alguien se cargara a Anton», se burla Tyrone, levantando la botella de whisky.

«Soy un hombre reformado», explica Franco con la cara inmóvil como un bloque de piedra.

De nuevo parece que Tyrone no lo ha oído. «Este whisky de malta tiene veintidós años», explica mientras sirve dos whiskies dobles en unos vasos de cristal grueso. Con la guillotina en miniatura que hay en el mueble bar decapita y después enciende un par de habanos. Le ofrece un vaso y el puro a Franco, que los mira y luego mira a Tyrone. «Todavía conservas el gusto por la violencia, lo veo en tus ojos. Bebe», ordena Tyrone, brindando con él.

Frank Begbie lo mira con una sonrisa apresurada. «Ya te he dicho que me he reformado», repite, tirando el puro en el vaso. Después de oír que se apaga entre siseos, se levanta del sofá.

Observa la mirada incrédula de Tyrone, primero ante la profanación de su hospitalidad, luego ante él.

«Sé salir solo», dice Franco, poniendo el vaso en una mesilla, tras lo cual se vuelve y sale de la estancia, a sabiendas de que el cuello del hombre que está dejando atrás está ardiendo. No todo el mundo daría la espalda a un David «Tyrone» Power enfadado, pero Francis Begbie se limita a tomar aire y a sonreír para sus adentros mientras recorre el vestíbulo que le conduce a la puerta principal.

17. EL TÍO

La lluvia ha escampado y de detrás de las nubes color humo sale un sol parpadeante, como un exconvicto tratando de adaptarse a la libertad. Es como si se oyese un pistoletazo subsónico; su frecuencia invisible abre nuevas posibilidades para la ciudadanía rejuvenecida de Edimburgo. Pero para Frank Begbie la cosa va de cerrar viejos capítulos; mañana cremarán a su hijo. El del funeral será un día largo; siente que de los relatos quebrados por el sufrimiento y alimentados por el alcohol que lo rodearán quizá pueda sacar en claro algunas verdades que lo ayuden a aclararse. Se levanta temprano y decide ir a correr, comenzando con un trote lento y desganado para ir cogiendo velocidad hasta que se le relaja la pierna agarrotada.

De repente nota, y luego ve, que del bolsillo de sus pantalones de chándal asoma el iPhone, le rebota en el muslo y, mientras se detiene y se da la vuelta, lo ve golpear la reja de una alcantarilla, caer de lado y deslizarse en su interior. Parece hundirse a cámara lenta en el agua negra y repugnante. Franco siente que el pecho se le hincha de ira; coge las barras de la pesada reja. Se le marcan las venas del brazo al levantarla. Pero no se va a poner a buscarlo entre tanta guarrería, ¿no? *Uno…, dos…, tres…, de todos modos estaba hecho polvo… Ya me compraré otro nuevo…* Vuelve a dejarla caer, sacudiendo las manos para quitarse la mugre, y sigue hacia delante, en dirección a una antigua fábrica convertida en el club de boxeo de un viejo amigo.

El interior del gimnasio bulle de actividad. Los boxeadores siguen sus rituales bajo la supervisión de los entrenadores: tres de los cuatro cuadriláteros están ocupados por tríos o parejas de sparring entrenando con manoplas. Alrededor de un racimo de pesados sacos, empleados de oficinas realizan circuitos de boxeo que incluyen entrenamientos con sacos, sparring, y ejercicios de fuerza y acondicionamiento; después quedan listos para una jornada laboral sin moverse del escritorio.

Franco le hace un gesto con la cabeza a su viejo colega, Mickey Hopkins, que está sentado detrás del mostrador de recepción, hablando por el móvil. A cambio recibe un guiño de reconocimiento. Después empieza a estirar antes de encontrar un ritmo bueno, satisfactorio, con el *punching ball. Uno…*,

dos…, tres…, uno…, dos…, tres… Siente la mirada recta de hombres fuertes que le dan su aprobación estoica; algunos de ellos han bailado con el diablo y se han salvado de caer por el precipicio. Hay hombres así en los gimnasios de todo el mundo, incluido el que frecuenta él en California. Le gusta estar con ellos; la mayoría tiene la sensatez de saber que los seres humanos más sabios son estudiantes, que siempre están aprendiendo cómo enfrentarse a la vida, siempre adaptándose a los cambios entre las oportunidades y amenazas que esta presenta.

Frank Begbie se venda las manos mientras Mickey Hopkins termina la llamada; luego Mickey recoge unas manoplas y le señala el cuadrilátero con la cabeza. Los hombres se cuelan por entre las cuerdas. La respiración es la clave, y Franco inspira de forma regular y espira al lanzar cada una de las combinaciones de puñetazos que corren a estrellarse en el punto plateado de las manoplas, al ritmo de los gritos de Mickey. «Doble *jab*, cruzado, gancho izquierdo, doble gancho derecho, gancho izquierdo, *jab*…»

Franco se halla en ese glorioso *tempo* que abre las puertas a la trascendencia mientras algunos espectadores detienen su propia actividad para observar la danza que comienza. Tras la sesión, está empapado en sudor, resoplando, y deja que la respiración pierda velocidad hasta volverse regular. Está sentado con algunos de los muchachos, pero pone cuidado en no preguntar nada sobre Anton Miller: se contenta con dejar que la gente le dé información de modo voluntario. Sean amigos o enemigos de Miller, tienen que vivir con él en la ciudad. La impresión general que se lleva es que el joven inspira genuino respeto, además de un miedo obvio. Esas cualidades deben de hacerlo muy peligroso para Tyrone.

Mickey y algunos de los muchachos se lo llevan a comer pollo asado a un bar cercano, y se ponen a hablar de los viejos tiempos. Le llama la atención que los hombres sentados a la mesa llevan años evitándolo y ahora le dan la bienvenida al club de «antes era un capullo pero ahora es un tío guay». Se da cuenta de que todos lograron ser miembros de esa fraternidad hace años, en cambio a él le ha costado un montón de tiempo. Por primera vez desde que salió del avión se siente a gusto en su ciudad natal.

Cuando vuelve a Murrayfield esa tarde, Frank coge el teléfono del aparador y marca el número de Melanie. Desea estar en Santa Bárbara con ella, con el amanecer colándose por la ventana del dormitorio, ella durmiendo desnuda boca abajo, con el reflejo metálico de su cabello al sol, y el aire del Pacífico refrescando la habitación. Se siente un poco violento, porque Elspeth está sentada en el sofá, bebiendo ginebra y viendo la tele. Salta el contestador,

y Frank intenta explicar lo ocurrido con el teléfono Tesco antes de que suene la señal y le corte el mensaje. Elspeth tiene cara de malas pulgas; Frank se pregunta si debería haberle preguntado antes de hacer una llamada de larga distancia. A algunas personas les molestan esas cosas. Así que se sienta en la silla que hay frente a ella e intercambian algunas banalidades. Luego mira una foto de los chavales que hay en el aparador, ambos con camisetas granates de los Hearts. «Son buenos muchachos», dice.

«Sí, nunca me han dado ningún problema…», contesta Elspeth; luego vacila. Franco sabe que está pensando en los hijos de él, quizá dándose cuenta de que no era adecuado decir algo así.

Decide mantener un tono distendido. «¿Cómo es que se han hecho de los Hearts?»

Elspeth lo mira, algo descorazonada. «El padre de Greg los lleva a Tynecastle.»

«Nuestra familia siempre ha sido del Hibernian. Es la tradición.»

Elspeth se mofa abiertamente. «¿Qué coño me vas a decir tú a mí de familia ni hostias? ¿De tradiciones? ¿Tú, que te has pasado la mayor parte de la vida en la cárcel y luego te largaste a California?» Su ira va en aumento. Frank mira la copa que Elspeth sostiene en la mano. Apuesta a que no es la primera del día. «¿Dónde estabas tú para llevar a tus sobrinos, o a tus propios hijos, a ningún sitio?» Elspeth rebosa bilis. «¿Los llevó alguna vez “su tío Frank” a ver al Hibernian?»

«Vale, tienes razón», admite Franco, tirando de un cordón de las zapatillas de deporte. «Solo se me ha ocurrido que, al venir de un entorno *hib*, a lo mejor tenías que haberte resistido un poco, nada más.»

«¿Qué? Como si a mí me importase una mierda algo de eso.» Elspeth frunce el ceño. «Ya sé lo que estás haciendo, Frank. Me doy cuenta de en qué te has convertido. Eres el mismo hijo de la gran puta, solo que has aprendido a controlar la rabia. Te lo veo en los ojos, sigues teniendo esos ojos de asesino egoísta…»

Respira…

Franco se eriza al tiempo que una rabia volcánica se alza en él. *La misma mierda con la que me vino Tyrone, esa tontería sobre mis ojos. Uno…, dos…, tres…* «¿De qué estás hablando?» Niega con la cabeza y se deja caer hacia atrás en la silla. «¡Pues claro que tengo los mismos ojos!» *Relájate y disfruta del combate. El que pierda primero la serenidad, pierde.* «¿Cómo iba a cambiar de ojos? ¿No querrás que me ponga lentillas de zombi o algo así?»

«Eres peor.» Elspeth da otro sorbo de ginebra. «Has aprendido a ser sagaz y manipulador. Al menos cuando no podías controlar la rabia eras sincero.»

Frank Begbie inspira profundamente de nuevo y baja la voz. «Así que si me vuelvo loco y te destrozo la casa…, ¿soy sincero?», dice mirando a la acogedora habitación. «Pero si intento hablar las cosas con calma, ¿entonces soy un psicópata? No tiene sentido lo que dices, Elspeth», masculla desdeñoso, mientras señala el vaso que hay en la mesa de café entre ellos. «Menuda copa de ginebra, amiga. A lo mejor tienes que tomártelo con más calma. El vivo retrato de tu padre, ¿no?»

Elspeth acusa la observación. Ser consciente de que bebes demasiado es una cosa, pero que otra persona lo señale abiertamente es distinto. Piensa en Greg, y se pregunta si se habrá dado cuenta. Los chavales seguro que no…

Levanta la cabeza y se encuentra a su hermano mirándola, como si estuviese leyéndole el pensamiento. Franco daba miedo cuando explotaba, pero era aún peor cuando se quedaba alerta, rumiando su ira. Aquella incubación borboteante nunca duraba mucho, siempre había sido incapaz de impedir que aquella lava de rabia entrase en erupción, pero ahora parece que se ha convertido en un experto. A ojos de Elspeth, eso lo hace aún más peligroso. El aire se espesa con un velo amenazador. Nunca antes ha sentido algo así emanando directamente de Frank, a pesar de haberlo visto cometer actos de violencia contra otros miembros de la familia, sobre todo Joe.

Frank rompe el silencio y se pone de pie ante ella con una extraña sonrisa. «Claro que si tu propia vida te llenase un poco más, a lo mejor no beberías tanto. Solo es un comentario», remata, con un espontáneo acento yanqui, antes de marcharse a su habitación.

Sobre la mesilla de noche, el teléfono Tesco marca cien por cien de batería, pero Franco se da cuenta de que no puede encenderlo. «Increíble», murmura para sus adentros; inspira profundamente y opta por relajarse tumbado en la cama, leyendo *La naranja mecánica* en su Kindle. Recuerda haber visto la película cuando era joven. Leer es una lucha, pero satisfactoria, ya que su mente es capaz de procesar los símbolos y convertirlos en sonidos y cadencias. *No leas libros, cántalos,* había sido el rompedor consejo del especialista que lo vio en la cárcel.

Llaman a la puerta y entra Greg. Está claro que ha llegado la hora de la reconciliación. «Me han dicho que tú y Elspeth… Ejem, bueno, creo que todos estamos nerviosos por lo del funeral de mañana…»

«Sí.»

«Los chavales están en casa de mi madre. ¿Vienes con nosotros? Estamos a punto de comer un pollo asado que he cocinado.»

«Vale», dice Franco, levantándose. No es que tenga especiales ganas de compañía, y una segunda ronda de pollo asado no lo motiva, pero ha quemado muchas calorías y sería sensato comer de nuevo.

El ambiente en la mesa es tenso. Franco levanta la mirada hacia Elspeth y se da cuenta de que está borracha. Han abierto una botella de vino blanco. Con suerte, Greg se tomará como mucho una copa. De repente su hermana empieza a lloriquear, llevándose una mano a los ojos. «Ay, Dios mío…», murmura con suavidad.

«Cariño…» Greg le rodea el hombro con su brazo. «¿Estás bien?»

«¡No! ¡No estoy bien! He perdido a mi sobrino, al pequeño Sean», se lamenta Elspeth con un tono marcado por el dolor. Luego se vuelve hacia Franco y dice con tristeza: «Me acuerdo de cuando era joven, lo entusiasmada y orgullosa que me sentí cuando June y tú lo trajisteis a casa.»

Franco guarda silencio. Él también recuerda el irritante jaleo que habían montado Elspeth y su madre. *La criatura esto, la criatura aquello*. La amarga y resentida insinuación de que su vida terminaba allí, de que a partir de aquel momento viviría a través de ese niño. Y se dio cuenta de que lo habían manipulado, de que el embarazo y el nacimiento del niño habían representado una (remota) esperanza para June y su madre de que él cambiaría. Y al acordarse de Val Begbie, su madre, piensa que le habría encantado llevarla a Santa Bárbara a conocer a sus hijas. Para demostrarle que al final todo había salido bien, como siempre le había asegurado, durante décadas de redadas policiales a medianoche, llamadas desde la cárcel, comparecencias en los juzgados y viajes siniestros y rituales a centros penitenciarios. Pero lo único a lo que llegó Val —para entonces con un cáncer avanzado— fue a conocer brevemente a Mel, y a ver unas fotos de Grace recién nacida.

«Pero a ti no te importa una mierda», le ruge Elspeth. «¡Nunca te importó!»

«Elspeth, de verdad, no empeores las cosas», protesta Greg.

«Estoy intentando enterarme de lo que le pasó», dice Franco. «Si no me importase, no lo haría, ¿no?»

«Sí, pero no te importa él», balbucea Elspeth. «¡No lo conocías! Era un chaval adorable, Frank, un muchacho excelente, hasta que se enganchó a las drogas», afirma, casi sin aliento. «Tenía una sonrisa para todo el mundo, siempre estaba de buen humor. ¡Me jode que se haya muerto! Y a ti, que eres su puto padre, ¿no te importa?», implora. «¡Dímelo! ¡Dime que estás triste!»

«¿Qué? ¿Estás de coña?» Franco entorna los ojos hasta convertirlos en ranuras. «Hace cinco años que no nos vemos, y ¿quieres que me ponga a contarte a ti cómo me siento porque hayan asesinado a mi hijo? ¿Ahora, cuando el funeral es por la mañana? Eso no va a pasar», dice Franco con énfasis.

«Elspeth», ruega Greg, «es el hijo de Frank. Cada uno procesa el duelo de forma distinta. Por favor, muestra un poco de respeto, vamos a intentar ayudarnos a superar todo esto.»

«¡Pero él nunca intentó ayudarlos! ¡Míralo! ¡Ahí sentado, como si no hubiese pasado nada!»

Franco posa su tenedor y su cuchillo. «Mira, decidí que no tenía nada que ofrecerles…»

«¡Ni siquiera cuando triunfaste como artista!»

«Tengo mi propia familia… Mi otra familia, mi nueva familia.»

«Pero esos muchachos necesitaban un padre… Y ese otro chaval, el tal River…»

«Pues no lo tuvieron. Es una mierda, pero esas cosas pasan. A mí. A ti. A un montón de gente. Les fallé, sí, pero no podía ayudarlos», dice con firmeza, agitando el tenedor en el aire. «Ese tren se había marchado hacía mucho.»

«¡Total, que la lías y luego te lavas las manos, como si nada!», replica Elspeth. «Al tal River ni siquiera lo conoces», brama en tono acusatorio.

Greg arruga la cara, pero Franco mantiene la calma. «Lo único que puedo hacer por ellos es intentar vivir mi vida con decencia. Enseñarles las diferentes consecuencias de eso. Enseñarles que actuar como un energúmeno implica una celda de cemento de doce pies en Saughton, lo cual no mola. Pero abrirse a sí mismo y encontrar lo que se te da bien y expresarte: eso significa una casa en la playa en California, lo cual está de puta madre. Esa es la única lección que puedo impartir al mundo. No voy a dar sermones.» Deja los cubiertos y abre las manos. «Está a la vista de cualquiera que se moleste en abrir los putos ojos.»

Elspeth se estremece ante eso, pero sigue mirando a su hermano.

«Cada uno lleva el duelo a su manera», insiste Greg, acariciándole el brazo a su mujer. «Yo creo que Frank está haciendo muy bien en mantener la calma. A ninguno nos vendría bien ponernos histéricos a estas alturas.» Mira a Franco, que está cogiendo con la cuchara un poco de puré de patatas. «No sabes qué ocurre en su interior.»

«¡Ya, nadie lo sabe, pero se puede adivinar! ¡Nada!», declara Elspeth. «¡Hay un chaval estupendo al que han matado a puñaladas y a nadie le

importa! ¡A nadie!»

«Yo lo que creo es que deberías irte a dormir la mona. Estás empeorando las cosas», dice Franco, mientras corta un trozo de pechuga de pollo y empieza a masticarla.

Elspeth lo mira primero a él, luego a Greg, se pone en pie y sale airada hacia el salón. Greg se vuelve hacia Franco y hace amago de levantarse tras ella.

«Deja que se vaya», sugiere Franco. «Quizá esté equivocado, quizá un par de copas sea lo que necesita. Como tú dices, cada uno se enfrenta a las cosas de modo diferente, y está claro que esa es su manera. Antes le habría hecho compañía, me habría emborrachado y habría montado una escena, pero a mí ya no me funciona eso», explica encogiéndose de hombros. «Por cierto, llevo un rato dándole vueltas a una cosa…»

«¿Qué?», pregunta Greg, bajando la voz e inclinándose hacia Franco.

«¿Soy yo o esta salsa tiene un toque de cilantro?» Entrecierra los ojos para saborear mejor. «Está muy buena.»

18. EL FUNERAL

Cinco minutos después de que Juice Terry los deje a él, a Greg y a Elspeth ante las puertas del crematorio Warriston, bajo la llovizna, la humedad comienza a incomodar a Franco. Es una humedad fría que se ha asentado bajo el cuello de su camisa y parece querer extenderse entre este y su piel. El teléfono Tesco se ha desbloqueado milagrosamente y consigue enviarle un mensaje a Melanie, aunque no se fía demasiado de que le llegue. Se van formando corrillos de personas; algunas de ellas lo miran con circunspección. Elspeth, que por suerte no ha abierto la boca esta mañana (seguro que por la resaca, considera), ha empezado a mezclarse con los asistentes, acompañada por Greg. Pero a Franco no le apetece ponerse a hablar con nadie y le alegra que la compañía de Terry actúe como elemento disuasorio. La mirada pornográfica del taxista se ha posado sobre una chica con el pelo castaño claro que lleva un top negro con cremallera y fuma un cigarrillo electrónico. «A esa la intenté meter en el porno», sonríe. «Una niña de papá. Se lo propuse e hizo una prueba y todo, pero es una borracha sin remedio y anda metida en historias con Anton Miller. Tu colega Larry Wylie, que por lo visto tiene sida, ha estado liado con ella.» Terry pone una mirada de desdén mientras barre la lluvia de sus rizos. «Con esa gente es mejor no juntarse.»

Franco se interesa por la mención no solicitada a Anton Miller. «¿Cómo se llama?»

«Frances Flanagan.»

Otro nombre que vuelve a hacer acto de presencia. Franco observa a Frances Flanagan mientras ella mira a un grupo de jóvenes arrogantes. Se pregunta si serán amigos de Sean, y si Anton Miller, el otro nombre que ha estado oyendo últimamente, está entre ellos.

«La hija de Mo», apunta Terry. «¿Te acuerdas de Mo Flanagan?»

El nombre le suena bastante, y Franco asiente con la cabeza al recordar que Mo en su día fue soldado raso de la banda callejera YLT. Le viene a la cabeza South Sloan Street. También recuerda que Mo se dio a la bebida, y Terry le informa de que murió hace varios años. «La chavala tiene la misma

debilidad que el viejo. Una pena, porque es una monada y tal», lamenta. «Pero no le va a durar.»

Franco mira hacia Frances Flanagan, que ahora está hablando con dos señoras mayores. En efecto, posee una belleza frágil, corrompida; el pelo negro peinado hacia atrás resalta sus incisivos pómulos. Franco comienza a temblar a medida que la fría lluvia lo va calando. Se acuerda de California y repara con apatía en lo mucho que odia este lugar. Mira el móvil Tesco por si tuviese noticias de Melanie y, armándose de paciencia, consigue escribir otro mensaje de texto para decirle que ahora está en el funeral.

Se está reuniendo una multitud considerable. Por lo que ha podido averiguar, Sean era un yonqui de mucho cuidado y andaba siempre metido en trapicheos, pero también era muy popular, de eso no cabe duda. Aunque tal vez sea su juventud lo que haya congregado a tanta gente. Da igual que hayas sido un hijo de puta: si mueres joven, en cierto modo se te perdona. Siempre quedaba la posibilidad de cambiar, por poco realista y remota que fuese. Se acuerda del primer funeral al que asistió en este crematorio, el de su abuelo, Jock Begbie, que bien podría haberse celebrado en una cabina telefónica. A lo largo de estos treinta y pocos años aquel lugar apenas había cambiado. Los mismos edificios funcionales y jardines paisajísticos escondidos en un rincón inhóspito de la ciudad. La lluvia incesante.

Entonces ve a June ataviada de negro. La ropa parece bastante cara, se ve que se ha rascado el bolsillo. Su hermana Olivia está junto a ella; se la reconoce por su inequívoco ensimismamiento. Recuerda que se la folló una vez, un día que estuvo de canguro con los niños. Él y June habían vuelto a casa, y June, que estaba como una cuba, se cayó redonda en el sofá. Franco la cogió en brazos y la echó en la cama como si fuese un saco de patatas. Después fue al salón, señaló hacia el sofá con la cabeza y le dijo a Olivia: «Quítate la ropa. Vamos a follar.»

Ella se quejó, dijo que aquello no estaba bien, y él le contestó que solo era por pasar el rato. Olivia lo miró de forma extraña, pero luego empezó a desnudarse. Fue hacia ella y la llevó al sofá; después se echó encima y se la metió al momento, de un modo silencioso y agresivo, manoseándole los pechos a cada embestida. Fue un polvo rápido. Después ella se puso a llorar y él refunfuñó: «Joder, qué par de gilipollas, me ponéis la cabeza como un bombo», y se fue a la cama.

Ahora Olivia tiene sobrepeso, aunque no llega a la obesidad mórbida de June. Sus ojos negros, como dos insectos muertos e incrustados en un rostro seboso y picado, lo miran con una expresión muy parecida a la de entonces.

Un temblor visible sacude sus carnes rollizas. Franco considera que quizá aquel episodio no fue tan sórdido después de todo; ¿acaso la juventud no está para hacer el golfo? Si tuviera que arrepentirse de algo, desde luego no sería de echar un polvo, más que nada porque apenas siente conexión con aquel incidente.

Su vida parece cada vez más fracturada, como si su pasado lo hubiese vivido otra persona. No solo su residencia actual y la gente que lo rodea son polos opuestos, él mismo parece una persona totalmente distinta. Las principales obsesiones y flaquezas de aquel hombre le resultan del todo ridículas al actual inquilino de su cuerpo y mente. El único nexo es la rabia: cuando se enfurece, puede saborear a su antiguo yo. En California, con el modo de vida que tiene ahora, muy pocas cosas pueden irritarlo hasta ese punto. Pero eso es en California.

June lo mira a los ojos y se acerca. Franco habría levantado una mano para detenerla de haber sabido que lo iba a envolver en sus carnosos brazos. «Nuestro niño, Frank…», gime con tristeza, «nuestro niño, con lo guapo que era…»

Franco mira por encima del hombro de June y se fija en la mampostería exterior de la capilla ardiente. June apesta tanto a tabaco que ningún perfume podría disimularlo. Si Franco bebiese todavía, los efectos del alcohol de la noche anterior de seguro le habrían provocado arcadas. «Sí, es una pena, una pena», dice apretando los dientes. «Discúlpame un segundo», y se quita sus brazos fláccidos de encima. Por suerte, ha aparecido Michael vestido con un traje gris marengo, y June se engancha a su segundo hijo y profiere un grito agudo: «AAAY, MICHAEL…»

Esto le da a Franco la oportunidad de volver con Terry. El taxista y pornomercante está charlando con una mujer refinada que le levanta una ceja con coquetería. Pero, según se acerca Franco, oye una voz familiar que le rechina al oído. «¿Por qué no me has llamado?»

Larry está prácticamente igual, tal vez algo menguado con la edad. Le produce un interés morboso ver que los años engordan a unos y encogen a otros. «Larry», reconoce Franco.

«Yo conocía bien a Sean, Frank.» Larry se acerca y baja la voz. «Intenté estar pendiente de él, llevarlo por el buen camino», murmura, pestañeando un poco ante la inquebrantable mirada de Franco. «Pero se juntó con Anton Miller y esa gente.» Ahora Larry susurra mientras sus pupilas giran de lado a lado, sondeando a los asistentes. «Y, sin embargo, mira por dónde, el día de su funeral no viene a presentar sus respetos.»

De entre los jóvenes presentes, Franco no habría podido identificar a Anton Miller, pero está bien confirmar que no ha venido. En efecto, hay bastantes chavales. Algunos le echan furtivas miradas reverenciales; otros le ofrecen muecas arrogantes, como queriendo desafiarlo. Tras un año en Londres y cinco más en California, un mundo entero ha surgido en su ausencia. O quizá uno extrañamente familiar, solo que con un reparto distinto.

«Mientras estés por aquí puedes contar conmigo para lo que sea», dice Larry con afectada formalidad. «Si te hace falta la furgoneta, pídemela cuando quieras, es tuya. Si te hace falta casa, puedes quedarte en la mía.»

«Gracias, Larry», responde Franco, que sigue examinando a la multitud. «Pero estoy bien en casa de mi hermana.»

Michael se ha apartado de la gente y está charlando con otro chaval de mirada dura y con un montón de anillos soberanos en los dedos. Franco ve que están mirando a la joven Frances Flanagan. Pero ella no se da cuenta, pues tiene la atención puesta en Larry y en él. Larry se gira, le guiña un ojo a Frances y le hace un gesto para que se acerque a ellos.

«Frances también conocía a Sean», le informa Larry cuando ella llega. «¿Verdad que sí, guapa?»

«Sí. Lo siento», le dice a Franco, que comprueba que la chica es guapa. Su mandíbula larga y angular le otorga una agudeza e intensidad que maridan a la perfección con sus penetrantes ojos de asombroso verde esmeralda.

«Me han dicho que estabas allí cuando pasó.»

Frances lo mira como si acabase de decirle que está en mitad de un campo de minas. Frank Begbie casi puede ver las imágenes pasar a cámara rápida por sus expresivos ojos. «Bueno, estaba y no estaba…», responde con timidez.

Según Tyrone el Gordo, aunque la policía no lo supiese, ella estuvo con Sean en aquella habitación, y fue tal el cóctel de drogas que se metieron que Sean la habría palmado igualmente, solo que su adversario se adelantó. Parecía probable, según le explica Frances, que ella se despertase después de haber perdido el conocimiento y se encontrase con Sean muerto y cubierto de sangre, y la puerta del piso abierta. Como es normal, salió de allí cagando leches y después llamó a la ambulancia. «Mejor hablamos de esto luego», dice Frances, consciente de la mirada acechante y rapaz de Larry.

A Franco le parece que esa versión tiene sentido, pero el cerebro le va a mil por hora. ¿Estaría diciendo la verdad? ¿Y si conocía al asesino y lo estaba protegiendo, por miedo quizá? ¿Y si fue ella? ¿Una pelea de novios por droga

o dinero? Ella es menudita, pero Sean estaba tan drogado, como dijo Notman, el policía, que habría sido fácil liquidarlo. «Sí», accede, «mejor luego.»

«Vale», dice ella. Franco se queda mirando mientras ella se aleja en dirección a dos muchachas. Sin duda, es una chica atractiva. En los Estados Unidos igual se habría montado en uno de esos autobuses Greyhound y habría acabado en West Hollywood, trabajando de camarera y tomando clases de interpretación a la espera de que alguien la descubriese o se casase con ella. Piensa en chicas como ella a las que ha conocido, en que la belleza femenina era una extraña moneda de cambio en Escocia. Casi todas las mujeres se sentían agradecidas por tenerla, pero después les faltaba tiempo para echarla a perder. Solía considerarse como otro regalo caído del cielo, algo que dilapidar antes de que nadie le pusiese las manos encima. Aquí, Frances ahogaría su belleza en alcohol y drogas hasta reducirla a escombros. Parecía llevar el peso de la desesperanza sobre sus hombros. Y luego supuso, tras observar a la gente de alrededor, que casi todos los hombres hacían lo propio con las bondades de la juventud, y de pronto cayó en la cuenta de que la cárcel fue lo único que evitó que se convirtiese en una piltrafa humana. La gente tenía vidas duras; trabajaban, estaban agotados, a menudo se deprimían, y no tenían ni tiempo ni dinero para spas, gimnasios o dietas saludables. Por encima del hombro de Frances puede ver a Tyrone con su antiguo amigo Nelly. Cerca oye a una mujer decir algo de que aquello estaba lleno de «golfos, ladrones, putas y cantamañanas». Y no le faltaba razón.

June vuelve de pronto a su lado y señala hacia la capilla. «Tenemos que entrar.»

La misa no revela ningún dato nuevo sobre su hijo fallecido. El discurso del sacerdote es una retahíla de clichés insustanciales, si bien para algunos supone una indudable fuente de alivio y desahogo. El suave llanto de June, a la que flanquean él y Michael, se sucede a módicos intervalos, traspasando una nebulosa de medicación. Durante la ceremonia, su segundo hijo hunde el labio inferior y los ojos se le manchan de recelos sombríos. Michael no le dirige la mirada en ningún momento, y Franco se dice a sí mismo que no puede culparlo, dada la naturaleza de su último encuentro. También hay muchos rostros conocidos. Algunos son amigos de verdad, como Mickey y los chicos del club de boxeo; otros, caras que se ha cruzado a lo largo de todo este tiempo, parecen haber venido a regodearse y apenas lo disimulan.

Además de June y Michael, Elspeth, Greg y Olivia están junto a él, sentados en la primera fila. Joe está detrás de ellos, con pinta de borracho zarrapastroso buscando gresca. El deprimente recital del sacerdote solo se ve

interrumpido por el teléfono Tesco, que de pronto emite un tono de zanfoña que obliga a Franco a responder. «¿Sí?»

«¿Paga un interés muy alto por sus préstamos?», pregunta una voz robótica. Franco cuelga y June le lanza su típica mirada de mujer herida. Entonces llega el momento en que todo el mundo empieza a marcharse. Ve a Kate, otra de sus ex, que tiene buen aspecto, con sus dos hijos, Chris, de unos catorce años, y River, de unos doce; este último es suyo. Más que ningún otro vástago de Franco, el niño, a quien nunca ha visto salvo en fotos que le enviaron a la cárcel, guarda un desconcertante parecido con él. Le da la mano al chaval, le pregunta por el colegio, le dice que se aplique y que se porte bien con su madre. Es todo lo que es capaz de decir, y siente alivio cuando es interrumpido por su antiguo vecino, Stevie Duncan, y por su mujer, Julie. Hace años que no los ve, y se alegra de oír que la madre de Stevie, la anciana señora Duncan, se encuentra bien y vive en la residencia de Gordon Court. Es la misma en la que murió su abuelo Jock. Recuerda que fue ella quien le tejió su primera bufanda del Hibernian, en verde y blanco. Son buena gente. «Le habría gustado venir, Frank», le dice Stevie mientras salen al frío. «Pero, tal y como tiene las piernas, no puede estar de pie mucho tiempo.»

«Es una lástima. A ver si me acerco a verla.»

«Le hará ilusión, Frank.»

Tras el funeral sigue una recepción en un hotel de Leith Links. La gente se acerca a Franco, muchas caras del pasado que le cuesta reconocer. Gavin Temperley se ha puesto como un tonel. «Qué bien nos cuidamos, Gav», observa Franco jocoso.

«La buena vida.» Temperley le devuelve una sonrisa envuelta en un leve aire de desesperación contenida.

Y después, otra voz al oído, titubeante y prudente. «Hombre, Franco…»

Se gira y ve a un hombre delgado y ojeroso con un mocho grasiento de pelo gris arena bajo el que se asientan dos ojos grandes y oscuros, sin brillo, en un rostro espectralmente pálido. «Hombre», responde Franco con tiento. «¿Qué tal andas?»

«Pues no tienes más que verme, Franco.»

Spud Murphy está tan viejo y desmejorado que si no hubiese hablado, Franco no habría podido confirmar su identidad. «Seguro que no es para tanto.»

Una sonrisa patibularia parece dar un poco de vida a la expresión de Spud. Después se torna sombría de nuevo. «Siento lo de Sean. Esta ciudad es una ruina, Franco. Todo ha cambiado. Ahora es una ruina», le advierte Spud.

Franco asiente, porque tiene toda la razón. Todas las ciudades tienen un lado malo; esta no es ni peor ni mejor que otras. No hace mucho, a pocos kilómetros de donde vivían en California, al hijo de un rico director de cine le dio un arrebato de cólera y mató a balazos a todo el que se le puso por delante, y todo porque no conseguía echar un polvo. *Menos mal que aquí no tienen pistolas*, piensa con malicia mientras observa al pobre Spud. A pesar de la imagen que ofrecen las películas, del militarismo de su política exterior y del creciente racismo, le parece que los Estados Unidos son un lugar mucho más tranquilo que Escocia: el único problema es que cualquier pirado puede comprar una pistola, y, claro, eso lo cambia todo.

Por encima del hombro de Spud ve a June, que sigue llorando; Olivia la consuela bajo la mirada casi indiferente de Michael. Franco siente una extraña reverberación que surge de sus adentros. *Respira*…

Uno…, dos…, tres…, quiénes somos…

Y pensar que estos fueron una vez su familia, sus colegas del alma. Recrea la imagen de Mel, Eve y Grace, intenta aislar detalles de sus rostros según le acuden a la mente, también de sus amigos Ralph y Juan, e incluso de su familia política y de su agente, Martin, todos bajo el sol de California. Y a este lugar gris le llaman «el soleado Leith». Era extraño. A veces la vida era como una broma absurda. O te tiraban la tarta a la cara, o tenías que reírte del que se llevaba el tartazo. «Así es, Spud», dice Franco casi gritando mientras trata de contener la risa.

A medida que el alcohol va haciendo su efecto, una creciente procesión de antiguos presidiarios provenientes de toda la ciudad se va acercando a él y le susurra al oído todo tipo de ideas conspiratorias. Las sandeces y llamamientos a la violencia, sobre todo para vengarse de Anton Miller, resultan apabullantes. Siente que la desolación se le mete en el cráneo. Franco intenta recuperar el ritmo de su respiración, desconectarse de todo aquello. Esa presión en el cerebro. Que le merma la concentración. Que le desvía el flujo de pensamientos hacia antiguos y ruinosos canales neuronales. Se acuerda de sus bustos de actores y de cada una de las mutilaciones a las que los ha sometido. De sus lienzos, de esas versiones de Dorian Gray regadas de rojo sangre. Sigue observando a Frances Flanagan y casi se alegra de que Elspeth y Greg acudan a su rescate. «Hay un chico de un periódico local, un reportero especializado en crímenes», le informa Elspeth.

«Qué poco tacto, mira que no dejar tranquila a la familia en un momento como este», sentencia Greg, y mira al reportero, de rostro rubicundo y ropa

desaliñada, apartado en una esquina. Después se gira hacia un grupo de jóvenes que ha estado lanzando miradas a Franco.

Frank Begbie también se ha percatado de esto, y supone que al menos algunos de ellos forman parte de la banda de Anton Miller. Tal vez no esté allí, pero seguro que se enterará de todo lo que está ocurriendo. «Desde luego», asiente.

«Mmm.» Greg vuelve a mirar al grupo de jóvenes. «¿Crees que existe el peligro de que estos chavales te vean como un héroe?»

Franco se encoge prosaicamente de hombros. «Sí, soy un héroe para algunos de estos chavales», dice, y se detiene para mirar a Elspeth. «Fui un héroe para mi hijo y no le hice ni caso. Ahora está en la tumba, a los veintiuno. Y menos caso le voy a hacer al hijo de otro.»

Greg ve que su mujer, consternada, enarca las cejas hacia el techo.

Terry está charlando con algunos miembros del grupo de jóvenes. Franco lo observa bromear con desenfado; mete todo el rato a las novias en la conversación, y el modo en que pasa de los chicos provoca risas. El grupo de jóvenes se mantiene apartado de Tyrone, que está en la barra, con un inquietante aire de venganza colgándole de sus enormes hombros como una capa. Y está con Nelly, el viejo amigo de Franco, que lo evita deliberadamente. Está a punto de ir a saludar, y tal vez ofrecer algún tipo de disculpa a Tyrone, pero de repente Larry aparece frente a él. «Bueno, Franco, ¿en qué crees que ha cambiado Escocia?»

«La gente sigue teniendo los dientes picados, bebe y se droga mucho.» Mira hacia Tyrone. «Lo único es que están más gordos. Eso sí ha cambiado.»

El rostro de Larry se arruga para formar una sonrisa. «Como si no hubiera gordos en los Estados Unidos. ¡Fueron ellos los que empezaron la mierda esa de la obesidad!»

«Sí, ahora es un problema global», sonríe Franco, dándose cuenta de que Larry consigue que la gente lo rehúya. Como Elspeth y Greg, que se han escabullido al otro lado de la sala. Tiene su utilidad.

«Muy cierto», responde Larry. «Por lo visto hay trescientos millones de chinorros obesos. Casi más que la población total de los Estados Unidos. La gente come mucha mierda. Uno no se pone así de gordo con un plato de arroz.»

«¿Has escuchado *Chinese Democracy*?»

«En China no hay democracia.»

«No, es un álbum, de Guns n’ Roses.»

«Ah, pues no.»

«Apúntatelo. Es muy recomendable.»

«Vale… ¿Y cómo va la vida en California, Frank?»

Frank Begbie mira hacia un par de antiguos adversarios. Uno es Cha Morrison, de Lochend, que vivía al lado de donde June vive ahora. Sus dedos, repletos de anillos soberanos, se ciernen sobre un vaso de cerveza; parece estar disfrutando de lo lindo. Esto es, reflexiona, una victoria para Cha; poder reírse del fallecimiento de Sean mientras se toma una birra que el padre del difunto, su eterno rival, ha pagado. «Pues no va mal, pero hay algo que echo en falta», considera. «Como una guerra.»

«El ambiente está cargadito por aquí», reconoce Larry.

Frank Begbie recuerda que una vez Larry fue víctima de la navaja de Cha Morrison; su agresor pasó un tiempo en la cárcel a cuenta de ello. Siente que el pulso se le acelera. Se fuerza a respirar de forma lenta y regular, inhalando por la nariz, exhalando por la boca. *Calma. Mantén la calma*. El mejor momento para atacar a alguien es cuando coge aire.

«¿Estás bien?», pregunta Larry.

Prosigue un ominoso descenso de energía, como en la pista de baile de una discoteca llena de gente, justo antes de que el DJ ponga el temazo que va a volver a todos locos. Y se da cuenta de que él es el DJ. Todos lo miran esperando a que empiece el espectáculo. A que se líe a puñetazos y patadas, a que lance un vaso, a que pegue un cabezazo, o incluso a que suelte un grito de esos que hielan la sangre; eso haría saltar la llama. «Siempre dicen que tienes que escuchar tu voz interior», dice Franco con suavidad. «Si yo escuchase mi voz interior, aquí no quedaría nadie vivo», sonríe jocoso. «Y eso no estaría bien», dice mirando a Frances Flanagan.

«Fue Miller, Anton Miller, Frank», declara Larry. Franco percibe la furia del alcohol en su aliento, se está acercando al punto en que los borrachos comienzan a decir lo mismo una y otra vez, en bucle. «Estuvo en el piso y se fue. Sean le debía pasta, y no le gustaba el rollo que se traía con su amiguita.» Señala con la cabeza a Frances, que está mirando una hilera de copas de vino sobre la mesa. «Hazme caso, Miller es a quien buscas.»

«Ya, eso me dice todo el mundo», responde Begbie.

Entonces Cha Morrison se acerca con una sonrisa grabada en el rostro. Apesta a alcohol, sin duda de una fiesta anterior a esta. «Mejor que incineren a esa basura. Así la enfermedad deja de propagarse, ¿verdad?»

Frank pensaba que iba a experimentar un brote psicótico agresivo al oír estas palabras, pero no siente nada. Sigue respirando con calma e incluso le sonríe a Morrison.

Cha Morrison no había previsto esta reacción y parece genuinamente alterado por ella. «¿Sabes por qué te salió maricón? Lo pilló de ti, del artista sarasa», dice Cha en tono de burla, y hace ademanes afeminados con la mano y los labios, mientras una serie de cuerpos comienzan a rodear a ambos hombres. «¿Me haces un retrato, pichoncito? Y dime, cari, ¿cómo te trata el tiempo en California?»

«Estaba empezando a aburrirme», sonríe Franco, «pero tu número de borrachuzo ha conseguido alegrarme el día. Echaba de menos todo esto. El tiempo en California es divino, gracias por preguntar. Y tú, ¿qué haces ahora? ¿Tienes un contrato en prácticas como reponedor del Tesco?»

«Eres un puto metemierda.» Morrison da un paso adelante, pero siente que alguien lo sujeta con firmeza por el hombro y lo aparta. Se gira y no solo ve a Tyrone, sino a Nelly y a los chicos del club de boxeo. «Sugiero que te vayas a tomar por culo, ahora que todavía puedes», propone Tyrone. Cha murmura algo, pero los boxeadores y Nelly ya lo están sacando fuera al tiempo que Elspeth se lleva a Franco en dirección opuesta. Ve a Michael, que se ha acercado al meollo de la revuelta. «Estoy orgullosa de ti», dice su hermana, «de que hayas mantenido el temple con ese borracho. Nunca pensé que diría esto, pero sí, estoy orgullosa de ti.»

«Un poco de autocontrol hace maravillas», dice sonriendo, sin apartar la vista de la puerta.

Ve que Tyrone es el primero en regresar y que se dirige a la barra; Nelly lo sigue a varios pasos de distancia.

«Ha tenido suerte de que yo no saliera ahí fuera.» Joe está tras su hombro, después mira a Elspeth. «Habría matado a ese cabrón.»

«¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Echándole el aliento a la cara?», le reta Elspeth, y empiezan a discutir.

Afortunadamente, Mickey y algunos de los chicos han regresado, y Franco se acerca agradecido a su encuentro. Mickey le cuenta lo ocurrido, que solo han intentado calmar las cosas. Nelly le ha partido la mandíbula a Cha, que luego se ha ido dando tumbos por la carretera. No lo han atropellado de milagro. «Dijo que iba a vengarse de todo el mundo, pero no eran más que palabras de borracho.»

«Perfecto. Gracias, Mickey», dice, casi sintiendo lástima por Morrison, quien durante mucho tiempo fue su archienemigo para después ser reemplazado por Donnelly, primero, y por Seeker, después. «No quería ninguna escena, hoy no.» Franco le da una palmadita en la espalda. «Debería ir a darle las gracias a Tyrone y a Nelly. No estuve muy atinado con el gordo

la última vez que lo vi…» Se dispone a ir a la barra a hacer las paces cuando ve que Frances Flanagan mira a su alrededor de forma furtiva y luego se escabulle en dirección a la puerta. Su comportamiento sugiere que intenta largarse a la francesa, pues deja atrás la puerta del baño. Le había dicho que necesitaban hablar. Y eso iban a hacer. Franco se excusa, diciendo que tiene que ir al lavabo, y la sigue, aliviado de escapar de allí. Sale a la calle y mira hacia la carretera.

Frances parece haberse esfumado entre la llovizna, pero solo ha cruzado la calle, está en la acera del Links, atajando por el parque. Se lanza tras ella, recortando la distancia que los separa. Sus ojos se van instintivamente al culo. El ondulante vaivén de sus nalgas lo seduce durante un segundo, después se acuerda de conversaciones que ha tenido con Melanie sobre la mirada cosificadora masculina, así que alza la vista para verla al completo. Piensa en los hombres que mirarán a sus hijas de ese modo cuando se hagan mayores. ¿Qué haría? Los mataría, los haría pedazos. Y brindaría por ellos con un chupito de su propia sangre, aún caliente.

No. Respira. Uno. Dos. Tres.

Al pasar junto a un gran roble se pone al lado de Frances. «¿Todo bien?»

Se detiene, nerviosa, y abre sus sorprendidos ojos de par en par. Después mira hacia el parque, casi desierto. «Sí…»

«¿No te apetece quedarte?»

«No. No mientras esté Larry ahí», dice refunfuñando. «Siempre intenta llevarme a su casa.»

«Se ve que no es el único.»

Lo mira de arriba abajo tratando de ganar seguridad. «¿Qué quieres decir con eso? ¿A ti qué te importa?»

«¿Sean también?»

El comentario parece sentarle como un puñetazo en el estómago. «No… Él no era así. Éramos amigos.»

Ahora le toca a Frank Begbie sentir como si algo le golpease por dentro. *Él no era así*. Pensaba que lo que había dicho Morrison antes era la típica pulla para pincharlo, pero ahora parece tener cierto fundamento. ¿Qué tipo de hombre se conformaría con ser amigo de una chica como ella? Pero ponerse a pensar ahora en eso es demasiado. Toma algo de aire e intenta recomponerse. «Aun así, me extraña que no te hayas quedado para una copa. Me han dicho que te gusta empinar el codo.»

«Llevo sobria tres semanas, pero vaya, que, aunque no fuera así, tampoco me quedaría estando Larry por ahí.»

«¿Y qué te parece si te tomas una conmigo?», sugiere Franco, mientras un autobús granate y blanco de Lothian Transport se detiene en la carretera que hay junto al parque. Más arriba, varias gaviotas se han posado sobre el césped empapado del campo de fútbol, como si estuviesen anidando. «Así podemos terminar la conversación que tenemos pendiente.»

Frances se abraza a sí misma. «Estoy yendo a Alcohólicos Anónimos», dice, claramente avergonzada por su propia declaración.

«Yo también», sonríe Franco. «Bueno, no voy a Alcohólicos Anónimos porque las reuniones me la sudan, pero no bebo, no. Vamos a tomarnos un café. ¿Hay algún sitio cerca?»

«Sí, por aquí», dice, señalando con la cabeza hacia el nebuloso parque Links, y encaminan juntos sus pasos.

Pasear con una mujer joven en Leith retrotrae a Franco a su antiguo yo, cuando aún se abría ante él un sinfín de posibilidades, antes de que el círculo vicioso de la violencia comenzase a limitar sus opciones. A pesar de que el frío lo está calando hasta el pecho, se siente extrañamente en calma mientras atraviesa la niebla como un fantasma: un hombre de este lugar, pero en cierto modo desvinculado de él. La escucha hablar y disfruta del ritmo relajante de su acento, tan escocés y femenino, y de la manera en que enfatiza ciertas palabras como si fuesen interrogaciones. Todo lo que dice es muy de Alcohólicos Anónimos, condimentado con expresiones como «evolucionar» o «cerrar etapas», pero suena torpe e impostado, como un niño con ropa de adulto. En un punto de la conversación, arquea una ceja y le pregunta: «¿Cómo consigues estar sobrio sin ir a las reuniones?»

«No bebo.»

«Pero es una enfermedad, y…»

«Enfermedad ni hostias», se burla. «Se llama elección. Elegí ser un imbécil. Y ahora elijo no serlo. Así de simple. En esas reuniones lo único que hay son borrachos supuestamente sobrios hasta arriba de nicotina y cafeína, obsesionados con el alcohol.»

«¿Y qué haces cuando te da el mono?»

«Pinto y esculpo. Me pongo el chándal y salgo a correr. O los guantes de boxeo y le doy al saco.»

Tras oír esto, Frances se queda en silencio todo el camino hasta llegar a su piso en Halmyres Street. Tras una taza de café, que la pone aún más nerviosa (la taza le tiembla entre las manos), Frank Begbie le suelta: «Voy a pillar algo de pimple.»

«Yo no…», comienza a decir.

«Beber o no depende de ti», afirma, se va a una licorería y vuelve al momento con media docena de botellas de vino tinto.

«Yo no…», protesta Frances de nuevo sin apartar la vista del vino.

«Tú sí. Quieres una copa», dice Franco mientras se sienta a la mesa y abre una botella con el sacacorchos que acaba de comprar en la tienda. «Sé que quieres.» Y, a falta de copas, vierte el vino en dos vasos. «Un vasito civilizado de vino», canturrea, aunque sabe que su copa es solo para hacer el paripé.

Ella se ha tomado ya dos vasos y va por el tercero cuando se da cuenta de que él no ha tocado el suyo. «¿No bebes?»

«Es que soy un poco lento», dice.

Frances no es tan lenta. Se está emborrachando y comienza a exhibir una confianza exagerada, aunque parte de su cerebro aún sigue sobrio. *Este es el momento en que debería parar*, piensa Begbie, *pero eso no va a ocurrir*. «Me gustan los tíos mayores», se aventura a decir con aire de flirteo. «Te tratan bien. No marean tanto como los niñatos.»

Franco se ríe en su cara y agita la cabeza. «Como Larry, ¿no? Que quiere hacerlo a pelo contigo y pegarte todas sus mierdas venéreas. O Juice Terry, que quiere meterte en el cine porno. ¡Sí, sí, unos caballeros! ¡Qué mal tiene que estar el mercado de los jóvenes!»

Eso le duele. Los ojos se le llenan de una rabia obstinada. «No… ¡No es justo! Nunca me dejan en paz.» Agita la cabeza y le da otro trago al vino. «No me dejan tranquila…»

Franco entiende su dilema: en este entorno, a las chicas guapas las meten en un saco parecido al de los tipos duros. Solo tienen un recurso al que aferrarse, las ponen en un pedestal por ello, y nadie las alienta a ser nada más, no pueden ir más allá, están atrapadas. Pero hay otras cosas que también pueden encarcelarte. «El alcohol es una maldición, lo es.» Franco sostiene su copa llena de vino. La mira con desprecio; no tiene ningún interés en su contenido. «Tu viejo, Mo, acabó en la miseria por culpa de esto. Un buen tipo, pero le perdía el alcohol. Genes irlandeses y criado en Escocia… Menuda mezcla, desde luego no es la mejor receta para una vida sobria.»

«¿Conocías a mi padre?» Sus ojos se abren, tristes, suplicantes.

«Sí.» Franco agarra la botella vacía por el cuello y los ojos le brillan de violencia. «Un buen tipo; su hija, en cambio, no sé yo si es tan buena. Fuiste la última en ver a Sean con vida. En mi opinión, eso te hace parecer sospechosa.»

El labio inferior de Frances comienza a temblar. Franco levanta la botella de vino y, en un movimiento repentino y violento, la rompe contra la mesa. El cristal vuela por la habitación y hace que Frances pegue un grito. «Ya va siendo hora», dice Franco, acercando el cuello de la botella rota a su cara, «de que empieces a soltar por esa boquita.»

Frances lo mira atónita, presa del terror. Como si se diese cuenta de que las pesadillas que ha vivido hasta el momento solo le han servido para prepararla para esta. Asiente, coge el vaso y se bebe el vino del tirón. Luego empieza a hablar de un modo compulsivo, sin aliento; parece que solo otra amenaza de violencia podría hacerla parar. «Sean y yo fuimos a su piso a drogarnos. Nos pusimos hasta arriba de todo. Él se puso hasta el culo, y yo también, pero no tanto como él. Nadie se metía tanto como él.» Entrecierra los ojos y luego los abre de par en par. «Perdí el conocimiento y, cuando me desperté, me lo encontré de aquella manera. La puerta estaba abierta y salí de allí pitando. Después llamé a la ambulancia desde la cabina telefónica de la gasolinera Esso.»

Franco acerca la botella rota a la mesa. «¿Por qué huiste? ¿Por qué no llamaste a la policía?»

«Pensé que conocías a mi padre», dice Frances con retintín.

A Franco no le hace gracia el comentario, pero se ve obligado a tragárselo. «¿Cerrasteis la puerta al entrar en el piso?»

«Creo que sí, pero no estoy segura», dice temblando. El modo en que la mira, con el cuello de la botella aún en la mano… Es como si fuese a rebanarle la cara. Frances coge lentamente la botella abierta que queda y vacía el resto de su contenido en el vaso.

«Entonces, si estaba cerrada, alguien tenía una llave. O Sean se despertó y oyó a quien fuese en la puerta. Sabía quién era y lo dejó entrar», especula Franco.

«Como te he dicho, Sean estaba todavía peor que yo.» Frances se ríe con amargura y lo mira a los ojos. Es una mirada ansiosa de más alcohol. Franco suelta la botella rota sobre la mesa y le abre otra con el sacacorchos. «Dudo que fuese capaz de levantarse del sofá.»

«¿Quién más tenía llave?»

«Fallon tenía una», dice, y se lleva el vaso a los labios.

«¿Quién?»

«Fallon. El casero», responde Frances de inmediato, mientras siente la placentera anestesia del vino. «El piso es suyo.» Levanta la botella que Franco ha abierto y empieza a llenar el vaso.

«¿Dónde vive?»

«No sé.» Frances se pimpla un vaso lleno como si fuese un chupito. «Pero sé dónde se toma el *brunch* todas las mañanas. Va al Valvona & Crolla, al final de Leith Walk», dice, y observa el vaso de Franco. «¿No te lo vas a beber?»

«Ya te lo he dicho: no bebo.»

Frances coge el vaso y empieza a bebérselo, a pesar de que tiene uno casi lleno al lado. «Ahora vas a decirme que no debería beber tanto», dice de pronto entre risas.

«Haz lo que te salga del coño», responde. «Me da lo mismo.»

«Ya sé que te da lo mismo», se ríe con desprecio. «Pero al menos vas de frente. No como los demás. Al menos tú eres sincero, joder.»

Franco levanta las cejas. La dosis de vino la ha llevado a un sitio más allá del miedo. La chavala es un caso perdido. «Y otra cosa: ¿quién crees que lo apuñaló?»

«No sé.»

«¿Anton Miller?»

«No…», dice, y Franco está equivocado con respecto al efecto del vino; a pesar de que el alcohol la envalentona, lo que incapacita a Frances es precisamente el miedo. «No sé, la verdad. Estaba muy puesta. De verdad que no lo sé.» Y empieza a llorar, su rostro se le hincha entre la bebida y el llanto. «Sean era mi amigo. Era mi mejor amigo.»

Y Frank Begbie deja a Frances Flanagan con su vino, y con la sensación de que todo lo que le ha contado es la pura verdad.

19. LOS MENSAJES

La brisa ha arreciado un poco y ha bajado niebla desde el norte del estado. Melanie Francis se estira en la tarima del jardín, luego flexiona los brazos con las pesas de tres libras atadas con velcro a las muñecas, completando una intensa tabla de ejercicios. Tras acabar su rutina, se mete en la cocina y busca en el teléfono el icono de llamadas entrantes. Una de su madre, pero aún no hay noticias de Jim. Está empezando a sentir que el pecho le brinca de pánico.

Melanie cree que ha decepcionado profundamente a Jim al llamar a la policía. Si le hubiese explicado hasta qué punto había pesado en ella la violación de Paula, quizá lo hubiese entendido. Pero había resultado ser un error, y ahora había permitido que Harry, con las mismas intenciones de siempre, apenas inhibidas, entrase en sus vidas. No tiene cabida en ella. Solo las niñas y Jim.

Su mente vuelve a la inauguración de aquella exposición en la galería Fruitmarket de Edimburgo. Todos estaban eufóricos por su éxito, bebían vino y charlaban. De repente se dio cuenta de que a Jim, cuyo trabajo había recibido los mayores elogios, no se le veía por ningún sitio. Por un horrible segundo pensó que, a pesar de la pulsera que le rodeaba el tobillo, había usado la exposición como tapadera para fugarse. Pero después se dirigió a la salida de incendios, y allí estaba él, de pie en las escaleras.

Cuando le preguntó qué estaba haciendo allí solo, en aquel sitio inhóspito y tenebroso, la miró, como diciéndole: «Te estaba esperando.» Pero lo que dijo, con un susurro lleno de convicción, fue que aquel era el mejor día de su vida. Después la tanteó con una mirada penetrante mientras murmuraba: «Posiblemente sea pedir demasiado, pero solo se me ocurre una cosa que pueda mejorarlo.» Y cerró los ojos.

Fue entonces cuando Melanie lo besó en la boca. Era lo único que podía hacer. No había dejado de pensar en él. Fue el beso más íntimo que había dado: simple, delicioso y flipante. Él mantuvo los ojos cerrados y ella también. Tras oír un ruido de la galería se separaron; Frank sonrió y dijo: «Gracias.»

«Ha sido un placer», respondió ella; se estrecharon las manos y volvieron a la fiesta.

La pareja de baile, el cuadro de un Craig Liddel sereno que recordaba a Jesucristo, se había vendido. Melanie lo escuchó hablar con los adinerados coleccionistas de arte que habían pagado una fortuna por él. Eran un tándem marido-mujer más bien joven. La mujer llevaba un vestido de cóctel de un azul centelleante. «¿Cómo sabes que el hombre al que mataste se habría convertido en esta figura de santo?»

«No lo sé, pero no tiene que ver con lo que él podría haber hecho o no. Al matarlo, convertí esa pregunta en una mera especulación. Tiene que ver con lo que yo estoy haciendo ahora. Para quitarle la vida, tuve que deshumanizarlo a él y a mí mismo. Para salvarme, tengo que rehumanizarnos a los dos. No es fácil de hacer», había contestado, tranquilo y sincero. «Es una batalla que tengo que luchar cada día.»

Francis James Begbie.

Se pone a buscar el número de Elspeth, pero no hay nada escrito en la libreta; Frank debió de almacenarlo directamente en su iPhone. Entonces, justo cuando Melanie está a punto de soltar el móvil sobre la mesa de café, un grupo de mensajes inundan la pantalla; es el mismo, repetido tres veces:

Este es mi número nuevo.

He perdido el iPhone.

Estoy en el funeral. Te quiero. Llama cuando lo recibas.

Melanie llama. Él lo coge de inmediato. «Jim… Estaba empezando a preocuparme… Han llegado todos los mensajes a la vez… ¿Qué tal ha ido el funeral?»

«¡Qué alegría oírte! ¡Puto teléfono!» Jim traga saliva de alegría al otro lado de la línea. «El funeral ha ido bien… Es estupendo que haya acabado. No me voy a quedar mucho más. Solo quiero ver a alguna gente…»

Melanie ha debatido en su interior si contarle o no lo de Harry y lo del cadáver de Santiago. Jim tiene derecho a saberlo, pero es una metedura de pata de Melanie y le corresponde a ella hacerse cargo. Es injusto echarle más peso a Jim, dados sus niveles de estrés. Mientras nota que el acento escocés se le ha reavivado en la voz, le parece que llaman a la puerta; luego oye un crujido que viene de fuera, justo cuando se corta la línea. Llama otra vez al número nuevo de Jim mientras se dirige a la puerta. Esta vez solo se oye un fuerte pitido continuo en el teléfono; abre la puerta y mira.

No hay nadie.

Pero luego ve la figura de un hombre de espaldas, junto al garaje, intentando asomarse al taller de Jim, en medio de la luz mortecina. Al principio piensa que es Harry, y se le cae el alma a los pies.

Después el hombre se vuelve y la mira.

No es Harry, es Martin, el agente de Jim. «Hola, Melanie», saluda.

20. EL CASERO

Frank Begbie dejó a Frances Flanagan y fue andando hasta York Place a coger un tranvía. Acababa de subirse y de sentarse cuando sonó el móvil Tesco. Era maravilloso oír la voz de Melanie, pero el teléfono se apagó casi de inmediato, provocándole un ataque de ira. Gritó «HIJO DE PUTA», lo cual atrajo la atención de una señora mayor de aspecto amargo, y entonces él inspiró aire y le dedicó una sonrisa forzada.

Empezó a desmontar el teléfono, pues le pareció que la batería debía de estar algo suelta. La quitó, se puso el aparato en la boca y mordió por debajo de uno de los enganches para sacarlo hacia fuera. Sintió fragmentos de pintura en la parte interior del diente, pero, tras aflojarlo, el enganche estaba un poco más salido, y la batería parecía más sujeta cuando volvió a meterla.

Cuando llegó a casa de Elspeth, optó por irse a su cuarto después de la cena y poner el móvil a cargar. Cogió el Kindle y empezó a leer *La naranja mecánica*. El sueño pronto se apoderó de él, y disfrutó de la noche más tranquila y reparadora desde su regreso a Escocia.

Al día siguiente se levanta y la débil luz de la mañana que se filtra por las delgadas cortinas le hace pestañear. Hace frío en la habitación: la temperatura ha bajado durante la noche. El móvil Tesco está cargado y le lanza una miradita verde, como diciéndole: «Ven aquí.» Lo coge y llama a Melanie, pensando que probablemente sigue despierta, disfrutando del trabajo o de un descanso ahora que las niñas duermen. Una voz le dice de inmediato que no tiene saldo suficiente para hacer una llamada transatlántica. «Que le den por culo a las llamadas transatlánticas, cabrones», replica a una impasible voz robótica. No obstante, tiene saldo suficiente para llamar a Larry. «Necesito que me prestes la furgoneta. Me la ofreciste en el funeral.»

El silencio de Larry le indica a Franco que está intentando ocultar el fastidio de que se acepte una oferta hecha bajo los costosos efectos del alcohol. Al final tose con ciertas reservas: «Claro…, pásate por aquí», y le da la dirección. Franco se echa la bolsa de deporte al hombro, pues alberga la esperanza de pasar por el club de boxeo más tarde, y se dirige a la casa de su amigo en Marchmont.

La primera sorpresa es el piso de Larry. Es espacioso y lujoso. La venta de droga en Edimburgo debe de mover más dinero del que pensaba. Larry tiene resaca, pero le entrega refunfuñando las llaves de la furgoneta. «Toma. Pero ten cuidado… No te vayas a equivocar de carril…», dice forzando alegría.

Resulta liberador volver a ir sobre cuatro ruedas, y la primera parada de Franco es Leith. Al pasar por la Leith Academy, le vuelven a la mente sus tortuosos días de dislexia. Hetherington no tardó en darlo por perdido; solo se dirigía a él de vez en cuando con comentarios desdeñosos y vejatorios, del tipo «No le vamos a pedir a Francis que lea. A fin de cuentas, solo tenemos dos horas, no dos días». Las risas resonaban en sus oídos y sentía la ira creciendo en su interior al intentar evitar que estallara. Su mente deambula hasta la vez que el profesor pidió a Mark Renton que hiciese los honores. «No», contestó Renton.

«¿Cómo? ¿Qué quiere decir ese "no", Renton?»

«Que no voy a leer.»

«¿Por qué no?»

«Porque no tengo ganas», dijo, y las risas estallaron por toda la clase.

«Pues a ver si voy a hacer que te vuelvan las ganas.» La voz de Hetherington se volvió aguda, y sacó la correa del cajón superior. «Lee el fragmento, Renton», ordenó.

Mark Renton fijó los ojos en su pupitre. «No.»

«¡Muy bien! ¡Ven aquí!»

Renton se levantó y avanzó, extendió las manos, una sobre la otra, para recibir cuatro correazos. Frank Begbie se quedó mirando, apretando los dientes a cada golpe. La sonrisa forzada de Renton revelaba el intenso dolor que estaba sufriendo, pero dejaba claro que todo aquello le parecía cómico y absurdo. Se sentó encima de las doloridas manos. «Capullo», susurró de modo que solo Franco pudiese oírlo. Frank Begbie sabía que el gesto de Renton era de solidaridad con él. Desde entonces, quiso a Renton, y habría hecho cualquier cosa por él. Eran amigos inseparables. Pero las cosas se torcieron mucho entre ellos. Las drogas. Llevaron a Renton por el mal camino. Igual que a Sean.

En el Tesco de Duke Street recarga treinta libras en el móvil. Al igual que la dependienta de la última vez, el chaval que lo atiende lo mira como si estuviese loco. Marca directamente el teléfono de Melanie, pero una voz con acento norteamericano dice: «Lo sentimos, en este momento es imposible establecer la conexión. Inténtelo de nuevo más tarde.»

«¡Que te den por el puto culo!», vuelve a soltarle al teléfono. Después, mirando al dependiente, se detiene para hacer sus ejercicios de respiración. La vida podía castigarte corte a corte o abrirte en canal de una sola puñalada.

Gordon Court también lo lleva a un mundo de recuerdos. Agnes Duncan se alegra de verlo, ha pasado mucho tiempo desde la última vez. La delicada anciana expresa su dolor por la muerte del hijo de Frank, pero se muestra encantada cuando él le enseña una foto de las niñas. Le explica que está un poco arañada de ir en la cartera, pero las del teléfono están ahora en el sistema de alcantarillado de la ciudad, así que es la única opción. «Vaya, no ganas para disgustos», dice ella.

La mala suerte parece perseguir a Ross Fallon. Hace varios años la muerte de un joven en una fiesta que se celebraba en su casa desencadenó una oleada de noticias en la prensa amarilla a la que se sumaron escabrosas revelaciones de chaperos ávidos de dinero. Frank Begbie recuerda vagamente haber leído algo al respecto.

La reputación de este hombre de negocios de Edimburgo, que durante una época fue candidato conservador al Parlamento (lo cual en Escocia es lo mismo que ser un mindundi), se fue deteriorando aún más desde entonces. No es que el tipo corpulento que se está dando un atracón a base de pasta gourmet con una copa de vino blanco en el Valvona & Crolla parezca sentirse incómodo por ello. Frances Flanagan ha dado en el clavo sobre su *modus operandi* a la hora del *brunch*.

Frank Begbie se coloca junto a la mesa, observando a Fallon, que sigue engullendo la comida. Le cuesta creer los olores y la variedad de productos que hay en este maravilloso lugar, por donde había pasado muchas veces pero donde nunca había entrado. Había dado por hecho que no era un lugar para gente como él. Reflexiona sobre lo distinta que puede parecer su ciudad para alguien que compra en el Valvona & Crolla en vez de en un Scotmid.

Cuando la camarera se le acerca, Franco pregunta si le puede servir una tortilla de clara de huevo, y ella lo mira como si tuviese dos cabezas. Acaba pidiendo un desayuno vegetariano que disfruta y engulle tras las páginas del *Scotsman*. Había oído a Greg mencionar que ese periódico había abandonado su espectacular cuartel general, construido a medida junto al Parlamento escocés, para meterse en un cuchitril birrioso de Orchard Brae. Sin duda, posee un tono y unos contenidos mediocres, desalentadores y deprimentes, dignos de su nueva sede. Cada artículo parece o bien tibio y desconsiderado, o

desesperadamente exagerado, como si el periódico se estuviese ahogando en su propia inutilidad y le sobrevinieran de vez en cuando episodios repentinos de conciencia. Va a las páginas de deportes, pero las hazañas de los equipos sénior de Edimburgo no logran emocionarlo. Fallon sigue sentado largo tiempo, en su caso leyendo el *Financial Times*. *¿No tienen nada que hacer los idiotas estos*?, se pregunta, al tiempo que se percata de que echa mucho de menos su estudio. Cae en la cuenta de lo mucho que le gusta ponerse manos a la obra.

Por fin Fallon mueve su pesado cuerpo y se levanta con dificultad para pagar la cuenta. Frank Begbie hace lo mismo, lo sigue hasta el coche y después se sube a la furgoneta. Mientras sigue al casero, el hecho de conducir por la izquierda no le molesta tanto como el de estar sentado en ese lado del vehículo. Fallon se dirige hacia las afueras de la ciudad, y Franco lo sigue hasta una casa muy grande, justo en las inmediaciones de Haddington. Franco lo observa desaparecer por el camino de entrada y lo deja entrar antes de recorrer a pie el camino y llamar a la puerta. Cuando Fallon abre, Frank Begbie vocifera: «Hombre, Fallon el casero», y se mete de un empujón en la casa. «Tú le alquilaste un piso a Sean Begbie, ¿verdad?»

«¿Quién coño eres?», protesta Fallon. «No puedes entrar aquí…»

«Pues ya estoy dentro, así que tus palabras no tienen ningún sentido», dice Franco dirigiéndose a la sala.

«¡Vete de aquí o llamo a la policía!»

«Tú mismo.» Franco coge un pesado cenicero de cristal de una mesita de centro.

Ve que Fallon vacila. Su instinto ha acertado: este tipo no quiere meter a la policía en sus asuntos. «¿Qué pasa, que no vas a llamar al final a la pasma?», dice en tono burlón.

«¿Quién coño eres?»

Franco hace girar el cenicero y lo sostiene al trasluz. Parece esforzarse por ver algo a través del cristal azul. «Cómo pesan estas cosas.» Su mirada vuelve a Fallon.

El casero jadea al mirar primero al cenicero, después a los ojos inertes y psicopáticos de Frank Begbie. «Por favor…, no quiero problemas… ¿Qué quieres?»

«Tú le alquilaste un piso a Sean Begbie», repite Franco, dándose en la palma de la mano con el cenicero.

«No…, no…, se lo alquilaba a Arbie… ¡No sabía que se lo subalquilase a Sean ni a nadie!»

Otro nombre. *Arbie*. «O sea, que conocías a Sean.»

«Muy poco… A través de Arbie y otros… Solían salir juntos.»

Los ojos de Franco se encienden, pero a Ross Fallon le parecen hundidos en cortes profundos. Parecen dos trenes que se acercan por vías adyacentes en un túnel del ferrocarril. Entonces la voz de Begbie cae, casi un susurro. «¿Te lo estabas follando?»

Fallon parece escandalizado. «No», grita, y después pasa a un tono de confesión. «He traído aquí chicos para fiestas. La mayoría de las veces era algo inofensivo, pero se portaban mal, me robaban y tal. Fui un estúpido…, me sentía solo…»

«¡Me importa una mierda lo solo que estuvieses!»

«Sean y yo nunca… ¡De verdad!»

Franco reflexiona sobre esto. Probablemente no tenga ninguna razón real para mentir. «Frances Flanagan ha estado aquí, ¿verdad?»

«Sí.»

«¿Y Anton Miller?»

Al mencionar ese nombre, Fallon se estremece visiblemente.

«De acuerdo, interpretaré eso como un sí», escupe Franco. «¿Y qué hay del tal Arbie? ¿Dónde vive?»

«En Gorgie. Acaba de salir de la cárcel.»

«Dame su dirección. Ni se te ocurra avisarlo o volveré por aquí.» Franco pone el cenicero en la mesa. Mira por la ventana, luego acaricia la cortina con el pulgar y el índice y dice con un tono desapegado y prosaico, como si se dirigiese al material en su mano: «Podrán rehacerte la cara cuando termine contigo.» Gira de golpe la cabeza y mira al casero con ojos fríos. «Pero será un proceso largo y doloroso, y no llegarás a estar igual que antes», y sus cejas se alzan hacia el cielo, como valorando la extensión de la tarea que tendría el cirujano.

La mano temblorosa de Fallon recoge un bolígrafo y empieza a garabatear la dirección con letras mayúsculas en un cuadernillo. Arranca la página y se la entrega a Frank Begbie. La dirección le resulta familiar.

Franco tarda algo más de una hora en llegar a Gorgie por culpa del tráfico. Entonces le sorprende estar llamando a una puerta en un segundo piso, en la misma bocacalle de Gorgie Road donde murió Sean, pero en el siguiente portal. Fallon ha sido fácil de intimidar. Se lo había imaginado nada más ver a aquel hombre obeso de mirada acuosa. No está tan seguro de que la misma táctica pueda tener resultados tan impresionantes con el tal Arbie, quienquiera que sea.

Llama con fuerza por segunda vez, y un hombre de pelo cano con barba abre la puerta. Con esa piel fibrosa del color de las gachas de avena, parece un habitual de la cárcel. Franco no logra situar el nombre o la cara, pero Arbie parece reconocerlo de algo.

«¿Sí?»

«Hola, Arbie.»

«¿Te conozco?» La cara de Arbie se contrae en una mueca amenazante.

Los rasgos de Franco permanecen glaciales. «¿Sabes quién es tu familia?»

«Sí…», dice Arbie dubitativo.

Un escenario conocido se despliega ante Frank Begbie. Es el tipo de dominio que siempre le ha resultado tan tentador, ese modo en el que siente que absorbe el poder y la seguridad de otros tipos duros. Algo asertivo brilla en su interior. Pero es importante no sucumbir a esta emoción. No levantar la voz. Los psicoterapeutas lo han entrenado, no tanto para eliminar esta actitud —como les ha hecho creer—, sino más bien para canalizarla. *Uno…, dos…, tres…* Inspira a un ritmo constante por la nariz. «¿Sabes quiénes son tus amigos?»

«Sí…, pero…»

«Pues sabrás que yo no soy uno de ellos, así que, si me conoces, no voy a hacerme colega tuyo», dice Franco, viendo desmoronarse la resistencia del hombre. «Quiero que me hables de Sean Begbie.»

Arbie vuelve la mirada hacia las escaleras. «Será mejor que pases.»

Salvo cuando lo cegaba la ira, Frank Begbie solía meterse con los matones. No porque fuese una especie de protector o vengador. De hecho, odiaba a los idiotas que nunca se enfrentaban a ellos más que a los propios opresores. Recuerda una ocasión en la que, después de dar una paliza al agresor, la víctima se entusiasmó al creer que el acto de violencia de Begbie había sido en su defensa, o motivado por alguna idea abstracta de justicia. Así que Begbie arremetió contra el blandengue para dejarle bien claro que el único fin de aquella brutalidad había sido su propia satisfacción. Que prefería ensañarse con los tiranos porque en ellos apreciaba un cambio mayor. A sus ojos, a los debiluchos ya los había derrotado el miedo, así que no había emoción en destrozarlos. Pero ver evaporarse la seguridad y el poder de un matón y ser testigo del cambio era siempre placentero.

Eso es lo que siente en ese momento con Arbie.

Agnes Duncan tiene una mano bastante buena en la partida con Rita Reilly y Mary Henderson, pero se retira porque está aburrida y exasperada de jugar. Unas cuantas partidas de cartas sucesivas suelen provocarle dicha sensación. En su lugar, Agnes decide volver a tejer. Está segura de haber dejado las seis agujas fuera, pero ahora solo hay cinco. Qué cosas te hace la memoria cuando envejeces, qué bromas pesadas te gasta…

21. EL ANTIGUO CÓMPLICE

Tras tener una fructífera conversación con Arbie, Franco se dirigió al club de boxeo. Hizo una serie de zancadas, sentadillas, *burpees* y flexiones, la tabla habitual de cuando estaba en la cárcel; después llevó a cabo varias rutinas de alta intensidad con el balón medicinal que, de seguro, le pasarían factura mañana. Luego se subió al cuadrilátero y completó con Mickey tres rondas de boxeo con manoplas. Y finalmente estuvo aporreando el saco durante seis rondas catárticas.

Varios chicos le dijeron que había gente buscándolo. Por «gente» se referían a Anton Miller. Pues nada, él estaba dispuesto a ser encontrado. Con todo lo que había oído hablar de Miller, las pistolas, los tiroteos en plena calle, sabía que si el joven gángster de verdad lo quisiese muerto, ya lo habría mandado al otro barrio junto con su primogénito. Era hora de conocer a Anton.

Se mete en un antro de Canonmills, conocido entre ciertos sectores, pero por lo general evitado por el gran público. Se trata de un pub discreto, escondido en un callejón adoquinado, por el que a lo largo de los años han pasado varias generaciones de villanos de Edimburgo. Aún es temprano y el lugar está desierto, salvo por dos hombres mayores que se juegan unas monedas al dominó y una camarera de veintipocos. Le pone una gaseosa con lima y se niega a cobrarle, pero Franco le deja una libra en la barra de todos modos.

En la tele del pub sale el relaciones públicas ese que ha sido reelegido, un pijo cargante y soso. Habla en tono conciliador de una nación unida al tiempo que planea llevar a cabo recortes masivos en servicios públicos para los pobres, revocar la Ley de Derechos Humanos y devolver la caza del zorro a los ricos. La gente respetaba el poder. Bastaba con no salirse del guión.

Saluda a los hombres mayores. Tienen el típico rostro tenso y deliberadamente neutro de los convictos jubilados que están de vuelta de todo, y, sin duda, Franco conoce a uno de ellos, pero solo es capaz de reconocer los ojos de su envejecido semblante. Les guiña y levanta el pulgar, y recibe una respuesta similar.

Entonces una figura de inconfundibles andares patizambos entra en el bar. Nelly ni siquiera había hablado con él en el funeral, pero intervino para echar a Cha Morrison. Ahora está sentado junto a Franco en la barra, en el taburete de al lado. Está más grande y más fuerte que antes, según comprueba Frank Begbie en el espejo cuando su viejo amigo se quita la chaqueta de cuero. Un pitbull terrier de gimnasio hasta arriba de esteroides. «Franco.»

«Gracias por venir al funeral.» Frank Begbie se gira para mirar de frente a su veterano camarada. «Perdona por haberme ido tan pronto, no me dio tiempo a hablar contigo. Y gracias por deshacerte de Morrison. A mí él me la suda, la verdad, pero mi familia se pone un poco nerviosa.»

«Le pierde la boca. Desde siempre.»

A Franco no le apetece hablar de Cha Morrison con Nelly, ni de ninguna otra cosa. Lo que quiere es ver a Anton. «Mira, colega, me alegro de verte y todo eso, pero no tengo muchas ganas de socializar.»

«Ni yo tampoco», responde Nelly sombríamente. «Tyrone quiere verte, Frank.»

«¿Ah, sí?»

«Podemos solucionar esto por las buenas o por las malas.» Nelly se levanta y se le marca la musculatura, mientras la camarera se aparta un par de pasos hacia la caja registradora.

«¿Sabes qué?», dice Frank Begbie, y levanta las manos en un gesto de rendición. «Mejor por las buenas, los duelos de vaqueros los tengo ya muy vistos. Además», sonríe y le aprieta el bíceps a Nelly, «creo que tengo poco que hacer contigo. Estás en forma, chavalote.»

«Hecho un toro», sonríe Nelly. «Sí, he estado entrenando.» Se sonroja de orgullo. «Tú también estás en forma», dice tras inspeccionar a Franco. «Pero no hay prisa.» Mira a la camarera y le pide una pinta de *lager*. «¿Tú no bebes?»

«Dejé la priva hace tiempo. Ayuda a ver las cosas con más claridad», sonríe Franco, y después señala en dirección a los aseos. «Vuelvo en un minuto, me estoy meando.»

«No te vayas a escapar», le advierte Nelly.

«De ti no se escapa nadie», suelta entre risas, y le apunta con el dedo.

«Ni lo dudes.»

Franco se dirige a los aseos. Vacía la vejiga y piensa en Nelly, en los viejos tiempos. Siempre han tenido cierta rivalidad, a veces amistosa, a veces no tanto, desde que eran niños en Leith. Incluso tiempo después, cuando trabajaron juntos como esbirros de Tyrone, la competitividad entre ellos no

cesó. Para Franco todo eso es agua pasada. Le había dejado todo el campo libre a Nelly.

En la barra, Nelly está con su pinta de Stella, disfrutando los dos primeros sorbos fríos. Siente una punzada en la espalda, como la picadura de un insecto. Cada vez le escuece más y entonces ve el pánico en los ojos de la camarera que tiene enfrente. Intenta levantarse, pero un brazo le rodea el cuello, y el dolor se vuelve más intenso, siente que lo atraviesa por dentro. A medida que la presión en el cuello afloja, la cabeza empieza a darle vueltas y se desploma en el suelo; la sangre se derrama sobre los azulejos.

Frank Begbie saca una aguja de punto afilada y llena de sangre. «He cambiado de opinión», se mofa de la figura postrada y ensangrentada. «Vamos a arreglarlo por las malas.»

Mira a la aterrorizada chica de detrás de la barra. «Llama a la ambulancia, no a la poli. Date prisa, que le he perforado el hígado», dice, y piensa en lo fácil que resultaba todo si se hacía con precisión. Se sorprende de lo inexperto que era entonces (aunque muy entusiasta, eso sí), de lo mucho que se dejaba llevar por su agresividad en vez de planear las cosas como es debido.

Después, Frank Begbie saca un billete de cincuenta libras delante de los dos hombres mayores, les guiña un ojo, y lo mete en el bolsillo del que le resulta más familiar. «Estupendo, Franco», responde alborozado el viejo villano, como si acabase de apostar al caballo ganador.

Sí, quería que lo encontrasen, pero no Tyrone. Mira a Nelly, que está medio inconsciente en el suelo, gimiendo. «*Arrivederci, amico*», y, acto seguido, sale por la puerta y encamina sus pasos por la calle fría y gris.

22. EL AUTOCONTROL

Tras dejar a Melanie, a Grace y a Eve aquella mañana, Jim volvió directo a la playa. En el coche optó por escuchar *Appetite for Destruction*, de Guns n' Roses, en vez de Mahler. La camioneta seguía aparcada en el mismo sitio, y se detuvo a unos veinte metros de la parte trasera. No había nadie dentro. Después oteó la línea de costa que quedaba detrás del mirador de piedra hasta que consiguió dar con ellos: aún estaban en la playa desierta. Se estaban alejando de él, en dirección al promontorio rocoso de Goleta Point. En vez de seguirlos de inmediato, se dirigió a la destartalada camioneta Silverado. Sacó el cuchillo de caza Alaskan Alpha Wolf de su chaqueta vaquera, se lo metió en el cinturón, usó la prenda para cubrirse la mano y rompió la ventana lateral de la camioneta.

Tras hacer añicos el cristal, miró hacia el racimo de edificios del que apenas le separaban cincuenta metros. Melanie le había dicho que albergaban las instalaciones de biología marina de la universidad. Pero era el fin de semana del Día de la Independencia, y estaba todo vacío, ningún vehículo aparcado fuera. Se metió en la camioneta. Estaba llena de basura; envases antiguos, latas vacías de cerveza y gaseosa. Pero en la guantera había una pistola. Jim pensó que no sabía gran cosa sobre armas de fuego, solo había tenido una en la mano, pero gracias a lo aprendido en la sección «Crímenes reales» de la biblioteca de la cárcel pudo identificar que era una Glock semiautomática. Era más ligera de lo que había imaginado. Sacó el tambor. Estaba cargado con ocho balas. Apuntó al salpicadero y le quitó el seguro. Después se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta e hizo lo mismo con el cuchillo.

La pierna, esa extremidad dañada que no llegó a sanar del todo desde que un coche lo atropelló cuando perseguía a Mark Renton, le hizo avanzar lentamente en su camino desde el acantilado hasta las rocas de Goleta Point. Al seguirlos desde arriba, pudo asegurarse de que la costa estaba despejada de raqueros y estudiantes rezagados antes de pasar a la acción. Era esencial elegir el momento adecuado. Habían doblado la esquina del promontorio rocoso, y la marea estaba subiendo con rapidez. Jim aligeró el paso; parecía

que cuanto más rápido iba, menos notaba la pierna. Desde su punto de observación en el acantilado, los vio andando entre dos de las rocas más grandes, al final de la escarpada península, que se adentraba en el océano Pacífico como un pequeño muelle abandonado. Era el sitio perfecto, nadie podría verlos desde arriba; mientras, la marea seguía subiendo.

Se dirigió con apremio a la playa, bordeó las rocas hasta situarse justo encima de ellos. Jim volvió a mirar rápidamente hacia los acantilados, después a la playa en dirección a Devereux Slough. Todo despejado. Después se acercó a los hombres, fijando en ellos su mirada. Estaban distraídos, porque el rubio tenía un cangrejo espetado en el cuchillo; le había atravesado el caparazón y estaba dando los últimos coletazos. Parecía un cangrejo rojo de roca, con la cubierta de color ladrillo y manchas mohosas en la parte blanca de abajo. Se había aficionado a identificar la fauna marina en las excursiones con las niñas. «¿Creéis que sabe que va a morir?», preguntó señalando al cangrejo.

Los dos hombres levantaron la mirada a la vez, lo vieron delante de ellos subido en la enorme roca. Dieron un paso atrás cuando Jim saltó y aterrizó frente a ellos en la suave arena.

«¿Qué cojones?», dijo el más pequeño, el rubio, Damien Coover. «Mira, no queremos problemas…»

Jim Francis sacó la pistola. «Demasiado tarde para eso.» Se acercó y apretó el gatillo. Se oyó un disparo, después un golpe seco, las gaviotas alzaron el vuelo entre graznidos, y Coover se desplomó, rodando hacia las rocas y la arena. Un grito agónico se fundió con el rumor del mar mientras las olas chocaban contra las rocas. Jim observó el océano; no había ningún barco, solo Holly, la plataforma petrolífera a su derecha, en la lejanía. El otro hombre, Marcello Santiago, estaba retrocediendo hacia la enorme y negra pared rocosa; el agua le alcanzó las espinillas. «Venga, hombre… Mira…»

Jim lo ignoró, miró atrás rápidamente y comprobó que todo seguía despejado, después fijó de nuevo la mirada en los hombres. Coover estaba gimoteando mientras se sujetaba la pierna. Jim vio que le había disparado encima de la rótula. La sangre brotaba de los pantalones vaqueros y llegaba a la roca, filtrándose en la arena y el agua salada.

«Nunca había disparado a nadie», dijo Jim Francis. «Es tal y como había imaginado, no genera ningún placer. Es un puto aburrimiento.» Agitó la cabeza y miró hacia Coover con extrema decepción.

«Joder, la pierna…», se quejó Coover a Santiago, que seguía mirando a Jim.

Jim extrajo el cuchillo del cangrejo. Situó a la criatura sobre una roca plana y la aplastó con el tacón de la bota. Santiago seguía mirándolo, confundido, intentando vislumbrar cómo iba a terminar la cosa.

«Venga, voy a ser bueno», dijo Jim leyéndole el pensamiento. Puso la pistola encima de la roca, junto a los restos del cangrejo. Miró la hoja larga y suave del cuchillo. «Está bien», dijo, y se sacó el suyo del bolsillo. «El mío es un Alaskan Alpha Wolf. No es tan largo como el tuyo, pero el mango es cojonudo, y el filo convexo reduce la fricción. Venga, vamos.» Y lanzó el cuchillo de Santiago a la arena, justo delante de él, obligándolo a moverse hacia delante.

«No, tío, espera.»

Pero Jim ya se estaba acercando. Santiago consiguió vencer el miedo, agarró el arma, pero para cuando alzó la cabeza, Jim ya se le había echado encima y le abrió la cara por la línea mandibular, separándole la piel de los huesos. Santiago le golpeó con fuerza, pero perdió el equilibrio y Jim lo cogió, se puso encima y le hundió el cuchillo en el muslo y clavó los dientes en la muñeca de su adversario; la sangre salía a borbotones de ambas extremidades hasta que finalmente Santiago soltó el cuchillo, con el Alpha Wolf clavado hasta el fémur. Jim se hizo con la otra arma y la hincó en la garganta de su contrincante. Los chorros de sangre salían disparados por los aires; luego, Jim le atravesó el cráneo de una segunda puñalada. Tuvo que pisarle la cabeza a Santiago para intentar extraer el cuchillo y asestarle la tercera puñalada que tenía en mente. Aun así, no había manera de sacarlo; entonces, se giró y vio a Coover renqueando entre las rocas, tratando de alcanzar la pistola, aunque no le dio tiempo. «El lisiado ya está aquí…» Avanzaba hacia su presa con una mirada maliciosa. Sin perder la calma, se agachó, cogió un pedrusco y lo estampó contra la cabeza de Coover.

Damien Coover cayó boca abajo sobre las rocas planas, aturdido, pero consiguió darse la vuelta, levantó los brazos y Jim se sentó a horcajadas sobre él, con el pedrusco en las manos.

«No, por favor…», le suplicó, con los ojos entreabiertos, a la espera del siguiente golpe.

«Si le vas a hacer daño a alguien», dijo Jim, frunciendo el ceño con seriedad, y dirigió la mirada a la inmóvil figura de Santiago, cuya sangre empapaba la arena, «tienes que disfrutarlo. Si no, no sirve de nada. No significa una mierda.»

«Por favor…»

El pedrusco cayó sobre el puente de la nariz de Coover y le rompió los huesos, llenándole la cara de sangre. Coover dejó escapar un grito agudo, seguido de un lamento largo, triste.

«¿Te lo habrías pasado bien haciendo daño a mi mujer y a mis hijas?», le preguntó Jim; después miró hacia arriba, a la cima del pequeño acantilado, luego a su izquierda, a la playa. «¿Qué les habrías hecho? ¡Dímelo!»

«No, nosotros solo íbamos a…»

«¿A qué, a qué?», interrumpió Jim con frialdad; después, golpeó la cabeza de Coover con el pedrusco y se oyó otro crujido. «¿QUÉ TIENES QUE DECIR AHORA, PEDAZO DE MIERDA?»

«No…», gimió Coover.

«¿QUÉ TIENES QUE DECIR AHORA?»

«Por favor, no…»

Se acercó al oído de Coover y le susurró: «Me llamo Begbie.» Luego se incorporó y le gritó, aunque más que a Coover parecía que le estuviese gritando al océano, al oleaje: «¡¡FRANK BEGBIE!!» Volvió a mirar a Coover. «¡DI MI PUTO NOMBRE!

¡FRANK BEGBIE!»

«Frank… Frank…»

«¡DILO BIEN DE UNA PUTA VEZ! ¡FRANK BEGBIE!»

«Frank Begbie…»

Sabía que era una estupidez y que le podía salir caro, pero se dejó llevar por la furia. Tuvo que golpearlo con el pedrusco muchas veces hasta convencerse de que el hombre estaba muerto, tras haberle aplastado todos los huesos de la cara. La sensación fue tan distinta a cuando tenía catorce años, su primera vez, cuando aquel esfuerzo había sido tan decisivo. Pero en aquel entonces el acto no le había procurado ni placer ni liberación, solo miedo y una sensación de piedad desbordante.

Miró la cara triturada, dejó que su respiración se normalizase. Aquella rabia había sido un bonito regalo, pero solo lo llevaba a la autocomplacencia, y eso no era nada adecuado para él en ese momento. Miró hacia la playa, después al océano. Nada, solo Holly, como un sillón negro ancorado entre el cielo azul negruzco y el mar embravecido. Ni un solo barco, ni siquiera a lo lejos. Entonces irrumpió el fragor de un avión solitario que descendía en dirección al cercano aeropuerto local, al otro lado de la universidad. Lo

irónico era que, si alguien lo descubriese ahora, sería un estudiante solitario o algún juerguista rezagado tras las celebraciones del 4 de julio, el Día de la Independencia, y, si él no hubiese eliminado el peligro, posiblemente habría acabado violado o asesinado. Pero no había nadie. De haber creído en mierdas de esas, reflexionó, habría pensado que un poder superior estaba de su lado. Pero el único poder que lo guiaba, recapacitó Jim, era Frank Begbie. Y ahora tenía que deshacerse de él.

Jim sintió el impulso de hablarle al rostro desfigurado del cadáver. «¿Sabes qué?», dijo con acento escocés, mirando a la playa vacía. «¿Sabes qué te digo?», añadió, recuperando el acento norteamericano. «Que ojalá hubieseis sido tres. Con dos hijos de puta no he tenido bastante.»

Estaba siendo difícil quitarse de encima a Begbie.

Entonces Jim se levantó y se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos y apiló las prendas con meticulosidad. Arrastró primero a Coover, después a Santiago, por el borde de la dentada formación rocosa. Haciendo torsión, logró sacar el cuchillo del cráneo de Santiago al instante, pero necesitó unos treinta angustiosos segundos para extraerle el Alpha Wolf del muslo. Después les quitó la ropa a ambos, y la colocó en un montón aparte. La ensenada entre las dos grandes rocas le proporcionaría el resguardo perfecto, aunque lo que estaba a punto de hacer era la parte más arriesgada. Jim volvió a subir a las rocas planas y miró hacia la arena de la playa, primero a la derecha, después a la izquierda. Aún seguía siniestramente desierta, ni siquiera un raquero solitario. Dirigió la mirada más allá, a los límites de la ciudad. Jim se giró hacia el mar. Lejos, muy lejos, en el horizonte, había un barco, pero tuvo suerte. Navegaba en dirección opuesta, y lo vio fundirse entre el reflejo de una nube y el resplandor del océano.

Jim cogió primero al más pesado, Santiago, lo arrastró hasta meterlo en el agua, y se sintió aliviado cuando la marea lo alcanzó e hizo flotar el cuerpo, como si otra persona le estuviese echando una mano. El agua estaba fría y sintió que se le escapaba el aire de los pulmones. Se acordó de la respiración. *Tranquilo*. Respirar bien no bastaba para vencer al adversario, pero te permitía ganar tiempo. Tener más opciones. Nadó tirando de Santiago hasta lo que creyó que era una distancia larga, pero en realidad no debieron de ser más de veinte metros. Lo soltó y vio flotar el cuerpo.

Cuando volvió para hacer lo mismo con Coover, estaba cansado y la corriente era más fuerte, las olas le provocaban, azotándole la cara, así que no se atrevió a alejarse mucho. Para su sorpresa, oyó un débil gemido del hombre que llevaba en brazos; Coover seguía vivo. Aunque por poco tiempo.

«Shh…», dijo con la misma dulzura que una madre a su hijo. Lo sumergió en el agua y vio salir burbujitas que subían a la superficie de su aplastada nariz y de su boca. Tras soltar a Coover, nadó hasta la orilla y se vistió con el cuerpo aún mojado, después hizo un petate con la ropa de los hombres muertos. La playa seguía desierta. A lo lejos, en dirección a Santa Bárbara, vio a un grupo de personas, seguramente jóvenes, a juzgar por sus movimientos, que se dirigían a las dunas. A través de un sendero serpenteante llegó hasta la cima del acantilado, donde recuperó el aliento y miró hacia el mar. La marea se habría llevado los cuerpos.

Jim hurgó entre la montaña de ropa que llevaba en el regazo, sacó dos carteras, una de piel bastante decente y otra baratucha. En esta última había dinero en efectivo, unos trescientos dólares; se los guardó en el bolsillo junto con un moderno mechero que ponía «LOS PUTOS ÁNGELES». Examinó el documento de identidad y se acordó de la película *El exorcista* cuando leyó el nombre de DAMIEN COOVER; luego esperó a que pasase al grupo de jóvenes, tres chicos y tres chicas, para descender por los matorrales y continuar su camino a orillas de la laguna.

Cuando llegó a los vehículos metió la ropa en la Silverado, lo roció todo con gasolina de la lata de repuesto que guardaba en el maletero de su Grand Cherokee y lanzó el mechero encendido.

Se metió en su todoterreno y arrancó. Casi había llegado a la carretera que daba acceso a la autopista cuando oyó explotar el depósito de gasolina del otro vehículo, un resuello extrañamente hueco e irritante. Seguro que les impresionó más a los estudiantes que estaban en la playa, pero para cuando fuesen a ver qué había pasado, él ya estaría lejos.

23. EL AGENTE

Tras salir del pub Canonmills y dejar a su viejo amigo y colega sangrando abundantemente en el suelo, Franco se sube a un autobús de la línea 8 que pasa por ahí. Al llegar al final de Princes Street por el este, desciende y se cambia al tranvía rumbo oeste hacia Murrayfield.

Recostándose sobre el acolchado asiento, disfruta del modo en que el elegante vehículo se desliza con suavidad sobre la vía. Franco apoya la cabeza en la ventana y se concentra en su respiración. Pronto alcanza un estado de semiensoñación y piensa de nuevo en sus años de colegio. Recuerda cuando le dijo a Renton, mientras estaban sentados en el muro junto a las escaleras exteriores del Ayuntamiento de Leith, que no pasaría ni una más. Su amigo pensó que sin duda se refería a los correazos, pero la preocupación de Franco era más general. Recuerda a Bobby Halcrow, otro lector disléxico con problemas y víctima de los abusones. Era un chavalillo nervioso, desharrapado y temeroso, siempre en un rincón del patio de recreo, demasiado asustado para establecer contacto visual con nadie. Bobby era la diana de todos: risas, burlas, abusos, humillación. Frank Begbie recuerda entonces a Phillip McDougal, un agresor persistente, y a su pandilla rodeando a Bobby en el patio. «¿Cómo te llamas? Di tu nombre.»

El amable Bobby Halcrow, cuya nuez subía y bajaba sin parar, decía entre parpadeos: «Bo-bo-bo…»

«Te voy a dar en las bo-bo-las», dijo McDougal, alzando la rodilla bruscamente contra la entrepierna de Halcrow. Mientras el aterrado chaval se doblaba ante las risotadas de psicópata, McDougal se volvió y vio a Francis Begbie mirándolo.

«¿Qué coño te crees que estás mirando, subnormal?», gritó Phillip McDougal entre las risitas de su cohorte. «¿Tú también quieres que te partamos la boca?»

Franco permaneció en silencio, pero mantuvo la mirada. La voz vino de otra parte. «Vete a la mierda, so mongólico», dijo Mark Renton, que era uno de esos chicos que no tenía fama de duro, pero su hermano mayor sí lo era, de modo que se aprovechaba de esta circunstancia sin pudor alguno.

«¿Y tú vas a plantarme cara, Renton?», le desafió McDougal.

«Quizá», contestó Renton con menos seguridad.

McDougal avanzó, sin duda preparado para pegarle un puñetazo al enclenque de Renton y probar suerte con su hermano mayor, cuando Francis Begbie le dijo: «Uno contra uno. Vas a morir.»

McDougal miró a Begbie con incredulidad. Antes, Frank Begbie habría bajado la vista hasta los pies. Ahora le sostenía la mirada. Su mente le mostraba la imagen de un ladrillo cayendo repetidamente sobre la cabeza de McDougal. Pero sonó la sirena. «Después de clase», siseó McDougal. «Ya veremos entonces quién muere», y se alejó, riéndose con sus colegas y haciéndoles cortes de manga a Begbie y a Renton.

«¿En serio te vas a pelear con él?», preguntó Renton, con el asombro nervioso de quien se ha librado de una buena.

Frank Begbie meneó la cabeza. «No. Voy a matar al cabronazo ese.»

Por lo general Renton se habría reído de aquello, pero la semana anterior había visto el estado de la cara de Joe Begbie. Nadie sabía qué le había pasado, aunque abundaban los rumores. No obstante, percibía que algo le estaba pasando al hermano pequeño de Joe. Su amigo Francis Begbie parecía últimamente algo distraído, y un malhumorado silencio se había posado sobre él.

En el hogar de los Begbie, Franco había vuelto a ser víctima de Joe. Después de un tiempo comprendió que el dolor no era nada. Estaba allí. A decir verdad, había empezado a disfrutarlo por el mero hecho de saborear el momento en el que acabaría con él. Y lo hizo, de una vez por todas, mediante un único acto de violencia.

Más tarde aquel día, Franco volvió a ver a McDougal en el pasillo en un cambio de clases, y el fornido chaval se pasó un dedo de arriba abajo por la mejilla simulando un corte y señalándolo a él, por si acaso había alguna duda.

Las hostilidades estaban programadas para después de clase, en el Links, en la zona del parque que bajaba hacia los huertos y que estaba protegida por los árboles. Franco recuerda el momento en que atravesó el césped con Renton y otro par más, empequeñecidos por el séquito de McDougal y el público, que esperaba una aniquilación unilateral. La lucha empezó cuando Francis Begbie saltó sobre Phillip McDougal, sorprendiendo a todos con su ferocidad. Intercambiaron puñetazos y patadas. McDougal era más grande, más fuerte y despiadado, pero Begbie seguía atacando. Luego se agarraron el uno al otro, pero McDougal lo llevó al suelo, se puso sobre él y lo golpeó hasta dejarlo inconsciente. «¿Has tenido bastante?», gritó McDougal a la cara

ensangrentada, mientras los «oh» y los «ay» de la multitud indicaban la extensión de la paliza que se había llevado Begbie.

A modo de respuesta, un escupitajo ensangrentado alcanzó la cara de McDougal desde la boca reventada de Francis Begbie. McDougal retomó la brutal paliza hasta que las sirenas de policía y los gritos de «¡La pasma!» llenaron el aire; un coche de policía aparcó en la calle de arriba y los chavales se dispersaron rápidamente.

McDougal se levantó, aclamado como ganador, pero su actitud triunfante reveló cierta inquietud cuando volvió la mirada y vio a Mark Renton ayudando al maltrecho pero indómito Begbie a ponerse en pie. «Es un puto bestia», protestó McDougal a su cohorte, limpiándose la saliva ensangrentada de la cara con la manga de su jersey de Fair Isle.

Frank Begbie no se presentó en el colegio al día siguiente, y se rumoreaba que McDougal lo había mandado al hospital. Phillip McDougal iba camino de su casa, lleno de satisfacción, cuando sintió de repente que alguien le saltaba sobre la espalda. Vio el terror en la cara de sus dos amigos. Frank Begbie estaba encima de él, golpeándolo con medio ladrillo. Aturdido, McDougal apartó a Begbie y pronto superó a su adversario, al que volvió a dejar inconsciente. Le dijo al magullado y exhausto chaval que estaba en el suelo: «Ya basta, te lo advierto», pero en su voz había un temor y una incertidumbre que no conseguía ocultar.

Al día siguiente, Frank Begbie, con los dos ojos morados, uno de los cuales apenas podía abrir, fue directo a por McDougal en el patio durante la pausa del almuerzo. Estrelló su frente contra el estático McDougal y le hizo pedazos la nariz, haciendo que la sangre del abusón del colegio gotease sobre el asfalto. Para asombro de casi todos los presentes, McDougal se quedó en el suelo, dispuesto a recibir el humillante y brutal pateo; a pesar de su tierna edad, sabía que, de este modo, posiblemente estaba salvando la vida. Cuando terminó, Begbie se volvió hacia la silenciosa cohorte de McDougal. «¿QUIÉN COÑO ES EL SIGUIENTE?», rugió. Ninguno de ellos se atrevió a mirar aquellas ranuras sobre el bulboso morado en que se habían convertido sus ojos, y nadie volvió a burlarse en público de su habilidad lectora.

El tranvía se para con el silbido neumático de las puertas, sacando a Frank Begbie de sus ensoñaciones con una sacudida. Al llegar a casa de Elspeth, llama a Melanie, pero le salta el buzón. Lo vuelve a hacer por segunda vez, solo por oír su voz en el contestador. Tan tranquila, tan carente de aspereza, tan diferente de los tonos de voz que conocía por aquí.

Elspeth ha estado de tiendas y ha vuelto con una expresión que él había dado en llamar cara de «tengo-ganas-de-gresca». Cuando esto ocurría, se mordía el labio inferior y entornaba los ojos. Lo había hecho desde niña; era una fuerza autoritaria y egocéntrica que ni él ni Joe habían sido capaces de entender ni de manejar, cuando, de chavales, apareció en sus vidas. Por ello, Franco siente alivio cuando una llamada de los Estados Unidos se manifiesta en su teléfono Tesco. Con la idea de que podría estar relacionado con Melanie y las niñas, lo coge.

«Jim, soy Martin. Mel me ha dado este número.»

Franco siente un desaliento repentino al oír la voz de su agente. «Sí. Hola», dice. Va a su cuarto y mira por la ventana.

«No conseguía localizarte en el otro teléfono. Y con este tampoco es que haya sido muy fácil. Mel me ha dicho que has tenido problemas con el móvil.»

«Sí», admite Franco, «no es el mejor teléfono.»

«¿Cómo va todo por Edimburgo?»

«Bien», contesta, sintiendo que una sonrisa irónica tuerce sus labios. «Hay un sistema de tranvías nuevo, como el tren ligero en los Estados Unidos. Impresionante», declara, mientras observa a través de los visillos a sus sobrinos cuando entran en casa.

«Genial… Oye, siento abordarte así, pero necesito saber cuándo tienes previsto volver.»

«Pronto.»

Exasperado, Martin suelta un suspiro ante la escasa información proporcionada por su cliente. «Todavía tenemos que atar un par de cabos sueltos. Necesito que vuelvas como muy tarde la semana que viene.»

«Lo mismo estoy haciendo yo, atar unos cuantos cabos sueltos», dice Franco, adoptando un acento transatlántico, mientras mira hacia fuera y ve a Greg, que lo saluda con la mano conforme se dirige a la entrada. «¿Qué tal van las cosas por ahí?»

«Pues Rod Stewart por desgracia no puede venir. Creo que está de gira.»

«Qué pena», medita Franco, pensando en la canción de Rod Stewart titulada «Young Turks» y en lo mucho que le recuerda a Anton Miller. Sale del dormitorio y se dirige al salón. Se imagina a Miller como un tipejo achaparrado, gordito y chistoso, quizá con paso patizambo de pistolero, como el de Nelly.

«Pero es que Nicole quiere un busto de Tom con una mutilación muy específica, algo confidencial.» Martin suena relajado. «Y la gente de Aniston

quiere saber cuándo estará listo el de Angelina.»

«¿No hay noticias de Axl Rose, el tipo de Guns n’ Roses?», pregunta Franco cuando entra en el cuarto de estar. Le guiña el ojo a George, y Elspeth lo mira con tanta consternación como regocijo recíproco alberga su hijo.

«Nada de la gente de Axl… Les daré la lata.»

«Estupendo. No me veo aquí mucho tiempo, unos pocos días a lo sumo», dice, mirando la cara tensa de Elspeth. Lo mismo era hora de irse a tomar por culo a un hotel. De decirle a Elspeth: enhorabuena por haber encontrado un escondrijo donde ocultarte del caos y del dolor que reparte el mundo. Pero no finjas que no les está pasando a los demás. Y no te creas que no te va a pasar a ti. Sin embargo, ahora no es buen momento. Los chicos están sentados delante de la televisión. Greg se ha instalado en el sofá con un libro que está leyendo sobre mujeres secuestradas por los cárteles de la droga. La voz suave de Martin al teléfono intenta concretar el significado de *unos pocos días*. «Significa unos pocos días», contesta de modo enfático. «Te llamo si hay algún cambio.»

«De acuerdo.» El tono de Martin cae, rindiéndose por puro cansancio. «Muchas gracias, Jim.»

«Estupendo, Martin. Hasta pronto.»

Franco apaga el teléfono y espera el embiste de su hermana, contento de que Greg y los chicos estén presentes. Eso significa que cualquier ataque se limitará a quejas veladas. Entonces se produce una explosión devastadora que revienta la ventana delantera y lanza trozos de cristal por toda la estancia. Un fragmento se clava en el brazo de George, y la afelpada moqueta se mancha de sangre. Greg deja caer su libro y Elspeth grita.

Desde fuera ahogan su grito con una voz: «¡¡DATE POR MUERTO, BEGBIE CABRÓN!!»

Franco sale corriendo a la puerta, consciente de que la pierna lo está obstaculizando, como si estuviese pegada con melaza. Una vez que consigue ponerla en marcha, deja de dolerle, pero ya lo ha frenado. *Puto Renton. Puto zumbado*.

Sale al pequeño jardín de la parte delantera y ve a tres jóvenes en la calle. Reconoce remotamente a uno del funeral. Salta el muro y corre hacia ellos a sabiendas de que, por todos sus gestos de «date prisa», no tienen previsto enfrentarse a él. Es otra trampa, y la jugada no tarda en presentarse por la derecha de su visión periférica en forma de dos tipos que salen de un coche.

No son los jóvenes que se espera; rondarán los treinta y cinco años y tienen pinta de seguratas de discoteca veteranos. Camina lentamente hacia

ellos, haciendo caso omiso a los jovenzuelos. Uno, vestido con una camiseta azul, muy musculado pero de piernas delgadas, grita: «¡Miller quiere verte!»

Casi nada de esto encaja a ojos de Frank Begbie. Es importante respirar con regularidad, incluso cuando se imagina laceraciones profundas en las caras de esos hombres. «¿Ah, sí? ¿Miller?», ríe Franco. «¡Querrás decir Tyrone!»

Los dos hombres se miran entre sí. No se lo esperaban.

«¿Esto es lo mejor que se le ocurre a Tyrone hoy en día?» Los mira de arriba abajo con desdén, imaginando el golpe de talón que destruiría la rótula del hombre de piernas delgadas y que lo dejaría tirado e indefenso en la acera. «¿Mandar a dos peleles que seguro que trabajan en la puerta del Generación X? No es fácil encontrar buenos empleados», vocifera.

«No conocemos a ningún Tyrone», protesta débilmente Patas Flacas.

«O sea, que vosotros pretendéis llevarme ante Miller, ¿eh?»

Los dos seguratas se miran como si acabasen de caer en que lo que están haciendo ya no es tan buena idea. Patas Flacas está de los nervios, y se nota que le vibra un ojo. «Pues sí…, tienes que venir con nosotros…»

Frank Begbie sonríe. «¿Qué pasa si no voy?»

«Te damos el mensaje de que si no vienes vas a tener problemas…»

«Pues yo tengo un mensaje para vuestro jefe: es un imbécil gordo y calvorota. ¿Os parece que me refiero a Anton Miller?» Franco da un paso al frente justo cuando suenan las sirenas. «Salvados por la campana. Vosotros, por supuesto», se burla, mientras los dos hombres se vuelven a subir al coche y se alejan a toda prisa.

Franco echa un vistazo en busca de los tres jovencitos. No le sorprende que se hayan marchado.

El policía principal, un veterano en el que Franco distingue al típico empleado lameculos que no se saldría del tiesto ni por asomo, está tomando declaración a Elspeth y a Greg. Después interroga a Franco, que no le dice nada aparte de que estaba al teléfono cuando un ladrillo ha atravesado la ventana y que ha salido a investigar.

Cuando termina, el viejo policía le lanza una sonrisa impertinente. «Sé cómo eres en realidad; quizá puedas engañarlos a ellos…»

Franco lo corta con un desdeñoso gesto circular de la mano e imita la expresión y el tono del policía. «¿En serio? Pues verás, todo el mundo me suelta el mismo discurso: la policía, la familia, los amigos, los periodistas, los villanos. Y lo más curioso es que todos piensan que han sido bendecidos con un poder de observación único que los lleva a esta misma idea.» Observa que

los rasgos del policía se tensan. «Eso puede querer decir dos cosas: o bien que todos están en lo cierto, o que son unos putos simplones.»

La cara del policía veterano vuelve a prender con una mueca desafiante: «¿Ah, sí? Y a ti, ¿qué opción te parece más probable?»

«Creo que una no necesariamente excluye a la otra.»

El policía lo mira con desprecio. Franco percibe que se siente defraudado. Salen pitando hacia Murrayfield pensando que van a proteger a gente de bien y se topan con una plaga Begbie infestando la zona. No se quedan mucho tiempo.

Que Elspeth los haya llamado es comprensible, dadas las circunstancias. No obstante, siendo ella una Begbie de Leith, Franco se siente incómodo por la profunda sensación de traición que le arde por dentro. Con la que han montado, cualquiera diría que han decapitado a George. Mira a su sobrino, que está haciendo pucheros con la venda puesta, y sonríe. «Yo me he hecho cortes peores al afeitarme», afirma, pero comprende al instante, por la expresión de Elspeth, que el comentario ha sido inoportuno.

«¡NOS HAN ATACADO, NOS HAN AGREDIDO EN NUESTRA PROPIA CASA POR TU CULPA, Y TIENES EL VALOR DE VENIR CON TUS COMENTARIOS FRÍVOLOS!»

«No eran más que unos críos. Si hubieran querido mandar la maquinaria pesada…»

«No, los únicos críos que hay aquí son estos dos.» Y señala a Thomas y a George. «¡Fuera de mi casa! ¡VETE A TOMAR POR CULO!»

«Sí, lo mejor es que me vaya», coincide Franco. «No quiero que todo esto os salpique.»

«¿No te parece un poco tarde?»

«Cariño…», arrulla Greg colocando un brazo sobre los hombros de su mujer.

Franco se saca el móvil Tesco del bolsillo y marca el teléfono de Larry. «Ahora mismo le pongo remedio», dice asintiendo en dirección a ellos mientras sale por la puerta de cristal que da al jardín. Larry no se alegrará, igual que con la furgoneta, pero el que lo invitó fue él y tiene una habitación libre.

Después de varios tonos, Larry contesta. «Por supuesto, Franco, cualquier cosa por un viejo amigo», canturrea al teléfono. «Tú ve recogiendo tus cosas, que me paso a buscarte dentro de nada.»

Franco percibe el apabullante tufillo a teatro, pero expresa su gratitud y vuelve al interior. «Solucionado», dice. «Larry viene a buscarme.»

«Siento que haya acabado así, Frank», murmura Greg con tristeza. «Me gusta que estés en casa. Pero a los niños…»

«Lo entiendo perfectamente», replica Franco. No es gran cosa, pero es lo único que se le ocurre. Va a su cuarto y recoge sus cosas. Llama a Melanie con el móvil Tesco. Nada de nada. Quizá tenga que meterle más crédito. No quiere pedirle a Elspeth que le deje usar su teléfono. Esperará hasta llegar a casa de Larry.

Larry cumple su palabra y aparece al cabo de media hora. El cristalero de urgencia, con su mirada furtiva y aspecto nervioso, ya está cambiando la ventana; su presencia impone una urbanidad de lo más tensa.

Elspeth, que lo había evitado deliberadamente en el funeral, se pone un poco colorada en presencia de Larry al acompañar a Frank fuera de casa. De adolescente estuvo colgadísima por el amigo de su hermano y una vez le tiró los tejos estando de borrachera. Larry le lanza una sonrisa de cocodrilo que indica que recuerda muy bien aquella ocasión. «Elspeth…, hace mucho que no nos vemos, bonita», dice, mientras Franco mete su maleta roja en la parte trasera de la furgoneta blanca. «Menuda casa.» Echa un vistazo a la vivienda con las manos puestas en las caderas. «Te pega.»

Elspeth lanza una mirada a la furgoneta y responde: «Menuda furgoneta. Te pega.»

Larry arroja su mejor sonrisa de *touché*.

Greg se une a ellos fuera y sigue medio disculpándose con Franco. «De verdad que siento que te vayas así. Buena suerte.»

¿*Qué coño quiere este de mí*? Franco le responde asintiendo con gesto pétreo. No obstante, cuando se vuelve hacia el rostro amenazante de su hermana, se le escapa una palabra poco propia de él: «Perdón…»

La singularidad de la disculpa, por no hablar de su naturaleza evidentemente sincera, parece sacudirlos a los dos. Se miran con una inmovilidad inexpresiva.

«De acuerdo. ¿Listo para la acción?», sonríe Larry rompiendo el silencio.

Franco siente alivio al subir a la furgoneta de Larry y no mira atrás cuando se pone en marcha calle abajo.

Poco después de su partida, el inspector Ally Notman llega a casa de Elspeth a investigar. A ella le queda claro de inmediato que no ha venido por la ventana rota, sino porque sin duda sus colegas le habrán informado de que Franco se alojaba en la casa. «Ya no está aquí», le dice Elspeth. Está harta de policías y no piensa invitarlo a entrar.

Notman se queda en el rellano con la vista puesta en la formidable fuerza que permanece de brazos cruzados en la entrada. «¿Dice que su hermano se ha marchado con Larry Wylie?»

«¡Al que han atacado es a Frank!» Elspeth se siente sorprendida y confusa ante su propia lealtad.

«Bueno, me lo creo», dice Notman. «Cuando el antiguo psicópata del barrio se convierte en el bueno, es que la ciudad tiene verdaderos problemas.»

«Lo siento», responde Elspeth con autoridad pretenciosa, adoptando el rol al que se ha visto forzada, «pero usted no conoce a mi hermano. Ha trabajado muy duro para cambiar el rumbo de su vida y ganarse el pan, pero ¡hay gente que no lo deja en paz!»

Greg apenas da crédito a lo que está oyendo.

«Su hermano», empieza a decir Notman, «no ha dejado de dar problemas en esta ciudad…»

«¡Largo de aquí!», lo interrumpe Elspeth con la cara tan tensa de rabia que Notman da un paso atrás. «Han asesinado a mi sobrino, y ¿qué han hecho ustedes? ¡Nada! Márchese.» Señala al coche, que está aparcado en la calle.

«Mire», dice Notman adoptando un tono dialogante, «no quiero…»

«Tienen la cosa esa del ADN», bufa Elspeth mirándolo de arriba abajo con desprecio. «¡Seguro que disponen de un equipo forense que reúne la información y la compara con sus datos!»

«Exacto», canturrea Greg, que se ha materializado junto al hombro de su mujer. «No estamos pidiendo demasiado, agente.»

«Cuando oigo a alguien usar el término ADN me retuerzo por dentro.» Notman hace un gesto desdeñoso con la cabeza. «La gente ve un capítulo de *CSI: Miami* y ya es experta en actividad policial. Así no funcionan las…»

«¡Pues dígame cómo funcionan!», suelta Elspeth apuntándolo con la barbilla justo cuando Bill y Stella Maitland, los vecinos de al lado, aparecen y se quedan para mostrar su apoyo. «Lo que insinúa es que no piensa decirnos quién estuvo allí según las pruebas físicas, ni a quién han interrogado, si es que han interrogado a alguien, ni si han encontrado el arma del crimen. ¡Que no va a hacer nada, vaya! Pues bien, ¡ya se encargará Frank de averiguarlo!»

«Eso sería un gran error por su parte», dice Notman volviéndose y dirigiéndose a su coche.

Greg traga con dificultad y le dice a su mujer: «Frank estaría orgulloso de ti.»

Decir esto es un error. Cuando lo asimila, Elspeth se echa a llorar de enfado y frustración. Stella avanza para reconfortarla y la acompaña al

interior.

24. LA PAREJA DE BAILE 3

Melanie se sorprendió al ver a Martin, el agente de Jim, que había salido la noche anterior en coche desde Los Ángeles, desesperado por ponerse en contacto con su esposo incomunicado. Le dio el número británico junto con una advertencia sobre las dificultades inherentes a su funcionamiento, ilustrándolo sobre sus propios intentos infructuosos por ponerse en contacto con él. «A veces funciona», le dijo mientras tomaban café.

«He venido también por otra razón», confesó Martin. «Vino a verme un poli, un agente del Departamento de Policía de Santa Bárbara llamado Harry Pallister», dijo sin detenerse ante la reacción de Melanie. «Me contó que estaba investigando una denuncia que habías puesto porque un par de tipos os habían molestado en la playa. Me preguntó por Jim. No me gustó su tono, así que le planté cara y le pregunté si Jim era sospechoso de algo. Dijo que no. Luego se marchó. Algo no me terminaba de encajar, así que pensé que deberías saberlo.»

Melanie le expresó su gratitud a Martin y le contó aquello de lo que se sintió capaz, que fue casi todo lo que sabía. Él agradeció su franqueza, le ofreció la ayuda que necesitara, y luego se marchó para volver a Los Ángeles.

Por lo tanto, Melanie espera otra visita de Harry, pero aun así, cuando llega, es un verdadero engorro. Acaba de meter a las niñas en el coche y de ponerles el cinturón de seguridad cuando aparece él. Melanie sabe que sus hijas han advertido lo huidizo y distraído de su comportamiento. Han tardado mucho más de lo normal en prepararse para salir. Las niñas se han portado mal: Eve le ha mordido el dedo a Grace. No ha estado bien, pero su hija mayor está decidida a montar un auténtico numerito. Acaban de calmarse cuando Harry aparca con esa expresión suya de sufrimiento. Sale del coche y le dice: «Mel…, siento molestarte. Me preguntaba si te ha venido a la cabeza algún detalle más sobre esos tipos.»

Así que Melanie se aleja del camino de entrada para que las niñas no la oigan; se acerca al porche, y lo obliga a seguirla. «Nada que no haya mencionado ya», contesta con sequedad. Lo que le ha contado Martin de la noche anterior la ha irritado. Hace dos días que no consigue hablar con Frank

tranquilamente; la diferencia horaria y ese horroroso teléfono que se ha comprado lo complican todo. Y ahora la presencia del lapa de Harry y sus indirectas, otra vez con la misma cantinela. Allí, en su porche, a primera hora de la mañana.

«¿Estás segura de que Jim estaba contigo cuando volviste?»

«¿Dónde iba a estar si no?», responde Melanie con brusquedad. Harry tiene cara de sueño; mantiene la concentración, pero parece que le cuesta un gran esfuerzo mental. Le huele un poco el aliento. A alcohol. Melanie se plantea por un momento plantarle cara y preguntarle por la visita al agente de Jim en Los Ángeles, pero al final decide no hacerlo. Es preferible que siga sin saber que ella tiene conocimiento de esa línea de investigación. Recuerda el mantra de Jim (o Frank) en relación con los polis: *Que les den por culo*.

Harry asiente despacio y da un paso atrás con cautela, como si se diese cuenta de que se ha pasado de la raya. Es ante todo un policía, y ella no ha dicho nada del coche quemado. Jim tenía razón; un policía no podía ser leal a la gente, igual que un alcohólico no podía andar rondando el mueble bar. Siempre acabaría abriéndolo para ver lo que hay dentro. Y parece que eso mismo ha hecho. ¿Qué clase de policía apestaba a alcohol a aquellas horas de la mañana? Y a un nivel psicológico profundo (que está empezando a manifestarse abiertamente), Melanie sabe que Harry quiere sustituir a Jim, lo cual significa que primero tiene que quitar a Jim de en medio. Melanie es consciente de que ha tomado una decisión en ese mismo momento: no puede tolerar que Harry destroce su familia.

El policía ha comenzado un juego de silencio que ella no tiene ninguna intención de seguir.

«Mira, tengo que irme ya con las niñas, de verdad.» A esas alturas Melanie sabe que no las va a llevar a la escuela ni al jardín de infancia, pero no piensa decírselo a Harry.

«Por supuesto…, pero, Melanie, ya sabes que puedes hablar conmigo», farfulla Harry con franqueza. Se le traba un poco la lengua y a la luz del sol se le ve que tiene los ojos y las mejillas hinchadas. «Confidencialmente. Como amigo.»

«Claro», asiente ella.

«Tienes amigos, Melanie. Gente que se preocupa por ti… No lo olvides», insiste Harry, que exuda desesperación.

«Agradezco tu interés, Harry», responde ella despreocupada, casi riéndose a causa de la tensión nerviosa. La incongruencia de la escena le está levantando ampollas, y además sabe que no ha conseguido engañarlo ni por

un momento. Pero Melanie no se queda a comprobarlo; se dirige al coche y se monta. Él tendrá que hacer lo mismo o cortarle la salida a la carretera. Sea lo que sea lo que ha hecho Jim, ha sido por ella y por las niñas. Él siempre decía que lo único en lo que creía era en protegerlas. Pero la cosa ha ido más allá. Melanie sabe que, en lo más profundo de su ser, Jim también cree en la venganza.

Melanie siente alivio al ver que Harry, tras quedarse mirando un momento al coche, se da la vuelta y se mete en su propio vehículo. «¿Qué quería ese señor, mamá?», pregunta Grace.

«Nada, cariño», responde Melanie, encantada al oír el sonido del motor de Harry y ver que el coche se marcha. «Y ahora tengo una sorpresa», anuncia en el mismo tono de falsa alegría que ha usado con Harry. «¡Os vais a casa de la abuela unos días!»

Las niñas no pican ni por un momento, igual que el poli alcoholizado. «¿Por qué?», pregunta Grace.

«Tengo que ir a Escocia a ver a papá. Está muy triste porque un amigo suyo está enfermo», explica, poniendo el coche en marcha y saliendo cautelosamente a la carretera.

«¡Papá! ¿Lo vas a traer?», pregunta Eve.

«¡Por supuesto que sí! Papá me ha dicho que trae tantísimos regalos de Escocia para sus dos niñitas preferidas que necesita que yo vaya a ayudarlo.»

Grace no parece convencida. «¿Papá está bien?»

«Por supuesto que sí.»

«¿Lo tratan bien en Escocia?», pregunta Eve con el ceño fruncido.

«¡Pues claro!»

Melanie ve por el retrovisor que Eve pone cara de malas pulgas. Su expresión, tan parecida a la de su padre, dice: *Más les vale tratar bien a mi padre, porque si no…* Vuelve a llamar a Jim, pero nada. A continuación manda un mensaje suplicante. Cuando llega con las niñas a casa de su madre, Melanie le dice a Jane Francis que necesita que cuide de sus nietas durante unos días. Explica que tiene que ir al funeral (aunque ya lo hayan celebrado) a apoyar a Jim. Jane adora a las niñas y está encantada de cuidarlas, así que apenas finge preocupación. Luego Melanie pone rumbo al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles para coger un vuelo a Londres.

Cuando se entera de que ha conseguido una plaza de última hora, Melanie se relaja y siente que todo está bajo control. Sin embargo, la sensación se desmorona pronto y experimenta una indefensa desesperación al verse sentada en clase turista, en un avión abarrotado, con un señor gordo casi

embutido con calzador en el asiento de la izquierda, una señora de cara pálida y tensa a su derecha, y un par de niños muy pequeños que no dejan de gritar y llorar delante. Melanie va a tener ese panorama durante once horas, hasta llegar a Londres. Cierra los ojos e intenta borrarlo todo. Piensa en cuando conoció a Jim en la cárcel. En el cuadro que había pintado, *La pareja de baile*. En lo lejos que habían llegado desde entonces, y en que había sido idea de apuntarse juntos a clases de salsa.

25. EL PISO

A diferencia de lo que opina Elspeth sobre la furgoneta, Franco considera que el piso de Marchmont no le pega a Larry para nada. En esta ocasión se detiene para fijarse en la vivienda del segundo piso, amplia, luminosa y con ventanales en mirador. Los suelos de madera pulida y los elegantes muebles indican que su viejo amigo no ha tenido nada que ver en el proyecto de decoración. «Menuda choza», observa Franco, mientras mira varias fotos enmarcadas que dan un toque hogareño. Todas son retratos del mismo chico, desde que era un bebé hasta los siete años. El chaval tiene la misma sonrisa pícara que Larry, sin el trasfondo malicioso, que Franco supone que se desarrollará con la edad. O quizá no. Es obvio que han pasado por un acertado proceso de edición por el cual se ha eliminado cualquier rastro de la madre en todas las fotografías. Franco determina que aquella relación no acabó bien.

«Sí, no está mal», coincide Larry mientras recoge la consola del videojuego y enciende la enorme pantalla de televisión plana a la que está enganchada.

«Los negocios deben de irte bien», dice Franco.

Larry se vuelve hacia él y por un instante se diría que se está planteando mentir, pero parece decidir que la verdad es más divertida. «Gané un millón y medio de libras en la lotería», dice, y por primera vez Franco se da cuenta gracias a su sonrisa eléctrica de que sus dientes son implantes. «No quería contárselo a nadie, pero hay unos cuantos que lo saben. He pensado que te gustaría saberlo. Muchos preguntan: “¿Por qué a ti?”, y se ponen a hablar de todas las cosas que yo tendría que haber hecho.»

Franco responde encogiéndose de hombros con indiferencia. «Se tiene lo que se tiene, no lo que se merece.»

«Sabía que lo verías así», y Larry muestra esos dientes grandes y blancos que no encajan con su cara débil y delgada. «Tengo los días contados por culpa del sida, pero he ingresado la mayor parte en una cuenta para el chaval.» Mira las fotos del aparador y de la pared.

«Bien», dice Franco. «¿Sigues viendo a la madre del chico?»

Larry se gira para mirarlo. «¿A la puta esa? Quería que volviésemos cuando se enteró de lo de la lotería. ¡La mandé a tomar por culo! Le dije que no hiciese caso a los rumores de que tengo dinero, y que, si tuviese algo, se lo daría al chaval en cuanto se hiciese mayor. Ella no va a ver ni un puto penique», se mofa con una sonrisa creciente. «Le dije que si me la montaba se la devolvería con creces, y que había chavalas mucho más jóvenes en el horizonte», y señala a la unidad de almacenaje debajo de la televisión, llena de cajas de DVD con solitarios nombres femeninos en cada lomo. «Hago mis propias películas porno», afirma, «igual que el capullo de Juice Terry.»

«Terry es toda una estrella últimamente», dice Franco. «Pero lo tuyo es un poco sórdido.»

«Sí», concede Larry, pero pronto vuelve a quedarse absorto en su partida, que interrumpe solo cuando le suena el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Lo saca y se va a la cocina. «Hola… De acuerdo…»

Franco apenas oye la voz baja de Larry mientras mira las imágenes de la pantalla. Nunca ha entendido el atractivo de estos juegos. Le llega el eco de un acto de violencia pasado en el que le pegaba la cara a un tipo contra el cristal de una máquina de Asteroids en un pub de Rose Street. De eso hace ya mucho. Intenta recordar por qué lo hizo, pero no le viene nada a la cabeza. Coge la consola cuando la escena pasa a PUNTUACIONES MÁS ALTAS.

SFB	1338
LARRY	685
FF	593

A pesar de los esfuerzos de Larry por alcanzar la mejor puntuación, siempre se queda por detrás del mejor tirador. SFB tenía que ser Sean Francis Begbie.

Franco se levanta, se dirige al armario bajo la televisión y observa la serie de DVD caseros. Tras ojear la lista de nombres de chicas en los lomos, saca el que está marcado como «Frances», extrae el disco y lo mete en la ranura hidráulica del reproductor. La imagen del juego es sustituida por una acción más humana.

La grabación es muy mala, con una cámara estática que muestra dos cuerpos en un plano general. Es una grabación sin editar ni cortar de Larry follándose a Frances Flanagan. Avanza a cámara rápida, y Franco se da cuenta de que Frances parece drogada. Lo adivina por el modo en que deja que Larry la coloque en distintas posturas, la ate con cuerdas, le ponga una

mordaza de bola y le meta distintos objetos en su interior. Vuelve a avanzar a cámara rápida, pero lo detiene en un momento en que Larry está agachado detrás de ella y se le ven las lesiones del pecho. A Franco le cuesta mantenerse impasible ante lo inhumano de todo aquello; no puede evitar pensar en sus propias hijas. ¿Cabía la posibilidad de que acabaran como Frances, convertidas en víctimas de hombres como Larry? Se esfuerza por tragar la bilis, apaga el aparato, saca el disco y lo vuelve a meter en su caja. No le importa que Larry entre y lo encuentre viéndolo, pero quizá es mejor que no lo sepa.

Larry vuelve a la habitación y se fija por un instante en que Franco está junto a la televisión, y entonces los dos se sientan en el sofá. Larry recoge la consola. «Era mi vieja», dice.

«¿Cómo le va?», interroga Franco, a sabiendas de que le está mintiendo.

«Sigue comiéndome la cabeza, como siempre», dice Larry, volviendo al juego. «Franco, acabarás pillando al cabrón de Anton», le anuncia mientras dispara a un robot que se le aproxima. «Ha sido él; por mucho que se vista de seda, no deja de ser un hijoputa.»

Franco no está pensando en Anton, sino en su propia madre, Val, o más bien en su funeral, que fue la razón por la que vino la última vez. Era una buena mujer, piensa, pero sus hijos y su marido eran Begbie, y no le trajeron nada más que distintas versiones del infierno. Recuerda que cuando Elspeth lo llamó para informarle de su muerte quiso llorar pero no pudo, y que aquel deseo se lo inspiraba sobre todo Melanie, que le estuvo apretando la mano durante la llamada. A veces es difícil encajar con la gente, reflexiona mirando a Larry. «Voy a salir.»

Larry lo mira y señala los DVD. «Esas son algunas de las nenas que me he follado. Incluida Frances. Si quieres, te apaño una cita con cualquiera.»

«Estoy casado», dice Franco.

«¡Eso nunca te ha parado!»

«Antes no estaba casado.»

«¡Como si lo estuvieses!»

«Ya, pero eso era antes», y sale del piso, pero la sonrisa maliciosa de Larry se le clava en la psique.

Fuera, Franco recorre las calles grises y ve a gente que vuelve a casa después del trabajo, o que se dirige al pub, al teatro y al cine. Empieza a soplar un viento cortante y las nubes se ciernen amenazadoramente. Se siente aislado, dejado de lado por la ciudad, y pronto se aburre. ¿Adónde se puede ir en Escocia por la tarde si no se quiere beber? Se resiste a reconocerlo, pero ya

echa de menos las charlas con sus sobrinos y con Greg, y sí, incluso con Elspeth.

Llama a Melanie con el teléfono Tesco, y esta vez funciona, pero le salta el contestador. Debería mandar un mensaje o un correo electrónico, pero odia ese método de comunicación más que ningún otro. Su dislexia hace que incluso ahora sea un proceso laborioso lleno de frustraciones intrínsecas. Y siente el incesante magnetismo del pub y del alcohol, que tira de él como nunca cuando estaba en los Estados Unidos. ¿A quién llamar cuando siente esta tentación?

26. LA PAREJA DE BAILE 4

El Centro de Baile de Santa Bárbara estaba en el centro de la ciudad, en la esquina entre De La Vina y West Canon Perdido. Jim y Melanie Francis se habían apuntado a una sesión de introducción a la salsa. Para su sorpresa, la mujer con la que se encontraron les resultaba familiar. Estaba con la pareja que bailó en el club aquella noche memorable; pronto convendrían en que Sula Romario era la persona más sexy que habían conocido nunca. La atlética ecuatoriana, con su exuberante catarata de rizos negros, tenía una voz ronca y áspera que te quitaba capas de piel mientras sus luminosos ojos color ébano hurgaban en tu alma. Sula les había echado una mirada mientras trazaba un círculo a su alrededor en la pequeña sala de baile, antes de declarar con sus morritos de color rojo oscuro: «Está bien. Ahora bailamos.» Y enseñó primero a Jim, y luego a Melanie, los pasos básicos contando hasta ocho; pie izquierdo hacia delante, pie derecho atrás. Después dejó que probasen juntos.

Jim nunca había sido buen bailarín, pero los pasos se parecían un poco a los del boxeo, y le pilló el punto rápido. A Melanie le encantaba bailar, y pronto consiguieron acelerar el tempo y moverse con fluidez por los tablones de madera pulida del estudio, con la aprobación de Sula Romario. Dominaron el giro a la derecha y el paseo con tanta soltura que Sula decidió meterlos inmediatamente en la clase. «Tú bailas bien», le dijo a Melanie, y luego se giró hacia Jim, «pero tú…, ¡tú llevas el fuego en el alma!»

«¿Ah, sí? ¿De verdad?», preguntó Jim con una sonrisa.

Entonces las luces parpadean y se encienden, pero Melanie mantiene los ojos cerrados, esforzándose por volver a la placentera mezcolanza de sueño y recuerdos. No funciona: la cara de Jim se desvanece bajo el resplandor que atraviesa sus párpados y Melanie se despierta pestañeando para constatar que, por suerte, se ha perdido el desayuno. Sobre el señor gordo se ven los restos de un cruasán.

Tras desembarcar en la terminal 5 de Heathrow, se dirige al restaurante Plane Food, pide unos huevos y echa un vistazo al teléfono. Hay una llamada

de un número de Santa Bárbara que no reconoce, y un mensaje en el contestador. Lo escucha y se le hiela la sangre.

«He estado bebiendo. A lo mejor hasta tengo un problema.» La voz de Harry lleva la tara de la amargura. «Así que a lo mejor ahora ya sí soy lo bastante interesante para que te des cuenta de que existo. Sería la hostia, ¿verdad? La gente como tú…, las mujeres como tú… no sabéis nada. ¡Nada!»

Melanie oye el tintineo del tenedor que tiene en la mano al golpear involuntariamente el plato. Quiere borrar el mensaje, aniquilar esos tonos estúpidos y desdeñosos. Pero no lo hace, lo escucha de nuevo, percatándose del poder que le confiere que él se haya puesto en tal compromiso. Llama a Jim, pero sigue sin oír nada, aparte de un tono extraño que carece de significado para ella. Al embarcar en el puente aéreo hacia Edimburgo, Melanie cae en que solo tiene una vaga idea de dónde vive Elspeth, pues estuvo allí con Jim hace unos años, antes de que naciese Grace.

Tras aterrizar en su destino, con el cuello y la columna resentidos de tanto vuelo, se siente al borde del delirio por la combinación del desfase horario, el cansancio y la curiosa euforia de regresar. Nunca había planeado ir a Edimburgo a trabajar, había sido un programa de intercambio de un año entre el sistema penitenciario escocés y el californiano. Pero le había cogido cariño a la ciudad. Sí, sigue siendo tan gris y fría como la recuerda, pero también igual de preciosa. Allí, sentada en el taxi, escuchando las bromas del taxista, se acuerda de por qué le gustó aquel lugar: por las vistas majestuosas y el aire fresco, pero sobre todo por sus habitantes, por esa combativa humildad suya que, paradójicamente, casi rozaba el dramatismo.

Tiene que encontrar a Frank, y se maldice por no haber apuntado al menos el número de Elspeth o de sus ex. Las madres de sus hijos. Melanie aún se sorprende de que haya otras mujeres con las que ha tenido hijos, dado el amor tan intenso, amable y exclusivo que siente por ella y por las niñas. Que antes llevaba una vida diferente, más a la desesperada, era algo que sabía, ya que se habían conocido en la cárcel; aquello lo había asumido tanto en el plano intelectual como en el emocional. Pero la parte más difícil era reconocer la existencia de quienes habían compartido su vida y tratar con ellos.

Melanie no ha pedido específicamente la habitación número ocho al registrarse en un hotelito familiar de Dalkeith Road, pero es la que le dan. Cuando se tumba en la cama cae en la cuenta de que aquel fue el escenario de sus primeros encuentros como amantes, y la asalta un aluvión de recuerdos. Allí acudían ella y Jim cada lunes, cuando le daban el día de permiso para el

proyecto Entrenamiento para la Libertad. «Podría follarte a lo bestia», le dijo él. «Pero me gustaría mucho que me enseñases a hacer el amor.»

«Con mucho gusto», respondió Melanie, «siempre que estés de acuerdo en que follemos a lo bestia después.»

Se selló el pacto, y había que respetarlo. Fue así de sencillo, porque Jim no podría habérsela follado a lo bestia. Se sentía perdido, impotente salvo en sus pensamientos, inútil en medio de la gente de verdad, como muchos de los hombres que han cumplido condenas largas o que eran consumidores compulsivos de pornografía. Melanie fue paciente, y la sexualidad de Jim se restauró cuidadosamente en sus manos. Le dio la impresión de que él prefería poder empezar desde cero, incluso de que aquello lo aliviaba.

Pero ahora ella está allí, sola. ¿Dónde lo encontraría? Seguro que en Leith. En los bares de siempre. Escaneando el espacio con la mirada, toma una decisión: *No pienso volver a casa sin él*.

Pero no puede hacer nada sin un sueño en condiciones.

27. LA PAREJA

El pub está en un estrecho callejón de la zona sur, cerca de Holyrood Park. Ha conseguido sortear la paulatina gentrificación del barrio, y aún conserva cierto olor a humo, a pesar de que desde la prohibición del tabaco, hace muchos años ya, nadie se ha encendido allí ningún cigarrillo. Franco se acuerda al instante de los pulmones de June cuando se dirige a la sufrida barra de madera a pedir.

Se gira para inspeccionar el territorio y ve a John Dick en una esquina, esperándolo. Dick está sentado frente a una pinta de Guinness, pero hace notar su aprobación cuando Franco llega con un vaso de zumo de naranja. «Ya veo que sigues sin tomar alcohol.»

«Elijo la vida», dice Franco, hundiéndose en el asiento acolchado junto al oficial de prisiones.

«Y menuda vidorra que te das.»

Una pareja sentada al otro lado, junto a la máquina de dardos y una gramola con el letrero de «AVERIADO», está teniendo una discusión acalorada. «Lo sabes perfectamente», dice desafiante la mujer menuda, de rizos negros y cara afilada.

«Gracias a ti», le dice Franco a John a la vez que mira a la pareja.

«No, gracias a ti», señala John, «por tener la inteligencia y el valor de reconocer que ibas por mal camino y por cambiar de dirección.» Le da un sorbo a la cerveza. Después baja la voz en tono de represalia. «Y ahora lo vas a echar todo a perder, todo por un tío mierda que de todos modos va a acabar en la cárcel.»

«¿Eso crees?», responde Franco, consciente del tono desafiante de su propia voz y a sabiendas de que su mentor también va a percibir que es impostado.

«Frank, pensaba que eso de tomar malas decisiones en la vida era algo que habías dejado atrás.» La lengua de John sale a limpiar la espuma que le ha quedado en el labio superior. «Te vas a hundir en la miseria por culpa de un desgraciado como Anton Miller.»

Franco se siente como si fuese de nuevo un adolescente con el alma en pena, así que decide tomar las riendas. «Nunca lo he visto», explica con paciencia. «No lo reconocería aunque entrase ahora mismo por la puerta.»

«Pero has estado preguntando por él. Y he oído que él quiere verte.» John le clava su mirada de búho. «¿Por qué estás haciendo esto?»

«¿Haciendo qué?»

«Seguir aquí, merodeando. Sean está muerto», dice John con frialdad. «No tienes nada que hacer aquí. Salvo meterte en líos con Miller y compañía.» Echa una mirada a la ruidosa pareja. Sabe que están en el radar de Frank Begbie. «Vuelve a casa con Melanie y las niñas, Frank. Tu vida ahora está allí.»

Franco inspira profundamente y mira a John con intensidad. «No sé con quién habrás hablado», refuta con calma, «pero la verdad es que yo no he preguntado por Miller ni una sola vez. Es la gente la que me lo ha estado mencionando todo el rato, diciendo que lo de Sean fue culpa suya.»

Se ven interrumpidos por un griterío proveniente del otro lado del bar. «PORQUE ERES IMBÉCIL, JODER. ¡ERES UNA PUTA IMBÉCIL!», grita el hombre a la mujer, que parece hacerse más pequeña y después bullir en una rabia muda.

«Da igual que fuese culpa suya o no, esa no es tu batalla.» John Dick agarra con suavidad a Frank Begbie por la muñeca para que desvíe su atención de la pareja. «Va a liquidarte, Frank. Tú solo eres un obstáculo para él. Es un ser de sangre fría, sin ego, solo un cerebro de insecto con superpoderes. Te va a meter un tiro en la cabeza en cuanto te descuides.»

«Eso, tú dame ánimos», dice Franco mirando el zumo de naranja sobre la mesa. No tiene intención de beberse esa mierda, menos aún que de tomar alcohol. *¿Escocia? Aquí no saben lo que es un zumo de naranja en condiciones*.

«¡¡¡MENTIROSO!!!»

La pareja en guerra vuelve a interrumpirlos. La mujer se ha puesto de pie. «¡ERES UN PUTO MENTIROSO, JIM MULGREW! ¡UN HIPÓCRITA CON DOS CARAS!» Se gira y se dirige al resto del bar, incluidos Franco y John.

El hombre, Jim Mulgrew, le hace un gesto de desprecio con la mano. «¡Lo que tú digas!»

Frank Begbie mira hacia otro lado. Ya conoce ese patrón. Son gilipollas que quieren arrastrar al mundo a su órbita patética y tediosa. A los borrachos les encanta el drama. *Mírame. Estoy sufriendo. Siente mi dolor*.

Paso. Vete a tu puta casa.

Y ahora John Dick, una persona a quien respeta profundamente (y los individuos como él escasean), le está leyendo la cartilla. «Así solo consigues hacerte daño a ti mismo. Y a Melanie y a las niñas, a ellas es a quien declaras la guerra en realidad.»

«¿Quién ha dicho nada de guerra?», pregunta Franco, y luego se da cuenta de que ha sido él mismo, en el funeral. «Solo quiero enterarme de lo que le pasó a mi hijo.»

«La guerra es la especialidad de Anton Miller, Frank.» John deja escapar un largo suspiro. «No te acerques a él.»

«Gran consejo.»

«¿Pero?»

«No hay ningún pero. Es un gran consejo, punto», declara Franco de un modo enfático. «Mira, John, me llevan dando la tabarra con que si Anton esto, que si Anton lo otro, que si ha matado a tu chaval y toda esa mierda. No me interesa.» Agita la cabeza y mira a la belicosa pareja. La mujer le está dando la espalda al hombre, pero sigue sentada en la misma mesa. A Franco le gustaría decirle: *Vete de una puta vez.*

«¿Te acuerdas del tío que te robó cuando estabas en Londres? ¿El colega ese del que solías hablarme?», le pregunta John Dick. «Ese al que te encontraste años después y te cabreaste tanto que te echaste a la carretera a seguirlo como un loco y te atropelló un coche.»

Renton.

«Mark Renton. ¿Cómo iba a olvidarlo? A Craig Liddel, el tío al que maté, al que todos llamaban "Seeker", se la tenía jurada desde hacía tiempo, pero fue todo cosa mía. Me obsesioné con el tipo simplemente porque era colega de Renton. Pensaba que él sabía dónde estaba», dice Franco con una sonrisa amarga, «que los dos se estaban riendo de mí. En realidad a Renton le importaba un cojón ese tío, lo conoció en rehabilitación y a veces Seeker le pasaba droga. Ya está. Todo lo que pasó fue porque yo estaba obsesionado con encontrar a Renton. No tenía ningún sentido. Ahora Seeker está muerto y yo he perdido ochos años de mi vida. Por nada», lamenta.

«¿Y qué opinión tienes ahora de Renton?»

Frank Begbie parece reflexionar sobre esta cuestión, se muerde el labio superior. «Ahora entiendo su punto de vista. No le quedó otra que salir cagando leches», admite con el ceño fruncido. «Es curioso, pero puede que sea el único colega de verdad que he tenido.»

John Dick desliza el dedo por el borde del vaso. «¿Te das cuenta de lo cara que te costó tu obsesión por ajustar cuentas con él? ¿Por algo que ahora

no significa nada para ti? ¿Tu obsesión con toda esa gente?»

A Franco le empieza a irritar el sermón que le está echando John. El modo en que lo desafía, sin respiro, igual que cuando estaba en la cárcel, hablándole de esa forma, como nadie le había hablado antes. *Porque yo veo lo que tú eres*, le dijo John una vez. Esto puso a Frank Begbie muy furioso, contra las cuerdas, pero al final le fue de gran ayuda. Porque sabía que John podía ver más allá de lo que él estaba dispuesto a mostrar al mundo. Pero de nuevo las cosas cambian. Quizá ahora John Dick se ha convertido en otra persona más de esta ciudad a la que evitar. «Claro que me doy cuenta», afirma Franco. «Si te obsesionas con un desgraciado de esos y te asocias con él, te acabas convirtiendo en uno de ellos. La clave de todo es darse cuenta. He desperdiciado mi vida ajustando cuentas; Cha Morrison, los Sutherland, Donnelly, Seeker… No pienso añadir a Anton a la lista.»

John parece satisfecho con la respuesta, y muestra un ánimo más distendido. «¿Y qué harías si de pronto Renton, el tío que te estafó, entrase por la puerta?»

«Cualquiera sabe, seguramente lo invitaría a una cerveza y le pediría lo que me debe con veinte putos años de intereses», se ríe.

Y John se ríe con él. «Fui testigo del gran esfuerzo que hiciste por reprogramarte a través de esos libros que leías. Y sé lo mucho que te costó, con la dislexia y todo.» El mentor lo mira con una pasión desmedida. Cosa que siempre hacía sentir a Frank como un niño, ansioso por mejorar. Nunca se había sentido así desde que su abuelo Jock empezó a interesarse por él. Habría estado bien tener a alguien como John en aquel entonces, en vez de a Jock y sus amigos. Lo más seguro es que hubiera tenido otras opciones. «No lo eches todo a perder. No te vuelvas a meter en ese agujero negro, Frank.»

Frank Begbie reflexiona sobre esto. «A veces me pregunto si he llegado a salir de él, John.»

John Dick está a punto de rebatirlo, cuando el hombre llamado Jim Mulgrew se levanta y le da un puñetazo a su compañera en la cara. Ella suelta un grito, se sienta y se lleva las manos a la cabeza. Esto provoca quejidos y comentarios de burla entre el resto de los clientes. Frank Begbie se queda quieto, observando a John Mulgrew, que se sienta indignado en la silla. El camarero se acerca al agresor. «¡Tú, a la puta calle!»

«Tranquilo, ya me voy», dice Mulgrew, levantándose en dirección a la salida.

La mujer se está frotando la mandíbula. El puñetazo no ha sido para tanto, pero seguro que se le hincha un poco. Hay algo terrible en sus ojos, además

de miedo y dolor, una especie de brillo de satisfacción. «Volverá», dice al grupo de parroquianos.

«Aquí desde luego que no, ni tú tampoco», anuncia el camarero. «Dale unos minutos para que se aleje y te vas tú también.»

«¡Si yo no he hecho nada! A ver, ¿qué he hecho?»

«Pues nada, habrá que irse ya», le dice Frank Begbie a John Dick, y se da cuenta de que antes se habría involucrado en el incidente para detrimento de todo el mundo. Se acuerda de una agresiva disputa familiar que tuvo lugar en un bar de Leith. Fue y puso el brazo sobre el hombro de cada una de las partes, y los acercó hacia él en un gesto de conciliación. Luego les metió un rodillazo en los huevos, primero a uno y después al otro.

«De acuerdo, Frank, perdona por darte la chapa.» John Dick le tiende la mano. «Sé que estás pasando por un mal momento.»

Frank Begbie le estrecha la mano. «Si te importase una mierda, no me habrías dicho nada. Pero no te preocupes, John, lo tengo todo controlado.» Se da un toquecito en la sien y le guiña el ojo a su mentor. Es importante decir lo correcto, expresar el sentimiento adecuado. Un primer ministro podría tranquilamente proteger a ricos pederastas mediante la Ley de Secretos Oficiales, siempre y cuando proclamase en público que movería cielo y tierra hasta que ese tipo de gente pagara por lo que había hecho. Expresar la acción contraria te permite obtener el beneplácito de la gente. A casi todo el mundo le gusta creer que tu intención es buena. Las consecuencias de pensar lo contrario resultan demasiado desalentadoras.

«Más controlado que estos despojos.» John señala a la mujer y a la silla vacía en la que estaba sentado Jim Mulgrew.

Franco mira a la mujer, que se está quejando entre dientes de lo injusto que es todo. «Deberían apuntarse a clases de salsa», se aventura a decirle a John. «Cambiar de estilo de vida, así seguro que no llegaban a las manos.»

Y Frank Begbie se siente muy satisfecho consigo mismo tras despedirse de John Dick; nada más salir del bar va directo a la furgoneta. Al abrirla, siente que algo duro le presiona la sien. Sabe que es el cañón de una pistola. «No te muevas o te vuelo la tapa de los sesos», dice una voz calmada. Entonces una mano se introduce en el bolsillo de su chaqueta y le quita el teléfono Tesco justo cuando le cubren la cabeza con una capucha. Este acto apaga la luz del mundo, así que respira profundamente, llenándose los pulmones como si estuviese suspirando al revés.

No ve nada, salvo algunos pies y baldosas grises antes de que lo metan a la fuerza en la parte de atrás de un vehículo. A juzgar por la altura y el

tamaño, imagina que es algún tipo de SUV grande. Después siente que le ponen firmemente el cinturón de seguridad, igual que hace él con Eve y Grace. No consigue verle la cara a ninguno de los hombres, solo es consciente de que tiene uno a cada lado en el asiento trasero; después, el vehículo acelera.

28. EL REPARTIDOR 4

Volví a verlos el día después del incidente con Johnnie. Regresaba andando del colegio y miré por la ventana del Marksman Bar en Duke Street. Allí estaban, inmersos en una niebla de humo azulado de cigarrillo, sentados y bebiendo alegremente. Con la típica euforia que produce regodearse con el sufrimiento infligido a un rival. Lo he percibido en otros al tiempo que lo he desarrollado dentro de mí: ese impulso arrogante y fanfarrón que hace que te sientas invencible y te deleites con tu propio poder.

El abuelo Jock me vio cuando alzó la mirada de su pinta y clavó sus ojos sardónicos en los míos. No sabría decir si notó algo en ellos. Sonrió, y yo me asusté.

El cuerpo de Johnnie apareció dos días después. Un guardia de seguridad había visto una bandada de gaviotas inusualmente grande junto al dique seco; se peleaban y graznaban atraídas por el cadáver. Las ratas también habían estado ocupadas, lo cual retrasó la identificación, o al menos eso dijeron algunos vecinos. Muchos cabronazos debieron de disfrutar imaginando la atractiva cara de Johnnie devorada por los carroñeros. Con esa sonrisa que había planeado sobre muchas de sus mujeres y novias mientras ellas gemían de placer debajo.

Apareció en los periódicos Evening News *y* Scotland Today. *Cuando el abuelo Jock vino a casa con Carmie y Lozy a jugar a las cartas, les pregunté al respecto. Jock insinuó que yo sabía más de lo que dejaba ver.*

«Hasta nunca con la escoria», dijo en voz baja sin siquiera levantar la vista de su mano de cartas.

«¡Pensaba que Johnnie era vuestro amigo!»

Se hizo el silencio en la mesa. Entonces mi padre nos echó una mirada desagradable con su ceño fruncido de borracho. «No te metas donde no te llaman, niño. Te lo advierto…», balbuceó. «¡No te metas en lo que no entiendes!»

Pero él era el imbécil que no entendía nada. Mi abuelo alzó la cabeza y me guiñó un ojo. «Bueno…, no pasa nada», le dijo a mi padre, y se puso en pie, invitándome con un gesto a salir con él al vestíbulo. Salimos a través de

la cocina al pequeño patio trasero donde estaban los cubos de basura. Hacía frío. Él no parecía sentirlo. Se encendió un cigarrillo y me dio uno.

«¿Te acuerdas del perro que trajo a casa tu padre hace una eternidad?»

Recordé a Viking, el pastor alemán que mi padre trajo a casa de la perrera un día de borrachera. Un perro genial, pero le mordía a todo el mundo y tuvimos que sacrificarlo.

«Sí.»

«Querías mucho a ese perro, ¿verdad? Pero te mordió. El perro no podía evitarlo. Te quería, pero a pesar de todo te traicionó.»

Asentí. Viking me hincó los dientes en el tobillo porque sí. Habíamos estado corriendo por Pilrig Park cuando se volvió hacia nosotros y me mordió. Seguro que estaba demasiado alterado y no pudo controlarse.

«En realidad no fue culpa del perro.» Dio una calada profunda y sopló humo al frío aire. «Sencillamente era su naturaleza. La gente también es así, chaval. Son tus amigos…», continuó, y me enseñó los dientes a mí, «hasta que dejan de serlo. ¿Lo entiendes, hijo?»

«Sí», le contesté.

«Bien. Volvamos dentro, al calorcito.» Pisamos los cigarrillos, volvimos al salón principal, y él reanudó su partida de cartas.

Pero aquella noche hice algo que nunca había hecho antes y que juré no volver a hacer. Bajé a la cabina telefónica y llamé a los maderos.

29. EL JOVEN SEÑOR DE LA GUERRA

En cierto modo el silencio del viaje le sienta bien. Pero, por otro lado, es preocupante, pues indica que lo tratan con una contención y un profesionalismo glaciales. Los idiotas de Power no tendrían la disciplina para mantener un silencio tan profundo. Como mínimo, se habrían sentido obligados a burlarse de su teléfono móvil Tesco. Calcula que son tres hombres, uno conduciendo y dos con él en la parte de atrás. Pero en vez de intentar adivinar adónde se dirigen, se centra en su propia respiración, lenta, a través de la capucha, que le calienta la cara, y así su mente se aleja de las ingratas apariciones de su abuelo y se concentra en su mujer y sus hijas. Si este es el final, se irá pensando en ellas.

Bajo la oscura capucha está alzando a Eve por encima de las dunas de arena y después coge un cangrejo de roca de pinzas agresivas para que Grace lo vea. Ella se ríe y baila frente a él llena de alegría. Después tiene a Melanie en sus brazos, y bailan salsa por todas partes para regocijo de las niñas. Quiere enseñarle a sus hijas que esto es lo que los hombres de verdad hacen con sus enamoradas: que este arrebato, esta belleza y esta diversión son lo que pueden esperar del amor. Está respirando con regularidad, se siente en paz. Que se vayan parando constantemente en los semáforos le indica que todavía están en la ciudad, pero podrían estar llevándoselo a cualquier sitio. Entonces, de repente, siente unos baches familiares por el adoquinado bajo el SUV; conoce su secuencia. Después siente el rumor de una rejilla.

Están en los muelles de Leith.

Detienen el coche y lo ayudan a bajar. Lo tratan con firmeza, pero sin demasiada agresividad. Cuando le quitan la capucha, parpadea hasta acostumbrarse a la luz, y un hombre moreno de pelo corto y ojos pétreos de veintipocos años aparece en su campo de visión. Va bien vestido, no con pinta de gángster, sino de joven profesional. Posee un rostro fresco e inmaculado, salvo por una fina cicatriz sobre el labio superior. Franco piensa en la persona que se la hizo. ¿Habrá desaparecido para siempre o estará pavoneándose con impunidad por otra ciudad? «Tú debes de ser Anton.»

El joven asiente. Con Anton hay otros dos hombres, casi flanqueándolo, quizá un paso por detrás de él. En cuanto a ropa y porte, parecen una versión barata e inferior. Frank Begbie de pronto se siente menos impresionado. Ahora entiende que el silencio es deferencia hacia un líder disciplinado y no una competencia inherente.

«Un consejito», dice Franco despreocupado, «hazte una revisión. En una clínica de ETS.»

La cara de Anton Miller permanece impasible, aunque levanta un poco una de sus cejas. Sus secuaces se enfurecen, y el grandote da un paso al frente. «¿Qué dices?», suelta apretando los puños.

«La chavalita Flanagan», dice Frank Begbie, desoyendo por completo al otro hombre, sin apartar nunca los ojos de Anton Miller. «Un polvazo, pero lo va regalando. Larry se la ha cepillado, y él siempre ha sido de hacerlo a pelo. Dudo que haya cambiado.»

Anton Miller asiente lentamente en templado agradecimiento. Es como si Frank Begbie acabase de pasar un test, o quizá dos: el de personalidad y el de valor. «No te he traído aquí para hablar de mi salud. Quería mirarte a los ojos y decirte algo a la cara.»

«Creo que sé lo que es», dice Franco. «Que no tienes nada que ver con la muerte de Sean. Bueno, eso ya lo había averiguado yo por mi cuenta.»

Las dos cejas de Anton se levantan. «¿Y cómo has llegado a esa conclusión?»

«Demasiados idiotas cantando con la misma partitura. Orquestados por un cabrón que siempre hace cosas así. Que ha estado haciéndolo desde siempre.»

«Power», suelta Anton burlón.

Observa que el secuaz grandote, el que ha dado un paso al frente, intercambia una mirada con el otro tipo, más delgado y con la nariz ganchuda. «Regla de oro: no creerse nada de lo que diga el gordo cabrón.» Franco casi sonríe con superioridad. «Nunca he tenido muchas reglas que me hayan servido tanto. Ojalá la hubiese recordado más a menudo.»

Anton sonríe, permitiendo así que Franco sienta el sosegado carisma del joven. Da igual la educación que haya recibido: su inteligencia es sin duda formidable. Entonces un brillo de concentración aparece en sus ojos. «No pareces muy afectado para ser un hombre que acaba de perder a su hijo.»

«Nunca tuvimos mucha relación», dice Franco encogiéndose de hombros. «No sirve de nada mentir al respecto o montar un puto drama para contentar a los demás. Por supuesto que quiero saber qué ha ocurrido, pero eso es todo.» Echa un vistazo a su alrededor, se fija en las grúas y en las fábricas que

sobresalen por encima del casino recién construido. «No tengo ninguna conexión emocional con este lugar. Además, los tiempos cambian.» Franco suelta una sonrisita a Anton y a sus asociados. «Aquí no estoy en mi elemento.»

«Franco Begbie fuera de su elemento.» Anton parece jugar con la idea. «Con la reputación que tenías en esta ciudad.»

«Quizá hace tiempo. Pero la gente como Power y tú siempre ha sido mejor que yo. Nunca estuve en vuestra liga. Yo no era más que un matón. Un buen matón, pero solo eso», y piensa en la afirmación de Davie «Tyrone» Power. «Nunca he tenido el celo empresarial que tenéis vosotros.»

Una sonrisita, quizá como reacción al cumplido, recorre los labios de Anton, pero sus ojos gris granito permanecen glaciales. «Tengo entendido que no te ha ido tan mal. Eres artista y vives en California.»

«Nada mal», admite Franco, «pero no es más que publicidad y moda. Compran mi producto porque ahora se lleva, así que produzco toneladas y las vendo mientras pueda. Algún día perderán interés. Hasta entonces, aprovecharé las vacas gordas.»

«Eres un hombre inteligente.»

Frank Begbie niega con la cabeza. «He pasado demasiado tiempo en la cárcel para que se diga eso de mí.»

Anton mira a sus asociados, luego vuelve a mirar a Begbie. «Vamos a darnos un paseíto, solos tú y yo.»

Franco asiente y piensa que, pase lo que pase, uno contra uno es mejor que uno contra tres. Pasean juntos por el borde del viejo muelle rumbo al embarcadero y el rompeolas. El viento es frío y cortante cuando se detienen para apoyarse en una barandilla y asomarse a las frías y oscuras aguas del estuario del Forth. Frank Begbie piensa en el océano Pacífico junto a su casa y en todos sus matices de azul. ¿Qué pinta él allí con todos esos tonos de gris? ¿Anton va a enfrentarse a él en justa lucha o le va a meter un tiro y luego arrojarlo al mar?

Quizá solo quiera hablar. Algunas formas de éxito pueden provocar aislamiento y hacer que uno se sienta solo. «He hecho mucho dinero. Pero está en el extranjero. En bancos.» Anton está mirando el horizonte, pero con intensidad, como si hubiese visto algo ahí fuera.

«Eso he oído», dice Franco. «Y la verdad es que estoy impresionado. Incluso a Power le ha costado veintitantos años tener el olfato que tú tienes ahora.»

Anton se vuelve hacia él con una mirada maligna, casi burlona. «¿Sabes lo fácil que es ir a Suiza y abrir una cuenta de negocios en un banco? ¿O incluso en las Islas Caimán? Te subes al puto avión, te metes en el banco con el pasaporte y una bolsa llena de dinero. Les dices que quieres abrir una cuenta de negocios. Y ya está. Es más difícil abrir una en el RBS o el Clydesdale.»

Begbie permanece impasible.

«Lo que quiero decir es que los barriobajeros tienen aversión a subir al puto avión si no es para ir a Ámsterdam, Ibiza, Tailandia o a un partido de fútbol. O a donde sea que les hayan dicho que pueden ir. Antes meterían el dinero debajo del colchón.»

«Yo me fío de mi banco de California», expone Frank Begbie. «Por supuesto, me están timando, pero mi dinero no se va a ninguna parte.»

Anton de pronto mira a Franco de un modo distinto, como si pensase que le están tomando el pelo. «Te despiertas todos los días en un lugar soleado con una mujer guapa y tus hijas, y con vistas al mar. Sin temores ni preocupaciones. Así estaré yo dentro de un par de años.»

Franco intenta mantener la cara de póquer, pero siente que en su expresión está asomando la duda.

Anton se da cuenta y responde con una sonrisa que lo hace parecer algo infantil durante un instante, pero también más peligroso. «Sí, lo sé, entiendo tu escepticismo. Hablar es gratis, lo sabe cualquiera, pero yo me he puesto un objetivo. La cantidad está escrita, negro sobre blanco. Ya casi he llegado. Después me marcho. No sé adónde, pero a algún sitio cálido y soleado.»

Franco piensa en sí mismo con esa edad y, en comparación, no era más que un hombre primitivo. Resulta tan extraño que alguien tan joven hable de ese modo… Pero ¿hasta qué punto tiene las cosas atadas? «¿Qué harás cuando lo consigas?», pregunta.

Por el modo en que Anton entorna levemente los ojos, Franco percibe que la pregunta lo ha herido. «Esa parte todavía no la he resuelto», admite, girándose hacia el mar. «Lo que sí sé es lo que no pienso hacer. Mi viejo trabajó duro toda su vida. Era soldador de profesión. Pero se le acabó el negocio cuando cerraron los astilleros. Así que estuvo trabajando fuera una temporada. Luego volvió y trabajó en las furgonetas que detectaban antenas ilegales de televisión. El caso es que era un tipo legal y se pasó la vida sin conseguir ni una mierda.» Anton vuelve a dirigirse hacia Frank Begbie. «Menudo pringado.»

«Creo que no lo conozco», responde Franco, impávido.

«Hazme caso», dice Anton, burlón. «Hay que prenderle fuego al mundo», y sus ojos de pronto refulgen, como para ilustrarlo. «Pongamos por ejemplo a Sean: siempre me cayó bien ese chaval. Era buena gente, muy divertido. Y, por mucho que digan las malas lenguas, nunca jamás me la jugó.»

«Eso está bien», dice Franco, «que haya gente en quien puedas confiar.»

«Pero no tenía remedio.» Anton niega con la cabeza. «La droga lo hizo polvo. La droga que yo vendía, la que él vendía. Yo solía decirle: vende droga y hazte rico; métete droga y hazte mierda. Para mí siempre ha sido obvio. Sean tendría que haberlo entendido, porque no tenía un pelo de tonto. Hasta que se colocaba.»

«No llegué a conocerlo tanto. Yo estaba en la cárcel o con alguna otra mujer cuando él se estaba haciendo mayor. Pero me enteré de que era drogadicto. Para mí es decepcionante.» Franco arquea una ceja. «Esa gente siempre es decepcionante.»

La voz de Frank Begbie ha caído de un modo agorero, pero Anton ahora parece perdido en sus propios pensamientos oscuros. «Mi viejo…, les compré a él y a mi vieja una casa estupenda en Barnton, fuera del barrio. Los llevé hasta allí en coche. Toda una sorpresa. Era una urbanización rodeada por una tapia y con verja de entrada, con jardines cuidados, el lote completo, y les ofrecí las llaves. Me dijo que me las metiese por el culo. Se negó incluso a bajar del coche. Mi madre lloraba desconsoladamente, estaba delante de la casa de sus sueños y el hijoputa ni siquiera iba a bajarse del coche a verla. Y tampoco dejó que ella lo hiciese. Dijo que no quería nada pagado con “dinero de miserias”. Eso dijo: “dinero de miserias”. ¿Te lo puedes creer?»

Franco permanece en silencio mirando el mar. La luz está desapareciendo. Empieza a hacer mucho frío. «A veces es difícil entender a la gente», afirma, y luego mira a Anton. «¿Y tú quién crees que mató a Sean?»

Anton lo mira con frialdad a los ojos. «La respuesta más fácil sería Power, o alguno de su cuadrilla. Pero estaría mintiendo. La verdad es que no tengo ni idea. Eso sí, si te enteras, dímelo. Como ya he dicho: tenía sus fallos, pero Sean me caía bien.»

«No lo suficiente para ir a su funeral.»

«No hay mucho que hacer por alguien que ya está muerto», dice Anton encogiéndose levemente de hombros. «¿Tú te crees que la mitad de los asistentes, esa pandilla de buitres, estaba allí en honor de Sean? Si yo hubiese aparecido, se podría haber liado una buena, con Power y otros cuantos. Presenté mis respetos al no aparecer.»

Franco piensa en esto y en su enfrentamiento con Cha Morrison. «De acuerdo.»

«¿Sabes una cosa? Tenemos algo en común», dice Anton con cierta melancolía emergiendo en su tono. «Sean no era el hijo que querías. Y mi viejo tampoco era el padre que yo quería.»

«Los dos somos un poco mayorcitos para el papeleo de la adopción.»

Anton se ríe con fuerza al oír eso. «Que sepas que es agradable conocer a alguien que no me tiene miedo.»

«¿Cómo sabes que no estoy fingiendo?»

«Porque lo sé», contesta Anton. «Igual que sé que no tienes nada contra mí.»

Franco sonríe ante eso. «¿Y si lo tuviese?»

«Pues ya estarías muerto», le dice Anton. «Tú, tu mujer y tus hijas», añade, mostrando el teléfono Tesco. Hay un mensaje de Melanie en la pantalla luminosa de color amarillo y verde.

Llámame en cuanto recibas esto.
Es urgente. Te quiero. X

«Deberías llamar», dice Anton Miller impasible, y le entrega el teléfono. Cuando lo coge, Franco Begbie intenta ver si el joven está cogiendo aire, pero no distingue nada.

30. LA PAREJA DE BAILE 5

La clase de salsa en el Centro de Baile de Santa Bárbara estaba concurrida, y todos los participantes eran parejas. Melanie había visto a los dos gais del grupo, y observó que Jim miraba atentamente a la llamativa pareja. Después escrutó a los demás y, viendo que nadie más les prestaba atención, pareció perder interés en ellos. Al final de la clase, Melanie se puso a charlar con ellos, Ralph y Juan, y descubrió que también trabajaban para la Universidad de Santa Bárbara. El cuarteto decidió ir a tomarse una copa juntos al bar de vinos que había al otro lado de la calle.

Aquello se convirtió en una costumbre; a menudo Sula y otros compañeros se unían a ellos. Jim era uno de los pocos presentes que nunca bebía alcohol. No se trataba de veladas desenfrenadas; debió de darse solo una ocasión en la que todos se emborracharon de veras y Jim los había observado, entre la diversión y el desapego.

Melanie se había despertado dos veces, la primera justo antes de las dos de la mañana y luego poco después de las cinco, pero en las dos ocasiones se las había arreglado para sumergirse de nuevo en el reino de los sueños. Tras volver en sí de un pestañazo, se queda horrorizada al ver que son casi las diez y que se siente más agotada que nunca. Sin embargo, se obliga a levantarse y a meterse en la ducha, y luego se viste mientras en la tele, de fondo, un canal británico desconocido pone obras de teatro. Localiza una cafetería en South Clerk Street para desayunar, aliviada al darse cuenta de que su paladar californiano encuentra más que aceptable lo que ofrecen. Dos expresos la ayudan a inaugurar el día.

Hay otro mensaje de Harry, ya sobrio y arrepentido. «Melanie, soy Harry, Harry Pallister. Veo en el registro del móvil que te llamé ayer. Apenas me acuerdo. Estaba muy borracho, te pido disculpas. He tenido problemas de depresión, me he cogido una baja por enfermedad para tratarme y me he metido en Alcohólicos Anónimos. Por favor, perdóname. Soy Harry Pallister», repite. «Hasta pronto.»

«Anda y que te den, so plasta», dice Melanie en voz alta a su teléfono.

Como el servicio de itinerancia de datos del teléfono le saldría por un ojo de la cara, busca un cibercafé, donde encuentra la dirección de Elspeth en un correo electrónico antiguo. Data del funeral de la madre de Jim, al que no pudo asistir, ya que Grace solo tenía unas semanas de edad. Localiza la dirección en Google Maps y pone rumbo a la parte oeste de la ciudad. Contra todo pronóstico, en Edimburgo empieza a hacer mucho calor, y al poco siente que la parte de arriba del chándal le sobra; se la ata a la cintura.

Al recordar su única visita previa a la casa de su cuñada, Melanie anticipa un recibimiento hostil. Había sido una celebración navideña que acabó en calamidad durante la cual Elspeth y el hermano de Jim…, no, de Frank, se habían emborrachado y montado una escena terrible. Todo eso pesa en su mente mientras se apea del tranvía para acercarse a la casa.

Al final resulta que la sorprenden dispensándole un trato de lo más cariñoso. Elspeth está llorosa, le explica que unos matones habían asaltado la casa buscando a Frank, y que George había acabado con un corte en la mano. Melanie lucha por contener el pánico que la invade cuando su cuñada le cuenta la historia. Elspeth concluye diciendo que todos habían estado de acuerdo en que lo mejor sería que Frank se marchase de la casa; se había ido a casa de su viejo amigo Larry.

Melanie no recuerda haber oído hablar antes de Larry, o quizá sí, de pasada, pero de todas formas Frank no suele contar nada de sus antiguos camaradas. A diferencia de muchos de los hombres peligrosos que había conocido, Frank no siente ninguna inclinación a hablar de su pasado. Ella lo había interpretado como una señal de que lo había dejado atrás. Ahora tiene el oscuro presentimiento de que no era así.

Elspeth no sabe la dirección de Larry, e intentan llamar de nuevo al teléfono británico de Frank, pero salta el contestador. «Siempre pasa lo mismo.»

La familia intenta que Melanie pase la noche en Murrayfield con ellos, pero ella se niega. Elspeth insiste en que se quede al menos a comer. Melanie acepta encantada, y charla con los chicos. George y Thomas están fascinados con ella: la exótica tía estadounidense que recuerdan haber conocido hace unos años los tiene embelesaditos.

«Tuviste un bebé y luego otro», dice Thomas.

«¡Así es!»

«Cuando sea mayor me voy a montar en el avión para visitaros a ti y al tío Frank y conocer a las niñas», aventura George.

«Eso sería genial. ¿Cómo tienes la mano?»

George sacude una mano enguantada en una venda.

«Me llevé un susto, pero creo que fue solo por los cristales de la ventana, que salieron volando por los aires. Me he hecho cortes peores al afeitarme.»

Melanie se ríe y Elspeth inspira mortificada antes de mirar a Greg.

Más tarde, cuando Melanie se levanta y anuncia su intención de salir a buscar a Frank, Elspeth la lleva aparte. Melanie cree que su cuñada va a intentar disuadirla de emprender dicha acción, pero en lugar de ello le formula la siguiente petición: «Llévatelo a California en cuanto lo encuentres. Su sitio ya no está aquí. Da igual lo que piense de él, es evidente que está mucho mejor allí contigo de lo que ha estado nunca aquí con nosotros. Ahora me doy cuenta.»

Melanie recuerda las siniestras conversaciones con Harry y ruega por que Elspeth tenga razón. Se marcha, sin darse cuenta de que la va siguiendo por la calle un hombre que ha estado vigilando la casa con la esperanza de que otra persona regrese allí.

Tras tomar un taxi hasta Leith Walk, Melanie se apea en Pilrig, donde cae una llovizna heladora. Ha vuelto a cambiar el tiempo. Su plan incluye recorrer «en seco» los pubs con la foto de Frank en el teléfono y enseñársela a los parroquianos hasta dar con él. Además, reza para que, cuando lo haga, esté bien, quizá un poco borracho tras haberse saltado la abstinencia yendo de copas con los amigos.

Al pasar por Leith Walk, después de una única e infructuosa visita a un establecimiento, se vuelve y ve que una limusina se detiene junto al bordillo, a su lado.

31. EL COLEGA

De nuevo sale el sol en Edimburgo. *Ábrete sésamo*. La ciudad cambia, se ilumina al instante con optimismo. Hay un aire travieso. Los chicos se ponen chulitos y las chicas se pavonean; van ligeras de ropa e intercambian sonrisitas pícaras. Franco se alegra de haber decidido no traer chaqueta y llevar en su lugar una camiseta clásica de color gris con un oso caminando y el mensaje CALIFORNIA REPUBLIC escrito debajo. Larry y él están dando una vuelta en coche, hablando de viejos conocidos y tiempos pasados. Franco lleva la bolsa en el regazo; en ella hay unos objetos que ha pedido prestados a su amigo, y el conductor los está mirando. «Tenía entendido que eras un hombre casado y que habías superado todo eso», le reprende con una carcajada lasciva.

«Me pregunto hasta qué punto cambiamos de verdad», responde Franco con sequedad. Está recordando el momento en que Anton y sus amigos lo dejaron en el muelle ayer por la tarde. Cuando se fueron, la rabia se apoderó de él, y aplastó con el talón, a modo de catarsis, la fuente de su desgracia, el móvil Tesco, para después lanzar sus restos de una patada al río Forth. Ahora quiere pedirle el teléfono a Larry para llamar a Melanie.

Pero todavía no.

«En cualquier caso, tú nada.» Larry hace un gesto hacia la bolsa mientras arruga la comisura de los ojos. «Entonces, ¿para quién es esto, so cabronazo?»

«No se puede ir contando por ahí.»

«¡Fijo que es para Frances! ¡Menuda zorrona rampante! Si se mete un par de vodkas, se la clavas por donde quieras. Seguro que te has puesto la cinta a escondidas», dice Larry con atrevimiento, llevando la mirada de Franco a la carretera.

«Me has inspirado, Larry», dice Franco sonriendo. «Pero no es ella. Voy a cazar una pieza mayor.»

Larry se ríe, encantado de volver a intimar con su viejo amigo. Franco había estado fuera todo el día y no había vuelto hasta tarde. Larry había intentado averiguar adónde había ido, pero como de costumbre no había

logrado información alguna. Así que se contenta con los lugares comunes. «Sí, los viejos tiempos…, buenos tiempos, Franco.»

Pero Franco niega con la cabeza. No, no quiere usar el teléfono de Larry para llamar a Melanie, porque ni siquiera estando tan lejos le gusta la idea de que pueda guardar su número. «Pero ¿lo fueron de veras, Larry? La verdad es que yo no lo siento igual», dice, recordando escenas de violencia enardecida por el alcohol, la jovialidad y el folleteo. Después, largos periodos intermedios encerrado en una celda. A continuación, salir. Empezar de nuevo. Una chavala nueva. Muchos planes. Nuevos propósitos.

Luego otro subnormal profundo. Otro incidente.

El mismo patrón deprimente que había devorado su juventud. Los olores, las burlas y las risas huecas de otros hombres como él, veteranos del sistema penitenciario. A menudo desafiantes, pero esencialmente derrotados; cercados por la verdad horrible de que nunca han sabido mantenerse lejos de esos lugares horribles que le destrozan a uno el ánimo.

Después, el mentor. El tratamiento de la dislexia. La cuerda de salvamento. Los libros, aquellas ventanas a mundos alternativos.

Y, al final, la personificación física de aquellas palabras. La arteterapeuta.

La verdadera Pareja de Baile.

«Podríamos hacer un viajecito hasta Leith», dice Franco. «Por los viejos tiempos.»

La cara de Larry se ilumina con una sonrisa. «Pongamos rumbo al puerto de Leith», canturrea, después sale por un pequeño desvío en Waterloo Place y adelanta a un SUV para bajar a toda prisa por Leith Walk.

«Sigue recto por Constitution Street», sugiere Franco. «Vamos a dar un paseíto por el muelle.»

«Hace siglos que no voy por allí», dice Larry, pero al poco frena frente a la verja del astillero.

«Métete dentro», le insta Franco. «Dentro de nada puede caer un chaparrón.»

«A mí me parece que hace bueno, el cielo está azul y todo», dice Larry dudoso, y entonces señala un cartel: PROHIBIDA LA ENTRADA DE VEHÍCULOS NO AUTORIZADOS.

Franco entorna los ojos. Su voz se hace más grave, casi hasta el punto en el que se acerca a aquel murmullo intenso pero helador que Larry conoce tan bien y que aun ahora, después de su ausencia, resulta reconocible. «¿Desde cuándo hemos necesitado autorización para entrar en ningún sitio en Leith?»

Larry sonríe con complicidad, satisfecho al ver que Franco está volviendo a ser el de siempre. Lleva la furgoneta por encima del empedrado y del paso canadiense, y, siguiendo las indicaciones de Franco, aparcan frente a un viejo edificio de ladrillo. Está desierto, no hay nadie de seguridad. Franco echa un vistazo. Qué raro resulta verlo bien a la fría luz del día. Salen de la furgoneta y caminan por el borde del dique seco. Franco se asoma. «¿Alguna vez te he contado la historia del abuelo Jock y Johnnie Tweed "el Guapo"?»

«No.»

Franco sigue mirando hacia abajo. Hay mucha distancia hasta el fondo; no es la fosa infernal que recordaba de su infancia, pero está bastante alto. La subsidencia de las paredes medio derrumbadas se ha acelerado, hay más pedruscos esparcidos al fondo del dique, a pesar de que algunos muros de contención de madera en la parte más alejada pretenden apuntalarlo. Le da un poco de vértigo. Da un paso atrás y se vuelve hacia su amigo. «Fuimos grandes colegas, ¿eh, Larry?»

«Pues claro, y todavía lo somos, Franco», dice Larry con cara de pillo, aunque con preocupación cautelosa.

«Grandes colegas, pero no colegas», reflexiona Franco con monotonía heladora. «En cierto modo colegas, pero en el fondo nos despreciábamos el uno al otro.»

Larry lo mira con una agresividad dura como el pedernal, momentáneamente desprevenido. Parece a punto de protestar, pero algo se reconfigura en su interior, y en vez de eso, sonríe. «Así que va a salir todo a la luz, ¿eh?»

«Siempre has sabido jugármela», prosigue Franco, mirando a las grúas frente a él, mientras las gaviotas aletean y graznan a lo lejos, probablemente por la basura al otro lado de las paredes de hierro corrugado, al este de los astilleros. A su izquierda, el sol se está poniendo detrás del río gris plateado, con un fulgor llameante, como queriendo que Fife desapareciese a fuego del mapa. «Sabías instigar problemas. Me preparabas las bolas de nieve para que yo las tirase. Seguro que he pasado mucho tiempo en la cárcel por tu culpa», declara sin animosidad. «Mis verdaderos colegas, como Rents, Tommy, Sick Boy, Spud y tal, siempre pasaban de ti.»

«¡Menudos yonquis de mierda! ¿Y yo qué?», se burla Larry, señalándose una cicatriz encima del ojo y una marca de quemadura en un lado de la cara. «¿A mí quién me hizo esto? ¿Quién me atemorizaba, a mí y a todo Dios, quién nos hacía la vida imposible? ¡San Francis James Begbie! Y, además, tus colegas Renton, Sick Boy, Spud y tal, ¿dónde coño están ahora?»

Los labios de Franco se tensan y se le levantan las cejas. Buena pregunta.

Pero Larry está desatado. Efectivamente, va a salir todo a la luz. «¡Pues no están contigo! ¡No están con el puto matón!»

«Somos tal para cual, Larry. Mírate, desde que estábamos en el colegio…»

«Yo nunca he estado a tu nivel, colega», le corta Larry. «¡Ni siquiera tus propios amigos estaban a salvo! Todo el mundo te evitaba», y Larry se da un golpecito en el cráneo, «porque eras un puto zumbado», sonríe, avanzando hacia Frank Begbie y acercando la cara hacia él, como si estuviese pidiendo un puñetazo. «¡Mírate ahora! ¡Menudo cobarde de mierda! ¡No tienes huevos ni de ir a por el cabronazo de Miller!»

Respira despacio…, inspira por la nariz, espira por la boca… «Sé que te has compinchado con Tyrone y con Nelly, los chicos de siempre de Leith, para engañarme, ¿eh?», dice Franco en tono relajado. «Para inculpar al tal Anton Miller.»

«Sí», escupe Larry, desafiando con la fulgurante mirada a Franco, como si sus ojos estuviesen enmarcando algo en el fondo de su mente. «Y ahora todo da igual porque no me queda mucho tiempo por culpa del sida. Pero ¡hay algo que quiero que sepas!»

«¿Ah, sí? ¿El qué?»

«¡Yo me cargué a Sean!» Larry se echa hacia atrás, apoyándose en los talones, casi ebrio por su afirmación, saboreándola, mientras devora a Frank Begbie con la mirada en busca de alguna reacción.

Franco se limita a asentir, como si Larry hubiese confesado tener una multa de aparcamiento.

Larry lo mira horrorizado y su expresión se derrumba bajo la aplastante decepción. «¿Me has oído? Yo maté a ese marica de mierda, y ¿sabes por qué? ¡Porque me ganó al puto jueguecito del ordenador! No solo por eso, sino porque no podía estarse callado al respecto. No podía dejar de presumir. Listillo asqueroso. Pero no era como tú, Franco. No era más que un maricón bocazas y un yonqui. Sí, aquella noche volví a su piso y machaqué al muy gilipollas. Frances estaba ahí, aunque fuera de juego. ¿Sabes la verdadera razón por la que acabé con él? ¡Para vengarme de ti! ¡Por toda la mierda que tuve que aguantar de ti durante todos esos años!»

Franco parece considerar la cuestión. «Supongo que así son las cosas, claro.»

«¿No vas a decir nada más?» La boca de Larry se frunce con amanerado desprecio. «¿No vas a hacer nada? ¡Estás fatal, tío! No te vas a cargar al

cabrón de Anton y mira que te lo he puesto en bandeja…»

«Siempre has sido un hijoputa y un ruin», reconoce Frank Begbie. «He estado hablando con Frances, me puso en contacto con Arbie. Él me explicó que se la estabas jugando a Sean y a Anton. Sé que Sean estaba distribuyendo para él a lo grande. Y tú también. ¿Te quedabas con parte?»

«¡Por supuesto que sí! La zorra de Frances hace todo lo que yo le diga.» Larry echa la cabeza hacia atrás, exponiendo los implantes brillantes de su boca. «Menudo gángster *superstar*, no es capaz de controlar ni el coño de una lerda. ¿Sabes qué? Ella dice que tiene una polla enana. Pues sí, el cretino ese es el siguiente de mi lista», declara, dándose un golpe en el pecho. «No me dais miedo ninguno de los dos.» Larry se levanta la sudadera para mostrar las lesiones en su torso. «¿Vas a hacerme algo? ¡Adelante, me importa una mierda! ¿Vas a hacerle daño a la gente que quiero? Creo que tienes la sangre demasiado caliente para hacer daño a niños», declara Larry, volviéndose con una floritura, como si se dirigiese a un público invisible pero elogioso.

Franco asiente despacio. «En eso tienes razón. El problema es que en realidad no es de mí de quien tienes que preocuparte.» Mira hacia la guarida.

La pesada puerta de madera se abre de golpe con un crujido cuando Anton Miller sale. «Hola, Larry.»

Larry mira desesperado a Franco. «¡No me dejes con él! ¡Matará a mi hijo!»

«Eso ya está hecho», dice Anton.

«Estás mintiendo…», jadea Larry.

«El caso es que nunca sabrás si sí o si no.» Anton saca un cuchillo de cocina. La otra mano la lleva reforzada con un puño de acero. Se quita la chaqueta de cuero verde y la lanza sobre el capó de la furgoneta blanca de Larry. Entonces Anton se estira para exhibir los duros músculos que se perciben bajo la camiseta negra, como si estuviese preparándose para entrenar. «Te estoy haciendo un favor al contártelo aquí mismo.»

«No…», gimotea Larry.

«Parece más para trinchar que para clavar», observa Franco mientras mira el cuchillo. «Esto va a llevar un rato.»

«Eso seguro», dice Anton, de nuevo mirando a Franco y sin dejar de respirar con calma. «Van a encontrar al mierda este hecho un picadillo muy muy fino.» Lanza una mirada fulminante a Larry. «Y creo que Frances estaba intentando animarte. Pero da igual quién tenga la polla más grande, te garantizo que, para cuando haya terminado, seré yo», añade, blandiendo el cuchillo.

Larry resuella, buscando con los ojos desorbitados a su alrededor en busca de una escapatoria o de algo que le sirva de arma. De pronto, algo muere en ellos, y Larry se apoya en la pared de ladrillo de la guarida, como soltando el peso sobre ella. Anton se coloca el cuchillo en el cinturón y avanza de un salto, descargando una lluvia de puñetazos y patadas impresionante sobre el indefenso Larry. Franco observa en ellos la precisión y la velocidad de quien ha entrenado como luchador; quizá haya sido aficionado al boxeo o tenga varios cinturones de karate. Larry retrocede y se desploma en el suelo. Entonces, cuando Anton desenvaina el cuchillo y se dispone a empezar a trinchar al pobre desgraciado, Franco da un paso al frente y dice: «Aunque tenga muchas ganas de verte en acción con el payaso este, lo mejor es que te lo lleves ahí dentro.» Señala a la vieja guarida de ladrillo. «Los de seguridad a veces vienen de ronda por aquí.»

«Bien pensado…» Anton agarra del pelo a un Larry maltrecho y sollozante, lo levanta de un tirón y se lo lleva al interior de la guarida. Hay una fijación cruel en los ojos del joven, sus movimientos se ejecutan con rigidez pero llenos de un aire ceremonioso. Franco se imagina a Anton dentro de diez años, todo un hombre de familia viviendo en un agradable barrio de las afueras, trinchando el pavo de Navidad con la misma expresión.

Franco cierra la enorme puerta de madera tras ellos para ahogar los gritos de Larry en el improbable caso de que alguien se acerque.

32. EL REPARTIDOR 5

A mi abuelo y sus colegas se les torcieron las cosas cuando la investigación sobre la muerte de Johnnie tomó impulso. Les sorprendía lo implacables que estaban siendo los policías. Era como si tuviesen información interna. Llevó un montón de tiempo, pero al final fueron todos a la cárcel por aquello. Cuando los presionaron, se acusaron unos a otros. Hubo un altercado, no en el Marksman, sino en el pub Bowler’s Rest, un establecimiento tranquilo situado en un lugar recóndito al final de Mitchell Street. Seguramente fuesen allí a perfeccionar la versión que iban a dar a los maderos, pero discutieron y acabaron a puñetazos. Carmie le dio una buena a Lozy aquel día, y creo que Jock se aprovechó de su desencuentro, pues convenció a Lozy de que el grandullón debería cargar con la culpa por haberle aplastado la cabeza a Johnnie con la roca.

Carmie y Lozy se sentaban en extremos opuestos de la barra del bar Marksman. Se dice que después de la disputa no volvieron a dirigirse una palabra entre sí ni al abuelo Jock, aunque eso podrían no ser más que chorradas. La gente necesita mitos, los acepta para llenar su vida de significado. Pero lo que ningún tarado podía negar era que la constante presión policial había acabado con la estrecha amistad que los unía. El Marksman es un bar muy pequeño y había otros muchos pubs a tiro de piedra para ir a beber. Supongo que ninguno quería recular.

Orgullo.

Así que cuando se presentaron los cargos, solo Carmie fue a la cárcel por el asesinato de Johnnie. No recuerdo los pormenores del caso, pero en el tribunal se acusaron unos a otros de empujar sin querer a Johnnie al muelle después de discutir borrachos por deudas de juego. Encerraron a Jock y a Lozy por conducta temeraria, por no informar del delito y por no ayudar a Johnnie. El proceso judicial fue una locura: acabó disolviéndose en una pelea a gritos. Fue en la época en la que Scotsman Publications se regocijaba a la hora de informar sobre la violencia de la clase obrera de la ciudad en las columnas judiciales. Ahora tienen la política de ignorarla, por si acaso asusta a la gente de bien o a los turistas. Pero el juicio fue un caos.

Todos fueron sentenciados a prisión. En el caso de Jock y Lozy, no por mucho tiempo, pero de todas formas eran hombres muy viejos para ir a la cárcel. En cierto modo, fue peor para ellos dos, pues, al salir, fueron repudiados como escoria: no habían informado de la muerte de su amigo y probablemente habían inculpado a otro colega… Actos de ese tipo no tenían perdón.

El viejo Jock sufrió un infarto cerebral en la cárcel y lo soltaron pronto. Pero su segunda mujer, que era más joven que él, un putón verbenero al que teníamos que llamar «tía Maureen» en vez de «abuela» o «abu», lo había dejado por un tipo más joven. Lozy cumplió su condena, pero Carmie, que tenía para largo, acabó muriendo en la cárcel.

Fui a ver a Jock un par de veces al complejo de viviendas protegidas de Gordon Court donde pasó sus últimos años. Tenía la cara marcada por una sempiterna sonrisa torcida que, gracias al infarto, ahora era un rasgo permanente, así como los tics y la baba que le caía en grandes cantidades. No le quedaban amigos. Era como si, ahora que era vulnerable, la gente pudiese reconocer abiertamente que era un cabronazo. Lozy y él, a pesar de o quizá por culpa de su conspiración para traicionar a Carmie, nunca se volvieron a hablar.

La última vez que fui a verlo a Gordon Court supe que estaba en las últimas. A pesar de los cuidados del personal de asistencia médica, en la casa reinaba un hedor impresionante. Él olía a pis y me dio asco. Entonces decidí contarle toda la historia. «¿Recuerdas cuando oíste que a Johnnie le habían aplastado la cabeza? Os echasteis la culpa entre vosotros. Carmie, Lozy y tú. Pero siempre os quedó la duda: ¿quién acabó con él? ¿Quién le reventó la cabeza?»

Hubo una reacción de sorpresa. Jock no podía hablar pero parecía que estaba a punto de sufrir otro infarto grave. Tenía la cara como un tomate y respiraba con dificultad.

«Fui yo», le dije, poniéndome de pie ante él. Por entonces tenía unos dieciocho años y no me podía creer que aquel viejo vegetal me hubiese dado miedo. «Sí, acabé con él. Le tiré un pedrusco enorme en la cabeza. Por supuesto, eso fue una señal de alarma para los maderos. Lo registraron como asesinato y no como el suicidio de otro estibador despedido y abandonado en el desguace. Así que se pusieron a investigar. Por supuesto, los llamé yo mismo, les dije que habíais sido vosotros», le expliqué, y al abuelo Jock le dieron espasmos. ¡Cuánto miedo y odio en sus putos ojos de viejo! «Sí, eso os puso en el punto de mira. Fue entonces cuando os volvisteis unos contra

otros. Fue gracioso verlo», dije, riendo al ver su cara jadeante. «Vamos, que fui yo. ¡Os di bien por el culo y os acabé encerrando!»

¿Por qué? Vi que me preguntaba con los ojos, con cada fibra de su ser.

«Johnnie me lo pidió», le dije, «y él siempre me cayó bien. Cuando hacía aquellos trabajos para vosotros, Johnnie era el que se ocupaba de que yo estuviese bien, pero a escondidas. A nadie más le importaba una mierda. Esa fue una razón. ¡La otra es que fue un descojone!»

Jock tomó impulso hasta incorporarse de la cama y después se levantó a duras penas. ¡Intentó ir a por mí! ¡Qué ridículo! Le quité la idea de un zapatazo y lo observé caer al suelo. «¡Que te den, viejo pelele!», dije burlándome de él. Por alguna razón se me ocurrió ir después al fish and chips *de Methuen, en Junction Street, a tomarme un pastel de fruta.*

Un par de semanas después se murió. Fui al funeral. No tenía previsto ir, porque acabé en el calabozo después de liarla por la ciudad la noche antes. Para cuando llegué a casa, lo único que quería hacer era echarme un sueñecito. Pero el viejo y mi madre, incluso Joe, empezaron a darme la brasa, así que al final fui con ellos. Lozy no estaba, solo había cuatro gatos. Una pérdida de tiempo total. El caso es que todo el mundo lo había odiado siempre.

33. LA GUARIDA

Tras coger la cazadora verde de Anton, que está sobre el capó de la furgoneta, y colgarla en el pomo de la puerta de la guarida, Franco oye los desgarrados gritos de Larry, berreando en su prisión de ladrillos. Anton está en silencio; sin duda, la hoja de su cuchillo habla por él. Franco siente la tentación de abrir la pesada puerta de madera para poder apreciar mejor el estilo del joven hombre. Sin embargo, los alaridos de Larry hacen que Anton no oiga a Frank Begbie meterse en la furgoneta y dar marcha atrás para pegarla a la puerta, dejando un hueco de unos doce centímetros.

Absorto en sus bárbaros quehaceres, Anton solo registra el sonido de un líquido que cae sobre el suelo de cemento, indicativo de que algo raro está ocurriendo fuera. Se gira y ve la boquilla de una lata de gasolina asomar por el hueco, derramando el contenido dentro. Le está mojando las zapatillas deportivas y ha llegado hasta los vaqueros de la mísera y ensangrentada figura que hay desplomada en la esquina, apenas reconocible como Lawrence Thomas Wylie.

«¿Qué cojones…?» Frank Begbie oye de pronto gritar a Anton desde dentro de la guarida, mientras golpea repetidamente la puerta contra la parte trasera de la furgoneta. «¡FRANCO! ¿QUÉ COJONES? ¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía para que me pille aquí?», resuella Anton, casi con optimismo. Presa del pánico, introduce un brazo y parte del cuerpo por el hueco de la puerta, lo que permite a Franco rociarlo a él también de gasolina. Se mete de nuevo en la guarida, escupe, ruega: «¿DE QUÉ VA TODO ESTO, QUÉ HACES?»

«¿Tengo yo pinta de llamar a la policía?», responde Frank Begbie, haciendo una mueca al acordarse de algo; después, abre la puerta delantera de la furgoneta, mete la lata de gasolina vacía en la parte de atrás y coge una nueva. Oye la pesada puerta golpeando el vehículo a un ritmo que le recuerda al sexo. Al salir de la furgoneta, dice: «Ahora has herido mis sentimientos», y vierte más gasolina dentro de la guarida.

Anton, situado de nuevo en el hueco de la puerta, ni siquiera retrocede, deja que la gasolina lo empape. «¿A qué viene esto…? Creía que éramos… Creía que… Yo no le hice nada a Sean, ya te lo dije.»

«Y yo también te dije que sé que no tienes nada que ver con la muerte de Sean», dice Franco. Puede oír débiles murmullos y jadeos procedentes del interior. Una especie de letanía; seguramente sea Larry. «Y aprecio que te hayas encargado de ese cabrón, así que gracias.»

«Pues vaya forma de agradecérmelo», dice Anton sofocado. «Pero ¿por qué? ¿Para qué?», suplica, intentando disimular el pánico en su voz.

«Bueno, hablaste de matar a mi mujer y a mis hijas», dice Franco, y da un paso hacia atrás, «y el caso es que les he cogido cariño. Ha sido una imbecilidad decirme eso. Me has decepcionado; pensaba que a estas alturas ya sabrías que no hay que amenazar a ciertas personas, es contraproducente. Ese ha sido el primer motivo.»

Anton aplasta la cara contra el hueco de la puerta. «¡NO IBA EN SERIO!»

«Venga ya, tío.» Franco suena algo consternado. «No pierdas la dignidad.»

«Mira», dice Anton, y esboza una mueca de desprecio. «Mis chavales van a ir a por ti y a por tu familia. Saben que iba a quedar contigo.»

«Tus colegas no es que me impresionen mucho, la verdad. Si acaso son un poco mejores que Power, pero dudo mucho que puedan cruzar la calle sin ti. En fin, me arriesgaré.» Agita el móvil de Anton en su cara.

«Mira…»

«El segundo motivo», dice Franco, y mira la lista de llamadas del móvil de Anton, «es que todo el mundo cree que mataste a Sean. Y, claro, con ese panorama no me queda otra.» Se encoge de hombros mientras observa el rostro mojado y miserable que sobresale del hueco. «Así que la opción de dejarte vivir está del todo descartada. He trabajado muy duro para tener esta reputación. Es un cáliz envenenado, sí, pero me ha costado mucho», explica Franco con un aire de resignación sombría, mientras oye los agudos gemidos de Larry provenientes de la guarida.

«YO NUNCA… YO NUNCA… FRANCO…» Ahora Anton parece un niño pequeño, con el pelo aplastado por la gasolina. El miedo ha borrado la experiencia de su rostro.

«Y hay otra razón, aunque un poco lamentable, la verdad: me lo paso de puta madre», sonríe, y siente el móvil de Anton vibrar en el bolsillo. Sus secuaces deben de estar a punto de llegar. «Nunca he quemado vivo a nadie. Fuiste tú el que me dio la idea cuando dijiste lo de prenderle fuego al mundo», explica Franco, que reanuda su cometido y sigue echando gasolina.

Anton retrocede y después se asoma de nuevo por el agujero, con la cara fuera. Su respiración es irregular. «¡¡TENGO DINERO!! ¡¡TE DOY LO QUE QUIERAS!!

¡¡LO JURO POR DIOS!!»

Frank Begbie aprieta el puño y le lanza un derechazo cruzado en mitad de la cara enmarcada, chillona y cubierta de gasolina.

La cabeza de Anton sale despedida hacia atrás. Reaparece al momento, con la nariz llena de sangre y vuelve a gritar. «¡LO QUE SEA! ¿QUÉ ES LO QUE QUIERES?»

«Lo que quiero lo tengo aquí delante, colega. Quemarte vivo», revela Franco impasible, enciende una caja de cerillas y la arroja dentro. Casi al instante oye el silbido del fuego extendiéndose, consumiendo el aire del interior de la estrecha guarida; después ve un enorme resplandor, las llamas salen por el hueco de la puerta, obligándolo a saltar rápidamente hacia atrás. Franco cree oír aún los leves gemidos de Larry, aunque de estar en lo cierto pronto se ahogarían entre los apremiantes gritos de Anton. Muy a su pesar, mete la cazadora de piel verde del joven gángster por el hueco de la puerta. Era bonita y le habría quedado muy bien.

Franco mira el móvil de Anton. Varias llamadas perdidas y mensajes, los más notorios, los de RYAN. Concluye que este debe de ser, de sus socios, el más achaparrado y asertivo. Examina los mensajes del prolífico Anton e intenta descifrar la cantidad de instrucciones minimalistas y codificadas que incluyen. Lucha con los botones y el tipo de fuente mientras los gritos menguantes de Anton resuenan en su cabeza, y al final consigue escribir a Ryan:

Todo bien. Te veo en mi casa dentro de 30 min.

Entonces aparta la furgoneta, sale y abre la puerta de la guarida. Para su asombro, la figura en llamas de Anton sale corriendo, hecho una bola de fuego, en dirección a él. Franco supone que, a estas alturas, el joven no puede sentir nada, y su sospecha se confirma cuando, tras apartarse, la llameante figura sigue avanzando hacia el borde del dique seco y cae.

Al darse cuenta de que la noche está a punto de caer, Franco mira hacia abajo y observa la negra y desfigurada imagen de Anton. Ha dejado de moverse, pero sigue ardiendo. De repente se acuerda de los dibujos animados de la Warner Brothers, el Coyote y el Correcaminos, y siente un temblor de júbilo recorrerle el cuerpo como una culebra. Luego regresa a la guarida y abre la puerta de madera, que está carbonizada por dentro. El olor es casi insoportable; una grasa espesa y coagulada flota en el aire, una fetidez porcina con un toque sulfurado. Las paredes internas de ladrillo se han ennegrecido,

todo ha quedado reducido a cenizas, ruinas. El fuego ha consumido todo el oxígeno a través de los tabiques de ladrillo hueco, que facilitaron la explosión. Entonces ve los restos de Larry, su rostro lacerado y cubierto de sangre, aunque por lo demás está extrañamente intacto, echado sobre lo que parece ser un montón de prendas de vestir ennegrecidas. Observa a su antiguo amigo, sus ojos vacíos mirando a la nada, aunque sus implantes dentales siguen blancos y brillantes. Tras pronunciar las palabras «puto imbécil», Franco sale de la guarida, agradecido por respirar de nuevo aire puro.

El sol, al ocultarse tras los almacenes que están en el lado más alejado del muelle, anuncia la llegada del aire helado, y Franco saca las llaves de la furgoneta. Comienza a bajar con cuidado por los peldaños que conducen al dique. Cada paso del lento descenso le provoca un dolor punzante en la pierna mala. Tras sentir que el pie de su pierna buena alcanza el final de las escaleras, atraviesa la plataforma cubierta de escombros y se encuentra con Anton, o lo que queda de él; mete las llaves en el bolsillo de los vaqueros intactos del cuerpo renegrido y mancillado. Coge el teléfono y, de forma lenta y laboriosa, escribe el siguiente mensaje:

Estás muerto, gordo cabrón, conmigo no se juega.

Y lo envía a un número que se sabe de memoria antes de meter el móvil en el bolsillo del cadáver junto con las llaves.

Entonces Frank Begbie se da la vuelta y, bajo la pálida luz, observa las amenazantes barras de hierro que jalonan los muros de piedra del dique seco, algunas afiligranadas por el óxido corrosivo, iluminadas por el reflejo mate de la farola de arriba. La pierna le duele horrores y se avecina una buena subida; esto no va a ser fácil.

Se pone en marcha y coloca la pierna buena en el primer peldaño. Las manos le resbalan por el sudor y la pierna le duele a más no poder. Sigue ascendiendo mientras la oscuridad se cierne insinuante sobre él. El débil reflejo de la farola le sirve de guía; no se atreve a mirar abajo, mantiene la mirada en la cima, que parece no llegar nunca. Se concentra sobre todo en las barras. En un momento dado, imagina que la suela del zapato le resbala, o que una de las barras desgastadas y corroídas se rompe y cae al suelo del dique seco, quedándose atrapado, roto. Allí abajo, con un cuerpo calcinado al lado y otro arriba, en la guarida, lo único que podía esperar era la muerte o la cárcel.

Entonces, por fin, consigue llegar al último peldaño. Al inhalar, siente de pronto un dolor devastador en la mano. Mira hacia arriba y ve una bota

aplastándola. Entonces, un chorro constante de líquido a presión le cae en la cara. Su olor acre le impregna las fosas nasales. Frank Begbie mira hacia la figura que le está meando encima, y sabe que ha llegado su hora.

34. LA PAREJA DE BAILE 6

Era una noche pegajosa de verano. El viento había cambiado de dirección, el aire abrasador del desierto que se derramaba por la Sierra Nevada había sustituido a la acogedora brisa del Pacífico. Unos reflectores iluminaban el patio y Melanie había conectado el iPhone al altavoz que habían instalado cuando les pusieron los cables del sistema de sonido. Un ritmo de salsa emanaba del altavoz exterior; Jim se hallaba reclinado sobre los cómodos muebles de exterior que poblaban la amplia plataforma de madera de la parte trasera de su casa, con vistas al jardín. Melanie lo apremiaba para que saliese a bailar con ella, y Juan y Ralph se movían con fluidez al ritmo de la música.

Al principio Jim parecía reacio; alegaba que él no había bebido nada, con la mirada puesta en las botellas de vino vacías que había sobre la mesa. Dejar el alcohol había sido más fácil de lo que creía. A él un par de copas no le servían de nada; se ponía algo eufórico y luego le daba un bajón de cansancio. Siempre decía que uno necesitaba un montón de copas, y que cuando tomabas un montón, perdías el control; la falta de control tenía consecuencias negativas para él y para los demás, así que ¿por qué molestarse? Pero, al mirar a los demás, animados, alegres y con ganas de bromas, lo asaltó un poco de melancolía al ver que algunas personas habían dominado el arte de saber cuándo parar. Melanie sintió su envidia; ambos reconocían que era una habilidad que él nunca poseería.

Al final, sucumbiendo a los insistentes tirones que su mujer le daba del brazo, Jim se levantó justo cuando comenzó la caída de Ralph, que tenía los ojos desorbitados y se aferró al brazo de Jim, incapaz de mantenerse en pie. Fue como una pantomima, y Melanie no sabía si era de verdad o no, pero la expresión de horror de Juan dejó bastante claro que no se trataba de una de las frecuentes bromas pesadas de Ralph, que estaba en el suelo, sufriendo convulsiones; su marido no dejaba de gritar, y ni él ni Melanie sabían qué hacer. Entonces Jim sacó el móvil y se lo lanzó a su esposa. «Llama al 911, que manden ahora mismo una ambulancia; di que es un ataque al corazón y dales las señas», dijo mientras se agachaba junto a Ralph.

Ralph había perdido el sentido y no parecía respirar. Mientras hablaba con el operador, Melanie oía los gritos de angustia de Juan: una mezcla de inglés y español que pocas veces había oído de su boca. Se quedó asombrada al ver que su marido parecía saber muy bien lo que hacía.

Jim había comprendido que probablemente Ralph estuviese sufriendo una parada cardiaca, con lo cual no tenía sentido gastar un tiempo valioso buscando el pulso. En lugar de eso, comenzó de inmediato la reanimación cardiopulmonar: colocó la palma de la mano abierta sobre el pecho de Ralph, justo bajo el esternón, y empezó a realizar las compresiones con la otra mano.

«Se está muriendo», gritó Juan.

«Ni de coña: este cabrón se muere cuando yo lo diga, joder», soltó Jim, con tal violencia que Melanie y Juan intercambiaron una breve mirada de asombro. Ahora tenía los codos contra el costado y aplicaba todo el peso de su cuerpo al pecho de Ralph. «Uno, dos, tres…»

Después de treinta compresiones, abrió la boca de Ralph, le echó la cabeza atrás, le levantó la barbilla y le gritó a Melanie: «¡Tápale la nariz!»

Melanie se agachó a su lado y obedeció. Jim inspiró profundamente y selló la boca de Ralph con la suya.

Al espirar en el interior de Ralph, el pecho de su amigo se alzó. Comenzó otra ronda de compresiones en el esternón. «Uno, dos, tres… ¡Vamos, Ralphie, chaval! ¡Vamos, hostia puta!»

«Ay, Dios mío», chilló Juan, «pero ¿dónde están?» Melanie le apretó la mano con la que le quedaba libre.

Entonces Jim se acercó a Ralph, a la boca de un hombre que, en sus propias palabras, «había chupado miles de pollas», y Melanie recordó aquella afirmación en un momento de borrachera y escándalo, mirando a los ojos, no de Jim, sino de Frank Begbie, el matón, que parecía estar preguntándose: ¿Qué estoy haciendo?, ¿por qué estoy aquí?

Entonces se produjo una convulsión, casi como una miniexplosión interna, y Ralph comenzó a respirar de nuevo, al principio de manera superficial, luego con más regularidad. Melanie sintió el pulso en su cuello. «¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!»

Juan se santiguó sin dejar de murmurar: «Gracias, gracias…, gracias…»

Ralph seguía inconsciente, así que Jim lo hizo rodar hasta colocarlo de lado, en posición de recuperación. De su boca escurrió un chorro de moco y vómito sobre el suelo. Jim le pidió a Melanie que fuese a buscar una manta; ella volvió con una y la colocó sobre el menesteroso invitado. Grace se había

despertado con los gritos y, alarmada por la conmoción, se había acercado; Jim le explicó con calma a su hija que el tío Ralph se había puesto malo, pero que se le iba a pasar, y la llevó de nuevo a su cama.

Cuando volvió, Ralph había vuelto en sí, pero estaba confuso. Melanie le estaba diciendo que había tenido un ataque, pero que Juan estaba allí y había una ambulancia de camino. Cuando esta llegó, Jim dijo que se quedaría con las niñas, por si Melanie quería entrar en la ambulancia para cuidar de Juan, que también estaba visiblemente conmocionado.

Llevaron enseguida a Ralph a la Unidad Cardiovascular del cercano Cottage Hospital. Respiraba con normalidad cuando Melanie y Juan subieron a verlo unos cuarenta minutos después.

Al día siguiente Jim y Melanie fueron al hospital a visitarlo. Ralph le dedicó una sonrisa. «Oye, Jim, Juan y Mel me han dicho que besas de puta madre. Qué pena habérmelo perdido.»

«Tuviste suerte de que funcionara lo de los besos», dijo Jim, impasible. «Ni te imaginas lo que iba a hacer después.»

Luego él y Melanie fueron en coche a Goleta Point, donde, mirando el mar, Jim le explicó lo del curso de primeros auxilios que hizo en el Telford College hace años. Tenía que ver con un trabajo en una fábrica de cajas que le había buscado el funcionario que vigilaba su libertad condicional. Era un curro de mierda y él solo había asistido al curso porque significaba pasar ocho lunes en el centro formativo en lugar de en la monotonía de la cadena de montaje. «Gracias al puto sistema penal escocés», rio.

Ralph había sufrido un grave ataque al corazón debido a un defecto congénito que no había sido detectado, pero podía corregirse con una intervención. Desde luego, Jim le había salvado la vida, y el pronóstico que siguió a la operación era bueno. «Pronto podrá volver a bailar salsa», dijo Melanie con una sonrisa.

«Bien por él», respondió Jim, cogiendo un gran cangrejo de roca que se había quedado atrapado en un charquito. Lo colocó en la arena y observó su carrera apresurada y en diagonal hacia el mar.

«¿En qué pensabas cuando le estabas haciendo los primeros auxilios a Ralph, salvándole la vida?», preguntó Melanie.

«Estaba pensando para mí, con acento de Leith: "¡Esto es lo que pasa por bailar tanta salsa!"», contestó Jim.

Sus risotadas resonaron por la playa y los acantilados.

La música que se oye en la limusina no es salsa, sino un rock blandengue y facilón. Es una balada cursi titulada «I'd Love You to Want Me» y Melanie no recuerda quién es el cantante. El hombre voluminoso que va conduciendo a su lado parece saberse la letra y la va siguiendo entre dientes. David «Tyrone» Power se presentó como amigo de su marido. Le dijo a Melanie que, como estaba preocupado por Frank, le había pedido a un conocido común que llamase a casa de Elspeth. Melanie se acababa de ir, pero le dijeron que tenía pensado ir a Leith a buscar a Jim, como había decidido el propio David. «He mirado por mi cuenta en Leith Walk y Junction Street.»

Power explica que tiene a los muchachos buscando, y la invita a ir a su casa. Le dice que es muy posible que Frank se dirija allí, porque le había dado un juego de llaves. Melanie acepta, ya que conoce a Power de oídas, y sabe que él y Frank son colegas desde hace mucho. En ausencia de todos los demás, ¿en quién más podría confiar?

Se da el tránsito de una balada a otra, «When You're in Love with a Beautiful Woman». El nombre del intérprete se le escapa de nuevo, aunque David Power finge cantar la letra lleno de entusiasmo. Melanie le pregunta si sabe dónde vive Larry Wylie. «Por desgracia, no. Pero ¡vaya par de dos!, como se suele decir», dice Tyrone con una sonrisita. «Aunque, bueno, qué te voy a contar que tú no sepas.»

«No sé a qué te refieres.»

Tyrone parece sentir decepción, pero la combate. «Bueno, lo que quiero decir es que, si han salido de copas, no podemos excluir la posibilidad de que cometan alguna travesura.»

Melanie aprieta los dientes y niega vigorosamente con la cabeza. «Frank dejó el alcohol hace años.»

«Y muy bien que hizo. Pero está sometido a mucho estrés, y si se junta con algunos de sus viejos amigos… Bueno, nunca se sabe. El otro día se encontró con Nelly, un antiguo colega», dice David Power dedicándole una sonrisita, «que me aseguró que Frank sigue en plena forma.»

Melanie piensa en todo eso camino a la casa de Power, un gran chalé de arenisca roja que en realidad entra en la categoría de mansión. Si bien lo encuentra impresionante por fuera, cuando entra sus ojos no ven más que riqueza y una completa ausencia de gusto. Le recuerda a un hotel de Las Vegas; es como si Power hubiese ido a París y a Venecia y le hubiese dicho a un diseñador: hazlo igual. Daba la impresión de desear solo lo más caro de cada cosa, sin pensar apenas en cómo encajarían entre sí estilísticamente.

Ahora está intentando enseñarle a Melanie las pinturas que adornan las paredes. «¿Te interesan los prerrafaelitas?»

«Lo único que me interesa de momento, señor Power, es Frank.»

«Por supuesto, por supuesto», concede Power. «Llámame David. He intentado ayudarlo, Melanie. ¿Puedo llamarte Melanie?»

«Sí, por supuesto», asiente. «¿Dónde crees que puede estar?»

«Pues en alguno de los sitios de siempre», declara Power al tiempo que conduce a Melanie al sofá y él mismo se deja caer en el sillón de enfrente. «Básicamente, donde hemos estado: Leith Walk, Junction Street, Duke Street, Easter Road, quizá Abbeyhill. Pero mi gente está ahí fuera, buscándolo, y lo encontraremos», exclama Power con confianza. «Con un poco de suerte igual está de camino. En su teléfono salta el contestador; eso de tenerlo encendido parece que no va con él.»

Melanie asiente, dándole la razón. Sí que conoce bien a Frank.

«He intentado ayudarlo, Melanie.» De repente, Power extiende sus manazas en una súplica. «Esta ciudad ha cambiado mucho desde que se fue, y ahora la cosa está más chunga, hay cada elemento suelto…»

«Me parece que siempre los ha habido», responde Melanie con voz baja y segura, manteniendo con firmeza el contacto visual.

«*Touché*», dice Tyrone con una sonrisa. «Pero no puedes meterte con la persona equivocada y salirte de rositas, y Frank… Bueno, entiéndeme, ese tío es la sal de la tierra, y hace siglos que lo conozco, pero a veces se empecina un poco en las cosas.»

Melanie no encuentra muchos argumentos que contradigan esa opinión. «Has dicho antes no sé qué de unos elementos…, el tal Larry…»

«Bah, Larry Wylie era una buena pieza en su época, pero ahora es inofensivo. Por lo que sé, anda delicado de salud. No, no, yo estoy pensando específicamente en un tío joven llamado Anton Miller. Todavía no puedo probarlo», dice Tyrone, golpeándose con el puño en la palma de la mano, «pero estoy casi seguro de que el chaval, Sean, le estaba sisando dinero de la droga… Así que Miller quiso dar ejemplo. Sean iba por ahí en plan "soy el hijo de Frank Begbie, soy intocable"… La desafortunada soberbia de la juventud… Así que supongo que Anton Miller quiso mandar un mensaje.»

«Y Frank…»

«Bueno, es bastante fácil de entender», insinúa Tyrone. «Yo creo que es más que posible que Frank haya ido a buscar a Miller para que le dé algunas respuestas.»

«Frank ha cambiado…», alega Melanie, notando que la convicción se evapora de su voz. «No haría nada que pudiese…»

Tyrone le clava una mirada penetrante. «Por mucho que te quiera a ti y a tus hijas, han asesinado a su hijo.» Ladea la cabeza con lentitud. «Eso vuelve loco a cualquiera», añade, deleitándose al ver que el pánico crece en los ojos de Melanie a medida que asimila lo que oye. «Ya sé que no tenían demasiada relación, pero no deja de ser su primogénito.»

«Ay, Dios mío, hay que llamar a la po…» Cuando sus labios están a punto de formar la palabra «policía», Melanie piensa en Harry, y se detiene de inmediato.

«No creo que la policía sea de mucha ayuda», explica Tyrone encogiéndose de hombros. «No… Bueno, digamos que Frank y yo tenemos cierta reputación en esta ciudad, y nunca han mostrado una disposición particularmente buena hacia nosotros.»

Melanie frunce el ceño, rechinando los dientes. «Lo único que quiero es encontrarlo y llevarlo a casa.»

«Por supuesto. Como ya te he dicho, estamos buscándolo. Lo encontraremos, a no ser que…» El tono de Tyrone es profundo y grave. «Bueno, tenemos que considerar la posibilidad de que Miller lo encuentre antes.»

«No puedo quedarme aquí sentada», dice Melanie, resoplando. «Estoy muerta de preocupación.»

«Bueno, vuelve al hotel si quieres, y yo te llamo en cuanto tenga noticias suyas. Te garantizo que seré el primero en saber algo», asegura en tono petulante y lleno de confianza, «y tú serás la siguiente, unos segundos más tarde.»

«En ese caso, prefiero quedarme un rato más.»

«Por supuesto.» Se oye el zumbido de un mensaje en el teléfono de Tyrone. «Perdóname.» Se levanta, atraviesa la habitación; resulta obvio que no reconoce el número. Melanie advierte que se le enrojece el cogote.

«¿Era Frank?»

«No, cosas de familia», explica Tyrone, girándose y metiéndose el teléfono en el bolsillo. Se dirige a la barra de mármol, llena una copa de vino tinto y le ofrece una a Melanie, que, aunque siente la tentación, rehúsa. «¿Sabes? Yo pensaba que Frank había triunfado en el mundo del arte, pero me doy cuenta de que con lo que le ha tocado la lotería es con tener a una mujer tan increíblemente lista y guapa de su parte.»

La sonrisita de Tyron le hace arrepentirse de no haberse marchado al hotel.

35. LA MEADA

Su hijo Michael está encima de él, con el pene al aire, meándole en la cara. Y Franco está agotado, a punto de soltarse y dejarse caer junto al cuerpo aún candente de Anton. Apenas puede mover la cabeza. Siente el chorro ininterrumpido rebotarle contra el cráneo mientras la orina le cubre el cuello y los hombros. Como si una ducha caliente pudiese convertirse en su lento pasaje al infierno. «Michael…, ¿qué coño?»

«Cierra la puta boca, viejo apestoso», dice Michael con desprecio mientras se sacude lentamente la polla y se la vuelve a meter en los pantalones. Entonces Franco cae en la cuenta de dónde ha visto antes esa sonrisa torcida y ladina. La juventud del hijo ha eclipsado el hecho de que es el doble del abuelo Jock. En ese momento, Franco está convencidísimo de que todo ha terminado, pero Michael se inclina hacia delante y alarga el brazo. «Dame la puta mano, anda.»

Todo lo que Frank Begbie puede hacer es alzar el brazo. Su vida está literalmente en manos de Michael, y se sorprende cuando su hijo le agarra del guante y lo ayuda a subir a tierra firme. Se pone en pie, se agacha, se lleva las manos a las caderas, intenta llenar de aire sus pulmones. La pierna mala le duele tanto que le parece que se ha fracturado. «¿Por qué me meas encima… y luego me salvas?»

«Te meo encima porque eres un hijo de la gran puta. Y te he salvado porque eres mi padre, joder», responde Michael. «Y… porque te has deshecho de esos mamones», añade señalando al refugio y luego al dique detrás de Franco.

«Bueno, gracias por lo segundo», dice Frank Begbie mientras intenta recuperar el aliento. Trata de estirar la pierna dolorida y se mira la camiseta, oscurecida por el meado, con el oso grizzly de California todo empapado.

«Entonces ya te puedes ir, ¿no?», dice Michael en tono de declaración. «Me gustaría apuntarme el tanto de Anton y Larry. Al menos me debes eso.»

La mirada indolente de Franco parece acceder a su petición. Michael puede apuntarse los tantos que quiera. Menos complicaciones para él. «Por lo

menos he averiguado quién mato a Sean, eso es todo lo que quería», dice señalando a la guarida.

Michael se ríe a carcajadas, moviendo la cabeza. «¿Larry te dijo que fue él? No te habrás creído esa mierda, ¿no?»

Franco se da cuenta ahí mismo de que nunca llegó a creérselo. Tiembla. El sol se ha ocultado y la humedad de la orina le está calando el cuerpo.

Su segundo hijo mira a Frank Begbie como si fuese idiota. Y con toda la razón, piensa Franco, es él quien está agotado, con una pierna coja y apestando a orina. «Solo quería cabrearte. Sabía que tenía los días contados y quería volverte loco», dice Michael frunciendo el ceño. Después sus rasgos se ensanchan para formar una sonrisa gélida. «No, fui yo el que se cargó al puto marica de mierda.»

Franco siente que un arrebato de furia le explota por dentro, pero después parece abandonar su cuerpo, salir disparado al espacio, dejándolo vacío, casi inmaterial. Mira a Michael, es consciente de que le fallan las palabras. Tras un enorme esfuerzo, consigue articular: «¿Cómo…? ¿Que tú qué…? ¡A tu propio hermano, hostia puta!»

Las infectas carcajadas de Michael resuenan en sus oídos. «¿Sabes lo vergonzoso que era ver a ese capullo todo el día rodeado de maricones?», pregunta desafiante. «¿Eh?»

Franco permanece en silencio. Siente el alcance del ardoroso rencor de su hijo, pero esta vez no puede hacer nada al respecto. Está exhausto. Hecho polvo. Se concentra en su respiración.

«Solía juntarse con la buenorra esa, Frances. Te vi hablando con ella en el funeral», dice Michael con cierto tono de acusación. «Sí, andaba detrás de Sean como un perrito faldero. La muy zorra estaba liada con el cerdo de Larry. Y Anton también se la follaba. Todos menos yo», se queja Michael, sin intentar siquiera ocultar sus celos autocompasivos. «¡Y yo la habría cuidado! La habría mantenido apartada de esos putos drogatas, de esos viejos pervertidos que la trataban como la mierda, que tenían fotos de ella en el móvil haciéndoles una mamada a cambio de drogas.»

Franco sigue concentrado en su respiración. Inhala por la nariz, sintiendo que la camiseta y el pelo atufan a la orina de su hijo; exhala por la boca. Las pantorrillas y los brazos le arden por la subida, pero el dolor de la pierna parece que se está mitigando un poco.

«Cuando iba a mudarse al piso de Gorgie, Arbie me pidió que le entregase las llaves a él. Pensé: el muy marica seguro que guarda el material y los billetes allí, así que hice una copia de las llaves del piso de Saint James

Centre. Cuando fui al cuchitril de Trafalgar Street donde vivía antes, me encontré con que Frances estaba allí. A mí no me hacía ni puto caso, pero siempre estaba pegada a un marica que ni siquiera se la follaba. ¿De qué coño iba esa tía?», pregunta a su padre, desafiante.

Franco guarda silencio.

«Total, que una semana después me planto en el piso de Gorgie por si hubiese algo que rascar. Algo de maría, pasta, no sé, algo para hundir en la mierda a ese puto marica y a Anton con él.» La sonrisa de Michael despide un brillo siniestro. «Llamo a la puerta, creyendo que no hay nadie, abro con mi llave y me lo encuentro desmayado en una silla. Frances está con él, los dos hasta arriba de todo. Intento despertarla, pero está totalmente grogui. Y entonces, el cabrón de mi hermano, ese mariconazo que tú engendraste, parece que se espabila un poco. Empieza a provocarme, a soltar mierdas por esa puta bocaza, como siempre hacía, no se podía estar callado el muy chupapollas. Luego mira a Frances, y va y me dice que aproveche ahora que está inconsciente. ¡Y se ríe de mí! ¡En mi cara! ¡Puto maricón enfermo!»

Franco se siente débil, evanescente. Como si lo hubiesen desarmado entero, lo único que nota son unas náuseas penetrantes que se extienden por él como cicuta. «Así era él…»

Michael le grita a la cara: «¡NO ME VENGAS CON ESA MIERDA! ¡LO APRENDÍ DE TI! ¡DE TI! Siempre decías que estaban todos enfermos, que eran unos pervertidos.»

Y Franco recuerda un cálido día de verano que pasó con sus hijos. Iban de camino al multicines y vieron a dos hombres de la mano en una terraza en la parte alta de Leith Walk. Le pareció repugnante: dos hombres haciendo eso delante de sus hijos pequeños. El odio lo quemaba por dentro. Cuando estuvo en la cárcel, un rival anónimo le había enviado paquetes con porno gay explícito. Esto despertó habladurías, y Franco se lo tuvo que comer con patatas. Para él, los homosexuales eran unos pervertidos y unos pederastas, así que se puso a gritarles, a soltarles como loco toda su ira a plena luz del día. Los hombres, aterrorizados, enseguida se refugiaron dentro del bar. Recuerda que los niños también pasaron miedo, sobre todo Michael.

¿Por qué? ¿Por qué había hecho eso? ¿De dónde venía todo ese veneno? ¿Por qué le importaba tanto lo que hiciesen unos extraños? Ahora, en California, él y Melanie tenían compañeros y vecinos gais. Por no hablar de Ralph y Juan, que eran amigos íntimos. Cenaban juntos, bromeaban, charlaban, bailaban, jugaban con las niñas, incluso flirteaban en broma con él y Melanie; no tenía el más mínimo problema con eso. Era absurdo. Era una

locura el modo en que se había comportado en aquel entonces, por tonterías que ahora no significaban nada, solo porque necesitaba descargar su rabia sobre algo que fuese diferente. «Bueno, aquello no estuvo bien…» Franco siente las palabras salir de sus labios sin convicción. Es consciente de que está empapado, de que apesta a meado, y de que necesita volver a casa. *California. Melanie*.

«¡Muchas cosas que hiciste no estuvieron bien!», gruñe Michael, y abre de pronto los ojos cuando le asalta otro recuerdo. «¿Recuerdas qué más me dijiste? ¿Cuando ese cabrón me cortó la barbilla con un alambre?»

Franco vuelve a ver el rostro del abuelo en el de su hijo; es como si el viejo se estuviese cobrando una macabra y espectral venganza allí mismo, en los diques. De hecho, bajo esa débil luz, Michael parece una fuerza incorpórea y Frank Begbie permanece estupefacto, mudo.

«Me dijiste que le pegara un ladrillazo en la cabeza a ese cabrón acosador, como hiciste con el borracho del tío Joe. Pero no hice eso», dice Michael entre risas, saboreando la angustia pasiva de su padre. «Le metí con un bate de béisbol, le dejé la cara hecha un cristo. Así conseguí quitármelo de encima para siempre», afirma con una risa seca, sin gracia.

Franco se acuerda de ese episodio, de su charla con aquel niño asustado. Sí, al principio Michael era el niño bueno, y Sean, el cafre. Sean le había hecho la vida imposible a su hermano menor del mismo modo en que Joe había hecho con él, y Franco no pudo evitar darle el típico consejo Begbie. Ahora Michael ha llevado su venganza a otro nivel. Francis Begbie se llena los pulmones de aire, contempla a su creación. «¿Y ahora qué?»

«Pues te vas por donde has venido», gruñe Michael. «Si vuelvo a verte por aquí, estás muerto. Y la madrastra también. Te habría abierto la garganta y me habría follado a tu puta mujercita después del funeral si no te hubieses cargado a esos cabrones, sobre todo a Anton. Me has hecho la vida más fácil. Así que, hala, vete ya.» Michael levanta el pulgar y señala por encima del hombro. «Como vuelva a verte por aquí…», repite.

«Me parece bien», dice Franco, y se da cuenta de que lo peor que le puede hacer a Michael es dejarlo con la carga de ser una versión recalcitrante de él mismo. Causará todo tipo de males, después morirá o pasará la mayor parte de su vida en la cárcel. De tal palo tal astilla, y en gran parte, admite, es por culpa de su padre. Estaría bien, no obstante, utilizarlo para atormentar a la gente adecuada, o a la persona adecuada.

Va a la furgoneta de Larry. Michael lo mira con una agresividad atroz, da un paso adelante, pero ve que Franco solo está cogiendo una bolsa.

«Muy bien. Me voy.» Francis Begbie se despide de su hijo. Entonces se detiene y dice: «Sé que no he sido precisamente un padre para ti…, pero no podía dejar que Morrison dijese esas cosas.»

A Michael se le desencaja la mandíbula. «¿De qué estás hablando? ¿Qué te dijo ese borracho en el funeral?»

«Sobre todo me habló de Sean. Que era maricón…, y que tú también lo eras.»

«¿Cómo?»

«Lo que hablamos no tiene importancia. Pero no podía dejar que dijese esas cosas de ti.» Franco niega con la cabeza. «La familia es eso. Tal vez no tengamos nada que ver el uno con el otro, tal vez nos odiemos, pero no dejaré que nadie diga esas cosas de ti.»

«¡YO NO SOY MARICÓN, JODER!», ruge Michael, después jadea: «El puto borracho de Morrison…, ¿qué es lo que dijo?»

«Que eras un desviado como Sean; sus palabras exactas fueron “maricón chupapollas”», dice Franco con calma a su incandescente hijo. «Que ibas a acabar igual que Sean», añade, y mira a Michael, que parece a punto de estallar de rabia. «Pero deja que yo me haga cargo. Es una cosa entre él y yo. Siempre lo fue. Yo me ocupo de él.»

«¡Y UNA MIERDA!», grita Michael, después baja la voz y sisea como una serpiente. «¡Es mío! ¿Entiendes? Y como te metas en medio, iré también a por ti», carraspea. «¡Y AHORA TE QUIERO FUERA DE MI VISTA, ME CAGO EN LA PUTA!»

De modo que Franco se despide con un gesto, se da la vuelta y, bolsa en mano, se aleja cojeando del dique seco, de la guarida y de la furgoneta de Larry. Al llegar a la entrada, se detiene y vuelve la mirada a la silueta de su segundo hijo, de pie, con los brazos caídos, bajo la farola.

Es hora de irse ya, quizá solo le quede una cosa de la que ocuparse, considera, mientras sale del astillero, con la pierna fortalecida por el flujo sanguíneo que propicia el movimiento. Camina por The Shore, junto a Water of Leith, y se dirige a Constitution Street para continuar hasta Leith Walk. La familiar pendiente empieza a pronunciarse cuando Franco se da cuenta de que un coche lo está siguiendo. Se gira y ve una limusina negra. Se acerca despacio hacia el bordillo, delante de él. Se detiene. Seguro que es Tyrone. Se prepara para otro episodio de violencia, que seguramente será el último, aquí en Leith. La respiración no le va a servir de ayuda ahora. Jim Francis no le va a servir de ayuda ahora. A Frank Begbie se le acelera el pulso y una niebla roja le empaña el cerebro. Deja caer la bolsa en la acera, extiende las palmas

de las manos, se inclina hacia atrás y le grita al vehículo: «¡VENID, PEDAZO DE CABRONES!»

La puerta de la limusina se abre y sale Melanie.

36. EL ARTISTA EN LA RESIDENCIA

A Frank Begbie le resulta difícil no abrazar a su esposa al verla acercarse, dada la emoción que lo desborda. «Melanie…», dice tragando saliva, pero de repente levanta las manos con una súplica: «No me toques, cariño…» El pánico de su gesto y el hedor a orina estancada que asalta su nariz desbarata el impulso de Melanie de ir a abrazarlo, y se queda paralizada. «Estoy lleno de meado…»

«¡Joder, Jim!» Melanie arruga los ojos y la nariz, e incluso da un paso hacia atrás, al tiempo que sube la voz unas cuantas octavas. «¿Qué ha pasado?»

Frank lucha por combatir la irritación que lo asalta. *¿Qué cojones está haciendo ella aquí*? «Es una larga historia…», protesta, y amusga los ojos al ver a Davie «Tyrone» Power saliendo del coche.

La cara de Power, medio iluminada por la farola, luce una expresión de desdén paternal. Se vuelve al coche y saca un paquete de toallitas húmedas que coloca sobre el capó de la limusina, delante de Frank Begbie. «Haz lo que puedas.»

Begbie asiente y empieza a limpiarse las manos, la cara y el pelo. Se siente lo bastante limpio para besar a su mujer y apretarle la mano. «He tenido un rifirrafe con un capullo en los servicios de un pub, y aterrizamos los dos en un váter atascado.» Suelta una risotada hueca. Luego le pregunta a Melanie, echándole una mirada a Power: «¿Tú estás bien?»

«Estoy bien», lo reconforta con calma, pillando al vuelo su reticencia a discutir el asunto con más detalle en la presente compañía. «¿Y tú?»

«Estoy bien. Estaba afectado… por lo que le pasó a Sean. Al regresar aquí fue cuando me dio fuerte», dice, y ahora no está mintiendo.

Melanie toca el antebrazo de Frank con cautela. Se montan en la parte trasera de la limusina. Cuando Power arranca, mira el rechoncho cogote y la ancha espalda del hombre que tienen delante. Melanie sigue siendo incapaz de comprender por qué, a pesar de haberla reunido con su marido, le inspira una profunda repulsión.

«Hemos movido cielo y tierra, ¿no es así, Melanie?», canturrea Power con malicia, como para ayudarla con su pregunta, y pone música. Mientras la limusina surca un Leith Walk oscuro y vacío, el aire se llena con el «California Dreaming» de The Mamas and the Papas. «Dedicado a la mamá y el papá de California, que estarán soñando con volver con sus criaturas», dice dándose la vuelta y descubriendo una dentadura llena de empastes. «Tres y cinco años, ha dicho Melanie, ¿eh, Frank?»

«Sí», corrobora Frank sin ganas. «¿Y cómo disteis el uno con el otro?»

«Yo estaba buscándote», comienza Melanie, que pronto balbucea, pues la mirada de Frank Begbie le indica de nuevo que es mejor que se lo cuente cuando estén solos.

«Igual que yo», continúa Power por ella. «Una joven yanqui preguntando por ti en los antros de Leith no podía escapar durante mucho tiempo a mi radar. Así que unimos fuerzas», ríe entre sacudidas de sus robustos hombros.

Frank y Melanie se dan la mano en un tenso silencio. A pesar de sus esfuerzos con las toallitas, el calor de la limusina está avivando el hedor que emana de él, con el pis de Michael secándose en su pelo y en la camiseta de la bandera de California, con oso y todo. Power arruga la nariz con desagrado unas cuantas veces, pero solo rompe el silencio para ponerse místico con las carreteras vacías. «Ojalá estuviesen así siempre. Conducir sería un placer.»

Se acercan al camino de entrada a la casa de arenisca roja y los neumáticos comienzan a escupir gravilla. Cuando entran en la casa, Power anuncia: «Voy a preparar un poco de manzanilla para Melanie y para mí. Frank, no te lo tomes a mal, pero, hablando en plata, echas una peste del carajo», señala, y le da una bata de seda a Begbie. «Te sugiero que vayas al sótano y le des a la ropa una pasada por la lavadora y la secadora. Hay una ducha también.»

Frank Begbie no tiene ninguna gana de quitarle los ojos de encima a Melanie. Pero ella lo apremia para que vaya, y si Power hubiese tenido la intención de hacerle daño a Melanie, razona él, habría tenido muchas oportunidades antes. Asiente y baja las escaleras. Mientras se marcha oye a David «Tyrone» Power ensalzar pomposamente las virtudes de Murdo Mathieson Tait.

El sótano es un espacio enorme e irregular que forma un espacio diáfano, a excepción de la ducha y el lavadero; estos salen del pasillo que une un gimnasio de considerables dimensiones, situado en la parte trasera de la casa, con un gran taller en la parte frontal. Frank Begbie se quita la ropa y mete los vaqueros, la camiseta y los calcetines en la lavadora hechos una bola, todo

menos los calzoncillos; después añade el detergente con olor a lima y la pone en marcha. Luego se dirige a la ducha, abre el grifo y se quita a su hijo del pelo a base de champú. Piensa en Michael mientras se frota con el gel exfoliante al aroma de melocotón de Power. Ser testigo de la rabia feroz y animal de su hijo había sido como ver una película en 3D de su yo joven en acción. La historia se repetía. El mantra «No cometas los mismos errores que yo» era un rollo cansino. La mejor manera de asegurarte de que tus hijos no se vuelven unos capullos de mayores es no ser un capullo tú mismo —o al menos no dejar que te vean cuando te portas como tal—. Algo más fácil de hacer siendo un artista abstemio en Santa Bárbara que un alcohólico convicto en Leith.

Tras salir de la ducha y secarse, Frank Begbie se pone los calzoncillos y se planta la bata de seda de Tyrone. Le cuelga de un modo tan cómico que suelta una risotada. Después se gira para echarle una mirada al resto del amplio sótano.

El gimnasio confirma que obviamente Tyrone levanta pesas como si fuese un portero de discoteca, convirtiendo un consumo masivo de calorías no solo en grasa, sino en cantidades irrazonables de músculo situado en el pectoral, los hombros y los brazos. La falstaffiana figura fue en su día un reputado luchador callejero, y se rumorea que en ocasiones aún disfruta rompiendo alguna que otra costilla, pero por lo general deja el trabajo sucio de verdad en manos de mercenarios.

Sin embargo, el taller deja entrever el lado más oscuro del carácter de Power. Un par de bancos de trabajo llenos de todo tipo de máquinas y herramientas manuales ocupan su mayor parte. Franco nunca ha tenido a David «Tyrone» Power por un entusiasta del bricolaje. Los alicates y los destornilladores, pero sobre todo los abundantes cuchillos —incluyendo un set de cuchillos arrojadizos— impulsan a Franco a decidir sacar a Melanie de allí lo antes posible.

Franco se siente aliviado al volver con ella, a pesar de los cuarenta minutos que faltan para que acabe el lavado. Sube las escaleras, sintiéndose risible con aquel desproporcionado kimono de seda, preguntándose si esa era la idea de Tyrone desde el principio: hacerlo vulnerable. Al acercarse a Melanie y a David Power, los oye charlar sobre pintores muertos. Luego abraza a Melanie lleno de gratitud, esta vez sin hedores tóxicos, absorbiendo el olor familiar de su mujer, pero plenamente consciente de la mirada astuta y rapaz que les echa Power. Se separa y la mira a los ojos. «Oye, tengo que

arreglar unas cosas con Davie», explica, «deberías irte al hotel a hacer las maletas. Te veré allí en cuanto se me seque la ropa.»

«Ni lo sueñes. ¡No me separo otra vez de ti!»

«De veras, le debo una disculpa a mi colega», suplica Frank, viendo a Tyrone henchido de satisfacción. «Ve a hacer las maletas. Llama a tu madre. Entérate de cómo están Eve y Grace.»

Eso ablanda a Melanie, que mira la hora en el teléfono. «¿Estarás bien?»

«Bueno», contesta Frank Begbie entre risas, «si no estoy en el hotel dentro de noventa minutos, esta vez tienes mi permiso expreso para llamar a la policía.»

David «Tyrone» Power parece dolido y esgrime unos morritos resentidos.

Detalle que no escapa a Begbie. «Mira», le dice a Melanie, «quiero ponerme un poco al día con mi colega y, como te he dicho, tengo unas disculpas pendientes. Fui un poco maleducado la última vez que disfruté de su hospitalidad», admite, volviéndose hacia Tyrone. «¿Cómo era el viejo dicho, Davie? Mejor que disfrutes de mi hospitalidad, porque no disfrutarás si te hospitalizo.»

Ante la sonrisita de Power, Melanie los mira con desdén. Jim pocas veces se expresa de ese modo, pero cada vez que lo hace la frialdad se cierne sobre ella. Se aleja unos centímetros de él. De «Frank», como lo llaman aquí. «¿Sabes qué? Me parece que me marcho y os dejo con vuestros rollos de gángster.»

«Lo siento, nena.» Franco alza las cejas y tensa la boca, exasperado. «¿Me prestas tu teléfono?»

Melanie se lo pone en la mano sin muchos miramientos y se sienta de nuevo en el sofá, mirando los cuadros de las paredes. Franco llama a Terry para solicitar sus servicios. Mientras Tyrone comienza a charlar sobre una de las «composiciones» de Murdo Mathieson Tait, Frank Begbie se sienta en silencio hasta que le devuelven la llamada, quince minutos más tarde. A continuación ve que un taxi se detiene fuera. Melanie se levanta para marcharse.

«Estaré contigo muy pronto», promete Franco.

«Ya», dice ella, saliendo. Franco la observa por la ventana mientras se marcha y entra en el taxi de Terry.

«No está muy contenta», observa Tyrone.

«Ya se le pasará.» Franco se gira hacia él. «¡Me preocupa más el taxista con el que va!»

«¿Ah, sí?»

«¿Te acuerdas de Juice Terry?»

«¿El colega de Business Birrell? ¿El vendechochos?»

«Sí.»

Tyrone sonríe brevemente, y después Franco observa que su expresión se endurece. «Tenemos una puta charla pendiente. Una charla que deberíamos haber tenido hace unos cuantos días», grazna, señalando el espacio vacío que queda frente a él, en el sofá.

Frank Begbie levanta los brazos en gesto de rendición y se sienta. «En la última visita meé fuera del tiesto», dice, negando con la cabeza. «Todo el rollo de Sean… Me afectó más de lo que pensaba… Y lo de Nelly. ¿Cómo está?»

«Todavía en el Infirmary», responde Tyrone. «Le diste en el hígado. Ha estado unos días jodido, pero se pondrá bien.»

Franco deja que la preocupación abandone sus tensos miembros. «Así que decidí hacer las paces ocupándome del problemilla ese que tenías», señala, mientras observa que la cara de Tyrone se despeja como cuando sale el sol en una mañana fría.

Entonces Power frunce el pesado entrecejo, y a Franco le recuerda por un instante a Chang, el perro shar-pei de sus vecinos de Santa Bárbara. «¿Qué quieres decir, Frank?»

«Anton ya no está», revela Francis Begbie con una sutil floritura, disfrutando de la intensidad con la que Power asimila la información. «Sí, el pobre Larry fue un daño colateral, pero bueno…» Sonríe y se encoge mínimamente de hombros.

«¿Que te lo has cargado? ¿A Miller? ¿*Finito*? ¡Estás de coña!»

«Tus muchachos deberían ir a dar una vueltecita por los muelles. Por el dique seco abandonado cerca de la fábrica. Anton está allí, y Larry en la guarida de ladrillos que hay al lado. La camioneta también debe de seguir allí aparcada.»

«¿Cómo los…? ¿Qué pasó?»

«Podemos resumirlo en que jugaron con fuego y se quemaron.»

Tyrone se pone a mandar mensajes como loco mientras Franco le describe la situación, omitiendo solo los detalles sobre Michael. Su hijo y su antiguo jefe pueden cruzar sus órbitas ellos solitos perfectamente, sin que nadie los ayude. Mientras escucha, Tyrone no puede evitar que una sonrisa eufórica le atraviese la cara. «¡Bien hecho, Franco! ¡Ya sabía yo que entrarías en razón, hijo!»

«Después de darle vueltas, me di cuenta de que solo podía haber sido él», miente Franco con facilidad. «Mira, fui un poco maleducado el día ese que me ofreciste la última copa», admite, «pero quizá debería tomarme una ahora que mi parienta no está delante. Estos californianos…», dice con sorna. «Después de todo, es como una pequeña celebración.» Se pone en pie y se dirige a la barra de mármol. «¿Te importa?»

«En absoluto, te la has ganado. ¡Yo también me apunto! Qué calladito te lo tenías, Franco», asiente Tyrone con picardía. «Te había subestimado. Y en cuanto a Melanie…, bien hecho», dice con una sonrisa. Entonces, mientras contempla cómo Begbie sirve el whisky en los relucientes vasos de cristal, el tono de Tyrone adopta un matiz de malhumor: «Ahí es donde me equivoqué; me dediqué a perseguir a las tontas, que o no abren el pico o solo hablan de trapitos y familia. Siempre pensé que eso era lo que quería, pero cuando no tienen nada interesante que decir, la vida se vuelve tan aburrida…»

«¿Le gustaron los cuadros a Melanie?», pregunta Begbie, tapando de nuevo la botella de whisky y colocándola suavemente en el mármol veteado. «Sabe mucho más de esas cosas que yo.»

«Ya lo creo.» Tyrone pasea la mirada por las paredes con orgullo. «Conocía muy bien la obra de Murdo Mathieson Tait; me he quedado impresionado. Sí, en ese aspecto te lo has montado de miedo, Franco.»

Francis Begbie le devuelve una sonrisa radiante a David Power. «¿Sabes, Davie? Me calaste pero bien con lo de que no había cambiado. Yo pensaba que me daba miedo que alguien intentase hacerle daño a Mel y a las niñas. Luego me di cuenta de que era mentira.» Franco le tiende el whisky de malta. «Lo que de verdad me daba miedo es que nadie lo intentase: estaba desesperado por que alguien lo hiciese. Claro, porque todavía me va el rollo, pero ahora necesito una buena excusa para hacer de las mías. Y la familia lo es», explica, volviendo a la silla y colocando su vaso sobre la mesa de café; después coge uno de los puros de David Power de una caja del bar y lo agita ante su exjefe. «¿Puedo?»

«Por supuesto», murmura Tyrone mientras le da un sorbo complacido al whisky. «Enciende un par.»

«Pues sí; lo llaman TEI, que significa trastorno explosivo intermitente. Ni el análisis transaccional, ni el entrenamiento asertivo, ni la gestión de la ira, ni la terapia cognitiva, ni siquiera el arte, nada de eso ha detenido mi impulso violento.» Pone el puro en la miniguillotina y lo decapita. Luego lo enciende y expulsa un penacho de humo azul.

Le pasa el puro a David Power, que se levanta para dirigirse a un pequeño panel blanco que hay en la pared; pulsa unos cuantos botones que pitan. «Mejor apago los detectores de humo», explica, y Francis Begbie sigue su mirada hasta un disco con una luz verde intermitente en el techo. Power vuelve a sentarse en la silla y da un sorbo complacido al whisky mientras Begbie se enciende un segundo puro.

«Lo único que hizo todo eso fue acallar el TEI y hacer que necesitase una razón válida para ponerme manos a la obra», prosigue. «Solo merece la pena hacerlo por la familia, incluso por quienes no te caen tan bien.»

«Claro», concede Tyrone.

«Qué curioso que un primer ministro pueda condenar a una generación entera de criaturas a un futuro de pobreza, o dar la orden de cargarse a mujeres y niños iraquíes en una guerra impostada, y te describan después a esos cabrones como "los grandes hombres de la historia"», reflexiona Begbie. Después se ríe. «Tíos como tú o como yo quitamos de en medio a unos cuantos matones que nadie echará de menos, una puta escoria para su propia comunidad, ¡y somos los malos de la película!»

Tyrone parece pensativo. «A veces creo que debería haberme metido en política. En plan local. El puto Ayuntamiento. ¿Es igual donde tú estás, en California?»

«No me malinterpretes», dice Begbie. «Yo no soy una ONG, si me he cargado a alguien ha sido por puro gusto. Pero vamos, que eso me da la razón.»

«*Slàinte.*» Tyrone levanta el vaso y Begbie lo ve dando sorbos a la copa: una, dos, tres veces.

Slàinte. Frank Begbie brinda y deja que el whisky le haga cosquillas en los labios. Es horrible. Se da cuenta de que en realidad nunca le ha gustado el sabor del alcohol, solo sus efectos. Después sonríe al gordo y lo ve pasar de la incredulidad al ataque de nervios cuando advierte que el puro de Franco cae en el vaso y se apaga con un chisporroteo.

«Qué cojones…» La rabia inunda a Tyrone, que intenta levantarse, decidido a hacer pedazos a Frank Begbie con sus propias manos.

Pero no llega a conseguirlo. En lugar de ello, cae cuan largo es en el sofá. Levanta la mirada hacia Francis Begbie, intentando hablar, pero no le salen las palabras, solo se le escurre la saliva por la comisura de la boca, mientras la oscuridad se apodera de él.

Cuando David «Tyrone» Power despierta, el movimiento sigue quedando fuera de su alcance. Esta vez, a diferencia de los efectos del Rohypnol de Larry, el impedimento es físico; siente que tiene las muñecas atadas tras la espalda, y sabe que el metal que se le clava no puede ser otra cosa que unas recias esposas policiales. Lo que es peor, no puede hablar y apenas puede respirar, porque le han metido una mordaza de bola con cadena en la boca. Para su asombro, se da cuenta de que está atado, tumbado boca abajo sobre la mesa del comedor, y con una especie de bloque de madera bajo la barbilla que le levanta la cabeza.

Franco está de pie ante él, vestido con su ropa recién lavada. Le quita la mordaza, otro artículo expropiado a Larry, utilizada para las cintas de contenido sexual que hacía con Frances Flanagan y posiblemente con las demás chicas. Un sudoroso Tyrone consigue decir, con frialdad de insecto: «¡Esta vez sí que te has pasado de la raya!»

«Está claro que la raya ha quedado muy atrás.» Frank Begbie asiente en señal de conformidad. «Pero estaría bien que me reconocieses el mérito.»

«¿Qué cojones quieres?»

«Qué desagradable», dice Begbie, fingiendo desazón. «Subirte a esa mesa era trabajo para tres hombres. Me merezco una puta medalla. Te he clavado la chaqueta y los pantalones a la mesa.» Exhibe una sonrisa radiante, mostrando una pistola de clavos que ha sacado del sótano de Tyrone, y su prisionero comprueba la extensión de sus ataduras. Apenas puede mover la cabeza, porque a cada lado del cuello le ha plantado dos cuchillos con el filo apuntando a la piel y el mango sujeto al bloque de madera que le levanta la barbilla.

Entonces Tyrone ve que Begbie tiene algo en la palma de la mano. Está atado con un tramo de cordel a una de las arañas del techo. Begbie lo sostiene ante la cara de David Power: una mancuerna de cinco libras que ha cogido de abajo. «Es pequeña, pero todo depende de la velocidad. No te preocupes, que además la he modificado un poco.» Franco le enseña la parte gruesa, donde al parecer ha incrustado añicos afilados de cuchilla de afeitar. La deja colgando a un par de centímetros de la cara de Power. El negro intenso del hierro fundido y las cuchillas centelleantes fascinan y aterrorizan al gángster prisionero. «Eso es lo que tiene ser artista, que te vuelves… creativo.»

«Qué cojones vas a…»

Un medido puñetazo en la cara enmarcada por los cuchillos acalla a Tyrone al romperle la nariz. «Chis…» Frank Begbie se lleva un dedo a la boca. «Ya te digo: velocidad. La velocidad te da poder. A ver cómo mueves

esa cabeza», ordena, y se aleja de Tyrone, llevándose la pesa de las cuchillas con él. Tras recorrer parte del pasillo, gira el objeto sobre el cordel; después se vuelve con una sonrisa maliciosa y lo levanta en un ángulo de cuarenta y cinco grados antes de abrir la palma y soltarlo.

«FRRAAANNK», grita Tyrone mientras la mancuerna se precipita hacia él. Intenta mover la cabeza pero los filos del cuchillo se le hincan en el cuello, haciendo que brote la sangre. La pesa de hierro, dando vueltas, se aplasta contra un lado de la cara con un golpe sordo, rasgándole la carne junto a la mejilla. «PERO QUÉ COJONES…», chilla Tyrone; después advierte que Begbie, en lugar de prepararse para soltar de nuevo la mancuerna, está desatándola. Siente en el pecho un destello de esperanza al imaginar que el horrible martirio se ha acabado, ahora que Begbie ha «dejado las cosas claras».

Pero tras quitar la mancuerna y dejarla caer al suelo de madera con un sonido metálico, Begbie comienza a atar otra cosa al cordel: un cincel que lleva unos pesados pernos atados al mango con cinta aislante. «Esto es distinto», explica.

Un largo aullido de terror atraviesa a David Power. «Espera…», dice.

Frank Begbie lo mira y chasquea los dedos, agradecido y entusiasmado. «¡Esa palabra es la que estaba esperando! ¿Te acuerdas de cuando recaudábamos deudas? ¿De que, en cuanto nos poníamos chungos, siempre decían “espera”? ¿Te acuerdas de lo que nos reíamos? Pero ahora no te ríes, ¿eh, colega?», dice Begbie con una sonrisilla; su parrafada burlona produce en Power un escalofrío que le recorre los huesos, mientras lo ve alejándose antes de girarse de repente y alzar el cincel en un ángulo de cuarenta y cinco grados de nuevo, como la posición encorvada que adoptaría un lanzador de béisbol para amenazar al oponente intentando robar una base. Sin embargo, se limita a soltarlo y a observar cómo vuela en dirección a su objetivo.

Tyrone se las apaña para apartar la cabeza en dirección al cuchillo de la derecha, cuyo filo se hunde en la carne provocándole una profunda herida. Mientras tanto, el cincel le pasa junto al ojo para clavarse en su cara, bajo el pómulo; penetra un par de centímetros en la carne y se queda clavado. Mientras brota la sangre de ambas heridas, grita lleno de pánico: «¡FRAANKK!»

«Así me llamo», admite Begbie con una risotada seca. Jim lleva una buena vida, considera, pero a veces Frank se lo pasa mil veces mejor.

Tyrone lucha con el atroz dolor que nota en la cara mientras intenta llenarse los pulmones de aire. «¿Qué… qué cojones quieres?»

«Esto», contesta Begbie con frialdad. «No quiero dinero. No quiero favores. Quiero esto: tú en la mesa, yo con las herramientas.» Coge uno de los

cuadros de Murdo Mathieson Tait de la pared, un boceto pequeño. «Háblame de este cuadro.»

«¿Qué…?»

«Que me hables de él.»

«Y un cojón…», comienza Power, solo para soltar un grito horrorizado cuando Begbie raja el lienzo con el cuchillo: «NO.» Destripa por completo el cuadro y lanza los restos bajo la mesa.

Después coge otro cuadro de la pared. «A ver si de este te acuerdas mejor.»

Tyrone se concentra, estirando el cuello para ver, intentando acallar una nueva ola de terror que lo asalta. La colección de arte: ese es su verdadero legado. Mira el cuadro y luego a Franco. «Es el primero… el primero de Murdo Mathieson Tait», dice; el cincel que tiene clavado en la cara otorga a cada palabra un deje dolorido. «Acababa de graduarse en la Escuela de Arte de Glasgow… Luego se fue a Italia… La Toscana… Umbría…»

«Mejor para él.»

«Lo que no comprendo», ruega Power, «es por qué. ¡Si yo te ayudé! ¡En el funeral, con Morrison!»

«Ese no pinta nada. Intentaste enemistarme con Anton. Hice lo que querías, porque me convenía. Pero ahora me conviene esto», declara Frank Begbie. «Además, tampoco me caías tan bien.»

La rabia invade a Tyrone como una marea venenosa, cubriendo el miedo inexorable y el dolor angustioso. «¡Yo te contraté! Te di trabajo cuando no eras más que un payaso descerebrado.»

«Trajiste aquí a mi parienta. Fue un error meterla en esto.»

«¡La ayudé! ¡Y no le he tocado un pelo!»

«No importa que la ayudases o no.» Begbie estira el brazo que sostiene el cuadro mientras entorna los ojos. Algo en ese gesto vuelve a avivar los malos augurios en Tyrone. «Al traerla, la metiste en esto. No puedo permitirlo.»

«¡Intenté ayudarla a encontrarte! ¡La chavala estaba en apuros! La he tratado bien, Frank», suplica.

Para alivio suyo, Begbie baja el cuadro y lo coloca bajo la mesa. «¿Sabes qué es lo peor que te puede pasar en la vida? Que te acusen de algo que no has hecho. Eso es lo que tú hiciste con Anton. Y lo que hiciste conmigo.»

«¿Quéeeee…? ¿Yo? Nunca», solloza Power mientras la sangre le gotea del cuello y la cara sobre la mesa, formando un charquito oscuro y pegajoso sobre la pulida superficie de caoba. El terror parece haberlo mermado: se ha convertido de nuevo en el niño gordo, seguramente carne de cañón para los

abusones del colegio, antes de convertirse él mismo en uno, reflexiona Begbie.

«Dijiste que le había cortado la mano a alguien; a ese cabrón de Seeker. Fue solo un trocito de dedo», explica encrespado. «Y nos tendiste una puta trampa aquella vez en Newcastle. Sabías que nos pillarían.»

El cerebro recalentado y febril de Power se aferra a la oportunidad de corregir las impresiones de Begbie sobre aquel viejo asunto. «Una mierda… Fue Donny Laing quien lo organizó…»

«Pero él no está aquí, y nadie sabe qué fue de él», puntualiza Begbie soltándole las manos a Power; después coge la derecha y la pone con la palma sobre la mesa.

«Te equivocas», ruge Power, tratando de convencerlo, pero antes de que el hombretón pueda cerrar el puño, Begbie arranca de un tirón uno de los cuchillos que hay junto a su cuello y le atraviesa con él el dorso de la mano, clavándosela a la madera.

David Power no siente dolor en la mano, solo una tormenta de vidrios rotos en el pecho. Intenta reaccionar, balanceando vagamente la otra mano en dirección a Francis Begbie, pero su movilidad se ve reducida por los clavos que lo atan boca abajo a la mesa.

Begbie ha cogido un hacha de carnicero y la blande sobre la cabeza de Tyrone.

«NO… FRANK…, POR FAVOR…»

Asesta un golpe sobre la muñeca de Power, seccionándola; la mano cortada vuela hacia arriba, separándose del muñón, que queda clavado en la mesa, y un hilo escarlata de sangre riega la sala. Begbie se las apaña para dar un salto atrás y evitar su trayectoria. Se coloca detrás de David Power, que siente entonces que le levantan la pierna izquierda y le quitan el zapato y el calcetín.

«Para…», gime Power, sumido en el sufrimiento, y aparta la mirada de la muñeca y la mano amputada; prefiere cerrar los ojos antes que contemplar el charquito húmedo y cálido que forma su propia sangre escurriéndose del bloque de madera hasta la mesa, con su aroma metálico inundándole las fosas nasales.

«¿Por qué cojones iba a parar? ¿Porque está mal hacerle daño a otro ser vivo? Tú no pensabas eso. ¿Porque tienes dinero? Pues con más razón.»

«Frank… Éramos colegas…» Tyrone forcejea desesperado, tratando de liberarse de las ataduras. Vuelve los ojos hasta que parecen globos blancos venosos. «¿Qué coño estás haciendo?» Oye que su voz queda reducida a un

gemido histérico y aflautado; ahora tiene los ojos cerrados en un intento de aislarse de todo el exterior.

Franco lo ignora y saca un mechero. Lo enciende y acerca la llama a un lienzo que hay en la pared, por encima de un aparador de nogal. Recuerda a Tyrone diciendo que era la mejor obra de Murdo Mathieson Tait, *El bosque sobre la bahía de Garvoch*. «Óleo, y seguro que hecho con materiales de lo más inflamable», especula. «Pues sí, te apuesto lo que quieras a que este cuadro dentro de nada va a ser un montón de mierda y grasa cuajada», murmura echándole a Tyrone una mirada maliciosa. «Sobre todo porque lo he empapado de gasolina, así como al resto de la habitación.»

Pero la idea de que hayan quitado varios cuadros más de las paredes obliga a Tyrone a abrir los ojos para mirar a su alrededor, confirmando su miedo y su espanto. «¡No! A mí hazme lo que quieras…», jadea entre convulsiones e hipidos de su pecho, que le traen un reflujo ácido. «Pero deja los cuadros en paz… Las obras… ¡Las futuras generaciones tienen que disfrutarlas! Eres artista», ruega, «¡seguro que lo comprendes!»

«No.» Los ojos de Franco son piedras de colores. «La gracia está en hacerlos. En realidad no importa lo que les pase cuando has acabado, ya estás haciendo el siguiente.»

«PUTO…»

David Power no llega a completar la frase, porque Frank vuelve a colocarle la mordaza de bola mientras contempla la cara ensangrentada de su antiguo jefe cada vez más enrojecida e hinchada. El muñón sigue sangrando, derramando sangre espesa sobre la mesa, que forma un charquito y gotea sobre los pulidos tablones en un flujo constante. «Respira despacio…, por la nariz», le aconseja. «Igual te has metido mucha farla por la tocha, amigo. En fin, el aire va a empezar a escasear aquí. ¿Te acuerdas de La Ratonera? ¿El juego ese de niños? Hace poco que jugué, fue entonces cuando se me ocurrió la cosa. No podía ser muy elaborada, porque el tiempo era un obstáculo, sí, pero no ha quedado nada mal dadas las circunstancias», explica Franco con alegría, y se dispone a quitar algunos de los clavos que inmovilizan la pierna de Power. Después la levanta y la encaja debajo de un pequeño taburete que coloca sobre la mesa mientras tensa al mismo tiempo la cuerda que le rodea el pie. «Quieto», avisa Franco, volviendo y señalando algo por detrás de Tyrone. «Tú no lo ves, pero tienes una cuerda atada al pulgar. Si lo mueves…» Tyrone nota que un vómito bilioso le sube desde las tripas, llega hasta la mordaza y desanda su camino dejando un rastro de quemazón. Luego, sigue la mirada de Franco hasta una serie de hembrillas clavadas en la pared. Da la

impresión de que la cuerda pasa por todas ellas. El otro extremo está atado a una vela encendida, puesta sobre un plato de gasolina. Está en el aparador, justo debajo de *El bosque sobre la bahía de Garvoch Bay*. «No te muevas.»

Pero eso es imposible: David Power tiene la pierna colocada en un incómodo ángulo de cuarenta y cinco grados. Se ve obligado a mantener el pie en una molesta curva para que el taburete permanezca en su sitio. Y siente que se va deslizando, porque el ángulo de su pierna lo empuja; el dolor y la rigidez crecen de modo exponencial. Le va a ser imposible mantener esa posición. Power se retuerce y consigue levantar el tronco a pesar de las ataduras; su mirada horrorizada se encuentra con la muñeca ensangrentada y la mano clavada, aunque el mango del cincel que le sobresale de la cara se las oculta parcialmente. Deja escapar un gemido —un sonido amortiguado y lastimero, a medio camino entre el ruego y la maldición— en dirección a la espalda de Frank Begbie, que se bate en retirada no sin antes poner el CD de *Chinese Democracy* en el carísimo equipo de música de Power. La música sale a todo trapo. «Un regalito», dice con una sonrisa. «Para que no digas que no me porto bien contigo.»

Entonces Frank Begbie quita la mordaza de bola, para alivio de David Power, aunque no dura demasiado, porque Frank la sustituye por un cuchillo largo y ancho que sumerge en la boca de Davie Power; se oye un crujido de dientes. Power chilla: un aullido agudo y concentrado que a Begbie le da la impresión de proceder sobre todo de la nariz.

«Trabajar con arcilla, y una mierda», explica Franco. «Esto te va a doler, pero aguanta un poco, colega», pide, y empuja el cuchillo hacia arriba, rasgando la cara de Power como si fuese de papel, mientras la otra mano empuja y retuerce el cincel incrustado. «Este es el broche de oro», dice, con el tono de un anfitrión a punto de ofrecerle a su huésped un postre exquisito.

Ya no salen sonidos del hombretón, pero Frank Begbie ve que tiene los ojos apretados. Mira el pie descalzo de Power, que sigue inmóvil, apoyado aún en el taburete. «Muy bien, Davie», felicita Franco con enérgica sinceridad. «No sé si te consuela mucho, pero te has ganado mi estima, colega. Y lo de que no me cayeses bien era mentira: tampoco tenía tanto que reprocharte», reconoce.

Dicho esto, Frank Begbie se da la vuelta y se marcha, justo cuando un Davie Power exhausto, mutilado y enloquecido nota que el taburete resbala bajo su pie. Transcurren unos cuantos segundos de dolorosa anticipación antes de que el mecenas de las artes presencie, a través de una cortina de su

propia sangre, cómo la vela cae y *El bosque sobre la bahía de Garvoch* explota en llamas mientras una música rock llena el aire a todo volumen.

Fuera, Franco contempla tranquilamente por la ventana en saledizo, respirando con regularidad, las llamas que envuelven los cuadros de Tyrone, el fuego que cobra fuerza y se extiende por la sala. Ve a su antiguo jefe y recuerda la vieja oficina de George Street, y la caja de caudales que Power llenaba con lo que recogía de las máquinas tragaperras. El modo en que los ojos le hacían chiribitas cuando las depositaba allí, como una ardilla oronda y furtiva atesorando avellanas para el invierno. Ahora observa al hombretón sudoroso que hace muecas y lucha contra las ataduras mientras las llamas lamen la pira de caoba a su alrededor, con los cuadros que faltan amontonados abajo. Entonces Power remueve los ojos, los pone en blanco. Se le derrama la lengua fuera, como una babosa desfallecida escapando por la grieta de una pared. Cuando por fin el fuego oculta de su vista las ruinas del cuerpo de Power, es el momento de que Frank Begbie se aleje de la casa y continúe por la tranquila y oscura calle surcada de árboles.

Mientras camina por la sombra, renqueando a causa de la pierna, Begbie disfruta del aroma de la flor del manzano que flota en el aire; combina extrañamente con el perfume sintético a lima del detergente de Tyrone, que aún emana de su ropa.

No es hasta llegar a Dalkeith Street, la calle principal, unos diez minutos más tarde, cuando Franco oye el estruendo del camión de bomberos, que con toda probabilidad se dirige a la mansión de arenisca roja de David «Tyrone» Power.

Decide caminar hasta el hotel, donde se encuentra a Melanie esperándolo en la recepción. El interior está en penumbra, con excepción de una luz cálida color pastel que proviene de una lámpara de despacho. El rechoncho recepcionista nocturno sale de la oscuridad para dirigirle una mirada acusadora.

Terry, que ha estado dando vueltas en el taxi, los conduce al aeropuerto. Franco le pide que los lleve por la ciudad en lugar de por la circunvalación. Sin hacer caso de la charla constante del taxista, pero consciente de que la conversación se dirige en su mayor parte a Melanie, Franco mira hacia la ciudad sumida en la oscuridad y el elevado castillo, y se da cuenta, imperturbable, de que quizá sea la última vez que lo ve. Por supuesto, quedaba la posibilidad de que su exposición fuese a Edimburgo, pero, a pesar de las promesas que le había hecho a John Dick, a lo mejor se hacía el enfermo.

Ambos están cansadísimos tras haber pasado la noche en blanco, pero contentos de eludir el tráfico mañanero. «Igual os hago una visitilla pronto», sugiere Terry con picardía cuando se bajan. «Me han ofrecido un trabajillo en el Valle de San Fernando», explica con una risotada al tiempo que le estrecha la mano a Franco y le guiña un ojo a Melanie.

El aeropuerto está desierto a esa hora temprana, a excepción de un par de vuelos para grupos organizados, y no hay nada abierto salvo un Costa Coffee. Había leído que era una de las empresas que había pronunciado nefastas advertencias de lo que habría ocurrido si el partido proausteridad más inflexible no hubiese ganado las elecciones. Escucha el monótono y resbaladizo repiqueteo de las tazas y los platillos sobre las mesas barnizadas; la cabeza le palpita por el nerviosismo y la fatiga, como si tuviese resaca. Un vuelo matutino lleno de ejecutivos ojerosos y agotados los lleva a Londres, con una escala de poco más de una hora antes de embarcar en el vuelo que enlaza con Los Ángeles.

37. EL VUELO

La incongruencia de la ropa hecha a medida y el desaliño desastroso, junto con unos andares desequilibrados, revelan al arquetípico borracho aficionado de aeropuerto: el pasajero nervioso que no puede subirse a un avión si no va totalmente ciego. Vuelve con paso vacilante a su asiento desde la parte trasera del vuelo de Londres a Los Ángeles de British Airways, agarrando con fuerza las botellitas de vino tinto que ha conseguido gracias a una azafata comprensiva que conoce a la gente como él. Al abrir una con nerviosismo de camino a su asiento, el tapón se le escapa entre los dedos y va a parar al suelo. Rueda debajo de un asiento, sigue avanzando, eructa, intenta contener un reflujo repentino y se tropieza con un pasajero que ocupa un asiento de pasillo: Frank Begbie. El tinto de la botella salpica la camiseta blanca de Begbie como una herida abierta. «¡Oh, Dios, cuánto lo siento…!»

Franco mira la mancha y luego al borracho. «Sentirlo no me va a arreglar la…»

Siente que Melanie le aprieta la muñeca, así que inspira, le sonríe a ella primero y luego al borracho aterrorizado. «No pasa nada. Cualquiera puede tener un accidente.»

«De verdad que lo siento», repite el borracho.

«Tranquilo, colega», insiste Franco, y en ese instante se materializa otra azafata, preparada para conducir al hombre a su sitio.

«No iba a tocar al tipo ese», dice Frank a Melanie.

Ella lo mira dubitativa. «O sea, ¿que lo tenías todo bajo control?»

«Por supuesto», declara él. Los ojos de Melanie se abren mucho, indicando que la respuesta no es suficiente. «Mira, te lo acabo de decir, lo importante somos nosotros y las niñas. Nunca pondría eso en peligro.»

La voz de Melanie, cuando llega, suena contenida por la incredulidad. «Te quiero, Frank, de verdad. Pero vives en un universo moral paralelo al resto de nosotros. En él todo lo que haces está justificado de un modo u otro.»

«Sí», asiente con la sinceridad desarmante que lo caracteriza, «y quiero salir de él. Estoy esforzándome mucho para salir. Cada día. Por nosotros. Si es que piensas que lo nuestro aún tiene sentido.»

Melanie sabe la respuesta, y no es ambigua. En las cárceles de Escocia y California ha visto a todas esas mujeres patéticas que han permanecido al lado de sus malogrados maridos y se ha jurado no convertirse en una. Pero hay que poner a las niñas primero, y, lo que es aún más desalentador, se entiende que cuando te comprometes con una persona, lo haces porque, de alguna manera, es lo que necesitas. Y en vez de desenterrar las raíces psicológicas de su propia necesidad de autoexploración, Melanie Francis lo ha aceptado. Los hechos parecen más grandes a oscuras. Pero aún hay algunas cosas que necesita saber. Y decir.

Así que cuenta su propia historia. La historia de su traición al llamar a la policía, la perturbadora intervención de Harry Pallister y lo del hombre muerto, Marcello Santiago. Durante solo un instante detecta un destello de rabia en los ojos de él cuando menciona las turbias llamadas telefónicas de Harry. Pero después desaparece. «Me equivoqué», reconoce ella. «No fue lo mejor que podía haber hecho. Lo siento.»

«No pasa nada.» Franco le aprieta la mano. «Sé que lo hiciste con la mejor de las intenciones. Tenías razón, teníamos que haber ido a la policía directamente. Yo y mis tonterías de presidiario…», dice intentando incluirse en la reprimenda. «Me siento mal por que tuvieses que enfrentarte al asqueroso de Harry tú sola.»

Pero Melanie no está buscando su absolución. Tiene preocupaciones mayores. «A los hombres esos de la playa, ¿les hiciste daño?»

Respira, respira, respira… Franco mira a su mujer con el labio torcido hacia abajo. «Ya te lo dije, me cargué la camioneta. Me hubiera encantado que hubiesen estado dentro, pero no fue así. Así que me fui de allí, no hacerlo habría sido una insensatez por un montón de razones. Sabía que esos tipos no estarían lejos, pero no fui tras ellos porque no me fiaba de mí mismo. Si no me mataban, yo los habría hecho pedazos. Los habrían encontrado hechos papilla en la playa, y los estudiantes lo habrían grabado todo con los móviles y lo habrían colgado en YouTube.»

Con enorme alivio, Melanie inspira el aire seco y reciclado de la cabina. Frank ha evitado meterse en problemas porque ha logrado controlar sus impulsos más oscuros. Santiago había aparecido enganchado a una plataforma petrolífera, y Coover seguía desaparecido. Melanie no duda de la capacidad de su marido de ser violento con esos hombres. Sin embargo, deshacerse de los cuerpos de aquella manera era demasiado premeditado. Sencillamente era algo que lo sobrepasaba. «Tenía que preguntar. Harry hizo todo tipo de deducciones.»

Francis Begbie le acaricia el brazo. «Los maderos son iguales en todas partes, lo único que quieren es cubrir el expediente.» Sonríe con tristeza. «No me preocuparía por él, dadas sus habilidades mentales y profesionales. Me da que se ha obsesionado contigo y que ha quedado como un gilipollas. No lo culpo», y levanta una ceja.

Este cumplido trivial no le sienta bien a Melanie, que mantiene la punzante mirada sobre él. Su marido está tranquilo y parece sincero, pero ella no puede librarse de la oscura sensación de que él ha hecho algo horroroso.

Él lee la terrible preocupación en sus ojos. «Mira, no quiero hacerle daño a nadie, sea bueno o malo», insiste Franco. «Solo quiero que retomemos nuestras vidas. Tengo la exposición a la vuelta de la esquina…»

«Que le den a tu exposición», le corta Melanie hasta tal punto que él casi se estremece. «En resumen: lo primero y más importante que necesito saber es que los amigos, la familia, las niñas y yo no solo estamos protegidos por ti, sino que estamos protegidos de ti. Porque, si no puedes mirarme a los ojos y garantizármelo de verdad, hemos terminado.»

Frank Begbie no piensa. Ni siquiera respira. Deja que actúen sus instintos, porque parte de él sabe que, si no puede ser sincero en este momento por el bien de las personas que quiere, tendrá que dejarlas. «Por supuesto que sí. Me moriría antes de haceros daño. Me trataría a mí mismo exactamente del mismo modo que a cualquiera que quisiese haceros daño.»

Ve una lágrima cayendo por la mejilla de Melanie, pero su respiración sigue siendo regular. Franco percibe la energía que ella emana y se nutre de ella, como siempre hacía. Sin ella, él ha vuelto a ser débil, se ha dejado llevar por antiguas rencillas. Pero había cumplido un propósito. Entonces la mano de Melanie se dirige al rostro de Franco, y este siente un calor húmedo en la mejilla que lo deja asombrado. «Entonces no estoy viviendo con un monstruo», sonríe ella con optimismo en la mirada, y le besa la mejilla húmeda.

«No.» Franco nota que se le entrecorta la respiración. «Con un ser humano. Uno bastante jodido, pero que intenta mejorar.»

Melanie menea la cabeza y le clava la mirada. «Bueno, puede que tengas que esforzarte mucho más.»

Su tono hace sentir a Franco como un pitbull rescatado: una mascota familiar muy querida pero peligrosa. Y comprende que él es exactamente eso, y que debe ganarse el derecho a ser algo más. «Por ti y por las niñas, lo haré. Haré lo que haga falta.»

«Debo de estar tan loca como tú, pero te creo», dice ella, y se abrazan.

Al separarse, él mira a Melanie con seriedad, haciendo que la preocupación vuelva a su rostro. «Hay algo que tengo que decirte.»

Melanie Francis apenas puede respirar. Siente que se le hunden los hombros. *Ha hecho algo terrible. Lo sabía.*

«Sé quién ha matado a Sean.»

«David Power me lo contó. Fue Anton, el joven ese.»

«No fue él. Power intentó volverme contra Anton.»

«¡Esta vez tienes que ir a la policía!»

«No puedo.»

«¡Me prometiste que lo harías! ¿Por qué coño no vas…?»

Él la coge de las dos manos. Baja la voz. «Fue Michael», le dice. «Mi otro hijo. Mató a su hermano mayor», y ella permanece en silencio, espantada y muy tensa, mientras él le cuenta la historia. «Por eso no puedo ir a la policía.»

«No. Claro», coincide ella, sintiendo que el agotamiento la va carcomiendo.

Y luego le explica por qué cree que Michael lo hizo y por qué él no podrá perdonárselo nunca, por lo mucho que había contribuido a la mala educación de su hijo. Melanie escucha con paciencia hasta que termina. Entonces se inclina sobre él y, emocionalmente consumida, se deja llevar casi al instante por un sueño profundo y reconfortante sobre su hombro.

Frank se limpia la cara con la manga, abre el portátil, se pone los auriculares y deja que Mahler inunde su cerebro y lo relaje. Siente que su respiración se regula de un modo delicioso, lento y regular.

Uno…, dos…, tres… Quiénes… somos…

Sus pensamientos lo llevan al reino donde conviven los sueños y los recuerdos. Un niño en la parte baja del viejo muelle; Johnnie Tweed lo mira desde el suelo, hecho polvo. Y Francis James Begbie sostiene el pedrusco, preparado para ejecutar la liberación. ¿Cuál fue la última palabra que Johnnie pronunció? Podría haber sido «espera», pero no estaba seguro.

De lo que sí estaba seguro es de que aquella había sido la última palabra de Johnnie.

Somos los putos YLT[1]…

La sacudida de una turbulencia. Los ojos de Melanie se abren de golpe, y le aprieta la mano mientras el avión se agita un poco, justo antes de llegar a aires más suaves.

Ahora Frank Begbie está satisfecho, imaginando el sol, mientras *Chinese Democracy*, que no recuerda haber puesto, se desvanece suavemente y empieza a sonar Mahler.

La azafata se acerca y les ofrece una selección de bebidas. «Para mí solo agua, gracias.» Entonces mira a Melanie, que está volviendo de su sueño, y le besa la mejilla. «Me gusta estar contigo. ¿Sabes de qué tengo ganas ahora mismo?»

«¿De qué?»

«De que las niñas, tú y yo hagamos una excursión a la playa. Tenemos que llevarlas a Devereux Slough a ver la fauna marina y todas las especies de aves. Las golondrinas de mar no tardarán en anidar.»

«Yo tengo ganas de volver a bailar salsa», sonríe Melanie con un tono que desciende de un modo enigmático.

La cara de Franco se arruga al sonreír. Sucumbe a la insistencia de su vejiga y se levanta rumbo a la parte delantera del avión. Deambula por el pasillo y hace un gesto de agradecimiento a una mujer de mediana edad que acaba de dejar vacante la estrecha cápsula del aseo. Ella se gira para fingir que el agradecimiento no se ha producido. Mientras Frank Begbie orina de un modo precario, reflexiona sobre la naturaleza de la etiqueta en los retretes unisex en el cielo. ¿Debería haber ignorado a la señora para ahorrarle la obvia vergüenza? Una vida en la cárcel enseña poco sobre el protocolo del exterior. Ya lo hablaría con Melanie.

Resulta liberador alejarse de Edimburgo y de las asociaciones negativas que conlleva. Nunca volverá a experimentar esas tonterías. Cuando llegue la exposición, admite para sus adentros que irá, pero solo a la inauguración para ver a John, quizá a Elspeth y a su familia, y luego se dará el piro. Se la sacude, se sube la bragueta, se lava las manos y examina la mancha de vino tinto de la camiseta. Tiene más o menos la forma de Irlanda. Sopesa la posibilidad de limpiarla, pero necesitará algo más que agua, y presiente que todos los esfuerzos serán infructuosos. Además, ahora le resulta gracioso.

Cuando sale, lo primero que ve es al hombre que le ha tirado el vino, que le devuelve una mirada asustada. No obstante, la mirada de Frank Begbie no se queda con él mucho tiempo, sino más bien con el pasajero que va sentado a su izquierda, al que reconoce al instante a pesar de las gafas y de tener menos pelo. El coleguita del Fort parece haber envejecido bien. Lleva una camisa azul claro, el cuello abierto, pantalones azul marino y va leyendo una revista llamada *DJ*. Frank Begbie se acerca al pasajero borracho y nervioso, después se inclina sobre él mientras el otro hombre, consciente de la presencia acechante, baja la revista, alza la mirada y se le abren los ojos por la sorpresa de reconocerlo: está ante el niño disléxico por el que encajó varias palizas hace muchos años, todo por la solidaridad de la amistad adolescente. Frank

Begbie mantiene la respiración lenta y regular…, inspira por la nariz, espira por la boca…, mientras dice con una sonrisa: «Muy buenas, viejo amigo. Dichosos los ojos.»

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Elizabeth Quinn, Robin Robertson, Katherine Fry, Tom Mullen, Trevor Engleson, Tiffany Ward, Alex Mebed, John Hodge, Andrew Macdonald, Robert Carlyle, Grant Fleming y a Cely y Cassandra, de la cafetería Two Hearted Queen, de Chicago (Illinois).



IRVINE WELSH nació en 1958 en Escocia. Creció en el corazón del barrio obrero de Muirhouse, dejó la escuela a los dieciséis años y cambió multitud de veces de trabajo hasta que emigró a Londres con el movimiento punk. A finales de los ochenta volvió a Escocia, donde trabajó para el Edinburgh District Council a la par que se graduaba en la universidad y se dedicaba a la escritura. Su primera novela, *Trainspotting*, tuvo un éxito extraordinario, al igual que su adaptación cinematográfica. Fue publicada por Anagrama, al igual que sus títulos posteriores: *Acid House, Éxtasis, Escoria, Cola, Porno, Secretos de alcoba de los grandes chefs, Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo, Crimen, Col recalentada, Skagboys, La vida sexual de las gemelas siamesas, Un polvo en condiciones* y *El artista de la cuchilla*.

Notas

[1] «*One, two, three, who are we, we are the mental YLT*». Grito de guerra de la banda callejera Youth Leith Team, que el personaje va repitiendo toda la obra. *(N. de los T.)* **<<**

IRVINE WELSH

El artista de la cuchilla



Lectulandia